REVISIONISMO Y POLÍTICA

ALBERTO REIG TAPIA

PÍO MOA REVISITADO

FOCA

Diseño interior: RAG
Cubierta: Sergio Ramírez

Director de colección
Javier Ortiz

Reservados todos los derechos.
De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270
del Código Penal, podrán ser castigados con penas
de multa y privación de libertad quienes
reproduzcan sin la preceptiva autorización o plagien,
en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica,
fijada en cualquier tipo de soporte.

© Alberto Reig Tapia, 2008

© Foca, ediciones y distribuciones generales, S. L., 2008

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

www.foca.es

ISBN: 978-84-96797-10-9
Depósito legal: M-20.312-2008

Impreso en Cofás, S. A.
Móstoles (Madrid)

ALBERTO REIG TAPIA

REVISIONISMO Y POLÍTICA
PÍO MOA REVISITADO

FOCA

Para todos los amigos que lo fueron…, Andrés, Ángel, Annie, Carlos, Chema, Fernando, Germán, Inés, José Luis, Lola, Luis, Marga, Miguel, Paco, Pedro…, y que lo siguen siendo a pesar de las turbulencias de la historia.

Para mis hijos Alejandro y María, y para todos los jóvenes con ideales que son nuestra única esperanza de futuro.

Todos los necios son audaces. Su misma simplicidad, que les impide primero la advertencia para los reparos, les quita después el sentimiento para los desaires.

Baltasar Gracián

L'homme connaît qu'il est misérable: il est donc misérable, puisqu'il l'est; mais il est bien grand, puisqu'il le connaît.

Blaise Pascal

La mentira y sobre todo la mentira ideológica, es decir, la que afirma expresar principios morales pero esconde intereses dinerarios, engaña sólo unos años, mientras haya gente que se enriquece y desea fervientemente ser engañada.

Félix de Azúa

INTRODUCCIÓN

Decía Camilo José Cela al comienzo de su *Oficio de tinieblas 5* que, «naturalmente, esto no es una novela sino la purga de mi corazón». Nosotros sin tanta grandilocuencia diremos con toda claridad para información del que leyere: «Naturalmente, esto no es una "investigación" (que diría Moa) sino una contrarréplica directa al susodicho pero ya sin la menor concesión». Así, y desde la primera línea, quedan las cosas perfectamente claras y evitamos alguna que otra confusión entre los que se la cogen con papel de fumar (que diría CJC). «Quien siembra vientos, recoge tempestades.»

Moa ha elegido siempre sus propias armas, primero letales, después propagandísticas y demagógicas, y ha disparado primero con insultos y descalificaciones personales a todo «el gremio», como despectivamente se refiere al conjunto de los historiadores profesionales que le critican o le ignoran. No ha entendido el mensaje y, como señala Gracián, ha rechazado la advertencia y ha abundado en el desaire, confirmando igualmente las consideraciones de Pascal al permitirse incluso alusiones familiares de todo punto improcedentes. Igualmente porfía en sus reiteradas mentiras y calumnias a tanto la página, lo que nos ofrece aún más nítida la medida exacta del personaje, así que como solía decir nuestro señor padre (al que tanto alude últimamente), «las reclamaciones al maestro armero».

En realidad no tendríamos que haber titulado este breve ensayo *Revisionismo y política* puesto que en él abordamos una trivial corrupción de ambos conceptos. Habríamos sido más precisos titulándolo *Opinología y politiquería*. No estamos ante un verdadero revisionismo ni el noble arte de la política merece ser ensuciado con su antónimo, al igual que el extraño caso del publicista incontinente sobre el cual nos hemos visto obligados a volver exige seguir dedicándole un tiempo tan tonta-

mente y que en modo alguno se merece... «El silencio es oro»; sí. «Más vale ser dueño de nuestros silencios que esclavo de nuestras palabras»; también. ¿Entonces? Como el silencio pudiera sin embargo interpretarse como cobardía o impotencia hemos de señalar también: Primero. Que «quien calla, otorga», y en lógica consecuencia no tenemos por qué callar por muchas voces que den ese tipo de verborreicos incontinentes que, careciendo de argumentos convincentes, piensan que a base de parlotear sin descanso ni medida acogotan al discrepante y le fuerzan al silencio. Y segundo, ¡qué mejores vacaciones que aquellas que precisamente nos permiten perder «tontamente» el tiempo!

En estas breves páginas vacacionales pretendemos insistir en la importancia que tiene para la cultura política de una democracia moderna saber distinguir entre el mal llamado «revisionismo histórico» y la historiografía *tout court*, que es siempre revisionista como cualquier disciplina científica que se precie. Al socaire de cumplir con la *accountability*, término con el que se refieren nuestros colegas politólogos al simple «rendimiento de cuentas» ante la autoridad que corresponda, compromiso que adquirimos con nuestros lectores en nuestro ensayo *Anti Moa*, tratamos pura y simplemente de reivindicar la Historia como ciencia social frente a sus manipuladores falsamente revisionistas cuya trayectoria y publicaciones son fiel reflejo del ánimo político que preside todas y cada una de sus declaraciones, artículos y escrituras varias.

Dentro de esa ardua tarea quisimos ejemplificar en Pío Moa el paradigma crítico de dicho «revisionismo», y de ahí que lleváramos su nombre a la portada de aquel libro pensando que, junto con la lazada republicana, quedaban suficientemente claros los valores y principios historiográficos y democráticos que defendíamos así como aquellos *historietográficos* y autocráticos que repudiábamos. Creímos pues que el sentido de dicho libro estaba más que claro, transparente, desde su misma portada para orientación de cualquier hipotético lector. Al parecer nos hemos equivocado a la vista de algunas ignorancias sobre su significado, o ante las airadas reacciones que han querido ver en el prefijo del título un simple ataque personal sin sentido a pesar de las abundantes explicaciones dadas al respecto rechazando tal supuesto y cuál era la finalidad principal de nuestro ensayo. Igual que se mira mucho pero se

ve poco, puede que se compre mucho pero leer, desde el principio y hasta el final, bastante menos. Quizá es que los *moístas* más fervorosos simplemente no leen, o son analfabetos funcionales como se desprende del *Informe PISA*, es decir, leen (?) pero no se enteran o, simplemente, siguiendo las enseñanzas de su admirado Moa, tergiversan y manipulan lo que tan sesgadamente hojean pues carecen de cualquier atisbo de ética o moral personal a efectos simplemente dialécticos, lo que obliga a leer con atención lo que se pretende criticar, demostrando no saber hacer otra cosa que insultar, que es apenas una burda manifestación de simple impotencia mental.

Lo de razonar y argumentar sobre una base empírica y documental es una actividad que claramente les es ajena. Implicaría una actividad neuronal en sus cerebros hasta ahora no descubierta. Por otra parte estamos convencidos de que el sentido del humor no tiene ideología pero es patrimonio exclusivo de los seres inteligentes. No hay más que ver en televisión a esos humanoides que palo en ristre porfían por abrirle la cabeza a un ministro o esputan de sus fétidas bocas exabruptos como «¡asesino!» o «¡maricón!» a quienes, compartiendo (?) sus más firmes principios, pues ellos se reclaman de la democracia y dicen defender la Constitución, se adscriben a planteamientos políticos o simples opciones sexuales diferentes de los suyos. Así que por la parte que nos toca, como aún no hemos aprendido a callar ante la ofensa, pues le damos al señor Moa la réplica que se merece, que se ha ganado a pulso. Ni más ni menos.

Quizá algunas personas de buena fe se vieron inducidas a error ante tan llamativa portada (que intentamos corregir cuando ya era tarde), pero en cualquier caso sólo pueden sentirse engañados quienes no pierden ni un minuto de su tiempo con un libro que tan contundentemente les anuncia su contenido si éste no es previsiblemente de su entero y completo agrado. Si no se toman siquiera la molestia de hojearlo al menos un poco antes de comprarlo no tiene la menor lógica achacar al autor posicionamientos que tan claramente ha dejado establecidos previamente, precisamente para no engañar a nadie. Se trata de «lectores» (?) un tanto *sui generis* que no buscan información adicional, complementaria a la que ya poseen si es que poseen alguna mínimamente contrastada, sino apenas confirmación y reforzamiento de sus prejuicios para po-

der embestir mejor. No les interesan planteamientos distintos a sus propias posiciones por muy erradas que pudieran ser, y apenas buscan reafirmarse en sus dogmas y apriorismos y rechazan los datos y argumentos que pudieran ponerlos en cuestión.

¿Acaso el lazo con la bandera republicana y los enormes caracteres de su título anunciando una crítica muy negativa de la obra de Moa presuponía un simple panegírico de la II República y excluía automáticamente a todos los monárquicos y simpatizantes, incluidos los republicanos de corazón pero juancarlistas de razón, así como a los admiradores o simples lectores de tan singular publicista? ¿Esgrimir de entrada una bandera republicana era una forma más o menos sutil de atacar a la actual Monarquía y por extensión al actual sistema político democrático? ¿Suponía acaso una reivindicación de la necesidad de una rápida proclamación de la que sería III República española, lo que haría repudiable *a priori* tan desmesurada pretensión? ¿Nos hacía acaso merecedores de ser calificados de estalinistas convictos y confesos?

Semejante iconografía, apenas pretendía dignificar la II República ante la feroz campaña denigratoria esgrimida contra nuestra primera democracia por los falsos «revisionistas» de todo tipo que campean actualmente a sus anchas en algunos medios periodísticos españoles, y entre los cuales el señor Moa ocupa uno de los lugares más destacados. Pensábamos que la descarnada campaña emprendida por la dictadura del general Franco sobre lo que fue y significó la II República habría de concluir con el fin de aquel régimen que necesitaba de ella para justificar ante sus seguidores su pretendido «Alzamiento Nacional» y la horrible Guerra Civil que provocó para desgracia de todos. Pues no. Nos equivocamos.

Estos nuevos «revisionistas» de la nada así como sus más vetustos patrocinadores y antecesores son aún más nefastos culturalmente hablando que los más fanáticos de los antiguos propagandistas de Franco, muchos de los cuales (casualmente los mejores) pasaron rápidamente a considerarse «vencidos» (Dionisio Ridruejo) o acabaron por escribir su particular «descargo de conciencia» (Pedro Laín Entralgo), grandeza moral (la de rectificar) –que a la vista de lo visto– no cabe esperar en modo alguno de toda esta «moderna» oleada «neofranquista», más o menos encubierta de «reformismo liberal» (¿por qué dicen amor cuando quieren de-

cir sexo?), como pretenden los dirigentes actuales del PP ajenos por lo visto a las groseras contradicciones existentes entre su pretendido ideario y su práctica política diaria más vistosa.

El subtítulo de nuestro *Anti Moa* (*La subversión neofranquista de la Historia de España)*, que por esos misterios del proceso de producción de libros se cayó de la primera edición, se recuperó en la segunda y creemos que clarifica y resume el contenido fundamental de nuestro ensayo. También «se coló» entonces de rondón en la primera edición el nombre de Joan Maria Thomàs como «colaborador», lo que podía inducir a equívoco dado que se trata de un libro de único y exclusivo autor desde la primera página a la última. Que un ignorante como Moa no entienda (no quiera entender que no es lo mismo) y manipule a conciencia el significado del obligado capítulo de agradecimientos para atacar a todos los mencionados, que simplemente le ignoran (lo que no puede soportar su ridícula vanidad), no nos sorprende lo más mínimo. El papel de Thomàs fue, de hecho, aún más importante en tanto que tenaz «inductor» de *Anti Moa,* como ya advertimos entonces en el preámbulo. Sin su insistencia, nosotros al menos, no nos habríamos lanzado a una piscina de aguas tan inciertas como turbulentas por más que reivindicar el objeto y sentido de la Historia sea una tarea tan necesaria como estimulante, materia en la que siempre entra a saco la peor política; esa politiquería o politiquilla a la que se refería Manuel Azaña sin más fin que la «de tapar bocas, de ganar amigos, de colocar paniaguados» que desgraciadamente persiste en nuestro sistema democrático. ¿Pero dónde los hombres?

A pesar de ello, la presunción de aburrirnos y perder nuestro tiempo estaba claramente garantizada ante semejante empeño. Primero leyendo a Moa, después escribiendo sobre él y, semejante «audacia», nos hacía constituirnos automáticamente en blanco predilecto del fuego graneado de toda su amplia y adicta corte de admiradores a piñón fijo. Así ha sido, con él a la cabeza como es lógico, y se han dedicado a vapulearnos todo lo que han podido. Pinchan en hueso, pues evidentemente no ofende quien quiere sino quien puede. También en la nueva edición se corrigieron las erratas detectadas y se añadió una bibliografía con el listado de las obras citadas y de referencia que se había echado a faltar en la primera y es siempre de obligada inserción en un libro de tales características.

Pero, hete aquí que, Moa, parece que no ha tenido bastante motivo de reflexión con nuestro esforzado estudio y vuelve a la carga desconsideradamente insistiendo en querer pasar a la historia como una especie de incomprendido «pobrecito hablador» al que no se sabe qué poderosas y pérfidas fuerzas izquierdistas tratan por todos los medios de querer silenciar y censurar como si de un nuevo Mariano José de Larra se tratara. Su tropa mediática de apoyo le secunda con inusitado fervor. Qué desvarío más grande. Ya empieza a parecer el Sosias de Mr. Bean, un perfecto paradigma de la estupidez más absurda. Desde luego Rowan Atkinson es mucho mejor actor que Pío Moa, siempre dispuesto a escribir cualquier cosa a gusto de una extrema derecha ignara con pretensiones liberales que le financia y jalea... mientras sea negocio. Cierto paralelismo se impone entre la exitosa serie de humor de la televisión británica y el papel que a Moa le ha tocado representar en el mundo mediático, en el que se desenvuelve como pez en el agua, aunque ya parece que al pobre empieza a faltarle el oxígeno. Si el humor de Mr. Bean viene dado por las originales y excéntricas soluciones con que trata de resolver sus propios problemas resultándole completamente indiferente los de los demás y los que él mismo genera, el de Moa consiste en pretender aclarar nuestras supuestas ignorancias y dudas historiográficas con sus absurdas y manidas propuestas *historietográficas*, más viejas que el *TBO*, pero que confunden a no pocos de sus lectores que le toman por lo que no es.

Los responsables del antiguo sello editorial de Pío Moa (adonde ha regresado éste a todo correr dado que el de Ediciones Áltera que tenía el honor de publicar sus últimos libelos, Javier Ruiz Portella, le ha salido «rana», es decir, estafador) nos anunciaron con la solemnidad que siempre merecen los grandes hitos de la historiografía que su autor estrella, Pío Moa, se hallaba inmerso en la contestación de *Anti Moa* obviando cristianamente, eso sí, el nombre del autor que les había provocado semejante conturbación. Ni que decir tiene que no se trata de una contestación puntual, de un texto original escrito ex profeso, como éste, sino de una nueva antología de artículos polémicos previamente publicados debidamente arrejuntados bajo un título llamativo y comercial. Resulta curiosa esta «movida» editorial que, más que responder al co-

nocido apotegma de la novela negra: «el criminal siempre vuelve al lugar del crimen», nos parecía obedecer más bien a los aparentes «movimientos» del admirado caudillo, tristemente mortal, y cuya memoria tan justamente reivindican entre todos ellos. Tan falso «Movimiento» no tenía más fin que el de su mera apariencia, pues el hábil caudillo (Paco, «la culona», según el general Queipo de Llano) conseguía siempre no mover sus recias posaderas de su bien asentada poltrona, demostrando así la asombrosa inmovilidad de su publicitado «Movimiento Nacional» (el partido único de la dictadura).

Decíamos que Ruiz Portella le había salido «rana» a Moa porque fue condenado en firme por «fusilar» la edición de un libro del académico Francisco Rico que publicó como novedad en su sello editorial, lo que da buena muestra de la jeta de los «compañeros de viaje» de que se rodea este pretendido historiador que tanto pugna por su reconocimiento público, aunque, como Dios los cría y ellos se juntan, tampoco deberíamos sorprendernos demasiado. Todo queda (quedaba) en casa. La honorabilidad es como la leche derramada; es imposible recogerla toda una vez vertida y el caldero de Moa siempre ha estado lleno de agujeros.

Ante semejante notición (la anunciada contestación a *Anti Moa*), no pudimos por menos que pensar de nuevo en la rica tradición de charlatanes y boquirrotos incontinentes de este país que proliferan como hongos y que, como dijo Fernando Savater en una ocasión, nos los encontramos cual presuntos Cicerones vendiendo plumas en cada esquina. O, ahora ya, tratando de imitar al inigualable Mr. Bean, que es tarea sin embargo mucho más asequible. Hay algunas personas que no callan ni callarán nunca ni debajo del agua. ¿Pero no le enseñaron a Moa de pequeñito que insistir e insistir es de mala educación? Las sabias palabras de Baltasar Gracián, de Pascal y Félix de Azúa con las que abrimos estas definitivas páginas nos explican con meridiana claridad que estamos ante algo más que un simple ignorante equivocado, un charlatán de feria o un simple neurótico o un mercenario mentiroso que se empeña en presentar como persecución política a su persona, o como conspiración izquierdista y disputa ideológica, lo que es un caso de mera obsolescencia mental, de ignorancia supina y ridícula petulancia. ¿Cómo puede mentir tanto sin sonrojarse? Ni rectifica, ni se calla, ni

muestra el menor atisbo de distanciamiento irónico en la réplica. Hay que desconfiar por principio de quien se toma a sí mismo tan en serio, pues es el más claro síntoma de que hay que tomárselo a broma.

Algunos colegas nos han dicho ser excesivamente duros con él, siéndolo ellos mismos en privado tanto o incluso muchísimo más que nosotros. Sí, mucho más que nosotros. Cada cual es muy libre de actuar como quiera y mi respeto por todos ellos es inversamente proporcional al que me inspira Moa, pero nosotros tenemos una irreprimible tendencia a no ocultar públicamente nuestro pensamiento ni nuestros sentimientos cuando nos parecen tan legítimos como justificados. Además llueve ya sobre mojado. Decía José Ortega y Gasset que la claridad es la cortesía de la inteligencia al contrario de Eugeni D'Ors que si su criada entendía lo que había escrito decía que había que oscurecerlo un poco antes de darlo al editor. Así que estamos una vez más con Fernando Savater que sostiene con fundamento que hay que tener el coraje y la decencia de expresarse con absoluta nitidez tanto en la prensa como en los medios académicos. No creemos que por ello nos hagamos automáticamente más inteligentes, desde luego, pero al menos no más oscuros, confusos o ambiguos. En lógica consecuencia hacemos ahora un esfuerzo aún mayor de «claridad expresiva»... Por nosotros que no quede, ya que su destinatario natural y sus *hooligofans* han hecho méritos más que sobrados para obviar toda sutileza y contestarles «definitivamente».

Revisionismo y política. Pío Moa revisitado, que también podríamos haber subtitulado con más precisión, *el pobrecito hablador o el extraño caso del trasunto de Mr. Bean*, es obviamente una réplica directa al aludido que responde a la imperiosa necesidad de revisar siempre lo que se escribe por si hay que corregirlo, matizarlo o ampliarlo, cuánto más si se nos replica airadamente, y trata también de atender a la explícita demanda social de que se conteste con firmeza y sin concesiones al señor Moa en tanto que cabeza visible del mentado falso revisionismo. Dicho «revisionismo» puja vehementemente por desplazar de la cultura política a la historiografía profesional. No lo conseguirá jamás.

Este ensayo lo hace con un imperativo de brevedad y la mayor concisión y, por tanto de forma mucho más asequible, de la que finalmente resultó en *Anti Moa* donde se contraponían a sus tópicos y simplifica-

ciones los resultados de la historiografía académica y profesional. Los escritos «revisionistas» de Moa se están convirtiendo en una verdadera plaga para buena parte de la población sin que ninguna voz autorizada desde la historiografía alertara suficientemente del daño social que producía y produce semejante pandemia. Y ahora, a la fuerza ahorcan, dada su insistencia, con más razón.

No hay nada más que ver como está el patio nacional de la política para preocuparse por la creciente crispación que, previsiblemente, no cesará ni puede desembocar en nada bueno con independencia de a quién le toque gobernar y a quién estar en la oposición, razón más que suficiente para tratar de atajar en la medida de lo posible las infecciones subculturales que contribuyen a ella. Probablemente no seamos nosotros la voz más autorizada para hacerlo, pero los comentarios de los lectores que aquí reproducimos corroboran que existe una fuerte demanda a la que hemos tratado de atender nosotros mismos con mayor o menor eficacia, gracia y salero pues, el inevitable aburrimiento de adentrarnos en la «obra» del señor Moa, había que compensarlo con razonables dosis de humor e ironía, e incluso algún que otro sarcasmo sobrepasado ya ampliamente por su parte el nivel máximo admisible de saturación. Se imponía pues alguna que otra mordaz réplica directa a sus insultos y descalificaciones como imprescindible terapia «metodológica» para poder salir incólumes mentalmente de su abusiva farfolla. Cualquier otro camino no era humanamente asumible. Cuanto más a la vista del nuevo libelo que nos concede el honor de dedicarnos entre otros distinguidos compañeros de viaje, y cuyo título, *La quiebra de la historia «progresista». En qué y por qué yerran Beevor, Preston, Juliá, Viñas, Reig...* (2007), es ya todo un botón de muestra de su ensoberbecida personalidad. Es todo un honor ser incluido en peña tan distinguida de equivocados y torcidos, y una mera anécdota el autor de esta definitiva contrarréplica que, obvio es decirlo, sólo se representa a sí mismo. Definitivamente a este señor no se le puede tomar en serio, es mucho más divertido que Mr. Bean.

Le sabíamos infatuado pero no tanto la verdad. El hecho de haber tenido que acercarnos a su obra ya nos puso en sobreaviso de con quién nos jugábamos los cuartos. De sus propios textos ya cabía deducir algo verdaderamente inquietante de su persona. Pero ahora ya se abandona reiterada y gozosamente por la siempre oscura senda de la desvergüenza y la in-

dignidad de la que no es fácil salir después. Pues no va y se hace poner en la contraportada, por si nadie pasa de ella, que «ningún adversario ha logrado refutar sus tesis de forma satisfactoria». Hilarante. ¿Pero dónde están tales «tesis», señor mío? ¿Sabe este caballero lo que es una tesis? ¿Se piensa que es un sinónimo de opinión? ¿Piensa que las simples ocurrencias (ni siquiera) tienen todas el mismo peso y valor? ¿Es otro de esos tontos de solemnidad que dicen a todas horas, como gran argumento de autoridad, que todas las opiniones son válidas o respetables (especialmente las suyas) vengan de donde vengan y las defienda quien las defienda? ¿Es él mismo quien ha de juzgar la satisfacción o insatisfacción que el análisis de sus obritas pueda merecer en los medios historiográficos y culturales verdaderamente influyentes? Y continúa reproduciendo, a falta de cualquier atisbo de biografía intelectual que mínimamente le avale, los alucinados elogios ya de sobra conocidos que le hace el profesor Payne (verdaderamente desorientado en este tema), y que siempre se pone nuestro hombre a modo de medalla. Nos hacen sentir verdadera vergüenza ajena.

¿Hace falta decir que estamos ante un libelo más confeccionado a base de lo que antes se decía «cortar y pegar»? Ahora el procesador de textos facilita enormemente tan «creativa» tarea. ¿Pero cómo puede titular tan mentirosamente y no responder en absoluto a lo que pretende denunciar? Como hasta el más tonto se hace un reloj de madera y acaba por aprender algo a base de insistir, esta vez al menos divide en varias partes pretendidamente monográficas el conjunto de artículos de combate virtuales con que nos atufa a diario y que, debidamente agrupados publica bajo formato de «libro» con pretensiones intelectuales de orden político o historiográfico. Busca un título llamativo tomando la parte por el todo (como suelen hacer siempre los totalitarios en potencia, reprimidos o latentes) y ¡hala otra perla más para la claque!

Por tanto, *Revisionismo y política. Pío Moa revisitado* no hace sino volver sobre las redobladas razones que nos indujeron a escribir *Anti Moa* y que hemos tenido la oportunidad de ver plenamente confirmadas sobre la base indiscutible que siempre supone la carga de la prueba pero, como es lógico, con mayor brevedad y contundencia a la vista de lo visto. Incluimos en esta nueva entrega, que complementa y revisa pero no suple a la primera, lo siguiente:

En el capítulo I, tratamos de responder con la mayor concisión posible a las exigencias intelectuales de Moa en el sentido de que nadie entra a debatir sus «tesis» (mitos) que a él le parecen especialmente relevantes (sigue sin abuela el pobre) al contrario de lo que opinan al respecto la inmensa mayoría de los historiadores profesionales de prestigio que lo consideran más que contestado por activa y por pasiva en la bibliografía académica disponible. Moa no revisa nada, es incapaz de poner en cuestión nada, y ya ha quedado más que suficientemente contestado puesto que la historiografía hace mucho que ha desmontado los mitos fundamentales del franquismo referidos a la República, la Guerra Civil y el propio régimen caudillista que los impuso al pueblo español, y sobre los que Moa vuelve con pretensiones de novedad ante su ingenuo, mal informado o sencillamente ignorante público, pero sin alterar lo más mínimo el «estado de la cuestión» existente. Ahora nos limitamos a ponerle una guinda a nuestro *Anti Moa* a la vista de su última perla *historietográfica*.

En el capítulo II, nos referimos a modo de antecedente remoto del *Anti Moa* a un breve rifirrafe mantenido en Internet a raíz de la publicación de un artículo a él dedicado que colgamos en la red y que desató las iras de su abundante club de *fans*. Ya casi lo habíamos olvidado pero la furia renovada que nos han prodigado tales *hooligans* tras la publicación del libro nos lo ha recordado. Apenas aludimos a él de pasada entonces, por lo que incorporamos aquí algunas de las reacciones que suscitó para mejor enlazar con el presente texto.

En el capítulo III, ofrecemos una brevísima muestra de la consideración de la que goza Pío Moa por parte de los lectores que convocamos a expresar libremente su opinión, la mayor parte de ellos estudiantes y estudiosos de Historia. Se trata de demostrar la creciente demanda existente de respuestas al neofranquismo emergente en materia histórica y que ahora ha podido al menos verse parcialmente satisfecha y libera nuestra conciencia del tiempo –¿perdido?– a ello dedicado. De todo el conjunto de ellas, unas, llaman nuestra atención sobre alguna errata detectada haciéndonos con ello un impagable favor pues muchos ojos siempre verán más que los propios, ya de por sí bastante deteriorados los pobres. Otros lectores aprovecharon para entablar un diálogo con el au-

tor con el que se toparon en sus indagaciones librescas, aunque a veces éste tenga poca relación con el libro mismo que lo propicia. Pero la inmensa mayoría lo hacen para solidarizarse con nuestra intención o alabarnos la crítica desplegada (y su tono) frente a este falso revisionismo, esfuerzo que no les ha pasado desapercibido y, gentilmente, así nos lo manifiestan y nos lo agradecen. Dicha «antología» contra Moa aspira a ser representativa del amplio conjunto recibido y dar fe de paso del siempre agradable contacto entre quien escribe y quien se toma la molestia o el interés de leer a un autor determinado. Si además de leídos conseguimos ser entendidos en nuestras aspiraciones más serias (que se desechen los libelos y se lean libros de Historia de verdad como objetivo principal), y además lo conseguimos entreteniendo y haciendo sonreír al respetable, se experimenta una satisfacción tan intensa como de difícil descripción. Damos aquí fe de ella y agradecemos a nuestros lectores su condescendencia y su reconocimiento.

En el capítulo IV, tratamos de responder a algunas de las preguntas más frecuentes que todo lector potencial, alertado por el pertinaz «revisionismo» de la historia contemporánea de España que nos invade, puede plantearse y que, quizá, se halle algo desconcertado por el barullo mediático que en torno a estos temas se ha provocado y que no parece que vaya a cesar nunca. Todas las respuestas se encaminan en la misma dirección: no se trata de un debate historiográfico, siempre saludable, sino de un burdo intento de politización de la historia cuando las aportaciones de ésta no son del particular gusto ideológico o político del propagandista de guardia. Para ello, aportamos dos entrevistas, una más breve concedida a la revista *Tiempo*, y otra algo más extensa al diario *elplural.com* que editó una versión abreviada. Aquí la reproducimos completa. También incluimos nuestras respuestas a unas preguntas sobre «Historiografía y propaganda» que nos planteó la revista *TEMAS para el debate* siempre sensible a cuestiones de interés no sólo político y social sino también de índole cultural pues, pensamos, que pueden ayudar al lector a situarse rápidamente en los términos concretos del falso debate histórico que la derechona más extremosa (o la camarilla que actualmente tiene secuestrada a la derecha democrática) lidia en el mundo mediático sin hallar cumplida respuesta en los sectores profesionales

más destacados de nuestra historiografía, aunque ya parece que empiezan a verse respuestas serias y documentadas con mayor frecuencia que antes dada la desconcertante persistencia de dicha plaga. Y es que todo tiene un límite en esta vida, cuanto más la simple contumacia en la trivialidad. El estilo de respuesta breve y directa que propicia el género de la entrevista, sometida a las inevitables limitaciones de espacio y simplificaciones que la prensa impone, puede ser útil ahora para el lector que busca información rápida y concisa.

En el capítulo V, plantamos cara a la gran ofensiva lanzada desde determinados medios, no para revisar o reescribir la historia reciente sino para impedir que se haga dicha revisión si no es al gusto del franquismo sociológico y sus intereses políticos o los de sus más empecinados continuadores. Reproducimos para ello un artículo nuestro publicado en el diario *El País* en la sección de opinión. Fue de hecho este texto el que abrió el fuego a discreción a que nos sometió Moa y sus *hooligofans* más «distinguidos» desde antes de la aparición misma de *Anti Moa*, que se encontraba ya en el horno y a punto de caramelo. Ante dicho artículo, en el que ni se le mencionaba, Moa nos ofreció otra de sus airadas réplicas que dirigió al propio periódico que nos lo publicó en su obsesivo empeño de entrar en polémica y, de paso, poder darse un poco de pote a su costa. Transcribimos también completa su respuesta pues es verdaderamente antológica para que el lector pueda comprobar por sí mismo, sin intermediarios ni manipulaciones, la utilización sistemática del conocido método Ollendorff por parte de Moa y adscritos para no responder seriamente a sus interpelantes poniendo apenas el ventilador y yéndose como siempre por las abundantes ramas de los siempre atiborrados cerros de Úbeda en un alarde más de su despreciable capacidad calumniadora.

En el capítulo VI, nos hemos centrado en una cuestión estrictamente personal que, por el simple hecho de referirse a nosotros y a nuestro padre, no tendría el menor interés para el público, salvo el de poder corroborar aún más si cabe la ausencia absoluta no ya de la menor deontología profesional de Moa sino de unos valores éticos o morales mínimos que, en principio, cabe suponer inherentes a todo «historiador y periodista» o a una simple persona debidamente socializada, «civiliza-

da». «Qué error, qué inmenso error» sería atribuirle semejante condición. Le respondemos, como es natural, ya sin el menor miramiento, dadas las intolerables alusiones familiares a propósito de nuestro padre y las estúpidas deducciones que de tal circunstancia él y sus secuaces creen obtener para tratar de descalificarnos.

En el capítulo VII, glosamos su plúmbea artillería con pretensiones historiográficas y que utiliza de nuevo para seguir defendiendo su indefendible posición de pretendido historiador profesional y que no hace sino poner de manifiesto el fondo político que mueve a estos publicistas. Por si no estaba ya suficientemente claro se trata una vez más de meras opiniones sin fundamento al servicio de intereses políticos partidistas muy concretos. Su nuevo libelo se limita a reproducir sus artículos de combate político (no de crítica historiográfica) suministrados a diario por los sumideros siempre desbordados de *Libertad Digital*. Toda una relevante aportación *historietográfica* más sin el menor interés para cualquier especialista. ¿Cabía acaso esperar otra cosa? Desde luego que no.

En el capítulo VIII, le devolvemos a su corralito uno de los zorros demagógicos más ridículos que tan aviesamente ha tratado de colocarnos en esta ocasión a los demás en nuestra propia casa, pues no hay más «estalinistas» («lisenkos» dice ahora) que él y los suyos, antes en la extrema izquierda; ahora en la extrema derecha (al menos mental, es decir, obtusa) y siempre perdidos dando vueltas sobre sí mismos bajo el sol que más calienta. A Moa le sigue traicionando como de costumbre el subconsciente.

En el capítulo IX, proseguimos analizando la ya insoportable levedad *historietográfica* de Moa que tan generosamente nos muestra siempre tirando balones fuera pues no sabe ni dónde está la portería. Como no sabía qué criticar, ni dispone de conocimientos, ni del menor aparato crítico en el que apoyarse, se limita de nuevo a sus habituales divagaciones y acusaciones retóricas de supuestas adscripciones ideológicas o políticas de sus críticos sin mostrar el menor fundamento para ello. A este señor se le ha parado el reloj y sigue anclado en una dialéctica maniquea más propia de Guerra Fría: comunistas y anticomunistas, capitalistas y anticapitalistas (él y sus secuaces y «el gremio», es decir, buenos y malos) como en el siglo pasado (cuando Franco), pero desde luego no de estos tiempos que corren insertos ya todos (?) en el tercer milenio.

En el capítulo X, hacemos capítulo aparte y haciendo de tripas corazón volvemos una vez más sobre el famoso mito de la reunión de Hendaya entre Hitler y su reivindicado Franco, mito en el que no deja de insistir porque nosotros no paramos de dar «la vara», dice, y él, claro, que la tiene más larga, se dispone a poner las cosas en su sitio, a fijárnoslas en la pizarra, como si él fuera el maestro y los demás sus pupilos. En realidad ya no sabe por dónde salirse antes que rectificar o callar. Este tema (hay otros muchos desde luego) es como una especie de última línea de defensa del franquismo más contumaz y, como hombre de fe bien retribuida, se lanza de nuevo a librar una batalla que está definitivamente perdida desde hace mucho tiempo, por más que trate de ocultarlo a su público, razón por la cual sigue machacando de acuerdo con las «técnicas» inherentes a la propaganda de *agit prop* que tan eficazmente aprendió en su anterior reencarnación. De ahí que le dediquemos un nuevo capítulo a este asunto por más que nos acompañe una inevitable sensación de fatiga y el absoluto convencimiento de que resultará completamente inútil pues no hay peor ciego que quien se empeña en ir con anteojeras por el mundo o mirando al suelo en vez de con la vista al frente, ni peor sordo que quien no quiere oír pues tiene los conductos auditivos y cerebrales totalmente obturados por la propaganda propia y ajena y los talones bancarios que de ello se derivan, ni tampoco sabe controlar su incontinente lengua o refrenar la trepidante mano (*¿Parkinson*, quizá, como su admirado caudillo?) que alimenta su prolífica pluma empeñada en emborronar toneladas de papel sin el menor interés.

En el capítulo XI, abordamos críticamente la glosa de otra de sus pretenciosas «obras» que esta vez ha titulado para despistar, *Años de hierro* y enteramente dedicada a contarnos los peores años del franquismo (1939-1945), años que por arte de magia se convierten en sus manos en años de hojalata. Recurre de nuevo a sus propias páginas anteriormente publicadas aquí y acullá para sobre la base de cualquier cronología más o menos detallada de esos años sombríos de la inmediata posguerra, y la incorporación de alguna que otra cita de orden menor, transtextualizarnos los años de plomo franquistas contados por tantos historiadores de verdad mucho mejor que él. Bajo su firma se nos aparecen dichos años poco

menos que radiantes y luminosos, si tenemos en cuenta las circunstancias «inevitables» en que se vio sumido el país sin saber muy bien cómo pudo ocurrir tal, y el desolador panorama europeo que nos convertía automáticamente en un país privilegiado. Una visión, pues, «amable» de los años más feroces de la dictadura que tanto han distorsionado el gremio de historiadores «progres» (?) que tanto le descompone. ¿Y quién es el bravo y agudo analista que va a encargarse de devolver las aguas a su cauce? Pues, como nos ilustran las siempre imaginativas solapas de sus libros, él mismo. ¿Y quién es él? Pues un sostenedor «de innovadoras tesis sobre la historia de España» (?), un autor cuyas obras «han supuesto una revisión profunda de muchos tópicos acerca de la historia del siglo XX español» (?), alguien que «ha expuesto la verdadera raíz de numerosos mitos y falsos enfoques sobre la historia de España en el siglo XX» (?). No, no es que no tenga abuela el personaje, es que miente con el descaro de un impúber. ¿No es, en el fondo, enternecedor?

En el capítulo XII, nos referimos a las reiteradas «tesis» (mitos) principales de Moa, ya que él mismo aprovecha la ocasión para repetírnoslos (¡qué manera más grosera de seguir dándonos la matraca!) pensando que son lo que no son, que se trata de tesis novedosas, que resultan consistentes y dignas de ser expuestas al público, y no un nuevo y trivial más de lo mismo. Trata de publicitarlas –¡otra vez!– como si se trataran de la mismísima Biblia o incluyeran una «nueva y sesuda teoría histórica» (¿«egocéntrica»?) del Universo. Es decir, puro y vergonzoso ombliguismo «intelectual» del que es incapaz de salirse. En verdad: «Todos los ombligos son redondos», como sabiamente escribiera Álvaro de la Iglesia, aunque más bien empieza a parecer ya, siguiendo a tan avispado humorista, «un náufrago en la sopa».

En el capítulo XIII, sobre la base de un reciente estudio de especialistas en ciencias de la información, nos reforzamos en el análisis de su burdo intento de trasladar el «periodismo amarillo» que practica a diario a la historiografía sin más resultado que el previsible: hacer «historia amarilla» (nosotros preferimos referirnos a tal subproducto como *historietografía* para dejar a la Historia libre de adjetivos). ¿Hasta cuándo habríamos de seguir contestando a esa *historietografía*, a ese pretendido revisionismo tan falso como la propia autobiografía de Moa?, pues él,

como antes Ricardo de la Cierva y sus futuros continuadores, no rectificarán jamás nada mientras ganen dinero con ello. No se trata, pues, de entrar en el juego de estos propagandistas *sine die*. Llega un momento en que hay que saber poner punto final a este género de polémicas (?) que sólo benefician a los que viven de ellas. A ello hay que añadir el apoyo moral que se han apresurado a darle al «historiador y periodista» amarillo sus editores más agradecidos.

En el capítulo XIV, hacemos una breve recapitulación general y presentamos compendiadas las conclusiones generales a las que necesariamente llega cualquiera que entre en contacto con los incontinentes escritos de Moa, y que no puede ser otra que la apuntada: Moa no hace historia sino *historietografía* y politiquería, para ya encarar, en un epílogo «definitivo», nuestra ansiada despedida y dedicarle un sentido, *Goodbye Mr. Bean*.

Adjuntamos en anexo, a modo de curiosidad, dos documentos. Uno, la denuncia colectiva presentada contra Pío Moa a finales de noviembre de 2007 por un grupo de ciudadanos que, innecesario es decirlo, nos hemos abstenido de firmar a pesar de haber sido requerido para ello, o de apoyar por razones que cualquiera que haya leído *Anti Moa. La subversión neofranquista de la Historia de España*, o se entretenga ahora con *Revisionismo y política. Pío Moa revisitado*, podrá entender perfectamente. Mi denuncia particular está profusamente explicitada en el primero de dichos libros a lo largo de quinientas páginas y ahora, mucho más brevemente, a modo de definitivo epílogo, aquí. En cualquier caso, el texto de la denuncia le resultará útil a cualquier lector para comprender mejor las razones de tantos ciudadanos que se han sentido legítimamente agredidos por la indecente e incontinente verborrea de este singular personaje, y en consecuencia tratan de defender su propia autoestima y honorabilidad por los cauces legítimos que la Ley de un Estado democrático nos garantiza a todos. Y, dos, reproducimos también a modo de contraste el texto del manifiesto que inmediatamente a continuación, y como consecuencia de dicha denuncia, se apresuraron a firmar cuantos creen que el señor Moa es objeto de una sañuda persecución por parte de un bien nutrido grupo de aspirantes a nuevos inquisidores, que tratarían en realidad de acabar con la libertad de expresión (?). Reproducimos ambos textos a título meramente informativo para el que leyere.

Los lectores que leen críticamente, no los secuaces acostumbrados a hablar siempre por boca de ganso, naturalmente nos juzgarán a los unos y a los otros. En este nuevo texto nuestro (no un simple «refrito» moístico de cortar y pegar lo ya publicado) hemos eliminado las notas a pie de página para facilitar y no interrumpir la lectura pues, contrariamente a nuestra propia impresión de haber sido más bien parcos en ese punto, no fueron pocos los lectores que nos reprocharon abusar de ellas en *Anti Moa* (qué difícil es calibrar el punto medio para cada ocasión). En cualquier caso los lectores interesados encontrarán las referencias completas de las menciones de autores, libros o fuentes que se hacen a lo largo de este texto en la bibliografía final, como es su derecho y nuestra costumbre y obligación de hacer; información de la que obviamente son siempre acreedores a diferencia de los lectores de Moa. Un aparato crítico y bibliográfico más completo puede hallarlo el lector en la segunda edición de *Anti Moa*.

Si algún lector que se haya tomado la molestia de seguirnos hasta aquí lee ahora el nuevo libelo de Moa dedicado a lo que él llama «la quiebra de la historia progresista» (dados sus errores y «desenfoques monstruosos», dice) en la que se ocupa fundamentalmente de cargar contra todo bicho viviente, arremetiendo contra cualquier historiador profesional que le critique o cuyas aportaciones no coincidan con sus pretenciosas «tesis» (mitos), decide perder su tiempo con cualquiera de sus nuevas publicaciones, podrá comprobar por sí mismo cómo tira por elevación, cómo se repite tediosamente, cómo elude siempre el fondo del asunto, cómo se empeña en trasladar un falso e inexistente debate histórico al campo político (que es lo que a él se le da de perlas) incapaz de entrar en las cuestiones estrictamente historiográficas, cómo es incapaz de trabajar con fuentes primarias, cómo sostiene vacuas opiniones sin el menor aval documental novedoso, cómo brilla en lo que verdaderamente sabe hacer y por lo que generosamente le pagan: la propaganda política al servicio de los actuales *neocons* que han secuestrado el legítimo conservadurismo español y el espíritu civilizado de las derechas españolas no franquistas en una absurda huída hacia delante reivindicando los valores del franquismo. Valores que no son otros que los de un dictador tan cruel como mediocre, y que nadie en su sano juicio puede

hoy, ya entrados en el tercer milenio, tratar de reivindicar, actualizar o adaptar a estos tiempos felizmente democráticos.

Esta «tropa», como dijo Mariano Rajoy evocando una expresión feliz del conde de Romanones aludiendo a sus propios partidarios y fuerzas auxiliares (Esperanza Aguirre a su vera, en vez de enrojecer, le rió la gracia con servil adulación), no para de agitar la vida pública (sea a propósito del 11-M, de «ETA», de la historia de la República, la Guerra Civil y el franquismo o ya incluso de la actual Monarquía parlamentaria) para volver al poder por cualquier medio incluida la reivindicación (a estas alturas) de un personaje tan negativo como el general Franco. Igualmente resulta ya vergonzosa la insistencia de Moa en proclamar por todas partes que se le persigue, se le censura y se busca su silenciamiento a cualquier precio. Es falso, pero, por otra parte, ¿tendría la más mínima lógica que recibieran la misma atención y apoyo los productos industriales facturados a precios de mercado (más o menos fijados por las leyes de la oferta y la demanda) que aquellos que tasan los expertos y conceden a las obras relevantes desde el punto de vista cultural?

Ponemos aquí el punto final, «definitivo» que diría Ricardo de la Cierva, a esta «batallita» o «miniguerrita» librada con uno de los impostores más pertinaces surgidos en España en las postrimerías del pasado siglo desde el mentado Ricardo de la Cierva, su «Gran Maestro» (aunque como Judas… ¿o Simón Pedro?, ya anda por ahí empezando a negarle, al igual que a Arrarás), que una vez jubilado ya puede descansar tranquilo ante el testigo legado a su brillante discípulo Pío Moa. (Qué gracioso es el reconocimiento de deudas intelectuales o simple listado de presuntos avalistas que nos ofrece ahora este singular personaje.) Aparte de habernos demostrado su similar talento *historietográfico*, también nos ha demostrado, y más que sobradamente, su ejemplar ética personal, es decir, ser tan mentiroso como su maestro, lo que ya era en sí mismo todo un desafío «intelectual».

Nosotros no nos hacemos la víctima ante sus reiteradas descalificaciones, insultos y mentiras. No digamos ante las deyecciones de sus secuaces más primitivos que ajenos al menor síntoma de socialización civilizadora se encuentran aún, los pobres, en pleno «estado de naturaleza». A la vista de lo que escriben en la red es obvio que dan electroencefalograma plano y pa-

decen de colitis crónica. Nosotros no abjuramos de nada ni repudiamos a nuestros padres o a nuestros maestros o a nuestros amigos de antes o de después, como siempre hacen los mercenarios, los renegados y los conversos. Es más, nuestro afecto, agradecimiento y respeto por todos ellos es inversamente proporcional al que sentimos por quienes nunca saben quiénes son, ni de donde vienen, ni adónde van, porque siempre estarán girando sobre sí mismos y naturalmente se posicionarán, llegado el momento, a la sombra protectora del sol que más caliente. Nunca dejarán de servir a quien mejor les pague. Es como la fábula de la rana y el escorpión cuando éste la aguijonea tras haberlo transportado sobre su lomo para atravesar una charca, y le pregunta ingenuamente qué por qué lo hace. «Es mi naturaleza», responde el escorpión. Pues eso, son mercenarios, es su naturaleza.

Nos pongamos como nos pongamos es una evidencia que muchos de estos personajes, algunos pretendidos ex izquierdistas o ex revolucionarios de arraigados ideales en pos de la redención de la humanidad explotada, no abominaron en su día del siempre corruptor capital por profundas convicciones ideológicas o morales sino porque les era tan ajeno como inalcanzable a sus naturales talentos. Sin embargo, como los designios de la providencia son inescrutables, en cuanto les favorece un poco el azar y salen de su pobreza material (de la moral se muestran del todo incapaces) pasan a adorarlo cual verdaderos idólatras pues, cegados por su efímera popularidad («la gloria en calderilla» según Victor Hugo), piensan que su suerte es lógica consecuencia de sus méritos y talentos y no mero capricho de la diosa fortuna. El dinero, «el vil metal» tan vehementemente vilipendiado antaño, pasa a ser considerado hogaño como un fin en sí mismo (no sea que pase la racha) y no como un simple medio de transacción, lo que les hace ser en realidad lo que nunca han dejado de ser, unos derechosos de tomo (vacuo) y lomo (bien forrado) aunque se autodenominen –qué cosas– auténticos «liberales» a la búsqueda desinteresada de «La Verdad». «Aunque la mona se vista de seda, mona se queda.»

CAPÍTULO I

EL FALSO REVISIONISMO

Hay que insistir en la denuncia del falso revisionismo por más que historiográficamente el sonido del silencio pueda llegar a ser verdaderamente estruendoso. Sin embargo los falsos revisionistas dominan los medios de comunicación de masas y su negativa influencia es mucho más perniciosa de lo que algunos historiadores profesionales están dispuestos a admitir, lo que parece poner en cuestión que, mirar hacia otro lado, sea la actitud más idónea para enfrentarse a esta plaga que no cesa.

¿De qué sirve la excelencia historiográfica si no se gana la opinión pública? Una pequeña verdad por muy solemnemente que sea proclamada jamás anula la machacona reiteración con que se desenvuelve la mentira sistemática, la simple propaganda, la trivialidad más manida, cuyo sentido primero y último es repetir y repetir las mismas falsedades y tonterías hasta la saciedad en la absurda pretensión de que la mera reiteración del tópico más persistente les hace ganarse el derecho a ser tomados en consideración y ser públicamente discutidos. Estos escribidores de la nada son como las moscas de verano que por más que te las sacudas de encima vuelven siempre a la carga ya que su código genético las tiene apenas programadas para no dejarte tomar una cerveza o leer tranquilamente.

Jamás ningún espíritu crítico medianamente informado comulgará con las reiteradas ruedas de molino que estos profesionales de la propaganda tratan de vender como historiografía por mucho que insistan. Moa tiene siempre el revolver amartillado, pero ya sin balas, y de nuevo cree que sus perdigones son verdaderos obuses de depurada dialéctica e incontrovertible «ciencia histórica» en contraposición a sus críticos que careceríamos de sus depuradas técnicas de análisis histórico... Y, ahora, además, insiste presuntuosamente. Los lectores con criterio juz-

garán, no evidentemente los estrábicos interesados (que además no leen o al menos no a la otra parte) y que se limitan a librar batallitas mediáticas permanentes desde una toma de postura previa inamovible. Por lo visto no tienen otra cosa mejor que hacer. Se agarran a la dogmática de su icono mediático como el náufrago al tablón en medio del océano.

Han de quedar perfectamente claras ahora con *Revisionismo y política* al menos cuatro cosas.

a) El conjunto de la publicística de Moa no es ni siquiera «formalmente» académica. Sus escritos no lo son en modo alguno por más que así lo pretenda él mismo y su corte mediática de apoyo celestial. Aún quedan, y siempre los habrá, muchos temas de investigación de mayor interés por explorar en los que se encuentra inmerso todo el conjunto de los historiadores profesionales con independencia de su orientación ideológica, así que a estas alturas dedicarse a analizar el extraño caso del trasunto de Mr. Bean no deja de ser ya un mero divertimento vacacional para mejor hacer la digestión si nos hemos sobrepasado con los pavos y los capones navideños. No podemos abrumar siempre al lector serio (por más que distraerse y relajarse un poco sea una necesidad humana de las más básicas), con abstracciones académicas, confundirlos con disquisiciones teóricas o conceptualizaciones varias, ni nublar su propio entendimiento sometiéndolos a un lenguaje «neutro» y políticamente correcto que aquí no corresponde. Esa función la cumple sobradamente la historiografía que él denigra. Pero tampoco queríamos ni queremos desatender por completo a los estudiantes y estudiosos primerizos de Historia o al ciudadano culto interesado en estos asuntos, que ya al borde de la saturación, reclamaban un ensayo claro y una respuesta directa. En cualquier caso hemos optado por no dar la callada por respuesta y atenernos a los presupuestos propios de las obras de Moa, no más. Tesis primera: Moa no es un historiador profesional y desconoce el abecé de toda investigación rigurosa digna de tal nombre.

b) Creíamos y creemos que su éxito comercial no se entendería sin situarlo adecuadamente en su contexto político e ideológico y el amplio apoyo mediático de que goza, lo que exigía alguna página más de las estrictamente dedicadas al mero análisis de su «obra» principal (sus «tesis» básicas) para mostrar la conexión e intereses políticos mutuos que

explican «el fenómeno Moa» hasta el punto que llegó a publicitarle nada menos que el entonces presidente Aznar, contribuyendo así a que se dispararan aún más sus ventas. De otra manera no se entendería una de nuestras tesis principales: que estamos ante un combate político, no ante un debate historiográfico. Tesis segunda: Moa es un propagandista más, forzosamente adaptado a los inevitables vientos democráticos de los que felizmente disfrutamos todos. No hace otra cosa que politiquilla de ínfimo nivel al servicio de una derecha «centrífuga» tan anacrónica como empecinada en apoyarle.

c) Algunas referencias documentales resultan obligadas midiendo que no hagan farragosa la lectura del texto sobrecargándolo de notas y referencias ya innecesarias. No obstante se impuso entonces (en *Anti Moa*) un aparato crítico y bibliográfico mínimo, pero accesible, que al menos informara al lector y sirviera de contraposición a la práctica establecida por esta *historietografía* insolvente que pretende convencer a su público (convencido de antemano), con afirmaciones simplistas de supuesta autoridad científica sin base documental novedosa o relevante y cuya pretendida solvencia técnica no hallaría soporte académico en ningún institución de prestigio. Ahora ya podemos prescindir de ello a pie de página. Tesis tercera: Moa vive del cuento, es un indocumentado, que además oculta sus pretendidas fuentes de inspiración (o nos remite a las suyas propias de siempre) pues no son de recibo en la España actual y desvelarían aún más claramente, lo que realmente es: un hábil transtextualizador de una literatura completamente amortizada. El simple repaso de sus «notas» revela a los ojos de cualquier experto su propia inanidad académica.

d) Moa, como su Gran Maestro, no es otra cosa que un vulgar opinador a tiempo completo, un publicista incontinente, un escribidor torrencial, un vulgar boquirroto que insulta y descalifica y se sorprende cuando le dan la réplica que se merece. ¿Cuándo lee? ¿Cuándo estudia? ¿Cuándo investiga en archivos y bibliotecas especializadas para poder hacer algo más que trivial opinología? Nunca. El fundamento de cualquier opinión verdaderamente historiográfica, científica, novedosa, se encuentra en las fuentes primarias, en la bibliografía especializada, en los saberes demostrados con argumentos verdaderamente convincentes,

en el respeto intelectual de quien se lo ha ganado a pulso previamente, y haciendo públicas siempre nuestras legítimas discrepancias con un mínimo conocimiento, y un obligado y escrupuloso respeto al otro, sin manipularlo ni tergiversarlo por sistema sobre la despreciable base de que, frente al «enemigo»(?), todo vale. Cuando se les pierde el respeto a los demás no podemos ser tan simples de pretender encima que no se haga lo propio con nosotros. En cualquier caso Moa recibe ahora una pequeña parte de lo que se ha ganado a pulso él solito a base de esfuerzo y dedicación... Quien empezó insultando y menospreciando no fue otro que él. Tesis cuarta: Moa es un opinador trivial y maleducado de esos que tanto abundan en los llamados programas del corazón; es decir, un periodista amarillo que, lógicamente, no puede hacer otra cosa que «historia amarilla». Y sus secuaces de la red constituyen obviamente, a la vista de lo visto, «la flor y nata»... de la opinión pública española.

Estos publicistas o simples boquirrotos a cuyo frente se ha posicionado Moa malamente pueden ser calificados de «revisionistas», como erróneamente hacen muchos sobre la base de fuentes secundarias manipuladas y citas indirectas sesgadas. Los verdaderos revisionistas no son otros que los propios historiadores. Y estos escribientes compulsivos escriben *sobre* temas históricos, pero *eso* no los hace historiadores. Por otra parte la inmensa mayoría de sus *hooligofans* se jactan de no leer a quienes les cuestionan y critican. Para qué. No se enterarían de nada.

Javier Cercas, recogiendo el más puro sentido común, hacía unas muy ponderadas y precisas reflexiones sobre este tema, decía entre otras cosas, que «por mucho que se empeñen en propagar lo contrario los talibanes de la derecha española, no es en absoluto reescribir la historia lo que propone la llamada Ley de la Memoria Histórica». Su reflexión tiene un evidente interés y con las limitaciones propias del espacio que concede la prensa, Cercas, tocaba todas las teclas del asunto (a la izquierda y la derecha). Por eso merece la pena reproducir ampliamente lo que consideramos el núcleo duro de su argumentación.

> [...] no deja de ser desconcertante que el peor epíteto que desde hace años pueda infligirse a un historiador profesional sea el de revisionista, siendo así que la primera obligación de un historiador consiste precisamente en

> revisar la historia, en cuestionar las certezas comúnmente aceptadas y, por tanto, en proponer una interpretación del pasado acorde con los conocimientos y las experiencias del presente. Otra cosa es lo que perpetran en España algunos historiadores de mentira que de un tiempo a esta parte publican con éxito versiones actualizadas de los infundios de la propaganda franquista [...] Eso no debería conocerse como revisionismo; debería conocerse como lo que es: manipulación o mentira o, si se prefiere ser generosos, simple ignorancia. Pero que por temor a ser confinados en las letrinas del revisionismo haya historiadores que eludan la realidad o se muerdan la lengua o renuncien al valiente riesgo de la interpretación y se resignen a la docilidad pusilánime de la ortodoxia académica o ideológica sería una catástrofe con la que nadie saldría ganando, salvo quienes mienten, manipulan e ignoran.

No podemos estar más de acuerdo con *todo* lo que dice y aunque, de acuerdo con Voltaire, «el sentido común no es nada común», nunca viene de más hacer estas sensatas apelaciones y reivindicaciones que tan claramente establecen la deontología irrenunciable a la que deberá someterse cualquiera que quiera merecer el noble título de historiador.

Parece que ya desde los medios universitarios y de la mano de reputados historiadores y críticos se denuncia esta publicística que antes se ignoraba. Enrique Moradiellos y Francisco Espinosa fueron de los primeros en hacerlo con suma claridad y brevedad. Nos referiremos apenas ahora a dos comentarios de autoridad de dos especialistas que han abordado, si bien muy de pasada, esta inane publicística.

Uno de Manuel Pérez Ledesma, catedrático de Historia contemporánea de la Universidad Autónoma de Madrid que, a la pregunta de por qué han resurgido las interpretaciones profranquistas en los últimos tiempos, responde que «las razones parecen situarse más en el terreno político que en el estrictamente historiográfico». No por casualidad en 1999 inicia Moa su feraz publicística coincidiendo con la aprobación en septiembre de ese mismo año de una resolución parlamentaria condenando el levantamiento militar contra la legalidad constituida y el consiguiente enfrentamiento incivil, no obstante la cual el Partido Popular fue la única fuerza política que se mantuvo en las posiciones clásicas

previas sobre la Guerra Civil de las fuerzas sociales que representaba. Consideraron la misma como «una declaración cainita».

Pues bien, Moa no hizo otra cosa que «volver a la ortodoxia franquista», es decir, aquella en la que la responsabilidad mayor o fundamental del enfrentamiento fraticida recaía en «la izquierda republicana y socialista, que no sólo provocó sino que también, y sobre todo, comenzó la guerra». Y lo hizo, como ya es de dominio público, en 1934, que es la «tesis básica» de Moa que no para de repetir hasta la saciedad. Resume Pérez Ledesma:

> Al autor no le importa que su tesis vaya contra el sentido común, y en especial contra la idea comúnmente aceptada de lo que es una guerra. No es fácil admitir que una insurrección como la de 1934, que duró menos de un mes en una parte limitada del territorio español y que acabó con la derrota total de quienes tenían al ejército en su contra, pueda ser considerada como el comienzo de un enfrentamiento bélico; pero más difícil aún es aceptar que después de veinte meses de actividad política, con partidos, gobiernos y elecciones, una sublevación militar contra quienes ya habían sido derrotados en 1934 sea la continuación de ese mismo conflicto.

Abunda Pérez Ledesma en el hecho contradictorio que no puede pasar desapercibido a quien se aproxime a este tema, como fue nuestro caso, de que el principal valedor de Moa, el hispanista Stanley G. Payne, le contradiga en su tesis fundamental. 1934 sería en cualquier caso, como nadie niega, un precedente pero no el inicio de la guerra como se empeña Moa en sostener contra toda evidencia. Concluye Pérez Ledesma constatando que:

> Mientras exista un público que demande esos productos y alguna corriente política que los considere rentables para las luchas del presente, seguirán apareciendo obras dirigidas a exculpar a los militares rebeldes y a hacer recaer toda la responsabilidad sobre la izquierda republicana y socialista.

El otro comentario se debe al profesor y prestigioso crítico José-Carlos Mainer, catedrático de Literatura española de la Universidad de Za-

ragoza, quien se refería recientemente al revisionismo considerando que ninguno de estos autores (Pío Moa, César Vidal, José María Marco) tiene «la menor solvencia científica, pero venden como se vende el periódico *El Mundo* que los acoge, y como se escuchan las emisoras de la Cadena de Ondas Populares, la COPE». Es evidente que «la cuota del rencor y del miedo, como el recurso a la satanización del contrario, son los atributos inevitables de una vida social que corre más deprisa que algunos de sus componentes».

Paradójicamente, después de treinta años de democracia y de avances incesantes por parte de la historiografía, a nivel de medios hemos pasado en una primera fase de la propaganda a la desmitificación, pero ahora mismo más bien parece que hemos recorrido el camino contrario: de la desmitificación a la banalización.

¿Qué nos ofrece este pretendido «revisionismo» del que Moa es su principal adalid?, porque no estamos hablando de dos orillas ideológicas, de dos escuelas, de dos corrientes interpretativas opuestas o complementarias. Estamos hablando de historiografía y de *historietografía* como nos hemos permitido calificar al pretendido revisionismo que nos azota. ¿Hay alguna aportación digna de ser reseñada desde dicha orilla? ¿Acaso pueden considerarse publicaciones serias, profesionales, historiográficas, obras de Moa Rodríguez como, *Franco. Un balance histórico* (2005) o *1936: El asalto final a la República* (2005), *La quiebra de la historia «progresista»… En qué y por qué yerran Beevor, Preston, Juliá, Viñas, Reig…* (2007) o ahora el último estrambote, *Años de hierro. España en la posguerra, 1939-1945* (2007)?

Hay alguien en su sano juicio capaz de sostener públicamente que estas publicaciones de Moa son equiparables a las recientes obras de autores como Julio Aróstegui sobre la dinámica política republicana o la sublevación de 1936 (*Por qué el 18 de julio... Y después*, 2006), Gabriel Cardona sobre las operaciones militares y las distintas estrategias de ambos ejércitos en la Guerra Civil (*Historia militar de una guerra civil. Estrategia y tácticas de la guerra de España*, 2006), Ángel Viñas sobre las dimensiones internacionales e influencia de la política soviética (*La soledad de la República. El abandono de las democracias y el viraje hacia la Unión Soviética*, 2006 o *El escudo de la República. El oro de Es-*

paña, la apuesta soviética y los hechos de mayo, 2007), Enrique Moradiellos sobre la controvertida figura del doctor Negrín (*Don Juan Negrín*, 2006), Paul Preston sobre los corresponsales de la guerra de España (*Idealistas bajo las balas. Corresponsales extranjeros en la guerra de España*, 2007) o Francisco Espinosa sobre las ocupaciones de tierras de la primavera de 1936 (*La primavera del Frente Popular. Los campesinos de Badajoz y el origen de la guerra civil [marzo-julio de 1936]*, 2007) publicadas por las mismas fechas. ¿Acaso puede decirse que Moa o Vidal y equivalentes son todos ellos historiadores acreditados como los citados, y que se trata apenas de perspectivas diferentes, de enfoques distintos o complementarios?

La *historietografía* trivializa, banaliza, tergiversa, simplifica, manipula, subvierte problemas complejos que la historiografía analiza, investiga, revisa, explica y clarifica en la medida que las fuentes y el estado de nuestros conocimientos lo van permitiendo. Los *historietógrafos* copian a los historiadores sus fuentes, sus datos, sus citas... y las manipulan *pro domo sua*. Un mero cotejo de lo que un *historietógrafo* como Moa dice en cualquiera de sus libelos sobre la II República española con el análisis ponderado que hace en cualquiera de los suyos un gran hispanista como Edward Malefakis, pone claramente de manifiesto sin que pueda quedar el menor margen de duda para cualquiera que no sea un sectario o un simple ignorante, la abisal diferencia existente entre un historiador y un *historietógrafo* por mucho Payne que valga. ¿Acaso descalificaría éste a su colega Malefakis, como hace Moa, y se atrevería a decir públicamente que la visión de Moa es más objetiva e historiográfica que la del profesor emérito de la Universidad de Columbia como él lo es de la de Wisconsin-Madison? Un poco de seriedad por favor. No estamos hablando de perspectivas ideológicas diferentes. Comparar lo que Moa escribe sobre las derechas españolas y lo que hace, por ejemplo, Pedro Carlos González Cuevas, nos muestra con toda claridad la diferencia existente entre la pura banalidad y la simple profesionalidad. De la misma manera comparar cualquiera de los libros de Moa con cualquiera de los mismos de ahora, de antes y de mañana de los historiadores citados, sería como tratar de comparar un Vega Sicilia con un Don Simón por mucho que para los gustos se hayan hecho los colores.

Si hablamos de historiografía de verdad, ¿cómo vamos a incluir en el mismo club a los unos y a los otros? Repetimos, no es cuestión de ideología, no ya por lo que se refiere a Preston o Viñas y otros estigmatizados de izquierdistas sino a todos los demás. ¿O es que Marquina, o González Cuevas, son también jacobinos feroces, marxistoides estalinizados o unos nuevos despreciables lissenkos, por más que este último pierda la perspectiva, como su criticado Moa, y yerre torpemente calificando de jacobino (como Moa con Azaña) a quien no muestra el menor asomo de serlo? Eso sí, el señor Moa o sus equivalentes de mañana venden y probablemente venderán siempre mucho más que los historiadores serios de ahora y de mañana. ¿Y bien? También *El vecino del quinto* era la película más taquillera de la historia del cine español hasta que la desbancó *Torrente el brazo tonto de la ley*; sin embargo, nos permitimos presumir que nunca podrán equipararse tales películas con *Nueve cartas a Berta* de Basilio Martín Patino y *La caza* de Carlos Saura, o *Furtivos* de José Luis Borau y *La buena estrella* de Ricardo Franco, por citar algunas más actuales. De la misma manera que el difunto Vizcaíno Casas vendía mejor sus novelitas que Luis Landero las suyas, y los programas del corazón de la tele se ven y se verán siempre más, aquí y en cualquier otro país, que los documentales científicos, los ciclos de cine de autor o los programas culturales. Una cosa es la cultura con mayúsculas, la información y la ciencia, y otra cosa muy distinta la subcultura de masas, el periodismo amarillo y la brujería. Nada nuevo bajo el sol nos dijo hace mucho tiempo el sabio Salomón.

Ciertamente, como ha resumido brillantemente Mario Vargas Llosa (¿otro «rojo», no?), nos toca vivir en una civilización del espectáculo. Hemos llegado al disparate de que «una de las más importantes conquistas de la civilización, la libertad de expresión y el derecho de crítica, sirva de coartada y garantice la inmunidad para el libelo, la violación de la privacidad, la calumnia, el falso testimonio, la insidia y demás especialidades del amarillismo periodístico». ¿Acaso no asistimos algo más que asombrados, verdaderamente escandalizados, a que el manifiesto en defensa de Pío Moa, que acaban de presentar algunos *fans* y otros curiosos compañeros de viaje, se haga en nombre de la libertad de expresión?

Se trata efectivamente de un grave problema cultural. Vivimos, como sigue apuntando Mario Vargas Llosa, en un mundo donde «en vez

de persuadir» se trata de «seducir y excitar, apelando como los periodistas amarillos, a las bajas pasiones o los instintos más primitivos, a las pulsiones irracionales del ciudadano antes que a su inteligencia y su razón [...] triunfan la frivolidad, el esnobismo y formas crecientes de idiotez y chabacanería por doquier». Esa civilización del espectáculo en la que nos hallamos inmersos genera una absoluta confusión de valores donde las antiguas figuras ejemplares son ahora sustituidas por las meramente mediáticas donde la apariencia, el descaro, la simpleza y la demagogia sustituyen a la sustancia y al valor intrínseco de las cosas y de las personas. Dice Vargas Llosa con razón que «siempre existió, en el pasado, un periodismo excremental, que explotaba la maledicencia y la impudicia en todas sus manifestaciones» pero se veía más o menos obligado a hacerlo en una especie de semiclandestinidad en la que le mantenían los valores superiores de la cultura. Sin embargo hoy «los valores vigentes lo han legitimado». Concluye Vargas Llosa con su claridad y su solvencia habituales diciendo que: «Frivolidad, banalidad, estupidización acelerada del promedio es uno de los inesperados resultados de ser, hoy, más libres que nunca en el pasado».

El juego de la propaganda de este revisionismo consiste precisamente en repetir y repetir hasta la saciedad tópicos, simplismos, distorsiones, falsedades, calumnias e insultos hasta el agotamiento. Desgraciadamente siempre queda algo. Bucear de verdad, con investigaciones primarias, requiere un tiempo y una vocación que estos personajes no están jamás dispuestos a emplear bajo ningún concepto pues no les rinde beneficio material alguno. Es una constatación, aquí y en cualquier otro país desarrollado del mundo. Entrar en la crítica textual de los autores que descalifican alegremente exigiría al menos leerlos... Pero no, claro, en el tiempo que exige escribir un libro mínimamente digno esta gente publica media docena de libelos que, debidamente publicitados sin la menor vergüenza por ellos mismos y su tropa de apoyo, les hace ganar bastante más dinero que el derivado de la profesionalidad y el rigor debidos.

Una vez instalados en el reino de la mentira y la indignidad los libelistas de profesión no parecen dispuestos a abordar otra salida que la permanente huída hacía adelante. Ante ese panorama la historiografía lo tendrá siempre muy difícil en el campo de la batalla mediática de todos

los días. No es ese su terreno, desde luego. La ciencia, el conocimiento, la cultura siempre ha sido cosa de minorías por mucho que se haya extendido la educación básica. Pero no por eso hay que dejar de denunciar y combatir la invasión permanente de la politiquería en el campo de la Historia, algo tan viejo como el mundo por otra parte si bien entre nosotros alcanza ya niveles verdaderamente preocupantes. Moa –cinismo se llama la figura–, hace el mismo diagnóstico pero atribuyendo a sus críticos semejantes prácticas en las que él y los suyos son tan destacados profesionales. Dicen sus *hooligofans* que le insultamos. No, simplemente le replicamos como se merece. Es muy facilón y propio de la «ética», «moral» o «deontología» de estos sujetos sacar de su contexto las palabras ajenas y manipularlas por sistema para, tras hacerse las víctimas, verter simples calumnias. Debidamente citadas nuestras palabras en su propio contexto muestran con absoluta transparencia que no son otra cosa que «ponderadas» réplicas a tanto insulto, descalificación y ofensas gratuitas como ellos no dejan de arrojar de sus incontinentes labios convertidos en verdaderas espadas.

Este falso revisionismo no sólo no es ajeno a la crispación política en la que actualmente se haya inmersa la política española sino que la alimenta y al mismo tiempo se sirve de ella con innobles fines comerciales. Todo lo cual pone de manifiesto las fuertes resistencias que aún se perciben a que los valores tradicionales de la sociedad española, que tan bien supo encarnar el franquismo, sean sistemáticamente analizados y desveladas sus propias contradicciones internas y anacronismos impropios del siglo XXI en que vivimos, y queden apenas como una manifestación residual de un pasado que inevitablemente remite a la Guerra Civil como máxima manifestación de la violencia y su triste legado: la dictadura franquista.

Es penoso constatar una y otra vez que determinados grupos de interés, por aquello de que a río revuelto ganancia de pescadores, estén siempre dispuestos a lanzar sus destructivos aparejos de pesca sin someterse previamente a las reglas, normas, códigos, protocolos establecidos que cualquier actividad humana, aún a la procura de sus intereses personales, debe de respetar a rajatabla pues por encima de ellos siempre estará el irrenunciable patrimonio común, la convivencia pacífica entre

el resto de sus conciudadanos. Estos depredadores contaminan sin desmayo el medio ambiente, arrasan implacables el fondo marino político, histórico, educativo y cultural sin importarles lo más mínimo las consecuencias de su acción devastadora para los que vienen detrás de ellos, muchos de los cuales pensarán que su ejemplo es digno de ser imitado y que incluso deben ser debidamente venerados por ello. No les importa en absoluto a este ejército de propagandistas poner todo su empeño en el deterioro, contaminación, infección y destrucción del medio ambiente que todos necesitamos preservar para poder convivir en libertad pero con un escrupuloso respeto al otro, a la dignidad humana en definitiva. ¿Cómo no van a oponerse de hoz y coz a una asignatura como *Educación para la ciudadanía*? ¿Cómo no van arremeter contra una ley como la de Memoria Histórica? A estos libelistas no les interesa en absoluto que se formen ciudadanos libres, independientes, con criterio y capacidad para distinguir y elegir, puesto que rechazarían su infraliteratura historietográfica, sino una masa poco formada, atada a sus prejuicios, y que les compre sus libelos y les enriquezca aún a costa de impedir el desarrollo de una aún débil cultura política que es el más firme sostén de toda democracia verdadera.

Estos escritores triviales consideran que es fundamental para sus intereses actuales (fundamentalmente mercantiles pero también políticos) legitimar una violencia (la del 18 de julio de 1936), que habría sido inevitable, dicen, que fue terapéuticamente necesaria, afirman, para así legitimar la Guerra Civil y la dictadura franquista que vino a continuación, dictadura «autoritaria» (o sea que no fue para tanto) que habría sido también inevitable sostienen, en aras de la regeneración nacional, y que de nuevo se hace imprescindible, para librarnos de males aún mayores (el caos, el comunismo, la anarquía, la masonería o el separatismo entonces, el terrorismo, los jacobinos, los laicos, los gays o la balcanización ahora). Todo ello permitió y aún permite la exaltación de mitos, de héroes y símbolos del pasado (como el mismo Franco) a los que inevitablemente se acude en épocas de crisis (como en 1936), confusas o simplemente molestas (perder las elecciones y estar en la oposición), para tratar de relativizar o menospreciar valores que son de todos pero que se usurpan y se monopolizan a modo de rearme ideológico sectario,

como paso previo para la conquista del Estado y del Imperio (ayer); del Gobierno y de la opinión pública (hoy). ¿Y mañana? *Tomorrow belongs to me!* como cantaba encendido de amor patrio el joven nazi de la película *Cabaret* de Bob Fosse (con todo un futuro por delante) o nuestros fascistas nostálgicos de Franco que entonan su *Cara al sol* cada 20-N (con todo un pasado por detrás).

Ahora, ante la «quiebra» de la historiografía «progresista» que la proverbial sagacidad analítica de Moa ha detectado, este pobrecito hablador pretende ofrecernos un nuevo paradigma historiográfico... (?) Su fiel claque es tan «enjundiosa» (uno de los hallazgos verbales más relevantes de Moa sólo equiparable al de «definitivo» de su maestro) como él mismo proveedor de enjundias que la alimenta, y rompe a aplaudir de inmediato las volteretas y cabriolas de su artista preferido hasta romperse las manos (como los procuradores de Franco) cada vez que éste nos ofrece un nuevo estudio histórico (?) o un deslumbrante nuevo ensayo político (?).

Ya le pasa a don Pío lo que a Mr. Bean. Cuando un cómico resulta previsible, lo que acaba por ocurrirles hasta a los mejores de ellos, deja de hacer la menor gracia salvo que se sea un genio como Chaplin..., y es evidente que Moa no es Charlot. No nos hace reír; nos hace llorar (metafóricamente hablando).

CAPÍTULO II

LOS INTERNAUTAS DE MISTER BEAN

El gran drama de los mediocres aspirantes a cómicos, de cualquier esforzado postulante al Club de la Comedia o al Gran Circo Mundial, es que sin las consabidas risas enlatadas no podrían encontrarse a sí mismos jamás, pues son incapaces de reírse de su propia ausencia de gracia ya que empiezan por no tener el menor sentido del ridículo. No podemos saber a ciencia cierta si el personaje de Mr. Bean es genial o no, sólo certificar su evidente éxito gracias al actor que lo encarna, Rowan Atkinson. Suponemos que no pocos se desternillarán de risa con él, otros muchos no pararán de reír o apenas sonreirán plácidamente en su butaca de vez en cuando, alguno habrá también a quien no se le moverá un músculo de la cara y, desde luego, también habrá quién cambiará de cadena o apagará el televisor entre irrefrenables bostezos.

Pues con Pío Moa, y con cualquier otro, lo mismo. Para los gustos se hicieron los colores. Ahora bien, tampoco es cosa de echar en saco roto el nutrido y variado grupo de *hooligofans*, *groupies*, compradores-consumidores, lectores devotos y lectores críticos (que de todo hay en la viña del Señor), que ciertas figuras mediáticas que quieren pasar por escritores, siendo apenas escribidores, son capaces o incapaces de generar. Nuestra experiencia mediática es más bien escasa, y cuando hemos tenido oportunidad de rondarla, hemos buscado siempre con discreción el segundo plano. Cuestión de carácter; no en balde suele decirse, y creemos que con acierto, que «el carácter es el destino».

Nos referiremos aquí a cierto roce colateral con el verborreico mundo con que podemos toparnos en Internet y que, aun sabiendo de su existencia, siempre habíamos soslayado, pues cuando nos lanzamos a navegar por los infinitos espacios de la red es siempre a la procura, sobre todo, de información, de simples datos puros y duros o de escritos que vengan

únicamente avalados por el prestigio de su firma. Moa nos resultaba «gracioso» (ya me entienden), pero su club de seguidores, cuando tuvimos ocasión de topar con él, nos resultó muchísimo más «gracioso» aún. Estamos seguros de que me siguen entendiendo ustedes perfectamente.

Nuestro primer contacto con la obra de Moa, como ya confesamos en su momento, fue tardío. Se produjo en el año de gracia del 2003 como consecuencia del «envenenado» regalo que nos hizo nuestro buen amigo (mío quiero decir) Carlos, que tuvo la ocurrencia de regalarme *Los mitos de la Guerra Civil* de tan ilustre polígrafo. Obra que estaba convirtiéndose en esos momentos en un auténtico *bestseller* con el apoyo desmedido e insólito de la Brunete mediática del Partido Popular (facción ultramontana), cuyo supremo jefe a la sazón habría de recomendarlo como lectura de verano. De Azaña a Moa, pues, pasando por el padre Peyton (suponemos). Nuestro amigo cumplía, pues, con mi interés por la Guerra Civil y el franquismo, cuyas nefastas consecuencias él mismo hubo de sufrir en sus propias carnes, pues su padre se pasó 17 años en las mazmorras franquistas por el horrible delito de haber creído en la utopía comunista y, en consecuencia, fue uno de tantos antifranquistas acérrimos que ni siquiera escarmentaron con la cárcel, pues lo siguió siendo también después de que le indultaran (era una blanca paloma) hasta su mismísima muerte. Por todo ello pensó nuestro querido amigo que semejante mamotreto tendría, al menos para mí, cierto valor «documental». Sin embargo, el tal ladrillo traicionaba de principio a fin la memoria de al menos tres generaciones de demócratas españoles, fueran de derechas o de izquierdas. Aun agradeciéndole el regalo como es de ley, le manifesté mi escepticismo sobre su propia utilidad puesto que ya tenía alguna vaga noticia, si bien indirecta, de la inanidad historiográfica de dicho autor por reseñas leídas de sus libros anteriores y comentarios absolutamente negativos de queridos y admirados colegas. Me limité entonces a apilar semejante ladrillo en mi biblioteca en el rincón mental de los trastos inútiles más o menos en la idea de que su destino no habría de ser otro que el de acumular polvo a la espera del inevitable momento de hacer limpia general para hacer hueco a la literatura verdaderamente solvente siempre a la búsqueda de espacio.

Quiso el destino que me invitaran a dar una conferencia en la Universidad Complutense sobre *Mitografía de la Guerra Civil,* pues era el caso que nosotros mismos habíamos publicado tres años antes *Memoria de la Guerra Civil. Los mitos de la tribu* (2000) y, de pronto, caímos en la cuenta de que los alumnos que asistieran a ella podrían preguntarnos sobre Moa y sus publicitados mitos, así que nos apresuramos a leerlo, pues tenemos la deformación profesional de tratar de hablar o escribir con un mínimo conocimiento de causa y no aparentar un falso conocimiento más o menos obtenido a través de terceros. Nos quedamos literalmente estupefactos desde sus primeras páginas, y la impresión que nos produjo esa primera lectura resultó del todo coincidente con todos aquellos que nos habían hablado de las presuntuosas pretensiones historiográficas y renovadoras de Moa. La inanidad de sus pretendidos resultados era más que patente.

¿Habría existido alguna vez *Anti Moa* sin la ocurrencia de nuestro amigo y la invitación del profesor Julio Aróstegui a dar la tal conferencia ante el numeroso público de su Seminario de Historia Contemporánea de España de la Facultad de Geografía e Historia de la Complutense madrileña? Fue esa circunstancia la que nos forzó a ese primer contacto con Moa a través de sus exitosos y publicitados mitos. Las numerosas preguntas recibidas de los estudiantes a ese propósito nos indujeron a una serie de reflexiones que hasta entonces no se habían producido. Probablemente todo habría sido distinto sin mediar tales circunstancias, pero el señor Moa es tan pesado y reiterativo que habría sido capaz de activar por sí mismo a cualquier otro replicante, y probablemente más letal que nosotros mismos.

Siguió en aumento la fanfarria mediática moística a bombo y platillo. Por otra parte, no dejábamos de constatar cómo muchos alumnos o asistentes a nuestras conferencias y cursos comentaban e interrogaban con contenida irritación por qué la Academia no contestaba a Moa con contundencia, de una manera clara y firme. Mi respuesta en los comienzos de semejante campaña era siempre la misma: un cierto encogimiento de hombros y justificar semejante silencio con la evidente constatación de que todos los verdaderos académicos están siempre muy ocupados en cosas más interesantes que prestar atención a un libelista de éxito comercial.

Pero poco a poco se fue produciendo una inversión de tendencia y, en un momento dado, y cuando ya empezaban a zumbarnos los oídos más de lo tolerable ante tanto ruido mediático, colgamos en Internet, en el interesante portal «Historia a Debate» (Debates Abiertos IV, Historia de la Guerra Civil española, Alberto Reig, 30 de julio de 2003) que tan ejemplarmente anima el historiador Carlos Barros, un artículo escrito con elevadas dosis de ironía y sarcasmo, artículo que después publicamos dadas las numerosas peticiones del oyente (leyente) recibidas, debidamente editado con alguna corrección de estilo y añadiendo algunas notas. (Véase «Ideología e Historia. *Quosque tandem*, Pío Moa», *SISTEMA* 177, Madrid [noviembre 2003], pp. 103-119). Ése fue el inicio de nuestro previsible «calvario».

Desde entonces se desencadenó la orden de caza y captura decretada por el club de *fans* de Moa contra semejante rojo miserable que había osado contestar a su ídolo mediático en un tono no precisamente condescendiente con lo que ya había que empezar a considerar como «el fenómeno Moa». Arreciaron los insultos y las descalificaciones, algunas de las cuales eran puras y simples deyecciones fisiológicas que aquí naturalmente ignoramos.

Sí que reproducimos un texto que, por su ingenio, rompe un poco la monotonía propia de los consabidos «a favor» y «en contra» que cualquier polémica necesariamente genera. Moa cuenta con *fans* mediáticos más ardorosos que él mismo, y de un ínfimo nivel intelectual y cultural hay que añadir. El que suscribe tuvo ocasión también de leer entonces buen número de felicitaciones entusiastas, que aquí eludimos, pues el siguiente capítulo está enteramente dedicado a los comentarios recibidos tres años después a raíz de la publicación de nuestro *Anti Moa*, y con la pequeña antología que incluimos basta y sobra.

Lo que aquí sigue quiere apenas «ilustrar» el momento en que decidimos no seguir dando la callada por respuesta a lo que el señor Moa y su obra significaban y las andanadas que recibimos de ignotos personajes que saltaban en su defensa contra los supuestos rojos contumaces de suyo mentirosos y manipuladores con la obra de tan insigne polígrafo, pues, como puede apreciarse, la cuestión para ellos no era historiográfica sino evidentemente política. Todo contestador a Moa, «prestigioso

denunciador de miserables rojos él mismo», como antes su Gran Maestro Ricardo de la Cierva, no podían ser otra cosa que «rojos descerebrados, comunistas o ex comunistas miserables» y siempre tergiversadores de «La Verdad» por ellos y otros parecidos tan limpiamente establecida. Reproducimos aquí el ingenioso comentario aludido de uno de tantos internautas con sentido del humor en la absoluta convicción de que, visto lo visto, a Moa sólo podemos tomárnoslo en broma.

Hola a todos: Hace unos años, Woody Allen parodió en una colección de relatos algunos de los lugares comunes de la cultura occidental, caricaturizando sus rasgos hasta la exageración y publicándolos bajo el provocador título de «Cómo acabar de una vez por todas con la cultura». Viene esto a cuento de una nueva aparición de esa serpiente de todas las estaciones llamada Pío Moa a quien, como no cabe tomarse en serio, me vais a permitir que le dedique con ánimo jocundo el texto adjunto:

«Cómo acabar de una vez por todas con el debate sobre la Guerra Civil.»

Que la izquierda es la única responsable de la Guerra Civil resulta hoy en día tan evidente que apenas queda nadie de prestigio, fuera del tendencioso ámbito de las universidades, los congresos especializados y la historiografía científica, con agallas suficientes para discutírmelo. Sólo los ensoberbecidos por los títulos académicos, los sectarios del archivo y la fuente documental, los fetichistas de las fuentes orales y todo ese submundo que sobrevalora el método sistemático tanto como desprecia la genial intuición del autodidacta se han negado a reconocer la verdad que revelan mis escritos. Dado lo poco que me cuesta concebir teorías –las voces que oigo dentro de mi cabeza trabajan infatigablemente noche y día– y pasarlas inmediatamente al texto impreso en gruesos volúmenes, estoy en condiciones de demostrar fehacientemente las sugerentes hipótesis de que los conjurados contra el Frente Popular eran de izquierdas, que la Guerra Civil enfrentó a la izquierda entre sí y que se saldó con una larga dictadura de izquierdas. Lógicamente, no espero que el mundo académico –copado por secuaces del estalinismo desde los rectorados hasta el cuerpo de bedeles de facultad– preste oídos a mis fundados argumentos; tanto da, mientras intelectuales de

prestigio como Jiménez Losantos y César Vidal sigan llenándome el comedero, alimentando mi ego y pagando mis facturas.

Vayamos a los hechos, tozudos, ineludibles, incontestables: si en su día demostré que la Guerra Civil no empezaba cuando todo el mundo decía, y que la responsabilidad no era de quien todo el mundo pensaba, hoy tengo razones para afirmar que la cúpula militar dirigente del alzamiento de 1936 estaba infiltrada por el comunismo internacional y sus habituales compañeros de viaje. ¿Qué general fue el primero presidir la Junta de Burgos? Cabanellas. ¿Qué era Cabanellas? Masón. ¡Ajá! Primera pista que nos pone en el rastro de otras aún más sorprendentes: el conocido como «Director» no se llamaba realmente Emilio Mola, sino Emilio Megusta (y aun cabe sospechar que también manipuló el segundo apellido, Vidal, que probablemente fuera Mogollón o Mazo). Tenemos, por lo tanto, a un sujeto, Emilio Mola Mazo o Mola Mogollón, con tendencia al pseudónimo (rasgo típicamente bolchevique, como Lenin, Trotski o Stalin) y, además, de Navarra. He aquí la vinculación del eterno y desleal separatismo sabiniano unido a su inseparable compañero, el sovietismo. Más aún: ¿qué decir de Gonzalo Queipo de Llano, auténtico precursor del botellón, esa lacra disolvente de la tradicional energía de las recias juventudes españolas, antaño crisol de santos y guerreros, y hoy ruinosa hez de calimocho y cannabis? Conexión *avant la lettre* con las ideologías del izquierdismo trasnochado que podemos apreciar también en Millán Astray, intelectual comprometido, donante de órganos y fundador de una ONG dedicada a la acogida de inmigrantes delincuentes. ¿Y Franco? ¿Cómo interpretar aquellas confidencias íntimas a su leal primo, «haga como yo, no se meta en política», si no como una declaración de principios anarquizante? Y los golpes perpetrados por su compañera sentimental contra diversos establecimientos del ramo de joyería, ¿no son muestra evidente de una connivencia con los métodos de un Quico Sabaté o un Facerías? Pensamiento libertario y acción expropiadora consecuentemente unidas en la cúpula del nuevo régimen, bakuninismo y colectivización abarraganados en monstruosa coyunda.

Queda probado, pues, a despecho del sentido común, que la izquierda no sólo fue causante de la guerra sino también usufructuaría de su victoria contra sí misma. En próximas y no tardías entregas demostraré su responsabilidad en otros cuantiosos atentados contra el supremo interés nacional,

como el fracaso en el mundial de Corea, la conspiración para que no me toque la Primitiva o el desdén de Cameron Díaz hacia mis insistentes propuestas de matrimonio.

Firmado: Pío Moa, especialista en revisiones históricas, ITV y reglajes.
(Por la transcripción, Fernando Hernández, IES, Sefarad.)

Efectivamente, la transcripción no puede ser más precisa y desde aquí felicitamos a nuestro coadmirador de Woody Allen. No podemos saber de la carta que transcribimos a continuación, entre tantas otras de tantos internautas leídas de similar factura, qué fue lo que motivó la respuesta de otro de ellos entre tantos posibles a los que podríamos acudir.

Saludos compañeros de HaD (Historia a Debate): Escribo este texto con el único propósito de suscribir los planteamientos de Alberto Reig sobre la obra de Pío Moa, también sobre la historia de la Guerra Civil en general. En este país nos hacen falta muchas personas que se lancen a cuestionar aquello que desafía ampulosamente a la más elemental razón, lo necesitamos con urgencia.

Una idea, ¿cómo es posible que las instituciones de gobierno españolas –las estatales y las autonómicas– todavía se atrevan a ignorar la memoria de tantos seres que sufrieron y murieron durante la guerra? Me refiero, sólo por nombrar una de tantas, a la última negativa del gobierno al respecto, la de celebrar, con ocasión de la conmemoración del 25 aniversario de la Constitución, un homenaje a todos los luchadores antifranquistas. ¿Lo debemos aceptar?

Luis Pizarro, licenciado en Historia, Universitat de Barcelona.

Es el caso que dicho texto produjo esta réplica de Luis García:

Siento disentir de Luis Pizarro en sus alabanzas al recargado artículo de Alberto Reig criticando a Pío Moa. La continua adjetivación valorativa del artículo de Reig, carente de otras razones que las de autoridad y las de su fanatismo antifranquista irracional no le hacen ver cosas tan evidentes como la de la «paradoja democrática» que se podría enunciar así:

1º) El dar por hecho que cualquiera de los partidos marxistas existentes en la II República no era partidario de la dictadura sino de la democracia va en contra de sus propios Estatutos de partido, en los que se definía la dictadura del proletariado como uno de los objetivos a alcanzar.

2º) Los únicos partidos que no tenían como objetivo la dictadura eran los republicanos, por definición, y los monárquicos, a los que al haberse marchado el rey sólo les quedaba como marco de actuación política la democracia republicana.

Tampoco parece querer darse por enterado el Sr. Reig sobre los textos de las memorias de Azaña que cita Pío Moa entrecomillados, quizá porque contradicen sus prejuicios sólidamente formados por los historiadores del partido y su frente cultural.

Luis García, Universidad Complutense.

Otro navegador por los inagotables espacios de la red, Juan Quiles Ruiz, protestaba con razón y algo escandalizado por la beligerancia desplegada en torno a este asunto y decía:

Intrigado por la fogosidad verbal de mensajes anteriores, algunos de los cuales en exceso violentos, terminé claudicando a la sana curiosidad intelectual que supone la lectura de las argumentaciones rivales.

De modo que acabo de leer el libro de Moa, *Los crímenes de la guerra civil*. El personaje se permite machacar a Preston, Moradiellos, Santos Juliá, Miralles, Espinosa, entre otros, y es presumible que el libro tenga tan amplia difusión como los anteriores.

Va siendo ya hora de replicar a fondo para hundirle de una vez, porque de seguir así, resultará imparable. Esa necesidad se ha expuesto aquí y circula ampliamente por la red, pero hasta ahora las buenas intenciones no se han puesto en práctica ni se han traducido en réplicas contundentes.

E insisto en que ya urge. Los insultos, las groserías, las descalificaciones *ad hominem* o las infantiles recomendaciones para que el autor no sea leído, no pasan de ser cacareo de impotentes.

Juan Quiles Ruiz, IES-IFP La Rosaleda, Málaga.

Visto lo visto desde el siempre cómodo y ocioso relajo estival decidimos dejar de ser mero espectador de barrera y puro para saltar al ruedo a fajarnos un poco. Parecía inevitable que, obviados los simples regüeldos e insultos de los obtusos mentales, «por alusiones» como suele decirse, entráramos al trapo de la réplica. Al fin y al cabo no podía por menos que herir nuestra sensible vanidad el afeamiento de estilo que se nos reprochaba calificando de «recargado» nuestro artículo así como de incurrir en una excesiva adjetivación valorativa. Qué se nos insulte con grosería y zafiedad entra dentro de la lógica (?) del asunto pero qué injusto el comentario a propósito de nuestra tersa y enjuta prosa. Cada objeto y cada sujeto exigen su particular tratamiento. Tratándose de Moa nuestro estilo no puede por menos que evocar el firme laconismo (cuasi militar) de José Martínez Ruiz, más conocido por «Azorín» (se lo aclaramos al susodicho espontáneo crítico por si acaso, ya que acompañar su firma con una coletilla universitaria no es garantía de conocimiento probatorio de nada). Es muy sagaz no obstante pues fue capaz de detectar nuestra carencia de razones, y para eso se supone que él sabe razonar o le han enseñado a hacerlo muy razonablemente en tan venerables instituciones y centros de investigación, educación y cultura como la Universidad Complutense donde nosotros mismos tuvimos el gozo de formarnos a pesar de Franco. Además nos acusaba de ser un fanático antifranquista irracional así como de otras manipulaciones y omisiones que culminaban en acusarnos de ignorar los textos azañistas (que él debe de conocer muy a fondo…) y algunos de los cuales más manidos Moa citaba. Pues no, «colega» (?) complutense.

Puestos a entrar en el juego de la polémica intergaláctica nos permitimos este pequeño divertimento dialéctico:

> Ignoro en mi ignorancia quién es y a qué dedica su existencia D. Luis García. En cualquier caso el señor García, don Luis, debe de empezar por aclararse un poco las ideas antes de empuñar la pluma, metafóricamente hablando puesto que hoy el teclado del ordenador parece haberse apropiado ya del don «divino» de la palabra. A lo mejor es uno de esos casos relevantes en que en vez de poner la máquina a su servicio es la máquina quien se apodera de su usuario produciendo como resultado un «discurso» puramen-

te mecánico y sin «alma». En el principio fue el verbo, es decir, el lenguaje, que fue lo que permitió al *Homo sapiens* el libre ejercicio del pensamiento. Sin lenguaje no hay pensamiento, como demuestran fehacientemente las palabras de don Luis colocadas sin orden ni concierto. ¿Será consecuencia de la llamada *Fuzzy Logic* informática que, lógicamente, produce un «pensamiento» borroso, amorfo, insustancial, débil?

1. Es libérrimo D. Luis de disentir de quien quiera, derecho que naturalmente ejercemos también los demás. Ejemplo: A él le parece «recargado» mi artículo y a mí me parecen sus descalificativas palabras tan vacuas e inanes como las de Pío Moa tan carente de discurso propio como él mismo.

2. Me adjudica una «continua adjetivación» como gran (?) argumento para desautorizar mi crítica a Pío Moa y, sin embargo, él como mejor muestra de su finura dialéctica y profundidad analítica, se refiere a mi «fanatismo antifranquista irracional» como magnífico ejemplo del ponderado dominio del lenguaje (?) que se atribuye, dicho lo dicho. De los tres vocablos empleados sólo acierta en el de en medio, lo que es escaso mérito puesto que yo mismo no dejo de proclamarlo (y a mucha honra) frente a otros que vanamente pretenden ser lo que no son, aparte de su incapacidad de darnos a los demás, a los que no somos de su cuerda, gato por liebre.

3. Los adjetivos calificativos sirven como su propio nombre indica para calificar adecuadamente al sustantivo. Ejemplo: Pío Moa = inanidad historiográfica (neopropaganda franquista); Luis García = inanidad dialéctica o distinguido (?) corista de la voz de su amo.

4. D. Luis García, aparte de un cursi presuntuoso, puesto que escribe: «cosas tan evidentes como la "paradoja democrática"que se podría enunciar así: […]», es un ignorante que trata de disimular su ausencia de pensamiento con el conocido truco del uso de una pretendida terminología que habría de otorgarle la autoridad intelectual a la que aspira pero de la que obviamente carece, como él mismo se encarga de mostrar a los cuatro vientos internetgalácticos. Atentos, se nos anuncia poco menos que un nuevo paradigna teórico. Pero ¿qué es lo que sigue? Pues un ejemplo más del conocido método Ollendorff o irse por los cerros de Úbeda. Ni enunciado que valga ni epistemología historiográfica alguna.

5. ¿En qué lugar de mi artículo (o en cualquiera otra de las páginas que llevo escritas) doy «por hecho que cualquiera de los partidos marxistas exis-

tentes en la II República no era partidario de la dictadura sino de la democracia...» para que venga D. Luis a enmendarme la plana? En ninguna. ¿Se entera usted, D. Luis? Recargo: en ninguna. ¿A qué viene descubrirnos una vez más el Mediterráneo venga o no venga a cuento y que, en cualquier caso, hemos descubierto mucho, mucho (perdón por el recargo) tiempo antes que usted?

6. Su segundo punto mueve a risa o conmiseración. Tomen nota: A los partidos monárquicos sólo les quedaba (al haber huido el rey) como marco de actuación la democracia republicana. Es decir, los partidos monárquicos eran... ¡democráticos en 1931 y 1936! y los monárquicos se sumaron en masa a las filas democráticas. Por «eso», obviamente, huyeron de sus filas personajes como Sánchez Guerra, Melquíades Álvarez, Miguel Maura, Alcalá Zamora, Manuel Azaña para engrosar, precisamente, las filas republicanas obviamente bolcheviques. Al parecer hubo proceso de «bolchevización» en las izquierdas pero en los partidos monárquicos no existió proceso de «fascistización» nunca, jamás de los jamases, ni antes de 1931 ni después. Cuando D. Juan (titular de los derechos dinásticos) se apresuró a presentarse como voluntario en las filas insurgentes lideradas por el general Franco con el obvio propósito, como en seguida y después se vio, de «instaurar» una Monarquía constitucional, el hijo de Alfonso XIII «El Constitucionalista», el «demócrata» don Juan de Borbón, lo hizo para luchar por tan encomiable empeño... ¡Por favor! Lea usted un poco antes de abrir la boca.

7. Afirma con infinita audacia que el Sr. Reig no quiere darse por enterado de «los textos de las memorias de Azaña que cita Pío Moa entrecomillados, quizá porque contradicen sus prejuicios sólidamente formados por los historiadores del partido y su frente cultural».

Primero. Obviamente D. Luis ignora por completo la docena de trabajos entre conferencias, ponencias, artículos y capítulos de libros que he dedicado a Manuel Azaña, sino, no afirmaría con la audacia propia del indocto, que «Tampoco parece querer darse por enterado el Sr. Reig...», etc. A él le bastan las citas de D. Pío sesgadas y descontextualizadas sobre un asunto que, además, no viene al caso para demostrar no se sabe qué. Vamos, que no se aclara.

Segundo. Si me ha leído, como afirma, ha sido sin duda con nulo aprovechamiento. No parece querer darse tampoco por enterado que ni siquie-

ra milité en mis años mozos en el PCE. ¿De qué frente cultural me está hablando? qué muestre una sola de mis páginas (decir centenares sería falsa modestia y decir miles puede sonar a presunción; Pío Moa las lleva y véase el resultado), una sola, recargo, una sola donde haga apología comunista, marxista, o qué se yo lo que quiere decir o insinúa el Sr. García. Mejor que le pregunte al Sr. Moa que tanto admira, sobre sus fuentes ideológicas y sus militancias políticas y que establezca él mismo sus propias deducciones.

Y final. Tras su nombre, adjunta usted Universidad Complutense, suponemos que como aval o adjetivo que realce un poco la inanidad del sustantivo. ¡Dios de los Ejércitos! ¿A quién ha engañado usted o qué importantes personajes le han apoyado para colarse de rondón en la Complutense? Decía Mark Twain que más vale permanecer callado y que los demás piensen que eres idiota que hablar y despejar todas las dudas. Pero, por favor, no se dé por aludido. Era una simple reflexión naturalmente sesgada y descontextualizada.

A la paz de Dios.

Alberto Reig Tapia, Universidad Rovira i Virgili (Tarragona).

Otro replicante metía cuchara y aludía a la petición del señor Juan Quiles Ruiz, que hemos visto, escandalizándose de que pidiera nada menos que una replica «a fondo» que hunda «de una vez» al señor Pío Moa. La petición la efectuaba como hemos visto tras la lectura de, *Los crímenes de la guerra civil* de Moa. Tan distinguido replicante nos deslumbraba con esta sagaz muestra de su mejor prosa:

El libro vuelve a aparecer en las listas de los más vendidos, como lo hiciera, durante largas semanas del pasado año, *Los mitos de la guerra civil*, tal como pronosticaba el señor Quiles Ruiz.

El señor Quiles Ruiz espera alguna réplica contundente. Yo, un mero curioso del tema que pasaba por aquí, también. Quizá porque el artículo del catedrático Reig Tapia también le ha sabido a poco al señor Quiles Ruiz; como a quien esto suscribe.

Una mentira, la de que Pío Moa ha escrito «sin haber pisado un archivo», dice poco del catedrático Reig Tapia. No sé muy bien si después de alcanzada la cátedra es práctica criticar de oído porque, si no fuera así, basta-

ría con asomarse a la bibliografía de Pío Moa sobre la República y la Guerra Civil para darse cuenta de que las referencias novedosas salen precisamente de dos lugares en los que Pío Moa pasó larguísimas horas: el Ateneo de Madrid y la Fundación Pablo Iglesias.

Decididamente uno espera algo más que una falsedad tan pueril como ésa, o la de atribuir el éxito de ventas de Pío Moa a campañas mediáticas (¿dónde? si apareció en televisión española sólo cuando era ya número uno de ventas y Tusell y algún otro corifeo suyo clamó a favor de la censura) para empezar a considerar que se ha producido una crítica y un «hundimiento» de los datos e interpretaciones de Pío Moa.

Hasta ahora, en esta lista he leído la larga lista de improperios, adobada con alguna que otra mentira y mucha llamada a la defensa gremial frente al intruso y a la solidaridad de los colegas ideológicos del catedrático Reig Tapia. Y nada más.

Entiendo que le resulte muy loable a todos aquellos que han aplaudido (¿también la mentira señalada, tan evidente?). Pero yo esperaba que las cuestiones que el señor Quiles Ruiz quiere ver contestadas fueran contestadas. Todo lo contundentemente que se pueda o quiera.

Pero estoy empezando a pensar que las llamadas a censura, la negación del derecho de réplica y hasta la falsa atribución del éxito a una inexistente campaña mediática son fruto de la impotencia argumental.

A lo peor me equivoco, pero a don Enrique Moradiellos, que participó en el tipo de debate que a uno le gustaría leer y que posiblemente sea lo que espera el señor Quiles, le dieron dialécticamente para el pelo y se retiró, por usar otro símil coloquial, con el rabo entre las piernas de la discusión.

Vaya usted, señor Quiles, a la revista *El Catoblepas*, a su sección de polémicas, quizá encuentre usted allí el tipo de crítica que busca. Aunque el resultado, hasta el momento, no haya sido precisamente el hundimiento de Pío Moa. Diría, por lo que he leído, que ha ocurrido todo lo contrario (http://www.nodulo.org/ec/polemica.htm).

En fin, señor Quiles, en su último trabajo publicado, Pío Moa describe cómo le fue negado el derecho a defenderse de insultos y tergiversación de sus palabras. De los intentos de censura algo dice también. Quizá, si lee usted la polémica con el señor Moradiellos, llegue usted a la misma sospecha que yo: que la tergiversación, el insulto, el intento de censura y hasta la bur-

da mentira es lo único que hay y que, en efecto, Pío Moa resulte imparable. Como un viento que limpia una atmósfera enrarecida. La atmósfera en la que –todavía hoy– se practica la hipocresía de exigir condenas de golpes de Estado por parte de gentes que vindican como algo memorable el golpe de estado de 1934 contra la legalidad democrática. Ese golpe para el que Pío Moa, con documentos del PSOE depositados en la Fundación Pablo Iglesias, aporta la confirmación de que fue organizado precisamente por el PSOE y precisamente contra la democracia.

Rafael Múgica, Ateneo de Madrid.

Pues que bien. Ante el simplón despliegue dialéctico del señor Múgica (incluidas sus evidentes mentiras a propósito de falsas reivindicaciones de la rebelión asturiana de 1934 en contraposición a condenas de otros golpes de Estado) y la irresistible e irreprimible tentación de replicarle, comprendimos que este tipo de polémicas en la red eran una auténtica trampa «saducea» para incautos, una considerable pérdida de tiempo, un verdadero peligro para nuestro empleo del tiempo útil e intelectualmente nada estimulante, pues por un exceso de frivolidad podíamos engancharnos inconscientemente y el mejor remedio para no caer en los alucinógenos es escapar de ellos en tiempo y hora. Así que lo más prudente y sensato era, a pesar del letargo veraniego, no perder más el tiempo con tonterías de semejante calibre y dedicarse a faenas bastante más creadoras y productivas que leer a este género de *groupies*. No obstante, como «el espíritu está pronto pero la carne es débil», decidimos darnos un chute (metafórico) replicando al señor Múgica juramentándonos sobre una pila de metafóricas biblias que sería nuestra última incursión en la droga dura, así que nos vestimos de luces y nos lanzamos a nuestro último paseíllo antes de cortarnos la coleta tras la siguiente faena que colgamos en la red con el título de «Más guerrita».

Al «mero curioso del tema que pasaba por aquí» (como dice el señor don Rafael Múgica de sí mismo), le ha molestado la exigencia de mayor contundencia de D. Juan Quiles Ruiz para con nuestro más ilustre polígrafo (escribidor) actual (Sr. Moa) desaparecidos ya Fernando Vizcaíno Casas

y Ángel Palomino. Nunca será suficiente vive Dios. Ya sólo cabe esperar (el Cielo no lo consienta) que Dios Nuestro Señor haga comparecer ante su divina presencia al señor Jaime Campmany (ilustre decano de la AIPER: Asociación de Ilustres Propagandistas Españoles Recalcitrantes y el más gracioso de todos ellos con diferencia). Habría que añadir también que un infarto, provocado por la nunca desfalleciente lucha sin descanso ni cuartel que libran contra la aviesa internacional liberal-masónica-rojo-separatista o, en su defecto, autoenvenenamiento (mordisco involuntario de la propia lengua), se llevara también al seno de Abraham a otros ilustres polígrafos como Federico Jiménez Losantos y su discípulo más distinguido, José María Marco, que acaba de descubrirnos las maldades y perversiones de la Institución Libre de Enseñanza (¡caspita!), para que D. Pío Moa, pudiera (¡por fin!) despejado el escalafón, erigirse en el supremo gurú de tan vetusta cofradía. Pues con su pan se lo coman tan ilustres conmilitones de «guerritas» pretendidamente «historiográficas» que tienen, con permiso del jubilado don Ricardo de la Cierva, «definitivamente» perdidas.

1. El señor Múgica dice con retintín que el «catedrático Reig Tapia» miente al afirmar que Moa no ha pisado un archivo y que critico de oído.

Respecto al retintín diré, citando a nuestro ilustre último premio Nobel de Literatura que: «Todos los hombres somos parvos y minúsculos si nos comparamos con don Crescente el de la Esclavitud, que llegó a dirigir una orquesta de grillos, pero si miramos alrededor encontramos a veces mucho consuelo. Un santo varón pensaba de sí mismo: si me observo, siento una gran compasión de mi insignificancia, pero si miro a mi alrededor y me comparo, casi me admiro». Pues eso, ilustre «ateneísta». ¡Dios mío, estamos rodeados!

Respecto a eso tan feo de decir o manifestar lo contrario de lo que se sabe, cree o piensa, etc., o «criticar de oído», he de decir que se cree el ladrón que todos son de su condición. El que miente, manipula y critica de oído, desvergonzadamente he de decir unciéndole al carro de su admirado D. Pío, es el mentado «ateneísta». Es él el que no se ha asomado ni por asomo (perdón por el fácil juego de palabras) a mi artículo («Ideología e Historia. *Quosque tandem*, Pío Moa?», *Sistema* 177, Madrid [noviembre 2003], pp. 103-119). Es bien fácil de comprobar lo que digo con un simple cotejo de mi texto con su notita de indignada protesta. ¡Cuán mienten estos «malditos», pero mal rayo me parta, si en concluyendo esta carta, no pagan caros sus gorgoritos!

2. Afirma mi ilustre ateneísta que Pío Moa ha pasado larguíísimasss horas en el Ateneo de Madrid y la Fundación Pablo Iglesias sin captar nuestra retórica ironía. (¡Que poco se le han pegado a fe mía!). En lo que respecta al exitoso «libro» de don Pío que glosaba en mi articulito, ni una miajita, o me limitaba humildemente a confesar abiertamente que, ante las referencias de la crítica especializada a «las obras» precedentes de nuestro ilustre polígrafo, me había abstenido por elemental profilaxis mental a ni siquiera hojearlas brevemente dada la inevitable escasez de tiempo de que disponemos los «catedráticos» frente al sin duda abundante de que disponen algunos «ateneístas» de relumbrón, pero, añadía, que había incurrido en «un perverso ejercicio de masoquismo intelectual» un tanto impropio porque un amigo –«es un decir», añadía yo con retintín– me había regalado los mitos guerreros de don Pío, y que, como aquí «el catedrático» tenía que conferenciar sobre el mismo tema en la Complutense, se dijo: «Vamos a ver qué pasa»..., por probar, nada se pierde..., salvo el tiempo, claro, ya que según Plinio el joven no hay libro tan malo del que no se pueda extraer algún provecho. Efectivamente así es. ¿Qué cuál es el provecho obtenido se preguntaran los lectores más escépticos?, pues ya saben: la experiencia es la madre de la ciencia. ¡Una y no más como Santo Tomás! Es decir, del único libro de don Pío del que hablo –y doy fe de que será del último que lo haga– en el artículo es *Los mitos de la Guerra Civil,* a lo largo de cuyas voluminosas páginas no se acompaña el aparato crítico inexcusable en una pretendida obra historiográfica. «Ni una» sola cita de las escasísimas notas con que trata de apoyar sus apolillados argumentos tiene la menor relevancia historiográfica. ¿Desde cuándo pueden ser tomadas en la menor consideración citas indirectas o fuentes secundarias para una pretendida «reinterpretación» de supuestos temas controvertidos? Digo lo de «apolillados» porque don Pío no agrega nada nuevo a la mejor propaganda franquista de sus corifeos más destacados a lo Joaquín Arrarás de hace sesenta años. Si al menos fuera capaz de añadir algún nuevo insulto a la inteligencia dentro de la abundante y tediosa hagiografía de entonces, la cosa podría tener su morbo. Su libro es un libro completamente inútil e irrelevante. Repito y reitero, pues, que no hay «ni una» sola referencia de fuentes archivísticas novedosas o de primera mano. Moa no añade absolutamente nada al conocimiento historiográfico. En tan voluminoso libelo no se acompaña ni siquiera el obligado capítulo de fuentes y bibliografía pertinentes. Por tanto

me reafirmo en todos sus puntos y comas en lo ya dicho. Inevitablemente he de preguntarme, dada la prestigiosa institución cultural de la que se reclama mi interpelante, si es que ahora admiten socios en el Ateneo que, o bien no saben leer o son analfabetos funcionales, es decir, leen pero no entienden y, como no se enteran, escriben fruslerías. Insista, por favor.

3. «Decididamente uno espera algo más que una falsedad tan pueril como ésa»... Jopé, don Rafael. No, si la culpa la tengo yo: «Quién con infantes pernocta excrementado alborea». Siento «amigo» decepcionarle pero es a mí a quien tras su brillantísimo y contundente *quod erat demostrandum* anterior, ya no me quedan fuerzas para contestar a otra de las habituales andanadas infantiloides provenientes de tan distinguido miembro de la ilustre escuela *historietográfica* más arriba mencionada.

4. Insiste con inconsciente audacia y torpe actitud (como el que se agita en un pantano de heces movedizas) en «la larga lista de improperios, adobada con alguna que otra mentira señalada», exigencias de «censura» e «impotencia intelectual» sin demostrarlas para, a continuación, decir que al señor Moradiellos «le dieron dialécticamente para el pelo y se retiró, por usar otro símil coloquial, "con el rabo entre las piernas". Por la boca muere el pez. Le traiciona el subconsciente a nuestro brillante ateneísta. Improperios, mentiras, censuras, impotencias intelectuales»... ¡Oh-lá-lá! Como se ha visto fehacientemente, las suyas, y nada más que las suyas. Pura impotencia intelectual. La huera retórica habitual. Mera frustración y resentimiento de quien quiere pero no puede. «La diferencia entre querer ser y creer que se es ya, es la que va de lo trágico a lo cómico», dijo sabiamente Ortega. El señor Moradiellos sencillamente comprendió la inutilidad absoluta de tratar de llevar a la lógica de la razón, y convencer sobre la base de la carga de la prueba y la evidencia empírica, como profesional de la historia que es, a Moa y a meros pseudofilósofos virtuales ociosos, demasiado ocupados en la metafísica de su propio ombligo, como para hallar tiempo en hacer auténtica investigación histórica.

5. Remite este nuevo corifeo al señor Quiles a la revista virtual *El Catoblepas* como si esta fuera fuente de toda luz y verdad historiográfica. Señor, señor... ¿Así que la tal revista ha «consagrado» a don Pío como el potencialmente merecido próximo premio Nacional de Historia, de ensayo, de literatura o de la crítica? Bien. ¿Qué es lo que hallamos en tan «apetito-

sas» páginas virtuales?, pues hallamos, dada la libertad absoluta existente de «publicación» y sin límite de espacio que tan audazmente practica la mentada revista («qué error, qué inmenso error»), el sumidero intelectualoide de pretendidos autores que no disponen de otro lugar donde colocarnos sus irrelevantes «ladrillos», tan inacabables como hueros, reproduciendo largos textos de sus «enemigos» como si por ellos mismos pudiera deducirse cosa distinta que la solvencia de quienes pretenden descalificar y la irrelevancia de su inútil glosa. ¿Pero es que se creen que a estas alturas del curso nos chupamos el dedo? Denuncian escandalizados la permanente tergiversación de todos los historiadores profesionales de prestigio acreditado y reconocida obra historiográfica. Frente a tales tipos se encuentran «ellos» los nuevos cruzados de La Verdad. Los historiadores se hallarían en su totalidad atrincherados en su «cerrazón ideológica» no produciendo otra cosa que «basura historiográfica» (en su estupidez mental no se dan cuenta de que son términos excluyentes). Su lista de insolventes no excluye a nadie (Paul Preston, Edward Malefakis, Julio Aróstegui, Javier Tusell, Santos Juliá, Enrique Moradiellos, Gabriel Cardona..., etc., etc.). Y, ¿quiénes son estos nuevos reputados historiadores que sagazmente denuncian a toda –sí, toda– la historiografía contemporaneísta española...?, pues unos prestigiosos «filósofos»..., sí, han leído ustedes bien (lo de prestigiosos –confieso– va con retintín), tan consagrados como Sánchez Martínez y Rodríguez Pardo (¿!), es decir los avispados investigadores Dupond & Dupont de Tintín. Eso sí, apelando de vez en cuando para sus escarceos dialécticos a la autoridad filosófica de don Gustavo Bueno, autoridad que ni se me ocurre discutir un solo momento y cuya obra sobre «el cierre categorial», según los expertos (no me refiero claro está a los Dupond-Dupont) es una de las pocas aportaciones españolas relevantes a la Filosofía moderna... Pero, ¿qué tiene que ver todo esto con la solvencia profesional de los mentados «filósofos» y la de Pío Moa? Nada, claro. Estos destacados «pensadores» son unos auténticos aprendices de la sofística más pedestre. Mucha ontología, gnoseología, heurística, teoreticismo, ortogramas y nematologías varias y variopintas (de nuevo, perdón) con la vana pretensión de desmontar la ausencia total de base empírica inherentes al historiador y que, en realidad, no logran encubrir con su jerga ridícula, o mejor dicho con su fatua jerigonza, sus extravagantes pretensiones «teóricas».

6. Atención amiguetes... el ateneísta desenmascarado se dispone a rematar su brillante faena: la «tergiversación, el insulto, el intento de censura y hasta la burda mentira es lo único que hay y que, en efecto» hace que... «Pío Moa resulte imparable», y venga a limpiarnos la contaminación ideológica que produce sin descanso el rojerío. Y, además, nos ha salido «poeta» pues, nos describe como «un viento que limpia una atmósfera enrarecida...», la obra ciclópea de nuestro insigne polígrafo, verdadero nuevo *gladiator* (jubilado don Ricardo) de rojetes recalcitrantes... Qué más se puede añadir sino rendirse sin condiciones, es decir, hacer mutis por el foro como Moradiellos y el resto de la corte gremial –¡hombres sabios!– obviamente. Eso sí, yo no puedo unirme a ellos sin antes aclamar: ¡Torero!, ¡torero!, ¡torero!

Alberto Reig Tapia, Universidad Rovira i Virgili (Tarragona).

Y colorín colorado este cuento (nuestro breve tránsito de polemista en la red en aquel verano de 2003), se ha acabado de muerte natural. Un verdadero vivero de inteligencias superiores puede encontrarse en los espontáneos colaboradores del *blog* personal de Moa donde tienen lugar los debates (regüeldos y pedorretas al por mayor) de mayor altura intelectual del mundo mundial, que diría Manolito Gafotas (Elvira Lindo), pero a tanto nivel no alcanzamos. Como el infierno está empedrado de buenas intenciones (que decía nuestro señor padre) no pudimos prever por aquel entonces que algo más adelante habría de venir el mismísimo diablo a tentarnos con la necesidad de darle al señor Moa una réplica aún más detallada y contundente que aquella primera catilinaria del *Quousque tandem…* A nosotros nos pareció más que sobrada, la verdad sea dicha. Iba que chutaba el hombre. Pero, como «el espíritu está pronto, pero la carne es débil», y no somos precisamente Jesús de Nazaret para resistirlas eficazmente, acabamos por caer en la tentación, y tanto nos insistieron en que contestáramos a sus libelos que no nos quedó más remedio que encerrarnos a «estudiar» a Moa. Dicen algunos avispados que la mejor manera de superar las tentaciones es abandonarse a ellas. Pero aquello no fue una tentación sana, de esas que tanto gusto da incurrir en ellas (como la divina Cameron Díaz de nuestro soñador humorista de HaD) sino un peligroso síntoma de una

posible perversión masoquista. A partir de entonces la historia es ya sobradamente conocida a través de *Anti Moa* y de lo que aquí complementariamente añadimos como punto final. Creemos que ya estamos en vías de franca curación y sin la menor posibilidad de reincidencia. Amén.

CAPÍTULO III

ANTOLÓGICA *ANTI MOA*

¿Vender mucho de cualquier cosa expresa algo más que el mero incremento de la cuenta de resultados? ¿Legitimaría acaso la bondad intrínseca del producto vendido? ¿Vender muchos libros de cualquier índole equivale a tener muchos sabios lectores? Tenerlos (cuantos más mejor) es un verdadero don del cielo, desde luego. Disponer de simples secuaces, de *hooligofans* descerebrados, es cosa bien distinta. Ningún escritor digno de tal nombre se congratularía de disponer de semejantes seguidores. Los «compradores» constantes y fieles constituyen evidentemente el sueño dorado de todo comerciante, ya que puede permitirles a algunos privilegiados que venden mucho sus productos aliviar el peso de su hipoteca (si han podido acceder a ella), comprarse una casa mejor o pensar que el coche de lujo que ostentan es fiel reflejo de sus méritos probados o de su indiscutible talento. Siempre habrá un imbécil que pensará, que por conducir un Mercedes, un BMW, un Audi o un Jaguar, los demás le van a considerar menos tonto de lo que es o que su prestigio profesional está en relación directa con lo que dice de sí mismo tratando de aparentar lo que no es, y no aceptando la consideración real en que le tienen sus propios colegas o compañeros de bufete, negociete o garito profesional correspondiente. Pobres diablos. Algunos hay que si no se meten un poco no se encuentran a sí mismos. Les recomendamos que lean a Fromm, por más que las cuestiones de ética o de estética, de esencia o de contingencia, de tener o de ser, les importen un rábano. No es motivo de escándalo a estas alturas que haya buen número de personas que no tienen otra aspiración en la vida que la de enriquecerse a costa de lo que sea, figurar, salir en la foto, chupar cámara o micro a todas horas aunque sea en primera línea del estercolero.

Tener «lectores», aun críticos, pocos o muchos, pero jamás a cualquier precio, eso sí que es un verdadero don del cielo. Todos ellos son de lo más grato. Nos limitamos a adjuntar aquí una brevísima muestra, a modo de antología, de algunos de ellos para no incurrir en reiteraciones o en un torpe y ridículo autobombo. La selección, de la que hemos suprimido la dirección y nombre de nuestros corresponsales para preservar su privacidad, así como a alguna persona conocida a la que aluden, y nuestras respuestas personales para no resultar premiosos y reiterativos, quiere ser un simple botón de muestra del efecto producido por *Anti Moa* (sólo algunos de los correspondientes a la primera edición) entre sus propios lectores, y son la mejor contestación a la penúltima andanada con que nos obsequia Moa. No es en absoluto autocomplaciente con su recopilador ni la aportamos como «documentación probatoria» de nada sino como simple ilustración de nuestros propósitos y objetivos cuando nos embarcamos en tan pesada y poco grata tarea, y de los efectos y resultados obtenidos.

Una única palabra amable de cualquier lector desconocido siempre nos compensará cumplidamente de todo el conjunto de insultos de firmas anónimas más o menos previsibles de los oligofrénicos habituales a que cualquier crítico se hace acreedor cuando osa ocupar determinado espacio público al que sólo parecen tener derecho determinados ídolos mediáticos cuya palabra consideran poco menos que palabra de Dios.

En esta antológica que acompañamos, no seleccionamos parte de los textos, aunque hemos obviado ahora al lector toda una serie de preguntas personales que algunos corresponsales nos hacían al margen del *Anti Moa* y reproducirlas aquí no tenía sentido. Por lo demás, adjuntamos los correos tal cual. A través de ellos podrá comprobarse que hemos atendido mejor o peor, más a una demanda ya existente de potenciales lectores interesados y estudiantes de Historia y de Humanidades y Ciencias Sociales en general, que satisfecho un perverso deseo personal de aniquilamiento (como nos ha acusado Moa de haber pretendido hacer con él). Perversa intención que habría surgido de un acuerdo previo entre todos los colegas para amordazarle definitivamente. ¿Cómo podría hacerse tal cosa? Imposible. Afortunadamente vivimos en un Estado de Derecho. No ha habido en este caso ningún nuevo «contubernio» (palabrita del Niño Jesús), contra este «distinguido» polígrafo. No se merece tanto.

Estimado profesor Reig, escribo sólo para agradecerle que se haya ocupado de escribir el *Anti Moa*, que acabo de leer. Soy profesor e investigador en El Colegio de México (seguramente lo identifica usted, como heredero de la Casa de España en México). Trabajo normalmente otros temas, pero procuro mantenerme más o menos al tanto de lo que se publica sobre la II República y la Guerra Civil, por eso conozco su trabajo y he comprado y leído de inmediato el *Anti Moa* y le agradezco, de verdad, que se haya tomado el trabajo de escribirlo.

No termino de entender, honestamente, lo que significa el neofranquismo atrabiliario, vengativo y escandaloso de Moa, Jiménez Losantos y compañía. O no quiero entenderlo.

A cualquiera, fuera de España, le parecerá increíble que haga falta un libro como el que ha escrito usted. Yo sé que hacía falta y, de verdad, otra vez, le agradezco que lo haya escrito.

Sólo eso: no le quito más tiempo. Reciba un saludo muy cordial.

Como es natural siempre se agradecen los comentarios amables que se nos puedan hacer por nuestras acciones, cuanto más si observamos con satisfacción que se ha entendido perfectamente la razón de ser de al menos alguna de ellas, que en este caso no era otra que, producido el efecto saturación, considerar que dejaba de tener sentido dar la callada por respuesta. Comprobar que muchas personas así lo entienden y participan de esa actitud nos alivia de la siempre inevitable sensación de aislamiento de quienes componemos nuestros propios textos completamente solos en nuestro despacho de trabajo pensando apenas que puedan serles de alguna utilidad al menos a alguien del otro lado y en contra del criterio de muchos queridos y admirados colegas.

Igualmente se agradecen los que nos escriben para señalarnos alguna errata detectada, como la de adscribir a Blanco Chivite al GRAPO. Pues sí, por si falta hiciera decirlo, nosotros nos equivocamos como todo hijo de vecino. A pesar de ser persona cuidadosa, las prisas y la memoria le juegan a uno estas malas pasadas. Al referirse Moa a Blanco Chivite como «compañero» nos indujo a error, pues no asociamos tal nombre al supuesto «compañero» de aula o de instrucción (si acaso paramilitar) al que aparentemente se refería sino como coleguilla «revolucionario»;

de «esos» que ponían tanto ardor criminal en liberarnos a todos los españoles de nosotros mismos. Nos traicionó nuestra memoria. En la segunda edición de *Anti Moa* ya hemos corregido nuestro error de considerarlo miembro del GRAPO. No somos tan afortunados como Moa que, como no se equivoca nunca..., pues nunca tiene nada que corregir o rectificar.

Buenos días profesor Reig Tapia. Mi nombre es [...] soy licenciado en Historia por la Universidad de Zaragoza y actualmente me encuentro en Dijon (Francia) realizando mi primer año de doctorado con una beca Erasmus. El director de mi tesis es [...] y en el mail le adjunto la copia, en formato Word, de mi matrícula en Estudios de Tercer Ciclo. Le escribo este e-mail para mostrarle mi completo apoyo y mi más sincero agradecimiento por la publicación de su libro *Anti Moa* con cuyos planteamientos me encuentro totalmente de acuerdo.

Hace ya algunos años que el «revisionismo» neofranquista me preocupa por entender que se trata de un fenómeno peligroso para la convivencia democrática de nuestro país. Recuerdo que hace dos años, durante la celebración del V Congreso de Historia local de Aragón, le comentaba a [...] mis temores sobre dicha corriente y mi desesperación ante la ausencia de una respuesta contundente de la historiografía profesional a los ataques que desde la misma se realizaban, y siguen realizando, a la verdad histórica en primer lugar y a la propia profesión de historiador a continuación. La respuesta del profesor [...], en la línea de la que posteriormente me han dado otros profesores con los que he compartido estos planteamientos, fue que no se podía entrar a la discusión mediática de dichos temas con personas que no pretendían desarrollar un conocimiento científico de los mismos sino simplemente hacer propaganda a favor de unas determinadas ideas políticas, planteamiento este que desarrolla también usted en el citado libro, y que lo único que podía hacerse era seguir investigando seriamente y publicar los resultados de las mismas para darlos a conocer a la opinión pública.

Realmente pienso que esta es la mejor manera de combatir este orzuelo que le ha salido a la Historia en el ojo pero pese a todo considero, mejor dicho, consideraba que era necesaria una respuesta mediática contundente desde la historiografía profesional antes de que se hiciera el silencio frente a

estos *historietógrafos*, como genialmente los califica usted en su libro, porque si bien es cierto que la publicación de investigaciones serias es el mejor antídoto para evitar enfermedades más peligrosas no lo es menos que el gran público es poco dado a la lectura de las mismas. Si hablo en pasado respecto a esta necesidad es porque creo que su libro la satisface con creces y por tanto, ahora sí, el silencio debe hacerse frente a las continuas provocaciones de esa *historietografía* cuyas mentiras, como muy bien nos recordaba a todos Julián Casanova en un artículo publicado en el diario *El País* (14 de junio de 2005), pueden llegar a ser convincentes para un público no informado y carente de una obra de referencia sobre este aspecto a la que dirigirse para obtener la visión del problema que tienen los profesionales de la disciplina, con una lectura amena y divertida y, por tanto, mucho más divulgativa. Por todo esto quería agradecerle sinceramente el esfuerzo y tiempo que seguro ha tenido que dedicar para la realización de esta obra que, desde mi muy modesta opinión de estudiante de primer año de doctorado, es tan necesaria.

Sin nada más que decirle, le pido disculpas de antemano por la extensión de este e-mail. Un saludo.

* * *

Soy [...], licenciado en Historia por la Universidad de Sevilla y doctorando por la UNED, y le remito este e-mail para comunicarle mi total acuerdo con las tesis establecidas en su libro *Anti Moa*, que recientemente he tenido la oportunidad de leer.

Quería agradecerle, desde mi modesto punto de vista, su obra por varios motivos: En primer lugar, por servir de freno a los abusos de la *historietografía* –usando sus términos– neofranquista que se nos quieren imponer con los Moas y Vidales de turno; en segundo lugar, por salir en defensa de tan noble oficio, como es el de historiador, frente a los ataques de los individuos anteriormente citados. Defensa, perfectamente realizada, junto a otros nombres, de igual valía, como Francisco Espinosa. Y en tercer lugar, por su obra en general, de la que soy un entusiasta –aunque he de reconocer que no la conozco toda– y decirle por ello que es uno de los espejos en los que me miro como futuro historiador, que es lo que pretendo llegar a ser algún día.

Disculpe las molestias y gracias de antemano por su tiempo.

Se despide atentamente.

* * *

Ante todo le agradezco el esfuerzo de leer estas breves líneas, en especial, como bien señala en su libro, porque el investigador serio, competente y comprometido con su trabajo no dispone de excesivo tiempo libre, al verse en la engorrosa necesidad de basar los argumentos propios en tediosas y aburridas visitas a archivos y bibliotecas, para de esa forma complementar las también aburridas lecturas de toda obra capaz de arrojar un poco de luz al tema a tratar, excepción hecha por tres o cuatro iluminados que al trabajar bajo el auspicio divino se ven libres de estas engorrosas limitaciones.

Como licenciado en Historia en la Universidad Autónoma de Madrid soy consciente del arduo trabajo que supone el documentarse de forma adecuada, cayendo en la cuenta las más de las veces no del enorme grado de conocimiento adquirido en torno a una cuestión concreta, sino mas bien, de la enorme ignorancia que aún atesoramos en relación con el objeto de estudio.

En esencia, me gustaría agradecerle el fin de mi sensación de verme como un loco paranoico, alguien que al visitar librerías o centros comerciales, leyendo periódicos o escuchando programas de radio y televisión, sentía como si alguien estuviera extraordinariamente interesado en hacerme ver e interpretar la realidad de una forma muy concreta que chirriaba como mi forma personal de entender el mundo en el que vivo.

¿Acaso me estaría volviendo loco?, ¿sería Zapatero un monstruo sediento de sangre disfrazado de inocente Bambi?, y ya puestos, ¿sería cierto que el Estado del bienestar no es más que una locura propia de gente de mal vivir que no sabe por donde se anda? En fin, dado que al menos somos dos los locos que vemos un proyecto sistemático de manipulación de la opinión pública con fines fundamentalmente políticos me quedo más tranquilo, pues, una de dos, o estamos en lo cierto y mi salud mental no corre peligro, o lo que ocurre es una enfermedad difundida por toda España de la que tarde o temprano los médicos de la comunidad de Madrid, a cargo de su muy moderada presidenta, encontrarán pronta cura, y podremos gritar sin complejos aquello de ¡Mariano!, ¡Mariano!, ¡Mariano! En la calle Génova por el bien de las Españas y el mundo entero al que estamos destinados a iluminar por la gracia de Dios, guiados por la paternal figura del partido.

Por ello agradezco la publicación de su libro, pues, como miembro de esa izquierda radical estalinista a la que pertenezco (incluso tengo una foto colgada a la cabecera de mi cama del personajillo de marras), me place enor-

memente que a alguien en posesión de la verdad absoluta como Moa se le muestre tal como es, por no olvidar a otra ilustre miembro de la cofradía como César Vidal, que ya se sabe, Dios los cría y ellos se juntan.

Espero que su libro tenga la atención adecuada en el público, en especial a aquellos no formados, pues, si bien es cierto que la primera víctima de una guerra es la verdad, no lo es menos que los primeros en caer son los menos preparados y protegidos. Como personas con alguna lectura a nuestras espaldas, tenemos el derecho y el deber de proteger al inocente, algo así como unos cascos azules de las letras, incluso, como la vida misma, hacerlo a pesar de sí mismos, pues no son pocos los que al dotarles de un instrumento de fácil uso y aplicación para conseguir un grado de suprema sapiencia, sienten una sensación de plenitud interna que les hace personas en extremo complicadas de hacerlas bajar del burro.

Por todo ello gracias.

PD. Como ya habrá imaginado de haber tenido la paciencia de leer estas no tan breves líneas, mi voto es para mantener los términos usados en su libro, y si me permite el atrevimiento, ofrecer uno más a la colección, *demagogo oficial del reino*.

* * *

Buenas noches, señor Reig. Acabo de terminar su libro *Anti Moa*. Ante todo, quiero agradecerle el detalle de haber incluido su dirección de correo electrónico en la penúltima página del libro, ya que eso me da la oportunidad, a mí y a todos sus lectores, de comentar con usted sus obras.

Me gusta mucho lo que dice, pero me gusta muy poco el cómo lo dice, lo cual me lleva a pensar que no aspira usted al Premio Nacional de Ensayo, sino simplemente (que no es poco) a hacerse entender, lo cual es muy respetable.

Para que me tenga usted más en cuenta, le diré que soy licenciado en Filología hispánica, que estoy haciendo oposiciones para ser profesor de Educación Secundaria y que soy aspirante a poeta y ensayista. Me gustaría mucho dedicarme a hacer lo mismo que usted: investigar sobre temas que me gustan y publicar esas investigaciones.

Supe de su obra *Anti Moa* mediante el diario *elplural.com*. Al día siguiente fui a comprarlo y ya lo he leído. Hoy he estado en la Casa del Libro de Sevilla, que es la ciudad en la que vivo, y he visto expuesto su libro *La Cruzada de 1936*. No lo he adquirido porque me parecía demasiado caro

(veinte euros), así que esperaré a que lo compre la Biblioteca Pública, que, por cierto, no tiene ningún libro de usted, y sí varios de los «historietógrafos» Pío Moa y César Vidal.

Voy a serle sincero: le agradezco, como lector demócrata de ideología marxista (que no es incompatible, por mucho que digan algunos, ¿usted qué cree?) y apasionado de la Historia, su generosidad al dedicar sus esfuerzos y su talento a responder a esta nueva corriente revisionista según la cual en España hay democracia gracias a Franco (estoy seguro de que el propio dictador mandaría fusilar a más de uno de aquellos a quienes oyera afirmar semejantes sandeces, no por otra cosa que por el hecho de identificar a Franco con el concepto de democracia, el peor insulto para él). Y es que hace una semana pude ver en La Sexta de Televisión un debate entre Pío Moa e Isaías Lafuente con motivo del 20-N. Y al escuchar los argumentos de Moa, no podía salir de mi asombro: un ex miembro del GRAPO convertido en el mayor apologista de Franco.

Por tanto, espero que siga usted desenterrando, actualizando y divulgando la verdad terrible del fascismo que sufrió España durante 40 años, digan lo que digan algunos. Me encantaría que escribiera usted algún ensayo sobre el gobierno de Zapatero y sobre todos los gobiernos de nuestra democracia (desde Suárez, Calvo Sotelo, Felipe González y Aznar), si no es mucho pedir. Esto último como réplica editorial a los libros de César Vidal sobre los editoriales de su programa *La Linterna* («Bienvenidos a la Linterna» y «Corría el año...», que seguro que son del conocimiento de usted).

Sepa que tiene un admirador en la otra punta de España. Tengo la intención de leerme todos sus libros, pero también los de Pío Moa y César Vidal, ya que para criticar al enemigo hay que conocerlo lo mejor posible, al menos en mi opinión. Por cierto, me encantaría conocer su opinión sobre el libro de Jiménez Losantos *Los nuestros*, un recorrido por la historia de España a través de breves semblanzas (al estilo de Fernán Pérez de Guzmán en sus *Generaciones y Semblanzas*), desde Argantonio hasta Miguel Ángel Blanco, el concejal del PP por Ermua asesinado por ETA. Es un libro que está en la biblioteca a la que yo voy, pero no he podido leerlo todavía y tiene muy buen aspecto. Me gustaría saber si para usted eso también es «historietografía».

Y no le canso más. Espero ansioso e ilusionado su respuesta. Y no me importaría lo más mínimo mantener regularmente correspondencia con usted,

que tiene tantísimo que contar. Sería un honor para mí, y vería mis inquietudes intelectuales un poco más realizadas teniendo como mentor a una persona tan sabia como usted.

Un cordial saludo de su admirador [...], aspirante a poeta y ensayista.

Como puede comprobar Moa nuestros jóvenes, algunos de los cuales se dicen comunistas o marxistas..., dudan, hacen preguntas, quieren saber, no se ajustan a una escaleta mental predeterminada... ¡Les leen, a diferencia de lo que su claque de piñón fijo hace con sus contrarios! Seguro que le ocurre lo mismo a Moa con sus lectores fascistas, franquistas, neocones, «liberales»(?) o de la orientación ideológica que sean..., como tenemos ocasión de comprobar en su *blog* donde brillan con luz propia algunos de nuestros futuros mejores maestros... de la Historia y de la Ciencia Política españolas; todos ellos genuinos «liberales». Allí no hay reflexiones ni preguntas, sólo regüeldos en plena coherencia con el punto de partida.

El sentido primero y último del libro, así como «el tono» elegido creímos, al parecer equivocadamente, que eran diáfanos en nuestro modesto entender. Fuimos plenamente conscientes de que el mismo título podía inducir a error, como ya hemos explicado sobradamente, y de que el estilo directo y sin concesiones elegido podía confundir a un «observador» apresurado pero no a un lector atento. Es evidente que no se trataba de escribir un libro aséptico: incoloro, inodoro e insípido. Naturalmente, de un libro, escrito con gran rapidez e intensidad y bajo la presión del calendario así como dado el propio contenido del mismo, no cabía aspirar a recibir el Premio Nacional de Ensayo o de la Crítica por él, premio para el que nosotros mismos encontraríamos, siempre, mejores candidatos que nosotros mismos, aunque creemos que está bien escrito a juzgar al menos por otras opiniones no menos significativas que la citada, pero quizá algo más experimentadas en juzgar textos ajenos (como haber formado parte durante muchos años de comités de lectura de editoriales prestigiosas) que nos han alabado precisamente la claridad y buena escritura de *Anti Moa*. Al menos, era un tema de una gran (imperiosa) actualidad, lo que no es poco. No ha sido mérito menor, como Paul Preston destacaba en el prólogo, haber saltado en defensa de

una profesión, que es de todos, ante el silencio de la inmensa mayoría de los profesionales de la misma. Ahora bien, y sin la menor falsa modestia, creemos sin embargo que con él nos hemos hecho sobradamente merecedores de la medalla de oro (nada de plata o bronce) al «mérito civil». Aquí no hay modestia que valga; son méritos probados. Suponemos que se nos entiende suficientemente por donde vamos. Pero todo esto creíamos haberlo dejado más que claro, transparente, a lo largo de *Anti Moa*. Si lo escribiéramos ahora lo haríamos con menor extensión pero difícilmente con mayor claridad.

Hay que leer en todas direcciones. Es evidente, pero también hay que saber hacerlo y ser forzosamente selectivos. No podemos leerlo todo ni saberlo todo. Nosotros no disponemos de una empresa de «negros» como el señor Vidal (26 libros en 2005, 25 en 2006 y otros tantos en 2007) para poder estar continuamente inundando el mercado con nuestra «firma» opinando sobre lo divino y lo humano. Es evidente que hay que creer en los Reyes Magos para pensar que es él quien los escribe todos de principio a fin, y no seremos nosotros quienes les digamos a tantos fervientes lectores suyos que los niños no vienen de París. De ilusión (ensoñaciones) también se vive. Los precios de los libros no los fijan sus autores sino las editoriales. Tampoco dependen de nosotros las adquisiciones que hacen las bibliotecas públicas cuyos responsables, «pagados con fondos públicos», hacen sus peticiones editoriales según su leal saber y entender de acuerdo con los procedimientos establecidos. Cualquiera que quiera saber y comprender, cualquiera que tenga la noble aspiración de ser escritor, lo mejor que puede hacer es leer todo lo que pueda y en todas direcciones, sí, pero hay que tener siempre, como es lógico, un poco de criterio para procurar no perder más tiempo del estrictamente indispensable, pues, como el dinero, es un bien escaso de usos alternativos. Muy difícilmente, una vez leídos ambos, podremos concitar el señor Moa y nosotros los mismos lectores.

> He leído tu libro *Anti Moa* y me ha gustado. Lo que les dices (escribes) en el libro a esos embaucadores es lo que me hubiera gustado decirles yo a esa *colla* de fachas (¿está bien dicho, verdad?), si los hubiese tenido en frente. Lástima que allí donde van no los corran a gorrazos.

Tengo cincuenta y seis años, soy hijo de un excombatiente nacional (?), que cuando le faltaba poco para licenciarse, estalló el golpe de Estado de 1936. Estaba en esos momentos destinado en Valladolid. Nunca en su vida dijo una palabra agradable del «salvapatrias». Y nunca reclamó prebendas.

No te digo nada que tú no lo sepas, pero tal como están los medios (mediáticos) de alienación, siempre tenemos que estar alerta para evitar la manipulación a que estamos sometidos, y aún así, caemos. Y eso es difícil en el momento que vivimos rodeados de panchas contentas.

Felicitaciones por tu libro, y como nunca te había leído, a partir de ahora, viendo otras obras que has escrito, te seguiré leyendo. Saludos.

* * *

Estimado profesor:

He podido leer tu obra contra la pretendida corriente revisionista de la Historia de España, y tengo que darte la enhorabuena por la obra. Siempre me ha llamado la atención la Historia Contemporánea de España, especialmente el periodo correspondiente a la II República y Franquismo (con lo que hubo de por medio…), porque indudablemente seguía estando demasiado presente en la cultura política de los españoles, condicionando mucho el discurso político de muchos espacios democráticos que deberían obviarla en mayor medida.

Me ha gustado conocerla, hablando con los que en mi entorno recordaban sus propias impresiones, sobre retazos sueltos de los acontecimientos, así como autores de la historiografía; Preston, Carr, Tusell, Jackson o Seco Serrano, por citar algunos de los autores que más se repiten en mi biblioteca sobre el tema. En todos ellos había una serie de elementos constantes, al menos evidente en una base metodológica. Me obligué a leer *Los Mitos de la Guerra Civil* de Moa por su propio éxito mediático y social; en mi propio entorno había personas que lo ensalzaban como el «gran revelador» de las mentiras revanchistas de los años de democracia… *[sic]*.

Desde el primer momento me produjo tal indignación, que desde entonces me he dedicado a «dar caña» a todo el que fundamentaba en su libro cualquier estupidez. Ya había leído un libro de De la Cierva que me había llegado indirectamente a través de su hermana sor Rosa (consejera escolar del Estado por el grupo de personas de «reconocido prestigio»). La falta de coherencia, de fundamentación sobre fuentes directas, las contra-

dicciones eran demasiado llamativas como para que se tuvieran mínimamente en cuenta.

No soy académico y no sigo la bibliografía más especializada, como la mayoría de la población. Esto hace más importante que hubiera una publicación localizable por todos los públicos (a mí me llamó la atención por encontrarlo expuesto en el escaparate de la librería de El Corte Inglés, en la Puerta del Sol de Madrid), y que desmontara esa mitología «al revés»… los mitómanos desmontando pretendidos mitos… en fin… indignante. Esta necesaria sistematización contraargumental desde la historiografía de verdad, era necesaria, y en la medida de mis posibilidades citaré y recomendaré tu libro como un buen trabajo en la mejor intención de recuperar la cordura a la hora de acercarse a tan complicado periodo de la Historia de España, que esperemos cuanto antes abandone los espacios de la emotividad para caer definitivamente en la cesta de los especialistas en la investigación.

* * *

Soy licenciado en Ciencias Políticas y de la Administración de la Complutense, aunque nunca fui alumno tuyo. Actualmente estoy centrado en la planificación pública; coordinando el diseño del Plan Iberoamericano de Cooperación e Integración de la Juventud en Iberoamérica (Acuerdo de la Cumbre Iberoamericana de Salamanca 2005) en el seno de la Organización Iberoamericana de Juventud (OIJ); también coordino a nivel estatal la Campaña Europea por la diversidad, los derechos y la participación «Somos Diferentes, Somos Iguales» dentro del Instituto de la Juventud de España (INJUVE-MTAS). Entre 2002 y 2006 fui también presidente del Consejo de la Juventud de Castilla-La Mancha, y cofundador de la Asociación MACONDO en la Facultad de CC. Políticas y Sociología de la Complutense.

Bueno, sin más, y para colaborar en el plebiscito sobre la adecuación del contenido de tu libro, quiero manifestarte el más absoluto agradecimiento por el propósito y por el resultado de la obra. Me adscribo y usaré a partir de ahora la tipología diferenciadora de historiografía e historietografía… magnífica. Ante todo, espero que bajo ningún concepto te veas obligado a decir «por lo bajinis» esas tres interjecciones laudatorias… a las que te refieres al final de tu libro.

Gracias por tu trabajo y recibe un considerado saludo, aprovechando para desearte un buen año 2007.

* * *

Estimado Prof. Reig:

No soy historiador ni estudiante de ninguna disciplina que pueda tener alguna relación con la Historia. Me licencié en Ciencias Biológicas hace ya más de treinta años y mi vida profesional se ha desarrollado dentro de las ciencias biomédicas. Por todo esto no espero que mi opinión sea tenida en cuenta en los términos que usted establece en su libro. Mi único interés es transmitirle lo mucho que he disfrutado leyendo su valiente, honesto y riguroso libro. Todos los que amamos las libertades, admitimos como algo natural la diferencia de opiniones, ideologías y creencias y nos asquean los visionarios, los falsarios y los gurús del pensamiento único, nos sentimos felices al encontrarnos con obras como la suya.

Su libro además me ha permitido hacerme con una lista de títulos y autores a los que seguiré en mi interés por progresar en el conocimiento de la historia reciente de nuestro país. Nunca he caído en el error de pensar el que conceptos como *investigación* o *metodología científica* fueran exclusivos de las matemáticas la física o la biología y en absoluto necesarios para abordar el estudio de la Historia, de todos modos si así hubiera sido su libro me habría enseñado lo confundido que estaba. Un cordial saludo.

* * *

Admirado doctor Reig Tapia:

Me resulta muy grata la tarea de dirigirme a usted con la intención de votar según pide en la página 487 de su libro *Anti Moa*, y por supuesto y como no podría ser de otra manera cuente usted con mi voto favorable al tratamiento que le da a semejante personaje.

Me gustaría aprovechar la ocasión para agradecerle profundamente el trabajo que se ha tomado para desenmascarar a este sujeto. He de decirle que soy licenciado en Historia Moderna y Contemporánea por la Universidad de Murcia, como atestigua el título que le envió en documento adjunto, y dada esa titulación sufro diariamente en mi lugar de trabajo el ataque de los nuevos «liberales», la última vez esta misma mañana cuando por enésima vez me han arrojado a la cara el calificativo de «rojo», a lo que suelo contestar «a mucha honra».

Y es que debido a mi condición de licenciado en Historia que no historiador, puesto que no ejerzo, un amigo que milita en el PP, por activa y pasiva, ha intentado regalarme alguno de los libros del Sr. Moa, a lo que me

he negado sistemáticamente, ya que siendo quienes son los que cantan sus alabanzas me temía lo peor.

Estoy totalmente de acuerdo con usted en la ofensiva que el nacional-catolicismo ha emprendido con el ánimo de mejorar la imagen del dictador y por ende las de sus herederos naturales. Si no he leído al Sr. Moa, sí que he leído al Sr. Sánchez Dragó en sus *Muertes Paralelas* donde no se cansa de hacer loas al «ausente», también al Sr. Eslava Galán y su *Historia de la guerra civil que no va a gustar a nadie*, que a fuerza de intentar ser neutral pone a la misma altura a unos y a otros, lo cual también favorece la propagación de tanta mentira. Afortunadamente también hay obras como la reciente de María Antonia Iglesias *Maestros de la República* que dejan sin argumentos a todos los que cantan alabanzas del gran dictador, un libro que pone cara a tanto represaliado y que firmemente creemos que sólo por uno de ellos era necesaria la Ley de «La Memoria Histórica».

Sin más y agradeciéndole su paciencia por esta digresión, así como que me haya hecho desempolvar algunos libros de mi biblioteca, para refrescar conocimientos y poder enfrentarme así mejor a esta nueva horda de salvadores de patrias.

Me despido afectuosamente dándole las gracias de nuevo.

* * *

Estimado Sr. Reig:

Recién finalizada la lectura de su libro *Anti Moa* y aunque, muy a mi pesar, no cumplo los requisitos académicos exigidos para participar en la votación prevista en la página 487 de la obra, aprovecho la ocasión, esperando no importunarle, para felicitarle y agradecerle los buenos momentos que he disfrutado con su lectura. Como simple aficionado a la historia contemporánea española y voraz lector de cuantas obras caen en mis manos, hace años cometí la tropelía de comprar un par de los perpetrados por el ínclito personaje, concretamente *Los mitos* y *De un tiempo de un país*, llegando a la inmediata conclusión, pese a mi escasa formación, de hallarme no ante un historiador, sino ante un apologeta del franquismo, un falsario, un cantamañanas, motivo por el cual me ha gratificado sobre manera acreditar la realidad de mis intuiciones en una obra tan docta como amena.

Lo que más me molesta de esta cuadrilla de mendaces y felones es el tratamiento tan vil e irrespetuoso que dispensan a D. Manuel Tuñón de Lara,

imprescindible historiador que con sus obras editadas por la editorial Laia en las postrimerías del franquismo logró engancharnos al conocimiento histórico a muchos españoles y a quien, por cierto, tuve el placer de saludar unos meses antes de su muerte, mientras paseaba, ya físicamente se le veía muy deteriorado, por un parque de Lejona. Me limité a mostrarle mi agradecimiento y transmitirle las mayores muestras de cariño que a pesar de recibirlos de un desconocido agradeció. No me atreví a preguntarle acerca de la veracidad del supuesto hecho de que Manuel Tagüeña le «birló» a Carmen Parga, tal como he leído en algún libro que no recuerdo, personajes todos ellos que me resultan muy entrañables.

Todos los meses cuando cobro mi sueldo de honrado trabajador compro un libro de historia sobre Guerra Civil, república, franquismo, restauración.... lo que me ha permitido construir una pequeña biblioteca, el último ha sido el *Anti Moa* que reitero me ha encantado. Ahora ando a la búsqueda de *Trayectoria* de Antonio Cordón y *El eco de los pasos* de Juan García Oliver.

En cualquier caso, vuelvo a mostrarle mi más sincero agradecimiento, le animo a que siga con su impagable labor de poner sus conocimientos históricos al servicio de la sociedad (mejor homenaje que podemos hacer a aquella generación masacrada por una caterva de militares traidores, felones y genocidas) y me despido mandándole un cordial saludo, esperando no haberle molestado.

Gracias.

Era evidente que no debían tomarse al pie de la letra los requisitos «exigidos» en *Anti Moa* para manifestar la opinión extraída de su lectura. Sentimos que semejante exigencia (que se pedía con la boca bien pequeña) haya privado a más de un lector de expresarnos su sincera opinión. Era ciertamente retórico tal requerimiento y apenas lo establecimos como prudente «filtro» para impedir que los ardorosos partidarios de nuestro insigne escribiente nos bloquearan el correo electrónico a base de insultos. Una vez más se demuestra (la experiencia es la madre de la ciencia) que se lee poco aunque se venda mucho. Ha quedado claro que la derechona (la extrema derecha asilvestrada e iletrada, no la derecha culta y liberal) como no lee, no ha podido por tanto enterarse de nues-

tra llamada a participar con su opinión y no se ha producido dicho bloqueo. Esa es la realidad, la evidente diferencia fácilmente comprobable y demostrable entre los unos y los otros. Es decir, entre los que leen y piensan por sí mismos con mayor o menor acierto, y los que no incurren en semejante «vicio» y, en lógica consecuencia, se convierten en simples secuaces de sus ídolos de barro.

Hay personas intelectualmente curiosas, de cualquier ideología, que tienden a leer en todas direcciones y a formarse su propio criterio; pero otros, una gran mayoría al menos, tienen bastante con repetir como loros lo que sus propagandistas e ideólogos les dicen que tienen que pensar y decir pues, lo de pensar por sí mismos, les exigiría un esfuerzo que no están dispuestos a realizar por simple falta de entrenamiento. Los lectores curiosos discuten entre ellos, y llegado el caso incluso polemizan por nimiedades o cuestiones de detalle o de principio si se tercia con una gran facilidad, sencillamente porque son críticos y no suelen tragarse lo que les echen sin pasarlo por su propio filtro, o el de otros cuya opinión consideren valiosa. Eso jamás ocurre con los que ya están en posesión de La Verdad Revelada. Hay a quien siempre se le plantean nuevas preguntas y otros, sin embargo, sólo disponen de las mismas respuestas para todo. Nunca entenderán el placer de la lectura, del pensamiento no gregario, de la reflexión inquisitiva, de la libertad creadora.

Hola Alberto.

Obviamente tú no me conoces. Soy un chaval madrileño, llamado Pablo de dieciséis años, de ideología trotskista, que acaba de terminar de leer tu libro *Anti Moa*. Primero felicitarte por tu trabajo realizado, pues me ha gustado bastante el libro.

Luego, ya aparte de esto, quería que me propusieses un buen libro de la Guerra Civil, que la englobe entera, hasta ahora, me he leído *Atlas ilustrado de la Guerra Civil, Trece rosas rojas*, pero ninguno muy bueno, mi principal, y humilde sabiduría sobre este período proviene de Internet, y de foros de la Guerra Civil, principalmente este: www.guerracivil.forumup.es. Por eso me gustaría que me recomendases un libro. Ahora mismo me estoy leyendo *100 años de socialismo* (¿Qué tal es? ¿Lo has leído?), y son bastantes

páginas, sobre todo para mí que hasta hace dos años, Harry Potter había sido mi mayor aventura...

Luego, realizarte, ya preguntas personales [...]

Espero tu respuesta. Saludos y un placer haberte leído.

Los jóvenes, incluso algunos muy jóvenes como puede apreciarse, quieren saber, quieren formarse. Y preguntan. Es una curiosidad que ni cien mil Moas podrían nunca impedir. Los Moas, Marcos y Vidales pueden hacer picar, engañar o despistar a unos pocos de principio, a cientos o incluso a miles... Es pan para hoy pero hambre para mañana. Los jóvenes que contarán en el futuro de la cultura española, al igual que ayer y que hoy, serán como siempre hombres con criterio que es lo verdaderamente importante para nosotros. Y, cualquiera provisto de esa arma imbatible relegará al señor Moa y equivalentes al bulevar (rincón) de los sueños (delirios) rotos. Al trastero de la subcultura de masas.

Bien, esperamos que esta breve antológica (limitada como hemos dicho a una mínima selección de los recibidos sobre la primera edición de *Anti Moa*) no haya resultado demasiado reiterativa a pesar de su brevedad y suscite cierto interés «documental» para el lector. Tantas opiniones agrupadas pueden resultar inevitablemente tediosas pero las hemos creído necesarias. Confiamos en que al menos contribuyan a ilustrar al señor Moa en el sentido de que en el fondo de nuestros propósitos no aleteaba la perversa intención de aniquilarle, ni entonces ni ahora. No tenemos poder para ello y aunque lo tuviéramos no lo emplearíamos. Recuérdese al apócrifo Voltaire que invocábamos en *Anti Moa* y en el que fervientemente creemos algunos pretendidos «progres», «jacobinos», «estalinistas» y «lissenkos» que hemos conseguido sobrevivir a los Moas revolucionarios o contrarrevolucionarios de pistola o martillo de antes y de después. No ha habido «conspiración» alguna para tratar de acabar con él. No se crea tan importante y haga tanto el ridículo.

CAPÍTULO IV

PREGUNTAS Y RESPUESTAS

Tratamos en este capítulo de responder brevemente y con inevitable simplicidad y concreción a las preguntas más perentorias que cualquier curioso pueda hacerse sobre nuestro inmediato, conflictivo y polémico pasado tan zarandeado desde algunos medios de comunicación.

La revista *Tiempo* en su sección de «Cultura» dedicó con motivo de la publicación de *Anti Moa* (finales de octubre de 2006) un reportaje titulado «Respuesta al neofranquismo». En él se presentaban algunas semblanzas resumidas de Pío Moa, Federico Jiménez Losantos y César Vidal extraídas de nuestro texto y una breve entrevista que nos hizo José María Goicoechea que reproducimos a continuación.

— *¿Cuáles son las credenciales necesarias para considerar a alguien historiador?*

— El reconocimiento de tal por parte de sus pares. Cualquiera que publica un libro de historia es historiador, con independencia de la formación que tenga; el mundo está lleno de esplendorosos autodidactas y de mediocres escritores con mucho título. Ahora, estos publicistas, que califico de *neofranquistas* o *propagandistas* o *historietógrafos*, no pueden tener la pretensión de, sin títulos académicos y sin reconocimiento de sus pares, es decir, del gremio de profesionales de la historia, ser reconocidos como tales y adjudicarse alegremente el título de historiador.

— *¿Qué explicación tiene el fenómeno Moa?*

— Se ha encontrado un mercado desatendido por la historia profesional, que muchas veces incurre en el error de encaramarse a la *torre de*

marfil y no descender al terreno de la batalla mediática, porque hay cuestiones históricas que cada generación se replantea. Ha fallado una buena divulgación, se ha descuidado el campo de la cultura cívica.

— ¿Por qué se ha contestado tan poco a esta oleada revisionista por parte de otros historiadores?

Ése es el sentido de mi libro. Se ha dado cierta displicencia académica lógica, porque aquí no hay ninguna novedad, todo es pura trivialidad, se han desempolvado con aires de renovación cosas más que dichas por la propaganda franquista de siempre. Se ha vuelto sobre eso y nadie les va a reclamar derechos de autor por la copia o el refrito. Eso sí, ya no se dice *cruzada* sino Guerra Civil, ni rojos sino jacobinos o radicales. Se utiliza un discurso más políticamente correcto, porque todo el mundo es «liberal» y «demócrata» y no se puede utilizar la vieja retórica franquista porque «cantaría» demasiado. Pero el fondo del mensaje es el mismo de siempre: la izquierda es la que es mala, nunca es demócrata, siempre es desestabilizadora, y la pobre derecha llega un momento que se cansa y tiene que poner orden aunque se pase pues los otros se habrían pasado mucho más.

— Dedicarle un libro a Pío Moa ¿no es darle demasiada importancia?

— Probablemente. El libro no se centra únicamente en Moa, sino en el contexto político que le rodea, el neoconservadurismo, sobre todo a partir de la mayoría absoluta del PP en el 2000. No hay que tener mucha memoria para recordar la reivindicación de Azaña por parte de José María Aznar, cuando estaba a la búsqueda del centro, y en la que coincidía con Felipe González. Parecía que la Guerra Civil quedaba atrás. Con la mayoría absoluta se olvida todo eso y se inicia un proceso de radicalización que necesita lavarse la cara en la Historia: se sobrevalora a Cánovas y a la Restauración, a las cosas buenas del franquismo que evitó, dicen, que aquí se implantara el G*ulag*... Es una *historietografía* al servicio de la legitimación de esa derecha que ha perdido el centro.

— ¿Ha calculado la respuesta que le va a caer encima con la publicación de este libro?

— Sí, claro. Ahora yo ya me voy para mi refugio antiatómico, lo de la guerra mediática es cosa de ellos. Es más que probable que me pongan como hoja de perejil, porque son incapaces de contestarme con otras 500 páginas. El señor Moa tiene la oportunidad de escribir un *Anti Reig*.

— La entrevista que sigue, fue editada y publicada (bastante abreviada) en *elplural.com* el 3 de noviembre de 2006. Aquí reproducimos el texto original completo.

— ¿Se puede decir que ha puesto en su sitio a revisionistas de la derecha española como Pío Moa, César Vidal o Federico Jiménez Losantos en su reciente libro Anti Moa?

— ¿Poner en su sitio? Eso suena un poco cuartelero, autoritario, como en tiempos de Franco. No, yo no voy «sobrado» como esta «banda de los cuatro»... aquellos forajidos políticos que fueron aún más maoístas que el propio Mao. Éste sería De la Cierva, y los cuatro mosqueteros, Jiménez, Marco, Moa y Vidal. Me he centrado en ellos en mi libro pero hay muchos otros, abunda el género. Se creen el máximo exponente de la historiografía contemporaneísta española y no pasan de publicistas incontinentes tan triviales como inútiles. No me corresponde a mí atribuirme especial mérito salvo el de haber saltado a la cancha y exponerme a su fuego graneado. De hecho, como insisto en el libro, la réplica a todas y cada una de las fantasmagorías históricas que este grupo de publicistas tratan de presentar como novedosas ya habían sido literalmente trituradas hace tiempo por la historiografía profesional. Yo apenas me limito a sintetizarlas y a tratar de hacerlas comprensibles para el lector interesado que no tiene por qué conocer de primera mano la historia de la República, la Guerra Civil y el franquismo. Espero, tengo la esperanza, de que el libro haya contribuido a ello pero no me corresponde a mí decirlo. Ya dijo el sabio Salomón: «Alábate el extraño y no tu boca, el ajeno y no tus labios».

— ¿Con qué objetivo escribió el libro?

— Francamente no me he psicoanalizado para ahondar en las motivaciones ocultas del inconsciente que serían las que desencadenan o explicarían todas nuestras acciones. Supongo que en la vida hacemos determinadas cosas sin una previa planificación o definición muy formal de objetivos. Diría que el libro obedece a un progresivo estado de irritación al comprobar cómo, día tras día, tenía cada vez mayor eco mediático la pura y simple trivialidad, la inanidad y vacuidad más absolutas, presentadas no sólo como simple historiografía sino como especial renovación, reinterpretación historiográfica o revisionismo histórico de hondo calado. Los historiadores serios, no sin razón, miraban para otro lado pues generalmente tienen proyectos entre manos de más profundo alcance que denunciar la manipulación de la historia por simples aficionados. Pero, supongo, que tenían o tienen cierta prevención a que les acribillaran desde los medios. Yo es que soy un poco Quijote y, como siempre estaremos en algún centenario de tan maravilloso libro, me pareció que una buena manera de homenajear a tan ilustre personaje era saltar al ruedo y tratar de desfacer entuertos...

— ¿Cuál es el sitio de estos revisionistas?

— Pues las secciones dedicadas a la propaganda franquista, neofranquista y *neocon* de cualquier biblioteca especializada en la España contemporánea o en el almacén de la Biblioteca Nacional dedicado a las trivialidades, fruslerías e inanidades con pie de imprenta.

— ¿Cómo evalúa el poder de opinión que tiene Losantos entre los dirigentes del PP? ¿Es el «Arquímedes» de la política?

— Muy negativamente. Tales dirigentes «gallean» mucho en el Parlamento o cara a los medios de comunicación encantados de la imagen vociferante que ofrecen de sí mismos. Tienen enfrente una izquierda exquisitamente educada sometida toda ella al síndrome del buen talante de Rodríguez Zapatero. Afortunadamente he de decir, pues sólo de pensar que

se pusieran a su nivel la vida política comenzaría a hacerse literalmente insoportable. «Gallean» mucho cara a la galería porque el presidente del Gobierno es un fajador nato pero se mojan en los pantalones cada vez que el iluminado de la COPE les mira de reojo y les apunta con el hacha o la navaja cabritera marcándoles lo que tienen que hacer y lo que tienen que decir. Véase lo que hace actualmente con *ABC* que ha cometido el nefando pecado de abandonar la ortodoxia que marca el presidente de la *FAES* o el oráculo de *El Mundo*. Lo de «Arquímedes de la política» se lo he adjudicado yo pues se cree con un micro en la mano que puede hacer bailar a todos a su antojo, pero a mí apenas me recuerda a un campanero famoso de la literatura universal inmortalizado por Victor Hugo.

— Paul Preston ha señalado en el prólogo que su libro combate «la actual manipulación de la historia de España que venimos padeciendo desde determinados sectores ajenos a la historia misma […] gracias a las obras de Pío Moa y otros», ¿no? ¿Qué quiere decir?

— Bueno, eso no lo dice exactamente Paul Preston en el prólogo aunque dice algo muy parecido. Yo no voy a interpretarle pero creo que está razonablemente claro lo que queremos decir los dos, y que explica el silencio que una abundosa tropa de publicistas irrelevantes venía mereciendo hasta ahora desde los sectores profesionales de la Historia. Lo que pasa es que en esta vida todo tiene un límite y llega un momento en que hasta al santísimo Job se le hinchan las narices. ¿No? Se dice con razón que no hay mayor desprecio que no hacer aprecio. Cierto. Pero también llega un momento que quien calla otorga y, como dijo el gran Quevedo: «No he de callar por más que con el dedo, ya tocando la boca o ya la frente, silencio avises o amenaces miedo...» Entendámonos. Ya hubo que callar lo indecible con Franco. La libertad de pensamiento se ejerce practicándola no callando como si aún viviera el tirano que tanto reivindican toda esta tropa de pretendidos «liberales» a tanto la página.

— En su libro, hace hincapié en el pasado terrorista del GRAPO de Moa, ¿coincide usted con Preston en que el revisionista «luchó durante muchos años contra la democracia con pistola y ahora hace lo mismo pero con la pluma»?

— Lo primero que habría que aclarar con documentos en la mano es la pretendida lucha de este caballero contra el franquismo porque yo no me lo creo. Sea como fuere el señor Moa ha dado un salto ideológico y político espectacular: del sectarismo de izquierdas más obtuso al sectarismo de derechas más bufo. O sea que sigue estando donde siempre.

— *¿Qué «carencias» son las que tiene César Vidal como historiador?*

— ¡Ah!, ¿pero es historiador? Yo creía que era teólogo, catequista, predicador, comentarista, publicista, escribidor... pero «historiador» es una profesión muy seria, una dignidad que hay que ganarse cuyos títulos no se expenden en los cajeros de la esquina. Aparte de que el hábito no hace al monje, según creo.

— *¿Con qué versión de la historia española coincide?*

— Con cualquiera que esté sólidamente documentada, con cualquiera que con nuevos datos en la mano me demuestre que los míos están equivocados o son revisables o discutibles. Con cualquiera que sea innovadora y cuyos planteamientos y tesis estén perfectamente argumentados, con cualquiera que me enseñe algo nuevo y me incite a profundizar por la nueva senda que ha sido capaz de descubrirme su autor.

— *Recientemente también ha publicado* La Cruzada de 1936, *¿la Guerra Civil sigue siendo una herida abierta después de setenta años?*

— Pues a la vista de lo visto o de lo que se empeñan algunos en que veamos parece que sí. Vamos a ver, yo no diría que sea una herida abierta que aún supure socialmente hablando por mucho que algunos irresponsables se empeñen en que no cierre nunca. Yo no detecto odio en nadie con quien trato de estos temas, ni profesional, ni ciudadano más o menos informado, ni con nadie que haya sufrido las consecuencias directas o indirectas de haber perdido la guerra o haber sufrido la represión de la dictadura por haberse opuesto a ella. Ahora bien, si que detecto obsesión en trasladar lo que a estas alturas sólo puede ser un debate entre his-

toriadores al campo de la política con afanes de obtener algún tipo de rédito o ventaja. Eso es lo indignante del asunto y lo que hace que este tema tenga una presencia en los medios que ya no debería tener.

— *¿Se está utilizando la Guerra Civil como arma política?*

— Desde luego. Es una evidencia. En la historia entran siempre a saco los políticos o por mejor decir los politiquillos o politicastros de segundo orden, los ventajistas de toda condición con la única obsesión de llevar el agua a su molino, y cuanto más autoritarios más palpable se hace su intención, pues el gran sueño totalitario no consiste sólo en controlar el presente, sino también el pasado y el futuro.

— *¿Qué opina de la Ley de la Memoria Histórica?*

— Me parece bien intencionada pero insuficiente. Supongo que nadie mínimamente decente va a negar a nadie el legítimo derecho de enterrar a sus familiares como personas y no como están ahora muchos de ellos enterrados como perros bajo montañas de cal viva. Por otra parte no entiendo que cueste tanto decretar la nulidad de todas las sentencias franquistas dictadas por tribunales de excepción que atacan de raíz el ordenamiento jurídico de cualquier país democrático. No es un problema técnico-jurídico como a veces pretende darse a entender. Magistrados como Martín Pallín o fiscales como Jiménez Villarejo han argumentado en este sentido mucho mejor que yo podría hacerlo ahora. Pedir la nulidad radical de dichos juicios no implica radicalismo alguno sino elemental demanda de justicia. En esta línea no estamos sólo la mayoría de los especialistas sino el conjunto de la ciudadanía que en torno a un 65 por 100 quiere la plena rehabilitación de todas las víctimas del franquismo frente a un 25 por 100 que dice no estar de acuerdo tal como indican las encuestas del CIS y del Instituto OPINA. Jamás habrá mayoría absoluta sobre esta importante cuestión, ni sobre muchas otras y, sobre esa base, pretender postergar *sine die* la justicia debida es un error. Ya nos alertó el sabio Montesquieu que la unanimidad absoluta sólo existe en las sociedades absolutistas, es decir en las dictaduras. Hay que coger el toro por los cuernos y acabar de una vez con éstas cuestiones para

dejar de mirar atrás, y limitar semejante perspectiva a los profesionales del asunto, a los historiadores. Naturalmente que opine quién quiera pero nos reservamos el derecho de distinguir y discutir entre aquellas opiniones mínimamente fundamentadas y rechazar las absolutamente infundadas.

— ¿Se reconoce el sufrimiento de todas las víctimas o sólo las de un bando?

— Mire, las víctimas correspondientes al bando de los vencedores obtuvieron reparación durante cuarenta años frente a las víctimas del de los perdedores que sólo recibieron desprecio y marginación social, pero si aún queda sin reparación alguna víctima del terror desencadenado en zona republicana me parece legítimo, como estoy seguro que le parecerá a cualquier demócrata y hombre de bien, que se le repare y compense en lo que sea de ley.

— ¿Considera que hay un rebrote de la extrema derecha o de neofranquistas?

— Me parece una obviedad. Pero maticemos. Se utiliza muchas veces alegre y frívolamente la palabra fascismo para referirse a determinadas posiciones políticas radicales contrarias a las propias. Desgraciadamente no podemos tener la pretensión intelectual de que todos aquellos que tienen cierta proyección pública, empezando por los políticos, sean de una exquisita precisión conceptual y utilicen un lenguaje escrupulosamente académico. Dicho esto me parece difícilmente negable que cierto «fascismo verbal» está invadiendo el espacio público y no viene de más recordar que la guerra de palabras precede siempre a la de los cañones. Hay que cortar el paso con firmeza a los irresponsables que se empecinan en crear divisiones y fracturas irreconciliables en la ciudadanía que lo que quiere es convivir en paz con sus vecinos, sean del Barça o del Madrid.

— ¿Dónde queda la «derecha civilizada»?

— Pues francamente, corrigiendo ligeramente al poeta Luis Cernuda: «Allá, allá lejos; donde habita el olvido». Se entra así en un perver-

so mecanismo de retroalimentación y se acaba en la metafísica cuestión de qué fue antes si el huevo o la gallina.

— Cómo politólogo, ¿me puede hacer un análisis del porqué los socialistas ganaron las elecciones del 14-M?

— Muy sucintamente pues este tema daría para largo. Los atentados del 11-M, en contra de lo que se empeñan en sostener los ideólogos del PP al margen de los puros y duros datos empíricos que mis colegas politólogos expertos en análisis electoral han hecho del derecho y del revés, hay que decir con toda claridad que no «determinaron» aunque obviamente sí influyeron en el resultado electoral. Quizá, sin esos atentados, en vez de incrementar el voto el PSOE en tres millones y el PP perder un millón las diferencias no habrían sido tantas y no se habría movilizado tanto elector antes abstencionista, pero habría ganado el PSOE puesto que ya se estaba produciendo antes del atentado una inversión de tendencia. Las apariencias son a veces engañosas. El PP ya estaba perdiendo las elecciones antes de que se votara contra él por su política exterior, circunscrita a su alineamiento servil con Bush, y por la interior, porque toda ella estaba contaminada de prepotencia y autoritarismo poco acordes con los firmes principios democráticos a los que se dice servir. La gente no es tonta. Léanse los análisis de Julián Santamaría, de José Ramón Montero Gibert e Ignacio Lago Peñas, de Belén Barreiro y otros colegas, todos ellos expertos en análisis electoral a diferencia mía, que tienen la costumbre, como académicos que son, de hablar con conocimiento de causa a diferencia de tanto opinador trivial en cuyo caso su opinión merecerá cuando menos un respeto y una consideración que no puede otorgarse a cualquier tertuliano o escribidor de vía estrecha.

— ¿Qué le parece la Teoría de la Conspiración?

— Preciosa. ¿Ha leído usted *El Código Da Vinci*? A mí me gustan más los *bestsellers* tipo *Cien años de soledad* de García Márquez o *La fiesta del chivo* de Mario Vargas Llosa, que quiere que le diga. Todo lo conspirativo, oculto, aparentemente inescrutable, da mucho juego literario, pero nada más. Está bien para pasar el rato pero todos aquellos que confunden la realidad con la

ficción deberían de consultar al psicoanalista. Por otra parte no deja de asombrarme la cantidad de gente inteligente, culta e informada, que se resiste como gato panza arriba a abandonar definitivamente la teoría de la conspiración y se agarran aún, incomprensiblemente para mí, con verdadera tenacidad y convicción, a que el Gobierno de entonces no mintió, ni tergiversó, ni manipuló... y que las cosas no están aún del todo claras.

— *¿Qué opinión le merece el ambiente de crispación y la guerra de medios que se está produciendo en España?*

— Qué voy a decirle. Supongo que lo mismo que a cualquier otro ciudadano sensato y razonable. Que no me gusta un pelo pues, por mucho que uno, sobre la base de dicha sensatez y racionabilidad, intente por todos los medios mantenerse al margen llega un momento que salvo que se sea el mismísimo Jesucristo resulta imposible poner la otra mejilla cuando no paran de abofetearte día tras día. Mi libro es pura y simplemente una respuesta contundente a tanta provocación.

Y finalmente, para terminar con este apartado, reproducimos también aquí las respuestas a una pequeña encuesta que la revista *TEMAS* hizo a Ángel Viñas, Enrique Moradiellos y a nosotros mismos sobre «Historiografía y propaganda» que apareció en el número de diciembre de 2006.

— *¿A qué obedece este intento de querer reescribir la historia reciente de España?*

— A mi juicio, a partir de 1996 con la victoria electoral del PP, Aznar se vio en la necesidad de legitimar su opción política ante el electorado tratando de borrar su propio pasado franquista y el de sus propias bases sociales de apoyo para lo cual jugó la carta del «centro» político para el presente y desde el pasado (reivindicando por ejemplo, la figura de Azaña). Y lo mismo haría Jiménez Losantos con su libro (parcialmente copiado del de Rivas Cherif), *La última salida de Manuel Azaña* (1994). El «biógrafo» oficioso y escriba de Aznar, José María Marco, llegó al punto de considerarle un «liberal» de profundas convicciones democráticas desde sus años

mozos. A partir del 2000 con la conquista de la mayoría absoluta pudo desprenderse de esa añagaza de moderación política y firme liberalismo para volver a mostrar su verdadera esencia ideológico-política, autoritaria, y orgullosa de su pasado franquista ya que Franco, en realidad, impidió en España la proclamación de un régimen comunista. Desalojados del poder mantienen la guerra en todos los medios de comunicación que controlan o sobre los que influyen que son muchos y poderosos.

— *¿Se trata de verdadera historiografía o de simple propaganda política?*

— Se trata de simple propaganda política adaptada a los nuevos tiempos inevitablemente democráticos. Se retoman los «clásicos» de la propaganda franquista (Joaquín Arrarás, Manuel Aznar, Eduardo Comín Colomer o Ricardo de la Cierva), se abandona la vieja retórica y se readaptan sus tesis «formalmente» a los inevitablemente nuevos tiempos democráticos. Como la nueva sociedad española y los jóvenes no aceptarían el vetusto lenguaje de «cruzada» o de «rojos», etc., se torna ya por «guerra civil» o «radicales» o «izquierdistas» (que fueron los mismos que actualmente ocuparían el poder por métodos espurios... 11-M). A la historiografía profesional se la descalifica apriorísticamente sin entrar en la crítica textual de sus obras tachándola de «marxistoide» o incluso «estalinista» sin el menor fundamento para ello.

— *¿Tienen rigor histórico las afirmaciones que se están vertiendo?*

— Ninguno. El más mínimo. Nada nuevo bajo el sol. Es la vieja palinodia propagandista de siempre, incluso algunas de sus pretendidas «novedades» ya habían sido expuestas, y con mayor solvencia técnica que ahora, por intelectuales, historiadores o especialistas como Salvador de Madariaga, Carlos Seco Serrano, Stanley G. Payne o Juan José Linz.

— *¿Qué consecuencias puede acarrear esta revisión de la historia?*

— Desde el punto de vista científico, ninguna, es decir, desde el estrictamente historiográfico. La ciencia, a pesar de sus prodigiosos avan-

ces (en medicina por ejemplo), nunca podrá evitar que haya gente que acuda a curanderos, brujos o nigromantes. Siempre habrá «lectores» (o simples compradores compulsivos) en una sociedad abierta y democrática como la nuestra, que prefieran las banalidades, distorsiones y manipulaciones, debidamente cocinadas para poder ser digeridas sin mayor esfuerzo a diferencia de los estudios serios y solventes de autores consagrados por una obra historiográfica seria y rigurosa que requieren mayor esfuerzo. Los De la Cierva, Moas o Vidales de turno nunca pasarán de ser una simple trivialidad en la historia de la cultura española. Es decir, ocuparán su propio espacio dentro del apartado correspondiente de la propaganda política y la subcultura de masas a la que sirven, como corresponde a la industria del refrito y la copia que les alimenta.

Bien, tras nuestras palabras para la revista *TEMAS para el debate*, cabe decir que, afortunadamente para la historiografía, que es siempre la verdaderamente revisionista, es decir, la que practica la permanente revisión a la que se someten los historiadores profesionales y no esos mal llamados revisionistas de la nada, el conocimiento histórico no se detiene nunca y jamás cesa en su permanente indagación y reflexión sobre el pasado. En este sentido hay que destacar, a modo de ejemplo, la brillante trilogía en la que el profesor Ángel Viñas anda metido a fondo y dedicada a la trayectoria de la política exterior de la II República española en la Guerra Civil. Hasta el momento han visto la luz los dos primeros tomos y a la falta de la publicación del tercero está constituyendo un verdadero hito historiográfico sobre la base de un trabajo archivístico y una puesta al día de nuestros conocimientos de primer orden. No es una ligera presunción por nuestra parte pensar que cuando el profesor Viñas culmine tan ambicioso proyecto nos habrá legado una obra historiográfica condenada a perdurar.

La realidad objetiva es que el nombre del profesor Ángel Viñas quedará indisolublemente unido a la historiografía de la II República, la Guerra Civil y el franquismo, mientras que el del periodista Pío Moa, que en su impotencia argumental trata de descalificarle con alusiones a su condición de funcionario público (!), se lo llevará rápidamente el viento puesto que no ha aportado absolutamente nada a nuestro cono-

cimiento del pasado. No ha hecho investigación primaria, ni siquiera síntesis o divulgación de calidad. Sin embargo, su nombre sí quedará indeleblemente fijado en el de la propaganda y la banalidad más bufas que genera siempre la subcultura de masas en las sociedades modernas.

¿Cómo no vamos a enfadarnos cuando Moa trata de enfangar el nombre de un profesional al que no le llega ni a las suelas de sus zapatos? Además nos llama «paleto» (como puede verse somos los demás quienes insultamos) frente a su «cosmopolita» trayectoria personal. Moa presume mucho de haber visto en la Fundación Pablo Iglesias los papeles de Francisco Largo Caballero. Debe de ser el único archivo que ha pisado en su vida y, claro, no para de decirlo (dime de lo que presumes y te diré de lo que careces). ¿Acaso Moa ha aportado un solo renglón novedoso a la bibliografía científica existente sobre tan significado líder obrero o el socialismo español? ¿De qué le ha servido frecuentar tanto como dice haber frecuentado dicho archivo? ¿Qué ha hecho sino espigar sectariamente cuatro cosas fuera de contexto para arremeter contra dicho líder en particular, utilizando la propia división y enfrentamientos personales entre los distintos dirigentes del PSOE usando sus propios testimonios en función de sus pretendidas «tesis» (mitos) a su entera conveniencia? Satisfará así los prejuicios de sus devotos seguidores y las fuerzas políticas y sociales que lo alimentan pero se pone en evidencia ante los verdaderos profesionales e historiadores del socialismo español, que pueden corroborar así su evidente ausencia de talla como pretendido aspirante a historiador.

Esa es la dura realidad por mucho que Moa pretenda confundir a su público descalificando a los profesionales que, en su limitado entender, considera que no pertenecen a su cuadra ideológica y por *eso* le criticarían cuando, la mayoría de ellos, sencilla y sabiamente le ignoran a la vista de la farfolla que no para de producir. Moa y sus escrituras no interesan ni un pimiento a nadie mínimamente formado e informado.

CAPÍTULO V

REESCRIBIR LA HISTORIA

Así titulamos el 26 de julio de 2006 un artículo de opinión que publicamos en el diario *El País* con motivo del 70.º aniversario del comienzo de la Guerra Civil. En él tratábamos de resumir, en el siempre limitado espacio que proporciona la prensa, los planteamientos básicos del revisionismo neofranquista sobre la rebelión de 1936 que dio paso a la guerra contraponiéndolo al «estado de la cuestión» que establece la historiografía. Lo transcribimos a continuación para un saludable ejercicio de comparatismo entre el escritor y su crítico.

> Uno de los muchos éxitos de la transición fue el consenso historiográfico alcanzado en torno a la República y a la Guerra Civil. Sorprendentemente a partir del año 2000 la historia empezó a ser secuestrada y manipulada al servicio de determinados intereses políticos. Bajo el firme liderazgo de Aznar tras conquistar la mayoría absoluta, la derecha española más extremosa pudo empezar a olvidarse de las interesadas loas a Azaña de su líder y los recurrentes cantos al liberalismo y a la moderación que habían sido necesarios para la conquista del centro fuera del cual no se ganan elecciones en los países desarrollados. Fue el momento de quitarse la máscara y actuar sin complejos ni concesiones a esa izquierda falsamente moderada que no sería sino el trasunto de la de siempre: la radical, la revolucionaria, la filocomunista que jamás acepta las reglas del parlamentarismo y de la democracia que tan falsamente reivindica. En semejante tesitura histórica había que recuperar las señas de identidad dejadas en sordina a lo largo de la transición y consolidación democráticas. Era imprescindible reescribir la historia inmediata. Se aprestó a ello con febril entusiasmo un ejército de publicistas con ínfulas de historiadores que pretendían romper con una ortodoxia historiográfica impuesta por supuestos profesionales incapaces de sacudirse

la caspa ideológica estalinista. Una verdadera cohorte de periodistas de pago hizo de caja de resonancia y los publicitaron a los cuatro vientos para demostrar a las nuevas generaciones que los socialistas que se habían encaramado al poder sin el menor escrúpulo, sobre los cadáveres de los terribles atentados del 11-M, eran los mismos de siempre. En 1934 la izquierda y los nacionalistas reventaron la convivencia democrática desencadenando la revolución social en Asturias y proclamando la independencia de Cataluña. El 18 de julio de 1936, no fue un golpe de Estado ilegal e ilegítimo que provocó una terrible guerra civil sino un necesario golpe «preventivo» de pura autodefensa que el general Franco y el resto de patriotas que le secundaron tuvieron inevitablemente que dar para salvar a España del caos e impedir su desmembración («balcanización») y la entronización de un *gulag* soviético cuyos horrores hubieran dejado pálida la inevitable dureza de Franco y su «Régimen del 18 de Julio».

Se trata de una burda muestra del negacionismo histórico (revisionismo) que inevitablemente nos toca pasar ahora a los españoles y que, otros países como Italia, Francia o Alemania, ya pasaron en los años ochenta. Pero el abundoso papel amarillo que nos invade, nunca, jamás, podrá ocultar la realidad histórica del 18 de julio de 1936 que empezó por ser un acto *ilegal* e *ilegítimo*. Ilegal porque no estaba entre las competencias de los jefes de División del Ejército declarar la ley marcial. Ilegítimo porque tanto el resultado de las elecciones (cuya limpieza cuestionaron los sublevados sólo *a posteriori*), como el Gobierno de la Nación surgido de ellas, habían sido sancionados y aceptados jurídicamente y políticamente por la propia oposición parlamentaria tal como quedó reflejado en el libro de Sesiones de las Cortes por su líder más destacado, José María Gil Robles, lo que desmonta los inútiles intentos posteriores, que aún persisten, por cuestionar el resultado electoral y el Gobierno surgido del mismo como importante justificación para su rebeldía anticonstitucional. No puede argumentarse historiográficamente que el gobierno republicano en julio de 1936 hubiera sucumbido a una ilegalidad e ilegitimidad que hiciera inevitable la ilegalidad e ilegitimidad de la oposición para defenderse. La legalidad y legitimidad del Estado republicano en 1936 es incuestionable a la luz del derecho español y del derecho comparado a pesar de los renovados intentos justificativos del revisionismo. El argumentario «jurídico» del *Nuevo Estado* franquista quedó

plasmado en un famoso *Dictamen* oficial que despreciaba hasta los principios fundamentales del Derecho. Sus epígonos revisionistas apenas vuelven sobre ellos.

De acuerdo con la legalidad internacional que deriva de la ONU, la ilegalidad del régimen franquista es evidente como lo prueba su alzamiento en armas contra el gobierno legítimo de la República vulnerando el orden jurídico vigente. La Resolución, Res.39 (I) adoptada por unanimidad de la Asamblea General el 9 de febrero de 1946 consideró que el régimen de Franco fue impuesto por la fuerza al pueblo español y no lo representaba. Y, de acuerdo con los principios de la propia ONU el franquismo cometió crímenes contra la Paz, crímenes de guerra y crímenes contra la Humanidad. Aún hoy, de acuerdo con la Resolución, Res.1996/119 de 2 de octubre de 1997, en España siguen sin cumplirse en relación con las víctimas y sus familiares de la represión franquista, el derecho a saber, el derecho a la justicia y el derecho a obtener reparación. Y la Asamblea Parlamentaria del Consejo de Europa ha instado al Consejo de Ministros español a que el 18 de julio sea declarado día oficial de condena de la dictadura franquista. A mayor abundamiento significadísimos rebeldes al orden constitucional republicano, entre los que cabe destacar a Ramón Serrano Súñer, «el cuñadísimo», el constructor jurídico del *Nuevo Estado*, o el general Ramón Salas Larrazábal, cabeza de fila de la historiografía franquista más seria, así tuvieron que acabar por reconocerlo. El primero, aceptando que la rebeldía estaba jurídicamente en los autoproclamados nacionales que montaron una parodia de justicia, una «justicia al revés» y, el segundo, reconociendo que, en 1936, «el Estado no estaba ni secuestrado ni inválido». ¿De qué «justa» o «necesaria» rebelión estamos entonces hablando? ¿Si el Estado republicano no estaba ni secuestrado, ni inválido, por qué se sublevaban?

El 18 de julio de 1936, al derivar en guerra civil, inicia un puro y simple *genocidio* por más que este vocablo despierte reticencias en determinados autores a la hora de aplicarlo al franquismo ya que es generalmente utilizado para referirse al exterminio del pueblo judío que emprendieron los nazis. No se trata ahora de establecer paralelismos históricos entre el holocausto y la masacre de rojos «y demás ralea» emprendida por Franco. Por los resultados que produjo, el 18 de julio fue un «crimen contra la Humanidad», tanto en la significación que otorga al concepto la Real Academia

Española como en el propiamente técnico de la jurisprudencia internacional. Franco y el régimen que alumbra el 18 de julio fueron más criminales que Pinochet o Milošević. Tal es la realidad jurídica, política e historiográfica del 18 de julio de 1936.

Pío Moa («el crítico» del crítico) se dio inmediatamente por aludido, como no podía ser menos, aunque no le citábamos a él expresamente y pretendió a costa de *El País* montarse su particular polémica como suelen hacer siempre los propagandistas vocacionales contestando con la vehemencia que les caracteriza. Empezaba por destacar en una entradilla entrecomillada y con un cuerpo de letra mayor que el resto del artículo el siguiente texto de su enjundiosa réplica para que el lector apresurado pudiera fijar bien su «tesis» principal:

> El señor Reig, y tantos como él, no están muy en desacuerdo con la oleada de incendios de iglesias, periódicos y centros políticos de la derecha, con los cientos de asesinatos en sólo cinco meses, con el terrorismo de las milicias izquierdistas.

Relean, por favor, y busquen en nuestro texto qué frase o expresión puede justificar semejante infamia, tan intolerable y miserable acusación, tras la cual nos ofrecía la siguiente pieza perfectamente ajustada al gusto de esa extrema derecha ignara (la de la otra orilla tendrá también sus Moas, no lo dudamos en principio, pero como no la frecuentamos no podemos confirmarlo). Él sabrá de tan enfebrecidos incendiarios ya que los conoce mucho mejor que nosotros. De hecho a ellos dijo servir con particular esmero aunque diga no pertenecer ya a semejante cuadra. ¿Verdaderamente ha cambiado de escudería o en realidad no se ha movido ni una micra de donde siempre ha estado atado y bien atado? Y entonces Moa cogió su pistolita e hizo ¡pum!:

> Hace unos años, cuando unos pocos periodistas defendían la verdad y la democracia frente a la marea de corrupción y el terrorismo de Estado socialistas, *El País* intentó por todos los medios ocultar o justificar los hechos y bautizó como «sindicato del crimen» a aquellos periodistas, a quienes tanto deben

nuestras libertades, hoy nuevamente amenazadas. Señalo el hecho porque revela un criterio muy ampliamente aplicado por dicho periódico: los delincuentes, si son de izquierdas, son los buenos, y criminales quienes los denuncian. Inversión completa de valores. El criterio se aplica igualmente a la «memoria histórica», y no por casualidad las páginas de *El País* acogen a una abundante nómina de «historiadores» bien pagados con fondos públicos y empeñados en contarnos la historia invertida. Y deniegan, con su peculiar idea de democracia, el derecho de réplica a quienes defendemos tesis opuestas.

Un caso reciente es el artículo «Reescribir la historia», de Alberto Reig Tapia, hijo del director franquista del *NO-DO*, pero dedicado a derrotar a Franco a deshora. Y catedrático de la universidad Rovira y Virgili, para descrédito de la universidad y de la cátedra. El duro luchador Reig arremete contra las tesis «revisionistas», resumiéndolas así: «En 1934, la izquierda y los nacionalistas reventaron la convivencia democrática desencadenando la revolución social en Asturias y proclamando la independencia de Cataluña. El 18 de julio de 1936 no fue un golpe de Estado ilegal e ilegítimo que provocó una terrible Guerra Civil, sino un necesario golpe "preventivo" de pura autodefensa que el general Franco y el resto de patriotas que le secundaron tuvieron inevitablemente que dar para salvar a España del caos e impedir su desmembración ("balcanización") y la entronización de un *gulag* soviético cuyos horrores hubieran dejado pálida la inevitable dureza de Franco y su "Régimen del 18 de julio"».

Resumen algo tendencioso e inexacto, impropio no ya de un catedrático, sino de un buen aficionado a la historia: la izquierda no desató la «revolución social en Asturias», sino que el PSOE intentó imponer su dictadura en toda España; y los nacionalistas catalanes no proclamaron directamente la independencia de Cataluña, sino la abolición del régimen republicano. Y el golpe de Franco no fue «preventivo», pues el Frente Popular había destruido ya la ley y amparaba un movimiento revolucionario en extremo violento. Pero, aparte esas desvirtuaciones, lo esencial vale. Un servidor, por ejemplo, sostiene, con abundante documentación de la izquierda, que ésta intentó dinamitar en 1934 lo que la república tenía de democracia, y que en 1936, vuelta en el poder tras unas elecciones anómalas, hizo uso ilegítimo del Estado para destruir la ley, desde la calle y desde el gobierno, provocando la reanudación de la guerra, en julio. Fue esa destruc-

ción de la democracia la causante de la guerra, y no la guerra la causante de la destrucción de la democracia.

Bien, esta tesis es discutible, como todas, y uno esperaría que Reig, después de caricaturizarla, tratase de mostrar su falsedad. Pero no. Todo su «argumento» rezuma el espíritu del comisario político: «Se trata de una burda muestra del negacionismo histórico (revisionismo) que inevitablemente nos toca pasar ahora a los españoles y que otros países, como Italia, Francia o Alemania, ya pasaron en los años ochenta». Eso es todo. Él alude en especial a los llamados revisionistas alemanes que niegan el Holocausto, y no le importa insultar la memoria de las víctimas judías, equiparándolas a los partidos que en España asaltaron la legalidad republicana una y otra vez, causando gran número de muertos y destrucciones. Según esa versión, absolutamente indigna de un historiador de alguna solvencia, pues equipara situaciones totalmente disímiles, los judíos habrían actuado en Alemania como un grupo antidemocrático empeñado en liquidar violentamente las instituciones alemanas, y los nazis habrían tenido sus razones para aplastarlos. Es decir, la historia totalmente al revés, estilo «sindicato del crimen».

Después de esto apenas hace falta seguir con la concatenación de simples trolas que nuestro catedrático quiere pasar por historia. Sólo una, como muestra: «No puede argumentarse historiográficamente que el Gobierno republicano en julio de 1936 hubiera sucumbido a una ilegalidad e ilegitimidad que hiciera inevitable la ilegalidad e ilegitimidad de la oposición para defenderse. La legalidad y legitimidad del Estado republicano en 1936 es incuestionable a la luz del derecho español y del derecho comparado a pesar de los renovados intentos justificativos del revisionismo». De nuevo el comisario político que prohíbe discrepar sin ofrecer argumento alguno. Pues no, señor. Las elecciones de febrero de 1936 no habrían sido aceptables en ninguna democracia normal, empezando porque ni siquiera se publicaron sus resultados fidedignos. Y a continuación de ellas comenzó un proceso, perfectamente documentado, de arrasamiento de la Constitución, desde la calle y desde el gobierno. Sus datos son sobradamente conocidos, y puede el señor Reig probar a rebatirlos.

Aunque sospecho que el problema, en el fondo, está en otra parte. El señor Reig, y tantos como él, no están muy en desacuerdo con la oleada de incendios de iglesias, periódicos y centros políticos de la derecha, con los

cientos de asesinatos en sólo cinco meses, con la reorganización y el terrorismo de las milicias izquierdistas, con la invasión de la propiedad, todo ello con la permisividad del gobierno; o con la liquidación de la independencia judicial, la destitución evidentemente ilegítima del presidente de la república, la sustracción ilegal de escaños a la derecha, etc. Y ahí, creo yo, reside la causa de que resulte tan difícil entenderse. Para él todas esas acciones de las izquierdas son legítimas y democráticas. Muy bien, pero que lo diga claramente.

Ya en otro artículo sobre la recuperación de Negrín por la izquierda señalé este equívoco: para los defensores de Negrín, su inmensa corrupción, su identificación con la política de Stalin, padre de las democracias, su expolio de una inmensa cantidad de bienes del Estado y de particulares, su intento de multiplicar el número de víctimas prosiguiendo una guerra perdida hasta enlazarla con la guerra mundial; todas esas cosas no son crímenes ni deméritos, sino, por el contrario, proezas demostrativas del temple «antifascista» del personaje. Ellos tienen ese criterio, en el fondo la misma inversión de valores que llevaba a *El País* a insultar como sindicato del crimen a los defensores de la libertad. Muy bien, insisto, cada cual tiene su criterio; pero que lo digan abiertamente, sin disimulos ni equívocos.

Bien, pues vayamos a ello directa y abiertamente, «sin disimulos ni equívocos», ni ya concesión alguna al lenguaje políticamente correcto de ningún género con quien demuestra tan abiertamente no merecer la menor consideración. Las cosas claras y el chocolate espeso.

El artículo arriba reproducido lo escribimos al socaire de la publicación de un libro nuestro *(La Cruzada de 1936. Mito y memoria)* libro compuesto con algo más de tiempo del que el libelista dedica a los suyos. Dicho artículo, como ha podido comprobarse, era una crítica del revisionismo neofranquista emergente referido al «mito de 1936» con cuyo argumentario se podrá estar en mayor o menor acuerdo pero que está apoyado, a diferencia del mal llamado revisionismo neofranquista, por una bibliografía científica de hondo calado y algún que otro año de investigación y estudio por nuestra parte. En cualquier caso, las discrepancias habrá que mostrarlas con algo más sólido que salidas por la tangente e insultos personales. El artículo era una crítica de «ideas» sobre

la base de hechos empíricamente contrastados. Naturalmente pueden ser objeto de discusión y debate siempre y cuando se le oponga una base documental mínimamente racional y ajustándose a ciertas normas de procedimiento inherentes a cualquier debate intelectual que Moa simplemente desprecia, aunque siempre afirma con singular cinismo que son los demás los que se niegan a debatir nada con él con cierto fundamento. La discusión en torno a determinadas «mentalidades» que de su artículo se traslucen es mucho más compleja que la que deriva de los simples hechos, incluso de los ya muy sólidamente establecidos, pues, al estar condicionada por emociones y sentimientos muy firmemente arraigados, la lógica argumentativa, la validación empírica y la sustentación científica de dichas ideas (por muy abrumadoras que sean), chocan estrepitosamente con el resistente muro de los prejuicios y las creencias más profundas que anidan en el alma de todos los mortales.

Estos «revisionistas», de los que Pío Moa es su más destacado adalid, están entregados al servicio de determinado público, que siempre será más extenso que las minorías ilustradas, y más tratándose de temas controvertidos siempre dados a la manipulación en los cuales, los simples de espíritu, se limitarán a buscar cobijo bajo el manto protector de quien mejor, o con mayor algarabía, defienda sus prejuicios. Determinada gente no busca la verdad (verdades) sino a aquel o aquellos que mejor defiendan sus previas tomas de postura que, naturalmente, jamás «revisan».

Estos figurones mediáticos no desperdician la menor oportunidad que se les ofrece para tratar de autopromocionarse y entran al trapo como los toritos bravos. El señor Moa se irritó considerablemente a tenor de su infame y manipuladora respuesta (el lector tiene aquí la oportunidad de comparar ambos escritos y considerar si nos excedemos en nuestros comentarios). Se dio evidentemente por aludido (chico listo; sabe leer entre líneas) e hizo caso omiso del sabio consejo de nuestro señor padre: «El que no sea cofrade que no tome vela». Al tomarla con tanto entusiasmo y fervor no debería indignarse porque se le considere miembro destacado de semejante cofradía. El señor Moa vio en el artículo una nueva ocasión para personalizar la respuesta con nombres y apellidos, exhibirse un poco y, de paso, atacar al diario *El País*, que lúcidamente nunca ha querido servirle de plataforma propagandística.

Además, tales ataques le supondrán siempre un *plus* de cara a sus cofrades que, jaleados por el célebre Quasimodo de la COPE, llaman asesinos y maricones a pacíficos ciudadanos que repudian los crímenes de ETA y pueden además ser capaces, los muy canallas, de leer *El País*.

Atacar al grupo PRISA, tratar de boicotear tales medios informativos independientes y firmemente comprometidos con la libertad de prensa, la democracia y la Constitución, como han demostrado sin titubeos cada vez que ha habido ocasión para ello, se ha convertido desde hace tiempo en el objetivo estratégico principal de esa derechona que aún no se ha sacudido la caspa franquista y, en realidad, añora los viejos tiempos de la red de emisoras y periódicos del Movimiento Nacional de su admirado Franco desde donde se propagaba en régimen de monopolio la Única Verdad admisible, la suya. ¡Aquéllo sí que era libertad de prensa! Como cuando algún periodista se le iba a quejar al caudillo de los ataques o injurias que recibía y les respondía El Supremo con singular cinismo: «Haga como yo, no se meta en política», o como cuando el actual monarca se le quejaba a su mentor de las campañas denigratorias de que era objeto su padre y le decía que nada podía hacer pues «en España tenemos libertad de prensa». Y tenía razón…, se podía escoger entre el *ABC* de los Luca de Tena y Ansón, el *Ya* de los obispos nacional-católicos, el *Pueblo* de Emilio Romero, el *Arriba* de Jaime Campmany o *El Alcázar* de Girón de Velasco y compañía. Y entre los curiosos indagadores de alguna verdad histórica o política distinta a la «oficial» que proporcionaban los Principios Fundamentales del Movimiento, si no les gustaba algún libro de Ricardo de la Cierva, siempre les quedaría a semejantes súbditos insatisfechos la posibilidad de irse a París (si tenían posibles y no estaban fichados) a buscar un poco de «legítimo contraste de pareceres...» entre las librerías del barrio latino.

¡Contraste de pareceres! Así lo llamaban las plumas mercenarias del régimen. Nuestros compañeros y amigos de aquellos tiempos tan gloriosos aspirábamos entonces a tener aquí –salvadas las inevitables distancias– un *The New York Times* o un *Le Monde*, no la *Pravda* o el *Granma* cuya lectura lógicamente les excitaba más a Moa y los suyos. Que la derecha española civilizada, moderada y democrática haya sido y sea incapaz de sacar adelante un periódico equivalente al francés *Le Figaro* o al

británico *The Times* no es sólo su problema sino desgraciadamente el de todos los ciudadanos libres, críticos e independientes de este país, a los que sin duda agradaría tener un referente informativo conservador que hiciera algo más que dar voces destempladas a todas horas y demonizar (en plena coherencia con su mejor tradición) a la izquierda gobernante haga lo que haga y diga lo que diga.

En su réplica ignora Moa algo tan elemental como que no se trataba de un editorial de dicho periódico sino de un artículo de opinión de un profesor universitario con unos cuantos trienios a sus espaldas que expresaba *su* opinión sobre la base de *su* propio conocimiento al respecto, pero en ningún caso el posicionamiento político o ideológico de dicho periódico en una cuestión puramente historiográfica. Por tanto, la réplica, habría de ser únicamente a quien firmaba el artículo basado en nuestros datos y conocimientos establecidos a partir de algún que otro libro de investigación. Como por ahí nunca merece la pena adentrarse ni puede hallar flancos débiles, a nuestro «historiador y periodista» (según las solapillas de sus libros) le resulta mucho más fácil desplegar su habitual demagogia que tanto encandila a sus seguidores empezando por echar mano de su inquina hacia *El País* por no haber entrado en su día en el juego de publicitarle a él y sus irrelevantes «tesis» (mitos). Ello le autoriza por lo visto a entrar a romper crismas (ya con martillo de gomaespuma afortunadamente) a las primeras de cambio contra dicho periódico, la universidad, los profesores y especialistas, y cuantos no son de su cuerda particular. Tales sujetos y entes, como es lógico, tienen establecidas sus propias reglas para admitir las colaboraciones que hayan de ser publicadas en sus páginas. De la misma manera las universidades establecen las suyas para contratar a sus propios profesores, y las empresas seleccionan a su personal de acuerdo con sus criterios, o las editoriales hacen lo propio con los escritores que les place publicar a ellos y no a los de la competencia.

El señor Moa quiere publicar en *El País* puesto que se trata del primer periódico español y el de mayor influencia internacional. No lo consigue como es natural. También quiere enseñar en la universidad y, como tampoco lo consigue dentro de la misma lógica de los hechos, trata de imponer para ello sus propias reglas (?). Como tampoco lo consigue, descali-

fica, calumnia, insulta a los periodistas y profesores que no le dan cancha. Pretende ser tenido en consideración por los mismos medios e instituciones que denigra y que no le tienen a él en ninguna ni le reconocen como interlocutor válido (!). Sólo faltaría. Para eso se han montado algunos paladines «liberales» *Libertad Digital* y sus propias editoriales, emisoras y universidades donde poder hacer de su capa un sayo para decir y escribir lo que les dé su real gana sin perrito que les ladre y sin tener que ajustarse a las normas de procedimiento propias de las sociedades civilizadas (ni siquiera «un poquito de por favor», que diría el gran Fernando Tejero). Por eso dicho periodiquitico virtual no para de recibir también toda clase de premios... y una injusta ignorancia internacional a diferencia de su denostado *El País*. «Esa» libertad digital es la libertad tal como él la entiende: libertad sin responsabilidad ni el menor atisbo de ética personal. No pretenderá encima que los profesionales serios del periodismo o de la historia le aplaudan o se presten a bailarle el agua putrefacta en que se desenvuelve.

Recurre para su respuesta (por llamarla de algún modo) como pone bien a las claras su despreciable entradilla, a simples calumnias, a artillería de grueso calibre, a turbias excreciones biliares. No se nos ocurre otra calificación que la de miserable para quien recurre a semejante munición para contestar a un simple artículo de opinión que ni siquiera le nombraba (¿o era por eso?) del que en modo alguno podía traslucirse nada como para provocar regüeldos de ese tenor. Mentía sobre nuestra supuesta manipulación como cualquiera que nos lea puede corroborar. Sintetizábamos con fidelidad, el núcleo de «sus tesis». A lo mejor es un «método» demasiado fino para él y no lo captan sus limitadas entendederas. Tenemos observado que a los débiles mentales les irrita mucho más el tono irónico con que en ocasiones se replica a sus rebuznos que si se les alzara el tono de voz para ponerse a su altura pues ellos –pobres– tratan siempre de hacerse oír a gritos completamente ignorantes de que no hay peor sordera que la propia obsolescencia mental.

Mentía Moa sobre la línea editorial de *El País* sobre corrupción y terrorismo. Repase éste o cualquiera con un mínimo de criterio que no sea un sectario, es decir, con rigor y en su conjunto, la colección del diario al completo desde el 4 de mayo de 1976 hasta hoy mismo y demuéstre-

lo confrontando textos y los editoriales que son los que establecen la línea ideológica de un periódico, como es de rigor, o con una «tesis» de verdad, sobre todo si nos creemos que es «definitiva» y no meramente «circunstancial». Y después coteje resultados con los derivados de hacer lo mismo con el resto de la prensa diaria donde escribían tantos distinguidos miembros del mentado sindicato. Mentía también cuando afirmaba que dicho diario censuraba (no publicaba) a quienes mantenían tesis distintas a las de ciertos «historiadores». ¡Pero si es que usted no es un historiador!

¿Acaso *El País* ha negado sus páginas a Stanley Payne, a Carlos Seco Serrano, a María del Carmen Iglesias o a Fernando García de Cortázar o a cualquier profesional serio que tenga algo interesante que decir apenas por su ideología o al partido político al que pudiera pertenecer o al que supuestamente habría de servir? Lo que pasa es que todavía hay clases y, en cualquier caso, hay que ajustarse a las normas elementales que impone la buena crianza. De otro modo acabaríamos todos de nuevo en el «estado de naturaleza» del que sólo se sale según Hobbes a través del temible *Leviatán*. ¿Es eso lo que en el fondo pretende Moa?

Nos insulta acusándonos de decir «trolas», afirmando que nuestras opiniones son «indignas de un historiador» *[sic]*, que ofendemos a las víctimas del Holocausto, que nos valemos de modos propios de cualquier «sindicato del crimen» (cuando el único mentiroso, indigno, que ofende a las víctimas del holocausto español que perpetró su admirado Franco, afiliado a sindicatos del crimen o a turbias mafias policiales, parapoliciales o contrapoliciales no es otro que él); nosotros somos independientes y vamos por libre. Ya en el colmo del delirio acusa al diario *El País* de haberse referido como «sindicato del crimen» a los que serían los más fervientes «defensores de la libertad» hasta ahora conocidos, cuando uno de los más destacados miembros e inductores de tan singular cofradía, Luis María Ansón (hoy Anson), ferozmente compinchado para echar a cualquier precio del poder a Felipe González para despejar el camino al futuro señor de las Azores y paladín de las libertades, abandonó súbitamente semejante barco ante su inminente naufragio y denunció a sus propios compañeros de «conspiración». «Fuerza y Honor», pues, «maestro». Y es que tan singular personaje, escritor

de afamada pluma, académico de cuota y singular poeta, podrá ser tachado de cualquier cosa menos de tonto y, como las ratas más perspicaces, pone pies en polvorosa antes de que les llegue el agua (la mierda, con perdón) al cuello.

La vieja historia de siempre: se anuncian terribles catástrofes, las más intolerables corruptelas y las miserias más degradantes en el adversario (enemigo a muerte), y cuando no son tales, y se desvela el torticero montaje con que se pretendieron construir contra viento y marea…, con el mayor de los cinismos, se pasa a callar culposamente, a mirar para otro lado, o al siempre coherente, «donde dije digo, digo Diego», y a otra cosa mariposa.

¿Cómo habría de replicarse (descartado el silencio, que nunca es réplica) a tan preciso «historiador» y cronista como se pretende Moa? ¿Somos acaso nosotros quienes le insultamos previamente? ¿Acaso habríamos de permanecer impasibles punto en boca? Moa está demasiado bien acostumbrado a las loas de sus secuaces y al silencio de los verdaderos historiadores que tanto le agita. Pues bien, nosotros no pertenecemos ni al beatífico campo de quienes ponen la otra mejilla cuando se les abofetea, ni tampoco al de los mudos reales o circunstanciales que, o no pueden hablar, o nunca tienen nada que decir, o prefieren no tomarse la molestia de hacerlo pues están siempre muy ocupados, o pura y simplemente tienen cosas más interesantes que hacer. Nosotros no somos mudos. Esa es quizá nuestra desgracia y, desde luego, la suya.

Moa, no lee y se le nota. Cuando se carece de ética y de moral y se es un mercenario de la pluma, no hace falta. El denostado periódico contra el que siempre arremete ha publicado y publica todo tipo de artículos de interés general y, desde luego, muchos relacionados con la controvertida cuestión de la memoria histórica que, publicados en su conjunto, conformarían uno o varios tomos. En sus prestigiosas páginas de opinión se defienden siempre planteamientos contrapuestos, distintos o complementarios por parte de muy diversos analistas, historiadores y especialistas, escritores, intelectuales, filósofos, juristas, políticos..., pero solventes, que escriben, investigan y publican sobre el asunto de acuerdo con el interés y novedad derivados de su propio prestigio acumulado, por su trayectoria profesional y ciertas normas elementales de

respeto a la persona (no a las ideas) a las que todos han de ajustarse, y Moa ignora desde siempre. Hay para todos los gustos. Otra cosa es que los moístas tengan atrofiadas las papilas gustativas por falta de uso y confundan el paté *La Piara* con el *foie d'oie* o el *jambon de Bayonne* con el pata negra de Guijuelo.

Libertad Digital o *El Catoblepas* no se ajustan a libro de estilo alguno, pero afortunadamente *El País* tiene el suyo y lo aplica, y ese «pequeño detalle» entre otros que escaparían a sus limitadas entendederas marca la diferencia entre los unos y los otros. Las páginas de opinión de un periódico serio que se ha ganado su prestigio a pulso no pueden ser una mera plataforma autopublicitaria de opinólogos insolventes sin medida ni control en nombre de una demagógica libertad de «expresión» (insulto). Para eso ya están los programas-basura de televisión, las radios celestiales como la COPE desde donde descerebrados como su subdirector de informativos, Ignacio Villa, es capaz de referirse a la SER como «la radio de los terroristas» sin que se le caiga la cara de vergüenza, o la abundosa prensa amarilla con pretensiones de seriedad informativa pero sin más norte «informativo»que inventarse o montar escándalos aún sin el menor fundamento.

Lo que no puede hacer ni lógicamente hará *El País* nunca, para fortuna de sus lectores pues se quedaría sin ellos, es publicar nimiedades, insustancialidades o tópicos de conocidos libelistas que ofenden gratuitamente y calumnian sin rubor, viven de sus cuentos, y menos dar cancha a basurilla propagandística con pretensiones intelectuales, disponiendo tales panfletarios de sus exclusivos excusados donde verter a placer sus propias secreciones. Una vez satisfechos pueden compartir la esponja que los civilizados romanos se pasaban encima o debajo (según la perspectiva) del canalillo cuando iban a aliviarse.

CAPÍTULO VI

UNA CUESTIÓN PERSONAL

Lo que traspasa ya todos los límites de cualquier polémica y muestra abiertamente la catadura moral de este individuo es recurrir a alusiones familiares para así (!) pretender «reforzar» (!) sus inexistentes argumentos. A efectos polémicos vale que se sirva de cuantas ocurrencias (falsedades y calumnias) se le pasen por tan privilegiada sesera para arremeter contra nuestra persona en tanto que responsable del contundente *Anti* que le hemos lanzado directo a la línea de flotación. Comprendemos que se haya quedado escocido como cualquiera así que no nos sorprenden ese tipo de comentarios, dentro de un orden, claro, si bien son tan infundados que resultan risibles y sobre ellos vamos a hacer aquí mismo una mínima glosa. Pero recurrir a la figura del padre ajeno (a cuento de qué) son ya palabras mayores, y cuando se traspasan todas las líneas rojas que la más elemental decencia impone, hay que atenerse a las consecuencias y no ponerse a lloriquear por las esquinas diciendo que se quiere acabar con él. Pobrecito.

Para nosotros la información genealógica sobre este individuo tiene escaso o nulo interés ya que no tenemos la desmesurada ambición de convertirnos en su biógrafo. No pensamos acudir a esas armas dialécticas tan bajas a las que él recurre aunque incluso se diera el caso de que su padre hubiese sido de la Falange de primera línea o de los anarquistas de propaganda por la bomba... Cada uno somos hijos de nuestro padre y de nuestra madre, pero desde la edad adulta somos los únicos responsables «penales» de nuestros actos y, como dijo Cesare Pavese, «a partir de los cincuenta, uno es responsable hasta de su cara». Y el que quiera entender que entienda. Como ciudadanos libres hemos de asumir las consecuencias de lo que decimos y de lo que hacemos, y en ese sentido bien puede decirse que hay ciertos mutismos que son de una más

que significativa elocuencia o, por seguir la senda marcada por Mariano Rajoy, nunca dispuesto a creer a Rodríguez Zapatero diga una cosa o su contraria, le va a costar muy mucho a Luis Pío Moa Rodríguez hacernos creer en la veracidad de lo que afirma haber sido o de lo que tan sepulcralmente calla. Nosotros no tenemos nada que ocultar ni que disimular. No hemos llevado nunca una doble vida, ni tenemos problemas de identidad, ni se nos ha diagnosticado paranoia o esquizofrenia alguna.

Pues sí, este ejemplar caballero apellidado Moa Rodríguez, se ha atrevido a aludir al hecho ciertamente irrelevante e insólito a efectos dialécticos de que quien suscribía el mentado artículo *Reescribir la historia* fuera hijo de su señor padre, Alberto Reig Gozalbes, quien efectivamente fue director de *NO-DO* entre 1953 y 1962, el noticiero franquista que nos permitía a los niños de entonces disfrutar como enanos de los goles de Di Stéfano o Kubala en pantalla gigante, que era lo único que nos interesaba por aquel entonces de dicho noticiero a los hijos del franquismo y del antifranquismo. Al menos a mí. Cualquier día confundirá a nuestro padre, Alberto, con nuestro tío, Joaquín (como hizo en su memoria el mismo Ridruejo), pues como es escribidor de única fuente, cuando las usa, si es errónea ni se dará cuenta de la confusión, ni se tomará la molestia de contrastarla.

Al parecer, que seamos hijo de quienes somos ofrece claves interpretativas decisivas…, y resulta una información de primer orden a las entendederas de sus huestes para rebatir el contenido de dicho artículo. Este *historietógrafo* todavía no se ha enterado de que ya en la temprana fecha de 1956 los hijos de vencedores y vencidos, como Javier Pradera y Ramón Tamames, marchaban juntos en manifestación del brazo contra la dictadura franquista, al igual que hicimos los de la siguiente generación, aunque a él no le vi jamás en ninguna de ellas. Y ahora, ¡cincuenta años después!, viene a demostrarnos que él aún no se ha enterado de semejante circunstancia, ciertamente relevante, para entender la historia que tiene la desmesurada pretensión de explicarnos a los demás.

Cargo, el de nuestro padre, que ahora repiten sin parar como simples loros descerebrados toda la recua de *hooligofans* que secunda a Moa, pues tal dato les excusa del doloroso ejercicio de tratar de arrancar algún tipo de actividad neuronal en tan brillantes seseras. ¿Por qué no decía que

somos hijos del ex consejero delegado de Movierecord Portuguesa, que también lo somos? ¿Por qué no recuerda a sus editores de Encuentro de quiénes son hermanos o sobrinos ellos mismos? ¿Una u otra circunstancia habría de determinar nuestra ideología o el objeto o finalidad de las publicaciones de sus editores? ¿Qué será el señor padre de Moa? ¿Qué cargos o trabajos habrá desempeñado a lo largo de su vida? Pues la verdad, aunque ya tenemos una vaga noticia de ello, nos importaba y nos sigue importando un soberano bledo, y fuera lo que fuera o sea lo que sea no le haría al hijo ni más listo ni más tonto, ni más decente o indecente de lo que es por sus solos méritos.

También se refería estúpidamente al hecho de que los funcionarios del Estado estemos pagados «con fondos públicos». No sabíamos que fuera pecado mortal ganarse así la vida. ¿Qué pretende decir o insinuar a sus lectores si es que es capaz de decir algo con un mínimo de fundamento? ¿Así que ser funcionario del Estado por oposición es un baldón o explica no se sabe bien el qué? Semejante «mancha curricular» (?) se ha convertido en una de sus más manidas y absurdas letanías. Bueno, son opciones vitales. Nosotros preferimos en su día hacernos profesor universitario, ganar becas, doctorarnos, ganar concursos, hacer oposiciones y obtener plaza para servir al Estado (a España) a que «papuchi» nos enchufara (Técnico de Publicidad por la EOP fue nuestra primera titulación oficial) directamente en alguna de las boyantes empresas del grupo Movierecord, para poner nuestros «talentos» al servicio de un grupo de accionistas particulares o Bancos o apenas de nuestro sólo interés. Así habríamos ganado bastante más dinero «privado» que el «público» que ganamos dedicándonos a la Universidad y a desenmascarar a algunos estafadores profesionales como él. Puedo corroborarlo documentalmente ya que me veo con mis compañeros de promoción de la vieja EOP una vez al año y, la inmensa mayoría de ellos, gozan todos de un nivel de vida considerablemente superior al que otros queridos compañeros y yo mismo, no más listos que ellos pero quizá más tontos, gozamos hoy en día. Como Fernando, estudiante entonces también de Derecho como yo de Ciencias Políticas al igual que el antes mentado Carlos, que optamos por hacernos abogado laboralista el uno, periodista y escritor el otro, o profesor el que esto suscribe. Están todos nuestros

compañeros de promoción muchísimo mejor situados, pero, cosas de la vida, no nos cambiaríamos por ellos ni Fernando, ni Carlos, ni yo (es de suponer que ellos tampoco, pues ninguno hemos percibido problemas identitarios o de autoestima) y, además, nos llevamos estupendamente los unos y los otros y estamos encantados de vernos, comer o cenar juntos, o cruzarnos correos cuando nos peta.

Repite nuestra ascendencia o lo de los fondos públicos a todas horas como los bobos, los loros o los aprendices de Goebbels o de Stalin, pensando que basta repetir una tontería mil veces para que deje de serlo y se convierta en la mayor de las agudezas, que él toma por una de sus grandes verdades reveladas o quizá la considera como otra de sus nuevas y relevantes «tesis». Así rellena el patente vacío de su discurso. Él, sin embargo, empezó sirviendo ejemplarmente a la sagrada causa de la «revolución» (?) maoísta (para ingenuos y crédulos de izquierdas de manual), y ha acabado sirviendo a la causa aún más sagrada de su bolsillo moístico (al servicio de ingenuos y crédulos de derechas de manual). Apasionante trayectoria vital, vive Dios.

Los dineretes provenientes de los fondos de reptiles privados son siempre más espléndidos que los otros, aparte de hacer mofa y befa de nuestra condición puramente administrativa de «catedrático». ¿Qué insinúa, que no merecemos semejante categoría profesional? Es posible, desde luego, y algunos de mis admirados colegas le darían la razón. Pero, en relación con él, que tan bien ejerce de monaguillo, es más que probable que esos mismos me hicieran por lo menos arzobispo. ¿Estaremos condenados por esta luminaria a ser un profesor de dudosa cátedra y provinciano destino para más inri? Pues «alomojó» (Zaplana-Martínez). Desde luego, somos los primeros convencidos de que «el hábito no hace al monje», pero cuando ni siquiera se lleva hábito, como es su caso, ¿por qué habríamos de tomarlo a él por monje?

Ya sabemos que en esta vida todo es relativo y depende mucho del color del cristal con que se miren las cosas o del posicionamiento previo en que nos situemos para compararnos con los demás. No es lo mismo mirar hacia arriba y darnos cuenta al instante de nuestra propia insignificancia, que hacerlo hacia abajo y, con un poco de esfuerzo, llegar incluso a gustarnos... Se puede ser doctor ingeniero y tonto en tres idio-

mas, como bien sabemos. Pero es aún peor no ser nada en un solo idioma y creerse encima el rey del mambo. ¿O es del circo? Eso sí que es de necios aparte de resultar ridículo.

Considera Moa que desprestigiamos a nuestra universidad. También es posible. ¿En contraposición al prestigio que él otorga con su pluma a *Libertad Digital*? Nos trata despectivamente de provincianos a estas alturas y en este mundo globalizado…, él que es todo un cosmopolita y ha viajado tanto por el ancho mundo..., especialmente por los mejores archivos de los más prestigiosos centros de investigación del mundo mundial... (que no, bobo, no te lo creas, que es broma). Se le ve el plumero a este singular *parvenu*. ¿Sobre qué base dice lo que dice? ¿Se habrá informado y documentado aunque sólo sea por una vez en la vida antes de abrir la boca?

Antes de recalar en nuestros actuales «provincianos» pagos tarraconenses hicimos lo propio en otras universidades «de provincias» como la Complutense madrileña o las de Burdeos y Pau que, respecto a París, o la de Harvard, en la que también recalamos y dimos dos cursos, con la excepción de las de Washington, serían también «de provincias». ¿No? Somos un buen provinciano (?) y a mucha honra, si bien nacido en Madrid, qué cosas (ignoramos el pueblo o ciudad que hizo repicar sus campanas ante su feliz alumbramiento), aunque «eso» es un simple accidente geográfico. A pesar de lo paletos que somos fuimos becados (por nuestra cara bonita, naturalmente; en *este* caso él no habría pasado el corte) por el Estado francés, por el Estado español y por el Real Colegio Complutense en Harvard, cuyos comités de selección que conceden las becas, tras estudiar las numerosas solicitudes, *curricula* y proyectos de investigación que reciben de todas partes del mundo para concederlas, y previa entrevista personal en algunos casos, tuvieron a bien concedérnoslas, lo que demuestra fehacientemente que debían de estar en Babia al dárnoslas a nosotros, y que tales Estados, gobiernos e instituciones son de lo más paletos y en consecuencia sólo becan a paletos. Pida usted una, hombre, a ver qué pasa. Siempre podrá apadrinarle y avalarle su amigo Payne.

La universidad norteamericana de Harvard (de provincias), donde asimismo fuimos admitidos en su propio *staff* docente por un inexplicable despiste suyo, estaba también obviamente en Babia. También sus

alumnos (los paletos más destacados provenientes de los propios EEUU y de todo el mundo con los más elevados *scores* de todos los candidatos, como es sabido) evalúan a sus profesores anónimamente y siempre con gran rigor, e informan al final de cada curso sobre la materia y el profesor que se la ha impartido. En nuestro caso lo hicieron más que bien, incluso excesivamente bien, a propósito de nuestra labor docente allí desempeñada (materias impartidas, preparación intelectual, capacidad pedagógica, dotes comunicativas, nivel de información, disponibilidad con el alumnado, etc.), instando a las autoridades académicas correspondientes a que repitiéramos los cursos o diéramos otros y nos mantuvieran en su cuadro docente ya que éramos un profesor visitante. Debían de ser todos, a pesar de sus expedientes académicos, unos alucinados o unos rojos o unos tontos de tomo y lomo... al igual que los miembros de los otros comités que examinaron nuestras pretensiones de ampliar horizontes y, generosamente, nos permitieron oxigenarnos un poco en el exterior con la esperanza de limar un poco nuestra propia «paletez».

No añade más este ejemplar «historiador» sobre nosotros pero tampoco menos, en referencia a lo que investigamos y publicamos, a diferencia de él que, añada lo que añada, no le otorgaría mayor facundia que la estulticia que pone de manifiesto con semejante argumentario. A nosotros al menos la CENAI nos evalúa positivamente el fruto de nuestras investigaciones. ¿Por qué no presenta él las suyas a ver si se las evalúa positiva o negativamente un comité de expertos elegidos por sorteo? Los funcionarios «pagados con fondos públicos» hemos de pasar obligatoriamente por ciertos controles de calidad y productividad... ¿Y él? ¿Le aumentaban el sueldo a tanto el muerto o al menos el intento, como ahora al peso por cada nuevo libelo que nos lanza a la cocorota como su maestro Ricardo de la Cierva?

A nosotros esta breve referencia curricular nuestra nos resulta tan trivial como irrelevante, pero es que este pájaro nos llama «paleto» por incidir en la ejemplar y admirable trayectoria académica, intelectual y profesional de Ángel Viñas que él, al parecer, considera banal siendo ejemplar frente a la suya, pues ser funcionario del Estado español según dicha lumbrera debe de ser una perversión ominosa y aclararía a sus lectores el proverbial sectarismo prosoviético de Viñas (hay que ser maja-

dero para decir tal), quien honra y engrandece su profesión; mientras que él, degrada cuanto toca.

Alude a un supuesto «espíritu» de comisario político (?) que habría anidado con fuerza indestructible en nuestro pecho y del que jamás hemos manifestado el menor síntoma (palabrita del Niño Jesús) a diferencia suya que le sale por todos los poros de su cuerpo y cuyos humores han dejado huella indeleble en su rostro torturado de viejo militante por la causa de la «libertad» y de la «democracia»... Y de nuevo miente como un bellaco… (¿sería éste también un calificativo excesivo por nuestra parte?) afirmando que insultamos a la memoria de las víctimas judías del holocausto manipulando nuestro escueto comentario (véase nuestro artículo transcrito para de nuevo calibrar su desvergonzada ausencia de la menor ética personal que le facilita poder calumniar a conciencia adjudicándonos semejantes vilezas). Se cree el ladrón que todos son de su condición. Nos tacha de indignos y de estar de acuerdo (!) o legitimar (!) las barbaridades y desmanes que se produjeron en zona republicana. ¿Habla su subconsciente? ¿No tenemos al parecer derecho a sentirnos insultados y responderle como se merece? Qué pajarraco (¿nos sobrepasamos de nuevo en la réplica?). Ni qué decir que Moa no puede hallar ni una sola línea nuestra, ni una sola, no ya en el artículo aquí reproducido sino en las muchas páginas que llevamos escritas desde hace treinta años, que pudieran corroborar planteamientos o sentimientos como los que tan miserablemente nos atribuye. Dice que no damos argumentos cuando precisamente no hacemos otra cosa. Lo que pasa es que no le gustan, y francamente nos sentiríamos muy decepcionados si así no fuera.

Moa demuestra ignorar por completo conceptos elementales como el de legalidad o legitimidad. Alude a los tópicos y tonterías habituales sobre Negrín, el gran coco de la derecha y la izquierda más obtusas (corrupción, pro-estalinismo, crueldad), demostrando una vez más su pericia en el juego del maniqueo, aparte de su enciclopédica ignorancia y capacidad tergiversadora, teniendo ya a su disposición la valiosa investigación de Ricardo Miralles sobre la actuación de Negrín en la guerra o la exhaustiva biografía científica que sobre su figura ha escrito su denostado crítico Enrique Moradiellos, por no aludir a toda una serie de

estudios serios (no propagandísticos) anteriores (como los de Juan Marichal, que fuera catedrático en la «provinciana» universidad de Harvard, o Tuñón de Lara, también catedrático de las igualmente provincianas universidades de Pau o del País Vasco). Todos estos catedráticos «de provincias», así como otros autores provincianos como Southworth (doctor por la provinciana Universidad de La Sorbona parisiense) o Jackson catedrático de la provinciana Universidad de California, campus de La Jolla en San Diego) y tantos otros reputados hispanistas provincianos, son referencia inexcusable –a diferencia suya– a la hora de enfrentarse con algo más que demagogia barata a la controvertida figura del doctor Negrín. Desásnese un poco, «caballero», aunque sea a costa de dedicar algo de tiempo a leer y a estudiar lo que los investigadores de verdad escriben y publican con seriedad en vez de estar parloteando y ejerciendo de escribiente a destajo sin medida ni control, como su «Gran Maestro», sobre todo lo que ignoran.

Qué eficaz –por barata– sigue siendo la vieja máxima de: «Calumnia que algo queda». Este pollo *(vide infra)* es mucho más miserable de lo que cabía esperar de nuestra limitada imaginación. De todas formas como no ofende quien quiere sino quien puede ya pueden seguir él y sus *hooligofans* dando palos de ciego a esa izquierda siniestra real o supuesta que tanto agita su límpido espíritu y en la que nos ubica a nosotros cual si fuéramos un feroz estalinista que nos comiéramos crudos, cual voraces Gargantúa y Pantagruel, a los niños antes de bautizados para que fueran así al limbo de los justos que ahora han decidido eliminar los cerebros del Vaticano. Nosotros le hemos dado al señor Moa el tratamiento del que se ha hecho holgadamente acreedor. Los tontos, antes «de izquierdas» o ahora «de derechas», pero tontos en cualquier caso, tontos son. ¿Y mañana? ¿Quién sabe? Él, quizá, merezca el de tonto superlativo se ubique donde se ubique. Ya no será en el limbo perdido pero para la Babia de las tierras leonesas de su denostado «Zapo» quizás aún queden billetes.

Los supuestos «insultos» que dice le prodigamos, cuando se establecen adecuadamente (véanse las referencias a nuestra variada fauna nacional antes utilizadas: «pollo», «pajarraco», etc.), como puede comprobarse sobre el mismo terreno y sobre la rigurosa carga de la prueba, pasan automáticamente a convertirse en precisos adjetivos calificativos

que se gana a pulso su directo destinatario y todos aquellos que le acompañan y se hagan igualmente acreedores de los mismos como apoyo logístico a nuestra enjuta prosa. ¿Majadero?. Pues sí, «necio y porfiado» (*DRAE*, 1.ª acepción). ¿«Pollo»?. Pues también (*DRAE*, 3.ª). ¿«Pajarraco»?, *idem* (2.ª). ¿«Bellaco»? Dícese del malo, pícaro, ruin, astuto sagaz... (1.ª y 2.ª). ¿«Tonto»? Sin duda, en todas sus variadas acepciones (menos en la 3.ª). ¿Queda claro que no le insultamos sino que apenas le describimos? Si es que, por más que nos «revisamos», no vemos la manera de rectificar en este campo, aunque nos encantaría, ya que otorga credenciales de sabio. Pero no es ahora el caso, ya que andamos haciendo el tonto (no nos duelen prendas) dedicándole tiempo a este petimetre (ay, perdón, éste se me ha escapado). ¿Qué rayos querrá decir «petimetre» que diría Juan José Millás?

Ya que nos ganamos la vida en una Facultad de Ciencias Jurídicas, tratamos de ajustarnos a la *Tria iuris praecepta*: *honeste vivere, alterum non laedere, suum quique tribuere*. No obstante, como humanos somos, diremos respecto a la primera (vivir honestamente) que creemos cumplirla fielmente por más que estemos convencidos de que para muchos de los seguidores neocones del señor Moa y demás tropa seremos unos deshonestos de tomo y lomo por pensar y vivir a nuestro modo y no al suyo. Respecto a la segunda (no hacer mal a otro), a pesar de la atención que siempre ponemos en seguirla a rajatabla, muchos pensarán que la incumplimos aquí con exceso por lo que respecta al pobre y perseguido Moa. Puede (bueno, venga, admitámoslo, sí, me he pasado un pelo, Marcelo, que si no se reconoce algún error aunque sea supuesto o figurado o se rectifica algo, aunque no haya lugar, hay por ahí mucho tonto y tonta sueltos que te llaman soberbio confundiendo la velocidad con el tocino). Ahora bien, ese pecadillo lo compensamos cumplidamente con el tercer precepto (dar a cada uno lo suyo). En esto, principio de justicia irrenunciable, aspiramos sin falsa modestia a que se nos reconozca como sabios jueces que hemos sido verdaderamente ecuánimes, verdaderamente justos..., al menos con él. ¿Sí o sí?

No nos queda sino ante la carga de la prueba más que apelar de nuevo a los académicos especialistas de la RAE para que nos rectifiquen al punto si hacemos un uso inapropiado de nuestros adjetivos calificativos más

transparentes, porque nadie vendrá a negarnos a estas alturas nuestro legítimo derecho de defensa. Si no quiere el señor Moa ser rigurosamente «calificado», lo tiene bien fácil. No mienta, no insulte. Polemice y discuta todo lo que quiera, pero con un mínimo conocimiento de causa previo, pero aún antes, con respeto. Y si no, no nos llore porque se le aplique una «metodología» (medicina) de choque. Es que el caso es grave, doctor.

Ahora somos nosotros al parecer los que tenemos que demostrar lo que decimos (¿aún más?) frente a él que, al parecer, lo tiene todo más que demostrado. Cuando alguien cuestiona algo más o menos establecido o incluso de general aceptación, lo que nunca es tarea fácil al alcance de cualquiera, es a él y sólo a él a quien le corresponde «demostrar» las grandes equivocaciones y las erróneas interpretaciones («monstruosas», llega a decir en su ya manifiesta locura) en que se supone –según él– que hemos incurrido todos los demás, lo que no hace jamás, con algo más que huera palabrería.

Tiene gracia. Ahora va a resultar que el neófito es el maestro y los doctores los que han de doctorarse ante el sabio doctorando (¡él!) que ignora el abecé más elemental de toda obra historiográfica y, sin embargo, va «fardando» por ahí de «sus tesis» por más que haya sido incapaz de defender ninguna de ellas ante un tribunal de especialistas constituido al efecto, y reciban todas ellas el elocuente referéndum del silencio por parte de la inmensa mayoría de profesionales cualificados de este país (ya sabemos que no hay regla sin excepción... ni mal que cien años dure). Pero no se preocupe su compañero de andanzas publicísticas César Vidal que presume de tres doctorados... (¿reales o virtuales, sudados o de encargo, pagados o comprados con fondos públicos o privados?) y ya ve los resultados. ¡Ve como el hábito no hace al monje! La más famosa de todas ellas (la de 1934) ni poniendo un anuncio en *Segundamano* habría encontrado doctor que se la dirigiera, departamento universitario que se la avalase, ni menos tribunal alguno de expertos que le concediera un mísero *Apto* porque es sencillamente indefendible.

Pero volvamos al cargo de director de *NO-DO* desempeñado por nuestro padre, ya que no para de propagarlo a los cuatro vientos cada lunes y cada martes como si tal dato fuera de una relevancia heurística de-

cisiva para su torpe demagogia. Será que, como la veta neuronal la tiene totalmente agotada desde los tiempos de los mismísimos romanos, tiene ahora que acudir a este género de comentarios como para «demostrar» la incuestionable contradicción y absurda circunstancia de que, de nuestros escritos, se desprenda un declarado posicionamiento antifranquista siendo hijos de quien somos e incluso atribuyéndonos no haber sido antifranquistas cuando correspondía o ser antifranquistas a destiempo.

¿Desde cuándo en nuestra particular circunstancia tendríamos que habernos declarado antifranquistas? ¿Desde el destete, desde el mismo momento en que dejamos de usar babero? ¿Acaso son los tipos como Moa los que tienen mala conciencia de haber callado en tiempos de su admirado pero mediocre y cruel tirano? Por cierto, ¿cuál era el suyo a quien tan ejemplarmente servía? ¿Brezhnev, Mao Zedong, Franco? Nosotros somos antifranquistas (demócratas) desde el mismo momento en que accedimos a la luz de la razón, lo que hicimos en tiempo y hora debidas ¡a diferencia de tantos como él! y, en gran parte, gracias a la información de primera mano que nos proporcionaba nuestro propio padre sobre el gran caudillo y, por supuesto, a las siempre instructivas conversaciones con él mantenidas a lo largo de nuestra vida que nos hicieron comprender desde muy jovencito el camino sin salida de cualquier tipo de fanatismo, de derechas o de izquierdas. Otros por lo visto no tuvieron esa suerte. Qué cosas.

No tiene abuela Moa, desde luego, ni en su milagroso tránsito de terrorista armado, acostumbrado a la utilización de argumentos definitivamente contundentes, parece haber tenido tiempo suficiente de aprender un poco de educación y respeto, como cabría esperar de un angélico publicista como él. Por lo visto, somos nosotros los que estamos hechos unos comisarios políticos de armas tomar y aún nos quedan restos ingentes de caspa estalinista que no acertamos a sacudirnos... Puedo prometer y prometo que nunca he tenido caspa, a diferencia suya, y bien abundante además para mayor inri, como no deja de hacer manifiesto día tras día. En su caso no podemos dejar de preguntarnos si las níveas canas que le adornan la azotea son de pensar tanto. Pues, como le diría a él mismo nuestro señor padre: «¡No piense usted, hombre, no piense!» (cómo le añoro).

¿Qué pretende con la alusión al cargo desempeñado por nuestro padre en nuestra más lejana infancia? ¿Es ese su «gran argumento» (!) de «crítica» (!) para descalificarnos profesional o ideológicamente como historiadores? A ello se suma ahora el melifluo Vidal y otros parecidos. Qué plaga Dios santo. Lo de menos es el atrevimiento, lo de más: ¿Cómo pueden ser tan tontos? (vaya, a lo mejor nos hemos excedido otra vez). ¿O no?, aunque acudir a una dialéctica tan torpe nos conceda el legítimo derecho de pensarlo.

Así que «de tal palo tal astilla» quieren decir poco más o menos. Bueno..., puede que no seamos mucho en relación con nuestro querido, admirado y siempre añorado padre, pues no hemos llegado a dirigir ninguna empresa («pública» ni «privada») con la eficacia, respeto y cariño que siempre le manifestaron sus colaboradores y subordinados del *NO-DO*, primero, y de Movierecord, después, pero por lo que se refiere a su persona (de inteligencia probada, honestidad y capacidad de trabajo acreditadas, memoria de elefante, notables dotes de observación y evidente habilidad diplomática) puedo decir y digo, que a sus suelas jamás alcanzarían este ex terrorista y pretendido historiador y el mentado catecúmeno aludido de bovina mirada y ajamonado porte.

El tal director de *NO-DO* al servicio de la «información» franquista de entonces, pero periodista a diferencia suya, y alto ejecutivo de Movierecord después, le ganaría la vida (si le hubiera secuestrado, moralmente al menos ya que Moa era de la misma cuerda que los terroristas que lo hicieron con Antonio Maria Oriol y Emilio Villaescusa) echándole una partidita de ajedrez. Claro que entonces nuestro padre ya no podía ser considerado «objetivo político» a eliminar por secuaces políticos parecidos, próximos o lejanos. La partida al ajedrez a él se la habría jugado a ciegas (con los ojos vendados, como suponemos que le tendría, humanitario él) en el zulo correspondiente para que no se le cortara la digestión al pobre ante la contemplación de su añosa jeta. No habría tenido la menor posibilidad… ¡de ganarle, claro! Y ya en plan «historiador», le habría podido ser una de esas fuentes impagables de información de las que él puede permitirse el lujo de prescindir, pues para eso tiene hilo directo con las alturas intelectuales de don Ricardo y compañía a diferencia nuestra, que nos gusta interrogar a las más directas y variadas posibles.

El tal director de *NO-DO* se pasó los últimos años de su vida concediendo entrevistas, a sugerencia nuestra, dado lo visto y por oído, y su espectacular memoria, a cuantos «historiadores y periodistas» de verdad, que investigaban sobre la historia de dicho noticiero, la cinematografía y el documentalismo español quisieran interrogarle, por lo que está debida y abundantemente citado en la bibliografía especializada sobre la materia, bibliografía que Moa ignora por completo, pues dedicando tanto tiempo como dedica a insultar es lógico que no le quede mucho para estudiar y leer sobre todo lo que no para de pontificar. «Ese» director al que osa aludir reiteradamente sin pajolera idea ni el menor derecho era un archivo histórico viviente, aunque él mismo decía que el verdadero memorión era el responsable del archivo de *NO-DO*, Jesús Palacios, que se sabía el contenido de todas las cajas de memoria. Lógicamente Moa quedó inédito como entrevistador de esa modesta fuente directa de la historia pues él escribe de oídas. «Ese» director de *NO-DO* se habría partido de risa con alguna de las «tesis» pro-franquistas de este publicista menor, que él, por haberlas vivido en primera línea de fuego, le desmentiría rotundamente. Pero se murió en 1998 y nuestro *historietógrafo* no empezó a «explotar» como «investigador» hasta 1999. Una verdadera lástima. No sabe lo que se ha perdido.

Muchos jóvenes de nuestra generación, que es la misma que la de Moa, antifascistas y antifranquistas acérrimos, hicimos la lectura pertinente de la Guerra Civil y sus consecuencias más obvias en tiempo y hora con la inestimable ayuda de nuestro señor padre que, por cierto, la acabó como sargento del Ejército de la República –qué cosas– y después, según este preclaro historiador, tuvo tiempo de hacerse «franquista acérrimo» en tanto que redactor-jefe, subdirector y director del *NO-DO*, entidad que, sin embargo, era un organismo «autónomo», al menos administrativamente, del *aparatchick* franquista más puro y duro. El acérrimo director tenía que preguntar a Alfredo Marquerie (autor de los textos del «noticiario»), bien relacionado en los medios políticos influyentes, qué por donde iban los tiros en las alturas para tomar nota y no meter la pata. El franquista acérrimo tuvo tiempo de hacerse amigo de Bardem y García Berlanga, socios de UNINCI cuya acta de incorporación firmó nuestro padre con su propio hermano Joaquín, «Paco»

Canet, Federico Ferrer y Sirio Rosado. Productora que tiene en su haber películas tan furibundamente franquistas como *Bienvenido Mr. Marshall* y *Viridiana* de la que se separó voluntariamente al ser nombrado director de *NO-DO,* no por incompatibilidad legal (entonces no existían esas cosas) ni menos artística o ideológica sino moral o de ética personal, que quizá no alcance a entender Moa Rodríguez. No obstante se negó a hacer carrera política dentro del régimen rechazando de plano la Dirección General de Cinematografía y Teatro... «Ni que me mandes a la pareja de la Guardia Civil», le dijo al ministro que se la ofrecía. Sin embargo, a pesar de la contrariedad de su ministro, le mantuvo en el cargo hasta que le cesó con la diplomacia que siempre le ha caracterizado el «liberal» Manuel Fraga Iribarne, quien nombró a un amigo suyo (también del cesado) para sustituirle y quién le dijo al cesante, al que acudió para que le informara sobre el organismo que le tocaba dirigir: «No te creas que yo voy a matarme a trabajar como has hecho tú para que luego me den como a ti la patada correspondiente». Dicho y hecho, nombró a cuatro para abarcar las funciones que ejercía nuestro padre (el primero en llegar y el último en marcharse del despacho siempre) y él se dedicó a las relaciones públicas abriendo cuenta en unos cuantos buenos restaurantes de Madrid pues ya empezaban entonces los tiempos del «desarrollismo franquista» y sus correspondientes corruptelas aunque, según Moa, la corrupción empezó con la democracia y no desde los mismísimos «años de hierro» (años no sólo de muerte, miedo y hambre sino de licencias de importación para los amigos, vespas para los yernos, aceites de redondelas para los hermanos, rapiñas en las joyerías para «la Señora», negocios inmobiliarios para la revolución pendiente, soficos…, etc., etc.), que tan ejemplarmente viene ahora a «historiarnos» este herrero de cuchara de palo. Pocos años después el brillante ministro de Información y Turismo de Franco coincidió en una recepción en Lisboa con su entonces cesado a quien con la mirada baja, le dijo «Nos … *[sic]* equivocamos con usted, Reig».

Ahora Moa ya sabe algo más de «ese» director de *NO-DO* a quien tanto cita últimamente sobre la base de fuentes directísimas, que son las que siempre ignora este audaz ignorante. Nosotros no aspiramos a que nos corresponda con el relato de quién fuera su padre, lo que no nos in-

teresa lo más mínimo. Nos conformamos con algo bastante más sencillo: que autorice el examen de su expediente policial completo poniéndolo al servicio de cuantos historiadores del franquismo quieran estudiarlo. A ver qué pasa.

¿Qué hacía Moa entonces? ¿Trabajar por la causa de la libertad de expresión al servicio de la revolución mundial o ya luchaba por mantener bien firme la sacrosanta mordaza de quienes no fueran de su cuerda? ¿Qué ha hecho después de caerse del caballo? ¿O no se cayó nunca? ¿Investigar? ¿Pelarse los codos de verdad en algún archivo más que en el de la Fundación Pablo Iglesias, que deben de tenerle por cliente distinguido con tarjeta *platino*?

¿Cómo van a entender estos personajes nada de lo que fue la Guerra Civil y el franquismo con familias desgarradas, enfrentadas, divididas por la guerra, y hermanos y familiares en distintas trincheras, e hijos y nietos de los unos y los otros, hermanados todos finalmente en la causa común de la democracia? ¿Cómo van a entender los lectores de Moa su propia Historia servida a la carta por semejante plumífero si empieza por falsear la suya propia? Nuestro padre está sin duda en la pequeña historia de la cinematografía española, del franquismo, de sus «informativos», de su propaganda o de su documentalismo, quizá también en la de la publicidad televisiva portuguesa y española, y nosotros a lo mejor lo estemos un día en alguna nota sobre la historiografía contemporaneísta española del período. ¿Y Moa? Se lo decimos nosotros: primero consta en la del terrorismo o contra-terrorismo criminal, y después en la del profranquismo bobo o interesado a destiempo. Felicidades. Es un verdadero águila.

¿De qué van estos mamarrachos? (¿me he excedido de nuevo?, pues «alomojó»). Consúltese en cualquier caso el diccionario (*DRAE*, 3.ª acepción) para comprobar si verdaderamente nos pasamos. ¿A cuento de qué este «caballero» mete en sus refriegas particulares a los padres de sus críticos? A nosotros su genealogía y trayectoria de sus mayores o menores nos importa un pito, ya lo hemos dicho. A lo mejor su padre, en el fondo o en la forma, fue «ese» feroz estalinista que tanto le hace perder la sesera, puesto que en él habita, e intenta «matarlo» (metafóricamente) por todos los medios en la línea del mejor Kafka para sentirse al

fin libre del polvo y la paja estalinista o fascista que tan concienzudamente ingirió en su anterior reencarnación y trata de transferir semejante instinto a otros completamente ajenos a tan negativa experiencia.

El otro pollo (véase *DRAE*), a lo mejor es sobrino de obispo..., y claro, eso imprime carácter. Nosotros bien podríamos haberlo sido pero nos quedamos con las ganas. Lo que nos encantaría es poder resucitar a nuestro padre aún en su efímero franquismo de circunstancias (a él, no al franquismo ¡por todos los santos!). Psicoanalícense. No es el supuesto franquismo de Alberto Reig Gozalbes al que alude el que explicaría el «sorprendente»(?) antifranquismo real de Alberto Reig Tapia, sino el estalinismo criminal, de uno u otro orden, o el fascismo asesino o policial de izquierdas o de derechas de los Moas enloquecidos de entonces o la babosería curil de los Vidales de ahora y de siempre, de las que nuestro padre nos incitaba insistentemente a recelar (bendito sea), los que determinaron la decidida militancia civil, librepensadora y demócrata de mis hermanos y mía, y la de tantos otros españoles de mi generación, a diferencia de Moa, que no fue nada de eso entonces, ni ha aprendido a serlo después.

Por lo demás nada tiene que rebatir porque nada puede. ¿Cómo rebatir nada menos que a todo el conjunto de la historiografía española más solvente y a lo más granado de nuestros hispanistas? ¿Cómo replicar o contradecir a los franquistas más destacados e inteligentes como al mismísimo Ramón Serrano Súñer, «el cuñadísimo», el constructor jurídico del *Nuevo Estado* de Franco, que les dice a sus propios continuadores que todo fue una falacia de principio y que no hubo más rebeldes en 1936 que ellos mismos, y que la legalidad estaba con la República? ¿Sería también otro rojo camuflado?

¿Qué decir de Ramón Salas Larrazábal, de cuya inteligencia tampoco cabe dudar, que fue voluntario requeté en 1936 y su historiador más competente del que tratan inútilmente de servirse ahora, aunque les contradiga también en lo esencial, desechando el argumento fundamental que ocultan con tanta diligencia? Los propios historiadores y testigos más solventes del franquismo echan completamente por tierra las «tesis» (mitos) de Moa y demás tropa. ¿Sería acaso Salas también otro rojazo infiltrado? Ahora, muerto Ramón, utilizan su obra a volun-

tad según conviene y tratan de utilizar *pro domo sua* a su hermano Jesús. ¿Y qué decir de las resoluciones de la ONU o de las del Consejo de Europa? ¿Tampoco las acepta este gran demócrata? ¿Están controladas y manipuladas por esa nueva especie de lissenkos por él «descubierta» y, por tanto, no merecen sino su menosprecio? Pobrecito. ¡Él sólo contra el mundo! Madure, hombre, madure.

Como no tiene nada que cuestionar porque es un incapaz y un insolvente pues tiene que recurrir a farfullar que sus contradictores somos unos zurdos miserables que nos complacemos con la quema de iglesias y somos todos unos jacobinos, unos marxistas o estalinistas llenos de caspa mental. ¿Pero no le da vergüenza ir así por el mundo con ese lenguaje trasnochado de Guerra Fría? ¿Para quién escribe este singular *historietógrafo*? ¿Cuál es su público? ¿Quién le compra? ¿Quién le lee? ¿Quién le apoya? ¿Quién le financia? ¿Qué credibilidad puede tener semejante sujeto? ¿Qué consideración puede merecernos no ya su «obra» sino *ya* también su persona?

CAPÍTULO VII

LA RESPUESTA «CIENTÍFICA» DE MOA

Quizá el «día de autos» (aparición en las librerías de *Anti Moa*) se hallara nuestro ejemplar caballero andante paseando tranquilamente, cavilando en su condición de «historiador y periodista», cómo poder denigrar aún más desde su lamentable *blog* personal o a través de sus infames y demagógicos artículos de *Libertad Digital* al Gobierno del PSOE y a su presidente Rodríguez Zapatero, o a la izquierda siniestra y a los nacionalistas ajenos causantes de todos los males de España pasados, presentes y futuros. O quizá estaba estrujándose las neuronas con el fin de poder conseguir que los historiadores «progres» le hicieran un poco de caso para poder así seguir echando leña al fuego y vender mejor cualquiera de sus nuevos libelos.

En alguna de esas grandes empresas intelectuales andaría sin duda ocupado cuando, quizá husmeando entre los expositores de cualquier librería, debió de darle un vuelco el corazón al ver su nombre en grandes caracteres estampillado en la portada del libro que nos habíamos tomado la molestia de dedicarle y verlo expuesto al lado, enfrente o debajo de alguna de sus magnas obras. Ahí luce, y bien grande, ya para siempre, su nombre bajo los colores de la bandera que, se ponga como se ponga, siempre evocara más la libertad, la democracia, la educación y la cultura que los desafueros cometidos en su nombre o usurpando sus valores y sus símbolos. No digamos nada de quienes se encargaron de arrasarla y de borrarla de la faz de la Historia. Debió de atragantarse el pobre y correr presuroso e incontinente sobre sus páginas... O, quizá, se encontraba embelesado contemplando su propia efigie sobre las plácidas aguas de su autocomplacencia cual Narciso mientras se escuchaba a sí mismo cantar: «Soy más valiente que tú [Brenan, Thomàs, Tuñón de Lara, Jackson, Malekakis, Tusell, Preston, Juliá, Viñas…, etc., etc.], más

torero y más gitano», cuando nuestro ladrillo fue a amerizar violentamente sobre su pálido reflejo, y tan imprevisible tsunami le amargó la fiesta devolviéndole a la cruda realidad de este mundo cruel que le niega el pan y la sal (pedestal) que cree merecer. «No la hagas y no la temas», nos ilustra sabiamente la experiencia que es la madre de la ciencia. ¿O es la paciencia?

Como el que no se consuela es por que no quiere bien podría exclamar: «¡El triunfo definitivo, al fin!» Alguien de la universidad –si bien de poca monta a diferencia de él que monta tanto– se dignaba dedicarle un poco de atención, si bien hipercrítica. Bueno, siempre será mejor *eso* que el aún más doloroso (?) silencio según los expertos en estas lides mediáticas. Un estudio al menos, aunque no se anduviera por las ramas y, dado el prefijo que acompañaba a su insigne apellido, así como el nombre del autor que lo firmaba, y el del afamado hispanista que lo prologaba, no hacían presagiar precisamente que le dedicaran justas loas y pétalos de rosa a sus deslumbrantes obritas. Pero, ¿qué importa *eso* si lo que de verdad cuenta en el mundo virtual en el que habita es que hablen de él aunque sea mal? No deja de ser una forma de publicitarle aunque él, pobre, y sus *hooligofans* piensan lo contrario, que somos nosotros quienes pretendemos tal. No hombre, no, no confundan la prostitución como profesión y vocación con echar una canita al aire a modo de desahogo y divertimento intrascendente. Lo dicho, se cree el ladrón que todos son de su condición. Así que nuestro ejemplar caballero reabrió uno de sus frentes habituales de ataque: los historiadores «progres», «jacobinos» y «estalinistas» (por lo visto tanto monta, monta tanto...) que no le perdonarían a él haber abandonado las comunes filas (!), y de nuevo pasó a disparar sobre ellos olvidando la razonable advertencia que normalmente ignoran los gángster que se precian cuando entran en cualquier local que no les rinde tributo ametralladora en ristre: *Ne tirez pas sur le pianiste*.

Como nuestro pobrecito hablador no se para a reflexionar ni medio minuto, en vez de leerse las críticas que se le hacen reposadamente y calibrar el nivel de insultos y descalificaciones de los que habría de hacernos inmediatamente acreedores por haber osado publicarlas, no pudo contenerse y sin hacer la digestión empezó a disparar a discreción po-

niéndose como antetítulo a sus recurrentes disparos: «Réplica al *Anti Moa*», una especie de *Song to myself* como en él suele ser lo tediosamente habitual.

El comentario de sus propios editores (José Miguel y Manuel Oriol): «Ahora somos muy amigos [fue el secuestrador de nuestro tío, Antonio María de Oriol, reconocen, y por tanto es la mejor prueba de que el pasado ha quedado definitivamente atrás en este bendito país] y está preparando para nosotros una contestación al *Anti Moa*, un ensayo sobre la Restauración, la República y la Guerra Civil», resulta más que significativo. ¿Quién puede desconfiar de la Ley de Memoria Histórica ante tan ejemplares casos de patriótica amnesia? Que no sufra monseñor Blázquez lo más mínimo pues, ciertamente, «no es acertado volver al pasado para reabrir heridas, atizar rencores y alimentar desavenencias» como insinúa, sin citarla, la llamada Ley de Memoria Histórica. Estamos completamente de acuerdo, así que empiecen por ser coherentes los señores obispos, prediquen con el ejemplo, y den órdenes estrictas en ese sentido a sus talibanes de sacristía, periodistas a sueldo del mejor postor, políticos sectarios demagogos y demás tropa que no están por la labor y engañan y manipulan a la opinión pública con fines partidistas, a diferencia de la ejemplar actitud de José Miguel y Manuel Oriol que, al fin y al cabo, sufrieron muy poco por el secuestro del tío cuya trepidante crónica bien hubiera podido firmar Gabriel García Márquez bajo el título de «El extraño caso del secuestro de Antonio María Oriol y Urquijo, presidente del Consejo de Estado, el 11 de diciembre de 1976 y felizmente liberado en una brillante operación policial el 11 de febrero de 1977 junto con su compañero de cautiverio, Fernando Villaescusa Quilis, presidente del Consejo Supremo de Justicia Militar, gracias a la osadía del bragado policía de la brigada político-social Juan Antonio González Pacheco, alias *Billy el Niño*, afamado torturador franquista que entró valerosamente en los domicilios particulares de los propios secuestradores donde tenían retenidas a sus víctimas, de acuerdo con las estrictas normas de clandestinidad de estas temibles organizaciones terroristas, lo que hizo tan bravo servidor de la Ley tras llamar al timbre y pegar unos cuantos tiros (de fogueo) para amedrentar a sus fieros captores». *The Happy Ending* vamos, o más bien: ¿A mí con esas, Conesa? A otro perro con ese hueso.

Nos encontramos así en la nueva España con familiares directos de antiguos secuestrados, se supone que aterrorizados, ya «amigos para siempre» de los secuestradores aterrorizadores. Qué gran lección de ejemplar perdón cristiano nos están dando tantos españoles como ellos para la deseada futura pacificación del País Vasco, cuando la canalla etarra de los Iñaki de Juana Chaos y compañía pasen definitivamente a la historia. ¿Veremos mañana a los hijos o sobrinos de José Antonio Ortega Lara editar las memorias de los ilustres «gudaris» (terroristas) Julián Achurra Egurola *(Pototo)*, José Luis Aguirre Lete *(Insuntza)*, Xavier Ugarte Villar, José Luis Eróstegui Videguren o José Miguel Gaztelu Ochandorena? ¿Por qué no? ¿Qué temen, pues, de esa al parecer peligrosísima Ley de Memoria Histórica, que vendría a avivar no se sabe qué resentimientos y afanes de venganza, tantos ejemplares ciudadanos un tanto melindrosos? ¿No conviven (qué remedio) en el País Vasco los familiares directos de las víctimas con sus propios asesinos de ayer por la tarde como quien dice? ¿Cuál habría de ser, pues, el problema con las víctimas y los asesinos del siglo pasado?

No sean ingenuos señores editores, Moa no «prepara» nunca nada. Dice lo ya dicho hasta el aburrimiento, se repite más que el ajo, publica lo ya publicado mil veces. Junta lo de aquí y lo de allá, lo pega y ya está. Qué manera más trivial de devaluar el género ensayístico. La tal «preparación» no era otra cosa que la habitual cascada de articuletes debidamente jaleados por sus secuaces más romos que, en su suprema estulticia, reiteran no habernos leído ni proponerse hacerlo (gracias mil, semejantes lectores degradarían a cualquier escritor) con lo cual muestran fundamentar sus insultos en la siempre científica ausencia absoluta de conocimiento –como su ídolo– en plena coherencia con todos los iletrados que sienten verdadera aversión a la letra impresa en general y al pensamiento y el fundamento ajenos en particular. Qué exhibicionista más incontinente. ¿No se resfriará nunca? Qué club de *hooligofans* más inquietante.

Tal conjunto de «artículos», ahora presentados como «capítulos», constituiría el pronto famoso «corpus teórico» con que el señor Moa habría triturado nuestros planteamientos críticos según sus *hooligofans* más entusiastas. Ahora sólo cabe sentarse y esperar a que surja un nuevo Al-

thusser capaz de escribir «La revolución teórica de Moa», lo que con esta última entrega parece cosa garantizada. Mientras tanto no le faltará algún vocero que diga que hemos sido vapuleados por este nuevo gran maestro de la Historia. Pero una cosa es ser Marx y Althusser, y otra bien distinta ser Moa y tener que sentarse a la espera de que aparezca un ganso en busca de autor. Quizás alguno de sus «patrocinadores» más relevantes, como Stanley G. Payne, sería capaz de atreverse habida cuenta del artículo que escribió a su mayor gloria, referido precisamente a los mitos y tópicos de la Guerra Civil y que Moa debe de tener debidamente enmarcado en pan de oro en el salón de su casa para pasmo y admiración de propios y extraños. Anímese, señor Payne, aún confiamos en su talento analítico y profesionalidad de historiador a la vista de pieza tan singular.

Creemos que alguno de los más destacados «filósofos» y/o «historiadores» del *Catoblepas*, tipo José Manuel Rodríguez Pardo, Antonio Sánchez Martínez o Carlos Moreno Guerrero [saquémosles de su oscuro anonimato e incorporémosles a la historia de la *historietografía*], podrían hacer el apaño. Bien podríamos decir de ellos, parodiando a José Luis Perales, aquello de «¿Y cómo son? ¿En qué lugar desbarran sin parar? ¿De dónde son? ¿A qué dedican su tiempo libre? Pregúntales. ¿Por qué nos roban un trozo de nuestra vida? Son unos ladrones [el tiempo es oro] que nos han robado todo».

A la vista de lo visto (nos ponen a parir) debe de tratarse de autores de una obra «filosófico-historiográfica» tan extensa como enjundiosa. Deben de disponer de muy enjundiosas reflexiones en revistas enjundiosas españolas y extranjeras sin duda de difícil acceso para el profano poco enjundioso (como nosotros mismos) aunque todavía no hayan tenido la deferencia de compilarlas todas en algún libro enjundioso, que pasaría a ser de referencia obligada por toda esta sustanciosa tropa para que el forzado ignorante pueda desasnarse un poco y «enjundiarse» a fondo. De momento en el catálogo general de la Biblioteca Nacional, o en el de la Universidad Complutense, o en el de la red de bibliotecas públicas de estas «provincianas» tierras catalanas, o en el de otros centros de estudio e investigación, o en el registro del mismísimo ISBN, no aparece ni por asomo título alguno (ni enjundioso ni no enjundioso) de

estos escribidores de altura y nada que pueda garantizarnos su mera existencia intelectual. Cosa ciertamente sorprendente dada la agudeza y sutileza de su prosa virtual. Estos tipos tan enjundiosos, ¿serán reales o sólo virtuales?

Mientras autores tan distinguidos (y tan enjundiosos, claro) se ponen a la obra, otros secuaces de Moa reiteran una vez más no leer ni estar dispuestos a hacerlo (lo suyo es ciencia infusa). Leer no leerán, pero repetirse lo hacen más que el pepino. Si lo hicieran tendrían que purgarse *a posteriori* los pobres. Como un tal Pedro Villa Isorna o Fernando Íñigo a los que no les haría ninguna falta pues, visto lo visto, se ve que padecen de colitis crónica. Algunos escribidores como los citados no tienen tiempo de comprobar por sí mismos la insospechada capacidad manipuladora de Moa y compañía en materia histórica a la hora de polemizar con sus críticos, como la manifestada con el profesor Moradiellos o con González Cuevas por ejemplo. Mientras esperamos las aportaciones de Rodríguez y Sánchez (los Dupond & Dupont de nuestra filosofía de *boudoir*) y similares, que prometen inaugurar un nuevo paradigma historiográfico, podemos entretenernos con otras lecturas más entretenidas que los rollazos inacabables que tratan de endilgar a no se sabe muy bien quiénes estos incontinentes plumillas de perra chica, algunos de los cuales (como Villa e Íñigo) cada vez que van al retrete se creen los pobres que están escribiendo «excelencias» cuando apenas se están aliviando de sus «excrecencias». Vale, pero no se olviden de tirar de la cadena ¡y pasen la escobilla!

A cualquier tipo de secuaz ignorante siempre le bastará con sus propios prejuicios o con lo que su jefe o ídolo mediático haga o diga sin plantearse jamás el beneficio de la duda. Como son cegatos mentales se marean ante la contemplación de su propio ombligo o pasan por lo que sea disciplinadamente con tal de verse en letras de molde, aunque sean virtuales (a falta de pan buenas son tortas). «Intelectualmente» hay que distinguir entre estos *hooligofans* dos grupos: el de los simples y el de los tontos. A los primeros les basta con el pienso habitual; se alimentan apenas de decálogos y vulgatas, y con eso van tirando. Es «la clase de tropa», como se refería pastoralmente a su cristiana manada nuestro más ilustre monseñor de monseñores. Los segundos, tratan de disimular

su suprema estolidez enredándose en una jerga pseudofilosófica en la pretensión de pasar por listos ante los primeros. ¿Serían éstos «el Estado Mayor de Cristo» a que se refería José María Escrivá de Balaguer (ya santo) en su singular *Camino*? Qué va. A nosotros nos divertían mucho más los bodrios «clásicos» de los viejos tiempos franquistas que estos «neoclásicos» con los que ahora nos toca lidiar y sus consiguientes derivaciones. Esta recua de frustrados plumillas de indisimulado resentimiento social se mete en corral ajeno, pues así en medio del cacareo pueden hacerse notar un poco los pobres. No se les podía replicar entonces (cuando el oprobioso) a sus equivalentes (tontos los ha habido y los habrá siempre) y arriesgaba uno la crisma con sólo intentarlo, pero eran mucho más divertidos y la cosa tenía mucho más morbo.

Moa, ante lo que cabe deducir que fue su pasmo general, se limitó en una primera entrega a referirse al prólogo de Paul Preston (su bestia negra como Tuñón de Lara lo era de Ricardo de la Cierva), para insultarle una vez más por el nefando pecado de avalar con su prestigio *Anti Moa*. Reproducía nuestro preámbulo prácticamente al completo (deberíamos haber firmado conjuntamente *su* pretendido artículo y exigirle al menos el 50 por 100 del estipendio que cobrara por semejante copia) a base de citar todos los nombres de los colegas a los que nos referíamos nosotros en reconocimiento de su obra e intercambio intelectual inherente a la Universidad, que tanto critica y desprecia, porque simplemente desconoce semejante práctica y además nunca podría hacer uso de ella.

En esta vida no hay nada mejor para hacerse notar que crearse un enemigo como hacen todos los victimistas de vocación y oficio. Y si no basta con uno pues se inventan los que sea menester. Tales blancos le sirvieron de entrada para empezar a disparar. Nosotros incluíamos las referencias obligadas que normalmente acompañan a los libros dignos de tal nombre y debidamente documentados que, a diferencia suya que los escribe por ciencia infusa, no son obra de ningún genio particular y reconocen el trabajo, las investigaciones, lecturas o consejos de otros amigos y colegas con los que intercambiamos puntos de vista sobre el tema de investigación o estudio que nos tiene ocupados. Por lo visto, le sorprende tanto esa muestra de educación y reconocimiento propia del oficio de escribir que la emprende a palos también con ellos. Todos somos

unos falsarios, unos inquisidores, unos carpetovetónicos, unos marxistas o marxistoides o criptomarxistas o filomarxistas... ¿Cómo puede insistir en decir que no es discípulo –y clónico– del Gran Maestro? Su capacidad insultadora y rústica farfolla descalificadora al menos se le ha adherido firmemente de la mano del engrudo más potente, así que es natural que nos confundamos... Esto sí que es farfolla de la buena y no la de nuestra prosa que tanto parece preocuparle y que, como es natural, jamás podrá rayar al nivelazo de la del Gran Maestro y su negacionista discípulo. No sufra por ello ni una miajita.

Lamentable llorera. Nos ofrecía otra muestra más de su incontinente tendencia a hacerse la víctima y pasaba directamente a la descalificación global de todo «el gremio» de historiadores «progres» (según él) que simplemente le ignoran o no le aplauden ni le ríen sus gracietas *historietográficas*, que tanto agradece su público de incondicionales. Si nosotros somos *progres*, es que él se reconoce como *carca*. Pues bueno. Siempre será mejor estar a favor del progreso que arrastrar los pies como los carcamales o caminar hacia atrás como los cangrejos.

Como no tiene abuela convirtió en sección fija sus recurrentes réplicas al crítico de la voz cantante (único responsable) pues no acabamos de comprender, puesto que sólo nosotros firmamos el libro, por qué diversificó tanto sus diatribas a tanto colega que sabiamente le ignora. Si le criticas porque le criticas, y si te abstienes porque te abstienes. Sólo cabe sostener sus majaderías o alabarle sin freno ni medida para no ser puestos en solfa. Pues siéntese y espere; lo tiene más que crudo, crudísimo. Ahora les utiliza a todos como reclamo publicitario para dar pasto a sus secuaces.

Polemizar con este hombre va a parecer el bolero de Ravel que o se da un buen mamporro final para concluir o se corre el riesgo de que no se calle ni que lo maten... Queremos decir «ni debajo del agua» pues es capaz de ponerse a decir por ahí que pedimos públicamente su eliminación física... Acuérdese don Pío cuando vuelva a manipularnos de citar textualmente y completar siempre nuestras feas amenazas, «porfa», para que sus *fans* (si es que le leen aparte de escucharle y comprarle) puedan calibrar aún más si cabe, sin trampas por su parte, nuestros bajos instintos estalinistas o chekistas. Nosotros no le habríamos atizado con un

martillo ni al mismísimo Franco, aunque con uno de gomaespuma a lo mejor sí que le habríamos dado unos cuantos capones. ¿Por qué le pediremos siempre peras al olmo? ¿Por qué seremos tan cortitos de entendederas como para empeñarnos en esperar un poco de simple decencia de un manifiesto indecente?

En el siguiente capítulo de la saga dedicado a criticar una supuesta «industria» (?) de la Guerra Civil a la que ahora rebautiza de «negocio» sigue disparando en todas direcciones. De nuevo desempolva el ya rancio «argumento» de «marxista»... para descalificar a sus críticos. ¿De qué especie de carbono 14 se servirá este «científico» de la Historia para determinar el carácter «marxista» de los textos de sus críticos sin reproducir nada que avale tan espurio y ridículo comentario a estas alturas del tercer milenio y como si tal metodología fuera una pandemia de consecuencias aún más letales que el temible virus del SIDA? ¿O se refiere a nuestra posición política? ¿Cómo cree saberla? Yo al menos no recuerdo haber visto a este individuo husmear en las sucesivas urnas en las que he ido depositando mi voto desde la recuperación de las libertades, libertades de las que nos privó con ejemplar celo su admirado Franco, para que pudiera saber tan sagaz hermeneuta qué es lo que voto e inferir de ello adscripciones ideológicas espurias, mientras que él, en la mejor tradición joseantoniana que practicaba en el GRAPO, se abstendría de hacerlo pensando que el natural destino de las urnas es destrozarlas como mejor símbolo de la corrupta democracia burguesa capitalista contra la que tan ardorosamente combatía tan ejemplar «revolucionario», pues Franco, a partir de 1953, era el hombre del liberalismo político norteamericano y el fiel defensor de los valores cristianos que siempre ha defendido el Vaticano. ¿No?

Si los demócratas republicanos o del Frente Popular eran en realidad revolucionarios o iluminados que trataban de cargarse el sistema democrático –según Moa–, y los viejos izquierdistas y estalinistas están aún llenos de caspa y siguen siendo los mismos de siempre, ¿por qué habríamos de creernos que un descerebrado del GRAPO (o que al menos intentaba descerebrar a martillazos a los policías de Franco), revolucionario e izquierdista ferviente, era en realidad un antifranquista entonces, o se hizo verdaderamente demócrata después para disimular, ensalzando

ahora, a destiempo, a semejante dictador, cada día más admirado? ¿Por qué habríamos de confiar en tanto convertido al «liberal-reformismo» como él, o en los que entonces vivían plácidamente, como Jaime Mayor Oreja (quien, para poder decir tal, no oiría, el pobre, los gemidos de los torturados provenientes de las mazmorras del santo cruzado, aunque, agudo de oído, seguro que tan ejemplar cristiano sí sentía en su corazón los provenientes de las mazmorras de Cuba o de la URSS)?

Este singular escribiente acusa a los demás de hacer justo lo que él no para de hacer: poner etiquetas, establecer descalificaciones *a priori* que obvian cualquier argumentario mínimamente sólido *a posteriori*. Nadie serio le ha llamado a él «fascista» aunque a lo mejor nos falta información confidencial o hay que empezar a reconsiderar que semejante contención intelectual incurría en un exceso de prudencia académica. Apretar el gatillo no ofrece ninguna dificultad ni hay que seguir ningún curso especial de ablación moral previa. Le hemos obviado siempre la manida descalificación de «facha» pero le hemos adjudicado la de «falsario» (que ahora nos copia) que es la que procede y se ha ganado tan trabajosamente a pulso. Él, siempre tan original, se la adjudica ahora a todo el conjunto de historiadores que no caemos rendidos ante su reiterativa *historietografía*. ¿Es esto a lo que él llama bajarnos un poco de nuestros pedestales de barro? Pero si no estamos aupados en ningún pedestal y, además, él mismo no cesa de babear por poder encaramarse un poco en cualquiera de ellos aún sin fraguar. No estire tanto el cuello, hombre de Dios, para salir en la foto que se le va a poner cara de jirafa.

Lo que ya es de carcajada general es que este trasunto de Mr. Bean se refiera como «industria/ negocio de la guerra civil» a justo lo que él y sus secuaces se han montado para llenarse bien la andorga mientras el mercado trague; no a lo que hacen los demás. Hay que reconocer que es un «astuto editor» de sí mismo. Primero, cobra por estar dale que te pego todo el día escribiendo miríadas de articulitos de combate contra la susodicha República, las izquierdas, a favor de Franco y contra el vil (resentido, dice) «Zapo» por ser nieto de fusilado, y después, vuelta a cobrar cuando ya tiene unas cuantas papelinas y puede publicarlas todas juntas en formato de libro. ¿Especial para coleccionistas o para drogodependientes? Nos anuncian sus editores circunstanciales (quien tiene un ami-

go tiene un tesoro) que el «maestro» se encuentra enclaustrado «preparando» una nueva «obra». ¿Cómo no convocaron los Oriol (*tío* & *sobrino*) de Ediciones Encuentro una rueda de prensa para anunciar al mundo mundial tan grande evento?

La verdad es que si bien se mira hasta cabe percibir cierto sentido del humor (por lo de «enclaustrado») y que no falte, pues es sinónimo de inteligencia, en sus ejemplares editores. Eso no sabemos sí es una industria pero negociete lo es seguro, y no las publicaciones universitarias o académicas casi siempre deficitarias. Denuncia bien y no mires a quién. Pobrecito. Se hace él mismo la propia autopublicidad refiriéndose en las solapillas de cualquiera de sus subproductos comerciales a las sobadas loas que Payne le hace pues de otro modo no hay manera de rellenar solapa. Ahora parece que Seco Serrano, Cuenca Toribio y otros patrocinadores relevantes, pero al fin prudentes, se retiran discretamente por el foro a sus cuarteles de invierno. Es lógico, pues ellos sí son historiadores y le han visto las orejas al lobo, y ya se sabe que las malas compañías acaban por llevarte al huerto.

En su siguiente «pieza literaria» dice encontrarse desolado porque le cuestionemos profesionalmente lo que le lanza a tratar de explicarnos otra vez en qué consiste ser «historiador» sin conseguirlo, una vieja palinodia para tratar de aclarar su verdadera identidad (le recomendamos que lea al profesor Kwame A. Appiah para instruirse un poco). Identidad confusa que desde luego no se corresponde ni con la de un liberal, ni con la de un demócrata, ni con la de un verdadero historiógrafo. Le comprendemos muy bien pues la desolación que nos provoca a nosotros todo lo que él pueda decir al respecto siempre será inversamente proporcional, mal que le pese, a la suya por una simple y elemental razón de número, de perspectiva y sobre todo de «fundamento» (Karlos Arguiñano).

Acude, el pobre, en su ansiedad por reivindicarse como «historiador» (tal es su desesperación), al listado completo de sus patrocinadores o a los que él dice que le patrocinan, amiguetes y compis entre los que cita a Payne, Seco Serrano, Andrés-Gallego, De la Cierva, Cuenca Toribio, Bullón de Mendoza, José Luis Orella, Martín Rubio, Alonso Baquer, Luis García Moreno, Tom Burns, Manuel Tardío… (¿y quién es él?), Jesús Salas Larrazábal, Martínez Bande (poco antes de fallecer, nos

dice...), Rob Stradley… (de nuevo algún lector, incluso entre los más informados, podría legítimamente preguntarse «¿Quién demonios será este hombre?» recurriendo de nuevo a la ingeniosa paráfrasis de Millás). Por lo visto, es su contacto en el *Foreign Office* británico (le habrá dado el teléfono Payne para que le mire algún papel) y le habrá hecho alguna fotocopia de algún documento para poder empezar a presumir de que –por fin– ha visto alguna fuente primaria. ¡Ya puede poner patas arriba toda la historiografía española contemporaneísta! Es un listado ciertamente honorable. ¡Atención, atención... hay novedades! Ahora, durante el arduo proceso de «cortar y pegar» nos introduce a otro avalista, Milagrosa Romero, ¡profesora –de Filosofía– del San Pablo-CEU! Por favor, no nos incluya a la próxima ocasión que tenga el claustro completo de tan venerable institución, que tanto le quiere, admira y avala (?) ya que le concedemos *a priori* que pertenezcan todos a su distinguido club de *fans*.

Bien, de los «pesos pesados» como Payne, Seco Serrano, Cuenca y De la Cierva, ya hemos dicho todo lo que teníamos que decir en *Anti Moa*. Cómo miente tanto y no tiene abuela le pedimos ahora qué nos muestre con cita textual y fuente de donde los toma los supuestos elogios y reconocimientos públicos a su estricta profesionalidad historiográfica (nunca hay que confundir las públicas virtudes con los vicios privados) de José Andrés-Gallego y Alfonso Bullón de Mendoza, que son los únicos historiadores contemporaneístas de su listado para que consten en acta y podamos evaluarlos por nosotros mismos sin su intermediación. Comprenda que (gato escaldado) no nos fiemos de sus referencias «de oído». De los historiadores militares de la Guerra Civil a que alude, Jesús Salas Larrazábal, Miguel Alonso Baquer y José Manuel Martínez Bande, nos gustaría mucho poder leer igualmente de su propia mano, sus reconocimientos (públicos, no privados) por la misma razón apuntada. Nuestra curiosidad por la opinión de los demás que cita a propósito nuestro ilustre escribiente decrece considerablemente, dicho sea con el mayor de los respetos, pues amiguetes tenemos todos. Algunos espabilados los tienen hasta en el infierno. Él, que es casi tan listo como Vidal, es probable que los tenga hasta en el mismísimo Cielo o en sus sucursales más distinguidas.

No obstante, el señor Orella que cita (¿Unzue o Martínez?), ¿es un sacerdote medievalista catedrático de Historia de la Iglesia o se trata de un joven profesor del CEU de Historia del Derecho? Reputados «expertos», pues, cualquiera de ellos, de los temas de nuestra historia contemporánea que aborda Moa en sus publicaciones y son objeto de controversia. Martín Rubio, también sacerdote (y ex falangista al parecer), es igualmente profesor de Historia de la Iglesia, y tan reconocido «experto» como él mismo, pues ha generado muy recientemente un par de libelos alguno de los cuales él mismo Moa prologa. Luis García Moreno sí es un experto pero de Historia Antigua..., ¡qué afición!. Tom Burns, es un periodista que no ha escrito, que sepamos, ni una línea relevante (de investigación) sobre la República, la Guerra Civil o el franquismo, al igual que el bibliotecario Manuel Tardío que incorpora ahora Moa a su brillante listado de patrocinadores (?), que si, al igual que él, ha devenido reputado «historiador», confesamos aquí abiertamente desconocer sus sin duda valiosísimas aportaciones a la ciencia histórica que le avalarían como tal. No se puede saber todo en esta vida. ¿Va de coña? Pues «alomojó» (Zaplana-Martínez).

¿Por qué no les pide a tan sólidos avalistas que coordinen y le dediquen un libro-homenaje como suele hacerse en la Universidad con aquel maestro que por su destacada trayectoria merece nuestro público reconocimiento aún antes de la jubilación? Tratándose del insigne historiador que ha revolucionado la historiografía contemporaneísta española, que la ha «revisado» toda-todita de arriba abajo, que ha introducido nuevas y sugestivas «tesis», que ha inaugurado nuevos paradigmas que han convulsionado a la comunidad historiográfica nacional e internacional, nadie podría poner la menor objeción a tan justo empeño y, su resultado, se convertiría a ciencia cierta en un vademécum intelectual historiográfico de primer orden y de obligada referencia. Lástima que su jubilación «intelectual» no sea aún –ay– para mañana.

Repasen bien la lista y reflexionen sobre la curiosa amalgama de sacerdotes medievalistas, militares y algún amiguete bibliotecario que es capaz de reunir este pobrecito hablador entre la flor y nata de la historiografía contemporaneísta hispánica que habría de avalarlo. Podía haber añadido algún falangista de pro tras la desafección de Martín Rubio,

o policía adscrito a los Servicios Documentales del almirante Carrero Blanco, o a cualquier periodista o escritor del sindicato ese tan prestigioso que tanto elogia, o al ex presidente del Gobierno ya nimbado como Señor de las Azores, o a algún empleado de pompas fúnebres de la Brigada político-social como *Billy el Niño* o el comisario Roberto Conesa para completar la referencia. ¿No tiene sentido del ridículo? Pues va a ser que no. Como Mr. Bean.

A los demás nos llama «gremialistas» e «infantiles» por cuestionarle profesionalmente contraponiendo como irrefutable prueba el brillante elenco citado que, al parecer, le pone a él por los cuernos de la luna... Pobre. Después de enlazar unas cuantas tonterías dice que, sus críticos, qué cansino, somos «marxistas» o «marxistoides», pero, eso sí, los que ponemos etiquetas sin fundamento y no refutamos sus deslumbrantes «tesis» (mitos) somos los demás.

Cuánta memez anda suelta por ahí expresándose en una tan turbia como falaz prosa llena de silogismos tramposos: «a Reig y a sus queridos pares ni los sucesivos fracasos comunistas ni la caída del muro por excelencia les han enseñado nada. Por esa razón no son ni pueden ser buenos historiadores». ¡Equilicuá! ¿Pero qué dice? O sea, vale Perales. Exordio al señor Moa Rodríguez: No nos atice más en la cabeza con tan escolásticos silogismos, aunque siempre dolerá menos que si lo hiciera con su famoso martillo. No trate de endilgar al personal sufriente tanta retórica tramposa pues nos resulta indiferente que trate de hacerlo desde el patrón propio de la actual ideología franquista que profesa (o a cuyo fautor tanto dice admirar) como que lo haga desde la de un pretendido ex comunista-maoísta-terrorista. A algunos que nunca, ni en nuestra más lejana juventud, hemos profesado tales ideologías ya nos pilla un poco mayores para salir en procesión detrás del santo o cambiar de camisa.

Lo que hay que aguantar. Los tipos como Moa en tiempos del oprobioso nos llamaban entonces «fascistas» a los hoy «progres», «estalinistas» o «lyssenkos» con la precisión conceptual que les caracteriza, porque, a pesar de ser tan antifranquistas como el que más, no creíamos en el paraíso del proletariado que nos prometían iluminados de su calaña, que no dudaban en asesinar llegado el caso, ni creíamos en doctrinas to-

tales capaces de explicarnos la complejidad del mundo que tratábamos de entender estudiando y leyendo, ni creíamos en doctrinas colectivistas salvadoras falsamente igualadoras, ni menos aún aceptábamos el asesinato de policías, aunque nos aporrearan al salir de cantar a voz en cuello con Raimon aquello que él, al parecer, conoce tan bien: *De un temps, de un pais… que ja no es el nostre*... pero que, por lo que se ve, nunca ha dejado de ser el suyo.

Mientras nosotros tratábamos de entender esa pequeña o grande historia a base de buenos maestros, buenos libros y buenas conversaciones, así como otros sucesos posteriores como la Guerra Fría y la crisis de Cuba, desconfiábamos de la ya más que desmitificada patria del proletariado, vivíamos el famoso Mayo del 68 que, precisamente arremetió justamente contra el estalinismo (¿se enteró Moa?, ¿dónde estaba?), la invasión de Checoslovaquia y su firme repudio estalinista (¿se enteró Moa?, ¿dónde estaba?), desconfiábamos de las pretensiones omniabarcantes de la filosofía marxista como explicación total del mundo y sacábamos nuestras propias conclusiones..., este listo, esta lumbrera, este fanático, andaba matando policías en nombre de la revolución marxista, comunista o maoísta (o ayudando a matarlos martillo en mano, que para el caso es lo mismo) y repartía con fruición poemas pro-estalinistas (nosotros antifranquistas) por el metro madrileño para iluminar al sufrido currante oprimido que él y sus secuaces iban pronto a «liberar» para siempre de la feroz explotación capitalista. Y, para mayor inri, en vez de callarse ahora al menos, si le queda algo de decencia, acusa de ser estalinistas a quienes no lo fueron nunca, ni siquiera vinticinco años antes que él. ¿No será que no era el león tan fiero como lo pintan y era lo que no era o no deja de ser lo que siempre fue? Vaya águila. Estalinista a destiempo, entonces, y franquista a destiempo, ahora. Felicidades «Ojo de Águila».

Con semejante perspicacia política y manifiesta empanada mental ¿cómo cabe esperar de esta lumbrera un mínimo de la heurística y de la hermenéutica metodológica que cabe suponer en un historiador digno de tal nombre? Si quiere ahora reexplicarnos el 18 de julio de 1936, puede empezar por el último libro del profesor Julio Aróstegui, y si quiere también reexplicarnos las grandes batallas de la Guerra Civil o el genio estratégico de Franco, puede arrancarse con el último del profesor Ga-

briel Cardona. Si opta por la influencia soviética en la República, con la trilogía de Viñas le basta para ir tomando contacto. De postre, este singular mitógrafo puede animarse, si quiere de verdad empezar a desfacer mitos, con alguno de los libros que uno de los hijos del ex director del *NO-DO* al que alude ha dedicado a su estudio y a la memoria de la «cruzada» de 1936, aunque quizá a este genio que ha revolucionado la historiografía contemporánea, le baste y le sobre con la relectura de los que ha escrito, a modo de balance histórico, un contumaz *historietógrafo* hijo de un empleado de banca o caja de ahorros debidamente avalado por historiadores y periodistas de la talla de Ricardo de la Cierva y Carlos Dávila o estadistas del nivelazo del Señor de las Azores.

Si quiere aspirar a ser considerado alguna vez como un «historiador» (verdadero imposible metafísico) que empiece por dejar de decir mentiras y de calumniar a sus contradictores con enfermiza fruición. ¿Ha aprendido las normas elementales del buen gusto? ¿Se ajusta antes de abrir la boca o ponerse a emborronar papel incontinentemente a los inevitables condicionantes de la buena crianza? ¿Se desenvuelve por la vida de acuerdo con algún código de valores posfascistas o posestalinistas? ¿Qué le enseñaban en su casa o en la escuela pública o privada a la que asistiera, o en esa Escuela de Periodismo que dice haber frecuentado (para disimular) y donde departiría sesudamente con colegas de su mismo nivel moral? ¿O más bien lo hacía en las covachuelas terroristas o contraterroristas o policiales o «revolucionarias» en las que tan fervientemente militó?

Dejemos su ignominioso y confuso pasado; de acuerdo, pero ¿cuándo se redimirá de su estéril y transparente presente? ¿Hay que aguantarle encima a este converso de perra chica sus inacabables historietas a todas horas y soportarle la moralina de venir a redimirnos a los demás de nuestros supuestos pecados pasados, presentes o futuros? Le recomendamos a este «caballero» que expíe sus culpas confesándose cristianamente con su amiguete Ángel David Martín Rubio, y si no es católico practicante ni creyente, puede hacerlo, quizá con más provecho, leyendo al profesor Carlos Castilla del Pino. Lo mejor sería que empezara por un tan breve como esclarecedor ensayo suyo sobre «la naturaleza del saber», siguiera analizando su hipotético «sentimiento de culpa» en otra

de las obras de referencia del mentado psiquiatra y, dada su contumacia paranoide, que desembocara en tratar de esclarecer la más que probable «alucinación psicopatológica» en la que vive confortablemente instalado y tan feliz de haberse conocido, leyendo el estudio sobre la cuestión que también ha abordado con rigor el doctor Castilla del Pino.

CAPÍTULO VIII

MOA-LISSENKO, VIDAS EJEMPLARES

Este singular genio llamado Moa, este precursor, este sutil escribiente que nos ha caído «en suerte», tiene la audacia de ponerse a dar lecciones de todo tipo a quienes aprendieron mucho antes y bastante más rápido que él. Y como no tiene argumentos mínimamente sólidos de donde poder tirar para descalificarnos a todos no ha encontrado mejor calificativo para sus críticos que el de tildarles a todos de «gremialistas», «lisenkos» (a ver si se entera de una vez que Lissenko se escribe con dos eses) en estúpida analogía de un pretendido «científico» estalinista y otras lindezas muy propias del «historiador y periodista» serio que se pretende. Además osa mentar el nombre de Tuñón de Lara como «padre y maestro del gremio de nuestros lisenkos *[sic]* historiadores». Una verdadera infamia de quien ni le conoció, ni le trató, ni obviamente lo ha leído pues, de haberlo hecho, no podría dar las muestras continuas que da de semejante obsolescencia mental y moral. Perdón. Le estoy concediendo demasiado. De la Cierva, por ejemplo, sí conoció a Tuñón de Lara y, sin embargo, cometió la misma bajeza de insultarlo y vejarlo por escrito, algo que no sólo no hizo jamás Manolo Tuñón con él sino que, todo un caballero, trataba de impedir que otros le contestaran como merecía. Moa bebe una vez más en las «fuentes» (ciénagas) inagotables del «Gran Maestro». ¿Es o no es su más perfecto clon?

Le traiciona de nuevo el subconsciente a tan ejemplar individuo y pasa novedosamente a hablarnos de sí mismo. Descubierta la pólvora se dedica a explotar lo que cree una veta inagotable: los nuevos «lisenkos» *[sic]*, aunque nuestro ilustre y perspicaz propagandista no les explica a sus lectores que en realidad se refiere a sí mismo. Nos bautiza con semejante calificativo en un fastuoso ejercicio de proyección psicoanalítica digna del doctor Freud, pues Lissenko es efectivamente todo un mode-

lo de referencia. Se habrá quedado calvo con el descubrimiento. Ha debido de oír campanas y, como de costumbre, no sabe dónde. En todo caso será su arquetipo, jamás el nuestro.

Troffin Dimitrevich Lissenko no fue un siniestro propagandista de Stalin a la manera como Joseph Goebbels lo fue de Hitler. Los devotos seguidores de don Pío bien podrían pensar tal ya que Moa adjudica tal adjetivo a esos renovados historiadores izquierdistas que aún no se habrían desprendido de la caspa estalinista. Caspa que, según les dice su ídolo mediático, lucen con descaro sobre sus estrechas espaldas (mentes) «marxistoides». No. De nuevo, le patinan las neuronas a Moa pues resulta que Lissenko fue exactamente lo que él es hoy, un falsario, no lo que son los historiadores profesionales.

Lissenko trató de demostrar la incompatibilidad de la «ciencia burguesa» (como calificaban los secuaces de Stalin a todo lo que contradecía cualquier «verdad» oficial establecida por la nomenclatura comunista), con la pretendida «nueva ciencia» soviética que se estaría alumbrando en la URSS. Las leyes de Mendel, los mismísimos fundamentos de la genética moderna, de la pura y simple «ciencia» sin adjetivos, resultarían incompatibles –según Lissenko– con el materialismo dialéctico, al igual que los resultados de la historiografía profesional resultan absolutamente incompatibles con los «hallazgos» de este nuevo Lissenko con pretensiones de historiador. Lissenko, en nombre de las doctrinas oficiales estalinistas, se enfrentaba a la ciencia calificada de «burguesa». ¿Cómo hacía Moa en su anterior encarnación? Ahora, en nombre del neofranquismo *neocon* (ayer doctrina oficial franquista), se enfrenta a la historiografía calificada por él de «marxistoide». «Igüalico, igüalico quel defunto de su agüelico» (consulte el célebre *TBO* de su infancia ¿o sólo leía el *Hazañas bélicas*?).

El historietógrafo Moa o nuevo Lissenko de los caducos mitos franquistas goza de impresionantes medios propagandísticos y comerciales (que le proporciona un Estado democrático) para tratar de imponer sus absurdas teorías históricas al igual que el caduco Lissenko (con todos los medios de un Estado totalitario) trataba de hacer con sus absurdas teorías sobre cuestiones genéticas, utilizando en agricultura unos métodos absolutamente ineficaces con los que pretendió obtener cosechas mila-

grosas en abierta contradicción no ya con las más elementales pautas científicas indisociables de cualquier disciplina sino con el raciocinio y la mera lógica que impone el sentido común. Si no lo consiguió Lissenko con todos los resortes de un Estado totalitario a su servicio, menos lo va a conseguir Moa en una sociedad libre por mucho que insista.

Al igual que Moa en materia histórica, Lissenko mostró una enciclopédica ignorancia en materia biológica, genética y agrícola que hicieron de él, no un científico, sino un auténtico falsario. Lissenko..., ventajas de los Estados totalitarios, llegó a ser miembro de la Academia de Ciencias Soviéticas, presidente de la Academia Federal Lenin de Ciencias Agrónomas y director del Instituto de Genética de Moscú y obtuvo tres veces el premio Lenin de Ciencias. Ni que decir que dictó a sus anchas las leyes científicas del futuro... provocando un retraso sin precedentes en el desarrollo científico de su país. ¡Exactamente lo mismo que trata de hacer Moa! Pero para fortuna nuestra, muerto su admirado Franco, ya sin los medios que éste en vida le habría proporcionado gustoso.

Moa, ventajas de las sociedades abiertas y desarrolladas en las que no hay censura, ni verdades oficiales, ni comisarios, ni policías al servicio de ningún fundamentalismo totalitario que pudiera ser impuesto al conjunto de la sociedad, no es ni será nunca (nos jugamos una ronda de cañitas) miembro de la Real Academia de la Historia..., aunque vaya usted a saber, si ya ha alcanzado la púrpura académica el cardenal Antonio Cañizares (?) sin una mínima obra que pudiera justificar la propuesta que de su Eminencia hizo María del Carmen Iglesias, que no pierda él las esperanzas. Ya se sabe: «Quien a buen árbol se arrima, buena sombra le cobija». Si Cañizares lo ha conseguido ¿por qué no él? Probablemente nunca podrá presidir tan docta casa, ni obtendrá nunca el Premio Nacional de Historia, pero no debe preocuparse por ello. Tampoco ha sido el caso de Ricardo de la Cierva a pesar de su marmórea obra y, no obstante, es considerado «el mejor historiador a años luz» por alguna que otra águila o lumbrera de evidente perspicacia, como el mismo Payne que considera a Moa algo parecido. ¡El nuevo Copérnico de la Historia! ¿A qué estarán esperando los académicos para honrar a tan insigne prócer del saber «historiográfico»? Tampoco lo serán probablemente algunos de sus más denostados críticos, ni ninguno de los tan brillantes

como destacados historiadores a los que él, siempre tan agudo, califica de «panfletarios» *[sic]* por criticar sus propias fantasmagorías, y esa irrelevante circunstancia jamás podría igualarles en el terreno científico ni equipararles en prestigio profesional, dado el abismo que separa a los unos de los otros.

Lissenko, científicamente hablando, fue un analfabeto a pesar de sus titulaciones, al igual que Moa es otro perfecto analfabeto a pesar de la ausencia de ellas y pese a sus avalistas. Los métodos de Lissenko provocaron hambrunas generalizadas en la antigua Unión Soviética y los de Moa, afortunadamente y por las diferentes circunstancias señaladas, apenas provocan cierta trivialización de la cultura en determinados ambientes y sectores provenientes del franquismo sociológico así como un importante despiste en cierto público joven desorientado, y menos joven también encantado de que piensen por ellos mismos, siempre contra la izquierda claro o contra cualquier demócrata o simplemente liberal que nos les baile el agua a ellos a todas horas mañana, tarde y noche.

Ya se sabe, antes, en la dictadura de Franco, había que ser «de derechas de toda la vida», y era «masón» o «rojo» cualquiera que les precediera en el escalafón o fuera su acreedor. Ahora en democracia, ya está bien visto ser «liberal» (lo de «demócrata» ya les resulta más complicado cuando no están en el poder), pero nada más. Ser de derechas queda siempre más fino, ya que si se es de izquierdas no se puede ser también liberal y demócrata por lo visto como demuestra fehacientemente la bronca que le montaron los diputados del Partido Popular al nuevo ministro de Justicia, Mariano Fernández Bermejo, por el horrible pecado de decir que es de izquierdas. ¿No son todos ellos de derechas? ¿Se convertirían todos y cada uno de ellos en angélicos querubines ideológicamente asexuados una vez conquistado el poder y alcanzada la tonsura ministerial? Por lo visto no se puede ser de izquierdas en una democracia moderna como la nuestra que estaba a punto de alcanzar «el fin de la historia» (perpetuación de la derecha en el poder) de no haber sido por esa siniestra izquierda que, como los hechos no paran de demostrar cada día que pasa, está siempre dispuesta a asaltar su finca particular (España) incluso a pactar con terroristas y fanáticos islamistas. (¡Arrepentíos zurdos *contra natura* que el fin está cerca!)

Aún no nos habíamos repuesto de la enternecedora evocación del régimen franquista en el que algunos próceres (como ese gran demócrata llamado Jaime Mayor Oreja) se sintieron tan confortablemente instalados («era una situación de extraordinaria placidez»), cuando de nuevo se le cruzan los cables a tan ejemplar responsable político y afirma, tan pancho (sin que se le caiga la cara de vergüenza), que: «El proyecto de Zapatero necesita a ETA para debilitar la nación y sus valores». Pues sí, «esto» es por lo visto la libertad de expresión de alguno de los más distinguidos representantes de nuestra anacrónica derechona como los Jiménez, Villa, Acebes, Zaplana, Pujalte o Alcaraz. «¡Qué tropa!», que diría Mariano.

Volviendo al «fenómeno Moa», una cosa es la generalización de la educación a toda la población y otra muy distinta la extensión masiva de cierta cultura especializada, lo que siempre ha sido cuestión de minorías y, lógicamente, así lo seguirá siendo como ocurre aquí y allá con cualquier materia especializada. Las pseudociencias, como la publicística de los Cierva, Moas y Vidales sobre temas históricos, tardan mucho en desaparecer por completo del panorama cultural más obvio, si es que alguna vez han contado algo y llegan a desaparecer para siempre. Es apenas una mera cuestión de tiempo. Y el tiempo, más pronto o más tarde, pone siempre a todos en su sitio y, cuando perdura alguna que otra majadería, no es por razón distinta a la de la sobrevivencia de los mitos, fábulas y engaños que los brujos, los nigromantes, los falsarios y los estafadores profesionales no cesan de propagar, pues viven más que bien de ellos, y como dice el refrán: «Dame pan y dime tonto». Además ahora ya es solomillo de ternera regado con ribera «Pesquera»…, como el que le gusta al jefe...

Prosigue nuestro hombre hablándonos de las profecías marxistas que se han incumplido o se incumplen. ¿A cuento de qué? Anda que si nos ponemos a repasar las de su admirado Franco… ¡el gran profeta dispuesto a mandar a un millón de guerreros españoles a defender Berlín (lo que nunca habría de ocurrir) si llegara el caso! En realidad, se limita de nuevo a cargar contra la concepción materialista de la historia (!) que nos atribuye profesar a todos sus replicantes y como si se tratara de una «filosofía» que impregnara e invalidara automáticamente todo el conjun-

to de nuestros escritos. Este antiguo marxista de manual de instrucciones de andar por casa nos despeja la mente y nos aclara a todos sus críticos o defensores de otros planteamientos metodológicos (él simplemente carece de método historiográfico alguno) las viejas ideas que limitarían nuestros razonamientos y que decide atribuirnos por su única y exclusiva cuenta. Este ignorante confunde filosofía y metodología. Es decir, el materialismo dialéctico con la concepción materialista de la Historia. Borre y siéntese camarada Lissenko.

No sabe qué inventarse el pobre para «fascinar» a sus secuaces que le cantan entusiasmados por las cloacas de la red este tipo de piruetas dialécticas concediéndole que nos ha dado un repaso teórico más que considerable. Este personal sólo usa la cabeza para embestir cuando se digna hacer uso de ella pero, eso sí, su fetiche propagandístico nos ha dado una buena paliza y nos tiene hechos unos zorros y agonizantes sobre la lona pidiendo una litrona de árnica. Si fueran ellos los árbitros o jueces de esta falsa controversia habría que abandonar las aficiones deportivo-humorísticas y toda fe o esperanza en la Justicia que, como sabemos, no es de este mundo. Pero afortunadamente no lo son y a Franco no le saca ya de su tumba histórica ni san Apapucio Bendito... De la otra, la del mausoleo que se hizo construir sobre la sangre y el hambre de tantos españoles, ya se verá pues no hay faraón que aguante el paso indefectible del tiempo.

El resultado de tanta contrarréplica es pura retórica y circunloquios sin orden ni concierto, ni contenido, y sin abordar nada referido al libro mismo que pretende criticar pues no sabe por dónde tirar, así que se dedica a sesudas reflexiones (?) filosóficas (?) de andar por casa. Dice que las profecías marxistas no se han cumplido. Gracias por la información, no habíamos caído en la cuenta. ¿Y qué nos quiere decir con tal descubrimiento o enjundiosa «tesis»? ¿A cuento de qué viene? Otras menos ambiciosas, como el repetido aserto de nuestro señor padre de que: «A partir de Adán los tontos están en mayoría», se siguen cumpliendo a rajatabla, como bien podemos apreciar, y no le han hecho ningún monumento. Más que una incontrovertible ley de la dialéctica paterna, como las marxistas que tanto denuncia esta lumbrera, se nos antoja un verdadero axioma, algo así como la ley de la gravitación universal, siempre vi-

gente, perpetuamente constatada, y cuya «rabiosa» actualidad nos confirman plenamente personajes como Moa renglón tras renglón.

Este destacado «historiador y periodista» de desmedidas ínfulas sigue situado en el maniqueísmo propio de la dictadura y se empecina en buscar enemigos feroces por todas partes. ¿Quiénes serían «los más feroces» de esta peligrosa recua de miserables?, se pregunta nuestro esclarecido pensador en una retórica y banal «reflexión» sobre «la cuestión de Franco» (?) en su *blog* particular que ahora no incorpora a su libelo. ¿Por qué? No desmerecería del resto del conjunto en absoluto. Se contesta colocándole dicho cascabel a los «antifranquistas» (!) y continúa con «los terroristas de ETA; los separatistas de Ibarreche *[sic],* Arzalluz, Carod, Maragall o Pujol; los dirigentes del PSOE, nunca regenerados de su enorme corrupción, numerosos estalinistas o ex estalinistas mal reciclados [como él ¿o es un ex fascista mal reciclado?]. Esos [los antifranquistas] pretenden una Segunda Transición [pensábamos algunos que tal era la intención de Aznar, como incluso dejó dicho por escrito, ¿no?, en uno de sus fascinantes libros de pensamiento y que vino a revolucionar la bibliografía politológica sobre transiciones]». «Vale la pena pensarlo», nos dice.

¡Eso, eso!, piense usted un poco, o como decía nuestro señor padre (que tanto cita Moa de oídas últimamente) en estos casos: «Pues no piense usted, hombre; no piense». Visto lo visto y por lo que vamos viendo hay más de un «pensador» (como de nuevo decía nuestro señor padre del que tanto parece saber Moa, ya que tanto lo menciona, y al que de nuevo citamos para que pueda saber así un poco más de él antes de siquiera atreverse a mentarlo de nuevo) «al que se le sacude y da bellotas». Y no señalamos porque él mismo nos enseñó que era de mala educación. Nosotros nos contamos entre los antifranquistas más fervientes, sí; pero no acabamos de hallar acomodo en tan «sutil» («feroz» por lo visto) tipología. Ese sentimiento personal, apenas hijo del estudio y muy colateralmente de la propia experiencia vivida, nos descalificaría *a priori* en el deslumbrante razonar de Moa o Vidal, también como «historiador», según tan sesudos comentaristas virtuales cuyo líder quiere ahora ser investido como «historiador». Es un «argumento» (?) al que se agarra patéticamente toda su corte de secuaces y nos deja exhaustos sobre la lona…

Al parecer, nuestro declarado antifranquismo nos incapacitaría intelectualmente para estudiar a Franco y al franquismo. Vaya. Nuestro posicionamiento intelectual a propósito de Franco lo hemos dejado establecido en un estudio dedicado a su deslumbrante y superlativa figura (*Franco. El César superlativo*, 2005), que nos llevó componer algo más de tiempo del que Moa dedicó nada menos que a ofrecernos ¡un balance histórico del personaje!, así que no vamos a repetirnos como siempre hace este genuino vocero de sí mismo. Nosotros, cuanto más lo estudiamos, más penoso nos parece el personaje. Él, según nos cuenta, cuanto más lo estudia más, lo admira. Vidas paralelas. Jamás podremos encontrarnos.

Cada nuevo «razonamiento» moístico nos deja literalmente «pasmaos-pasmaos». Tomen nota, la condición de antifascistas, antiesclavistas, antinazis, antirracistas, antiestalinistas o anticastristas nos impediría estudiar con rigor el fascismo, la trata de esclavos, el fenómeno nazi, los prejuicios raciales, el estalinismo que tanto denuncia nuestro Lissenko o el castrismo que suponemos le pondrá de los pelos. Así que, Franco, para los franquistas y, Castro, para los suyos, etc., o a disimular hipócritamente como nos enseña la Santa Madre Iglesia. ¿Y el GRAPO o el terrorismo de Estado? Para Moa, claro. No les vendría nada mal a este grandioso «historiador y periodista» un poco de información previa (certificado de estudios primarios al menos) antes de ponerse a dar lecciones magistrales sobre conceptos tan elementales para cualquier estudiante de ciencias sociales como ideología, en su doble concepción (Bobbio) o en las múltiples que ofrece Rossi-Landi, ciencia, metodología, historiografía, propaganda, mentalidad, objetividad, imparcialidad, etc., etc. Los más que esclarecidos «filósofos» seguidores de Moa creen haber encontrado al historiador total incoloro, inodoro e insípido... ¿Al «filósofo (científico) rey»? Pues sí, al parecer se ha encarnado en Moa Rodríguez. «¡Qué risa, María Luisa!».

En su siguiente artículo-capítulo, con esa brillantez que le caracteriza para titular con el propio contenido de los mismos sus propios escritos («Inagotable fuente de errores»), concluye diciendo que: «Reig y sus pares siguen elaborando una historia cimentada en la propaganda de la Comintern, y pretenden convencernos de ideas tan peregrinas como la de que

aquel Frente Popular, compuesto de totalitarios y golpistas [ahora ha quitado lo de totalitarios y golpistas, que debía de ir sólo dirigido a los secuaces más romos de su primera línea virtual], representaba la legalidad democrática». De nuevo del maestro el discípulo. Hace lo mismo que De la Cierva: cambiar de discurso a conveniencia, demagogia barata en cualquier caso o se pone el sayón de lo políticamente correcto según medio y público al que se dirige. «Con tal premisa se vuelve imposible entender nada.» Él, desde luego, nada de nada. ¿Quién le quiere convencer y de qué? (cite usted, hombre, cite algo alguna vez, por variar). ¿Escribe únicamente para sus tontos engañados de principio? Un poco de consideración al menos debería tener con los lectores de sus libros que le compran por pura y simple ignorancia o inercia publicitaria y creen que lo de Moa son opiniones fundamentadas tan respetables como otras. ¡Que error, qué inmenso error! Cuán infinita es la ignorancia.

Pues sí, mire usted, a pesar de los «totalitarios» y de los «golpistas» (lo quite o lo ponga) que en dicho frente pudieran haber hallado acomodo, la coalición vencedora de las elecciones de febrero de 1936 representaba la legalidad democrática surgida de unas elecciones libres cuyos resultados fueron acatados en sede parlamentaria por el mismísimo José María Gil Robles, el líder indiscutido de la extremosa CEDA que era el gran partido de la oposición parlamentaria. De la misma manera que el Frente Nacional que perdió las elecciones estaba lleno de otros totalitarios y otros golpistas, y de algún demócrata, que también los habría más o menos encubiertos o secuestrados, como los de ahora diluidos en el «Comité Central del PP», ¿no? Obviamente representaban la ilegalidad e ilegitimidad antidemocráticas que supone no aceptar los resultados electorales cuando no les favorecen y se ponen a desestabilizar y conspirar por cualquier medio... Cambian las formas pero las intenciones permanecen... ¿No?

Insiste en la carga antimarxista y anticomunista (?) con la vehemencia propia del converso o del falsario, que es siempre la más rabiosa tratando de convencernos de lo equivocado que estaba este cantamañanas cuando participaba con tanto entusiasmo de los catecismos que se veía obligado a aprender para hacerse pasar por lo que evidentemente nunca fue, «un revolucionario». ¡Pero si estamos convencidos! ¿Qué fue él?

¿Quién le pagaba? ¿Con cargo a fondos públicos o por cuenta de privados? ¿Nuestro terrorista arrepentido cobraba del «oro de Moscú», del de Tirana, del de Pekín entonces proveniente de «El Gran Timonel», o del sumidero de las cloacas policiales franquistas? ¿Era terrorista malo o contraterrorista bueno, o viceversa? Y ahora qué es ¿un converso o un falsario? Sea lo que fuere y cobre de unos fondos o de otros, es evidente que «aunque la mona se vista de seda, mona se queda».

Los conversos, los falsarios y los mercenarios son personalidades siempre conflictivas, desasosegadas, agitadas, irritables, paranoicas (nunca se libran del complejo de persecución que alimenta su siempre incontenido victimismo). Padecen de un fuerte conflicto de personalidad que les lleva a confundir su verdadera identidad con la que pretenden mostrarnos a los demás seres normales y corrientes. Este gran intelectual nos endilga una «clase» pretendidamente teórica de marxismo de manual de kiosco, que nos suena a esos cursillos de «formación» que suelen recibir los meritorios de las escuelas terroristas o contraterroristas del mundo entero. Es decir, allí donde se practica el adoctrinamiento más burdo.

En la Universidad que tanto repudia, con un poco de esfuerzo a lo mejor hasta Moa habría aprendido a pensar por sí mismo, lo que le hubiera evitado tanto salto de la rana ideológico y político. Aunque, repetimos, probablemente se trata apenas de marear la perdiz y, en realidad, sea como el eje terráqueo y no pare de girar sobre sí mismo. En un curso de Filosofía y Metodología de las Ciencias Sociales o de Teoría Política o de Pensamiento Político o Ideologías Políticas de cualquier universidad, sus disquisiciones teóricas provocarían la conmiseración general. De repente se le acaba el espacio del articulete nuestro de todos los días y dice para concluir que no entendemos nada, y Preston el primero... Claro, claro. Pero tampoco desarrolla sus grandes ideas y deslumbrantes tesis bajo formato de libro y ya sin las habituales limitaciones de espacio que la prensa impone incluida la virtual. ¿Por qué? Porque de dónde no hay no se puede sacar. Pobre. Por mucho que se esfuerce, la categoría de sus «enemigos» no le hará a él más mediocre y trivial de lo que ya es por sí mismo sin la ayuda de nadie. ¿Pero dónde están los errores factuales o de concepto de tal libro o de los libros que nunca cita, aun-

que sí a sus autores para tratar de denigrarlos ante los hipotéticos lectores, y que sin embargo pretende denunciar y presentar –a la contra– como si fueran mera propaganda? Como dijo Abraham Lincoln en su célebre discurso del 4 de marzo de 1865: «Se puede engañar a todos por un tiempo, a algunos siempre, pero no se puede engañar a todos todo el tiempo».

Su siguiente y decisiva aportación *historietográfica* es, nada menos, que la supuesta crítica de la «visión marxistoide» (?) que de la II República darían no se sabe bien quiénes. La suya podría ser, pensará algún lector malicioso, una «visión fascistoide» que podría resultar deslumbrante. Pero no; se queda simplemente en «visión paranoide». Nuestra historiografía es «de base marxista inequívoca» (?) nos dice. ¡Pero si es la misma jerga que empleaba y emplea De la Cierva! ¿Es o no es su clon más perfecto? La suya se supone que es de inequívoca base «científica» (!). Se repite cansinamente nuestro sagaz analista y no para de dar vueltas sobre sí mismo encerrándose con un solo juguete en una retórica huera de la que no sabe salir. Le traiciona el subconsciente (ay, ay, ay) y nos llama «camarada» (?), se enreda en la politiquilla que él practica a diario, banaliza nuestros argumentos, manipula nuestras palabras, alude a los suyos siempre enjundiosos, nos vuelve a contar el cuento de la buena pipa, y nos trata de graciosos, salerosos, descarados, desmemoriados y extravagantes... Todo un enjundioso, gracioso, saleroso y extravagante argumentario. Él miente y dice que decimos esto o lo otro, nosotros entrecomillamos lo que él dice porque es literal, no atribuido. Esa es la gran diferencia.

En fin, de nuevo, en su proyección paranoide, nos acusa de incurrir en «generalizaciones vacías», en «clamorosas omisiones» y en pervertir el lenguaje (¡vaya!, con lo que nos gusta la claridad expresiva), lo que sería muestra de nuestra indisimulable «metodología marxista» que transformaría «la evidencia histórica en un revoltijo de confusiones interesadas». ¡Extraordinario ejemplo del reputado método Moa, no del de Marx! ¿Alguna muestra de todo lo que dice? ¿Citas textuales incontestables? Ninguna naturalmente. Lo suyo no es ya manifiesta ignorancia de qué sea el supuesto método marxista sino prueba palpable del inconfundible «método Moa» ya suficientemente analizado y descrito:

hablar por no callar, así como demostración inequívoca de su paranoia aguda al atribuirnos a los demás nada menos que generalizaciones, vacíos, omisiones, perversiones del lenguaje, toda una ristra de patologías que le son propias, que no deja de exhibir con descaro y que pone siempre de manifiesto en sus abundosas y prolijas escrituras.

¿De qué Lissenkos nos está usted hablando, señor mío? ¿Se mira usted en el espejo por las mañanas antes de quitarle la funda al cañón por donde vomita toda su demagogia diaria tratando de proyectar sobre sus desprotegidos lectores y pasmados oyentes la imagen de sí mismo que con tanto mimo cultiva? Qué cosas. Al final va a resultar que no hay más reencarnación del tal Lissenko que la suya propia. Nuestro fiel denunciante de perversos estalinistas (como su amigo Marco), cual nuevo Gustave Flaubert cuando le preguntaban por la identidad de su célebre *Madame Bovary* (salvando obviamente las infinitas distancias), podría responder con absoluta precisión a propósito de las identidades de sus tan citados y numerosos lissenkos: «¡Lissenko soy yo!». ¿Es que podía caber alguna duda? Esquizofrenia en estado puro.

CAPÍTULO IX

LA INSOPORTABLE LEVEDAD DE MOA

La dura realidad es que Moa y sus secuaces políticos, que no historiográficos, dada su insoportable levedad, se encuentran patéticamente solos. Sus dicterios hablados y escritos pesan menos que el aire. Son puro humo de pajas. Por eso no se estudian ni se citan en ningún centro de estudios relevante de Historia de España aquí o en el extranjero pero es tal el ruido que hacen que ya empiezan a despertar cierta curiosidad en las Facultades de Ciencias de la Información que investigan sobre lo que algunos autores coordinados por Félix Ortega califican como «periodismo sin información» y dentro del cual se refieren a la «Historia amarilla» mediática que nos invade y de la que el señor Moa es su más destacado representante junto a su compañero de correrías César Vidal. No hay nada mínimamente sólido que los sustente por mucho que se empeñen en lo contrario él mismo y su corte de admiradores. Están patéticamente aislados del ámbito intelectual y académico que verdaderamente cuenta dada su trivial superficialidad. Y de sus escasos patrocinadores ya hemos dicho todo lo que cabía decir.

Tiene nuestro propagandista de guardia que recurrir al banquillo para poder ofrecer un equipo mínimamente presentable a los medios de cara a sus críticos que, en su inmensa mayoría, le ignoran por completo en una mucha más sabia administración de su tiempo de la que nosotros mismos hemos dado muestra. Fuera de España, en el ámbito más destacado del Hispanismo, Pío Moa no cuenta absolutamente nada y no se le presta la menor atención. A diferencia de lo que ocurre con José Álvarez Junco, Julio Aróstegui, Antonio Elorza, Santos Juliá, Ángel Viñas y tantos otros destacados historiadores españoles a los que se convoca regularmente en seminarios especializados, coloquios y congresos inter-

nacionales junto con su demonizado Paul Preston y otros muchos hispanistas de prestigio. ¿Por qué será?

El primero de la lista por orden alfabético, como podríamos invocar a cualquiera de los otros, José Álvarez Junco, catedrático de Historia de las Ideas y de los Movimientos Sociales en la Universidad Complutense de Madrid, que ocupó entre 1992 y 2000 la cátedra Príncipe de Asturias de la Universidad de Tufts (Boston) y dirigió el seminario de Estudios Ibéricos del Centro de Estudios Europeos de la Universidad de Harvard y actual director del Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, consejero de Estado y autor de obras tan importantes como *La ideología política del anarquismo español* (1976), *El emperador del paralelo* (1990) o *Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo XX* por la que obtuvo el Premio Nacional de ensayo en 2002, y que fue presidente de la Comisión técnica del Congreso Internacional celebrado en Madrid en noviembre de 2006 con motivo del 70 aniversario del comienzo de la Guerra Civil española, decía en una entrevista (29 de noviembre de 2006) que «los revisionistas no han aportado una investigación original», y a la pregunta de:

¿Qué opina de revisionistas tipo Pío Moa?, respondía:

> Pío Moa no es exactamente un historiador, es más bien un ensayista que utiliza una serie de argumentos que en realidad eran ya conocidos por Joaquín Arrarás y otros *apologetas* del franquismo. Desde el comienzo casi de la Guerra Civil han hablado de la conspiración que había para que triunfara una revolución comunista. Mantienen que el golpe de Estado del 18 de julio fue un golpe defensivo y cosas así. O que la guerra comenzó en octubre de 1934, que la empezó la izquierda y no la empezó quien la empezó el 18 julio de 1936. No han aportado una investigación original.

Exactamente lo mismo que nosotros hemos argumentado y documentado a lo largo y ancho de *Anti Moa*. Nadie mínimamente relevante desde el punto de vista intelectual, académico o profesional diría cosa muy distinta. Ésa es la realidad se pongan como se pongan Moa y compañía. Nada más concluir dicho congreso internacional, coordinado por

Santos Juliá (al que no para inútilmente de tratar de provocar con sus recurrentes descalificaciones), celebrado en Madrid el 27, 28 y 29 de noviembre de 2006, intentó desautorizarlo en su *blog*, allí donde toda demagogia e ignorancia tienen su asiento, refiriéndose a dicho congreso como «una farsa» (?).

A las sesiones de dicho congreso acudió una selección de lo más granado y variado de la historiografía española y del hispanismo, en el que eran todos los que estaban aunque no estuvieran todos los que eran; lo que obviamente es siempre imposible. Por allí pasaron Paloma Aguilar, Alicia Alted, José Álvarez Junco, Paul Aubert, Juan Avilés, Manuel Aznar Soler, Bartolomé Bennassar, Maryse Bertrand de Muñoz, Juan Manuel Bonet, Gabriel Cardona, Raymond Carr, María Cruz Seoane, Giuliana Di Febo, Antonio Elorza, Ronald Fraser, Juan Pablo Fusi, Fernando García de Cortázar, José Luis de la Granja, Gabriel Jackson, José-Carlos Mainer, Edward Malefakis, Pablo Martín Aceña, Conxa Mir, Ricardo Miralles, Carme Molinero, Enrique Moradiellos, Stanley G. Payne, Manuel Pérez Ledesma, Gabriele Ranzato, Jorge Semprún, Enric Ucelay da Cal, Ricard Vinyes, Ángel Viñas..., etc., por mencionar sólo a los conferenciantes, ponentes y algunos de los presidentes de las mesas de comunicaciones que participaron en dicho encuentro, y cuya presencia confirma plenamente la caracterización de dicho congreso como «una farsa» ciertamente...

Arremetía Moa contra él sobre la sólida base argumental de que estaba financiado «con fondos públicos», en contraposición al que la Universidad del Opus Dei San Pablo-CEU había organizado sobre el mismo tema unos días antes (se supone que con fondos privados) y que, sobre tan determinante hecho, habría de ser de muchísima más relevancia científica que el otro...

Por lo visto, la «enjundia intelectual» de Moa viene dada porque le pagan manos negras más o menos invisibles en vez de manos blancas bien visibles. Invitaron los amigos de Moa a expertos extranjeros como Payne o Malefakis (que, casualmente, también estuvieron en el congreso de la farsa) o a alguno de los ausentes del otro como Alpert, para disimular, y así se pudieron dar el gustazo patrocinados y patrocinadores de reunirse todos juntos y en unión: Ricardo de la Cierva, Juan Velar-

de, José Manuel Cuenca Toribio, Jesús Salas Larrazábal..., y los noveles Ángel David Martín Rubio, César Vidal... y, naturalmente, ¡él mismo!, circunstancia ésta que convertía dicho congreso en un verdadero hito historiográfico y cultural de trascendencia aún difícil de calibrar frente al otro congreso que, incomprensiblemente, no le había invitado a él. Qué injusticia más grosera.

Cabe pues concluir la insustancialidad del congreso de «los otros» y la mucha enjundia «del propio...», como tendremos ocasión de comprobar, los que sí leemos, cuando se publiquen las actas de ambos... y las intervenciones de unos y otros. Es evidente que Payne y Malefakis dijeron tonterías en el primero de ellos al estar pagados o invitados con cargo a «fondos públicos», y que gracia divina mediante, es decir, ser pagados sus hoteles y estipendios con fondos privados, en el segundo, dirían cosas brillantes y sustanciosas. No nos cabe la menor duda.

Como siempre es bueno disparar contra Azaña en tanto que genuina encarnación de la ominosa República y uno siempre se debe a «su público», nuestro hombre vuelve a la carga. De paso, ¡por fin encuentra «algo» donde hincar el diente!, resalta un error nuestro de una cita del libro de Bullón de Mendoza sobre Calvo Sotelo (que atribuíamos concluir con la dictadura de Primo de Rivera, pues citábamos de memoria ya que, en ese momento, no teníamos el libro en el despacho y nos encontrábamos escribiendo a uña de caballo). *Errare humanum est*, y rectificar también, pues nosotros no estamos como él dotados del don de la suprema sapiencia y de la infalibilidad pontificia. Un lapsus mental lo tiene cualquiera, lo que no es lo mismo que padecer, como en su caso, de una incontenida e incontinente disfunción verborreica y escribidora totalmente indocumentada lo que le hace ir enhebrando las pifias y tonterías por docenas. *Mea culpa* pues, por citar de memoria en ese caso teniéndola tan mala. Por lo que parece ha sido incapaz de pillarnos en otra, pero si se da el caso no tiene más que decirlo, que con mucho gusto rectificaremos a la primera ocasión. A continuación el rollo patatero de siempre para descalificar a Azaña y tratarnos a los que nos negamos a su demonización de marxistoides y lissenkos, discurso que ya aburre hasta a las ovejas.

No satisfecho, arremete de nuevo contra Azaña y las reformas republicanas y de nuevo nos enmienda la plana a todos sus contradictores a

base de hacer otro alarde de proyección paranoica al atribuirnos que escribimos nuestros libros con la ayuda de otros (se cree el ladrón que todos son de su condición). Nosotros, desde luego, leemos a nuestros colegas cosa que el no hace limitándose a sobrevolar nuestras páginas con ansiedad a la búsqueda desesperada de dónde poder hacer presa, como en la cita del libro de Bullón mencionada. Concluyente. Gracioso él (don del que le creíamos completamente privado), nos compara con fray Gerundio de Campazas, alias *Zotes* –qué gracioso–, personaje de ficción que, sin embargo, sí que se ha encarnado en su persona, pues hay que ser zote para no aprender nada de lo que supuestamente dice conocer.

La lectura de Arrarás, Aznar, Comín Colomer (o a lo mejor apenas de Ricardo de la Cierva que los compendia perfectamente a todos), evidentes propagandistas que no historiadores, parece haberle producido a nuestro hombre daños cerebrales irreversibles que nos atribuye a los demás que, en nuestro febril desvarío, caeríamos en «auténticas monstruosidades interpretativas» *[sic]*. «¡Gensanta!», que diría el genial Forges. Finaliza anunciándonos lo mejor... (¡temblad, temblad malditos!), pues el Gran Zote va a aclararnos «definitivamente» lo de Hitler y Franco. Y eso que está razonablemente aclarado desde hace treinta años en sus aspectos fundamentales, aunque ni él ni los suyos se hayan enterado y, naturalmente, no tengan la menor intención de enterarse.

En las páginas dedicadas a Hitler y Franco abunda en la cantinela bien conocida de la sabiduría galaica del caudillo para torear al más fiero de los teutones hasta ahora conocidos. Nos referimos al tan traído y llevado mito de la reunión de Hendaya, al que franquistas y neofranquistas se agarran con patético desconsuelo tratándose del último gran mito atribuido al gran pacificador, al caudillo de la Paz. Volveremos sobre él en el siguiente capítulo sirviéndonos naturalmente de nuestras perversas técnicas hermenéuticas lissenkianas frente a la abrumadora masa documental... que él debería siempre manejar para demostrar lo que pretende. Véase como mejor prueba la última perla *historietógrafica* que acaba de endilgarnos sobre la España de posguerra este singular publicista que acaba de relegar al desván de los trastos viejos toda la bibliografía académica del periodo sin haber pisado él un solo archivo español o extranjero relevante sobre el asunto ¿No es un milagro? Amigo, los genios por algo son genios…

Cada página es una reiterada muestra de la extrema levedad de sus comentarios y pretendidas respuestas. Son meros fuegos de artificio sin más recursos dialécticos que los propios de la demagogia. Trivial opinología sin la menor apoyatura documental. Neuronalmente agotado por tanto esfuerzo se decidió a cerrar definitivamente su feraz apartado «Replica al *Anti Moa*», es decir, su habitual y bien conocido: «Me celebro y me canto a mí mismo», pues ya no le quedaba fuelle, con una especie de decálogo a modo de resumen de «sus tesis» (siempre fiel a la táctica de Goebbels), todo lo cual nos lo ofrece ahora al completo y bien apretado en *La quiebra...*, sin revisarlo ni ampliarlo ni documentarlo, para que sus admiradores puedan disfrutarlo y atragantarse de una sola tacada.

Algunos de sus palanganeros más aguerridos a los que ya hemos hecho referencia y que pululan por la red calumniando, inventándose verdaderas extravagancias, escribiendo majaderías, creyéndose escritores a base de glosar y encadenar textos ajenos de autores a los que sólo saben despreciar por ser sencillamente lo que ellos son incapaces de llegar a ser, han encontrado una mina temática confiando en que en medio del ruido y del alboroto alguien se fijaría un poco en ellos. Estos escribientes de la nada, que no conseguirían colocar sus febriles escrituras ni como papel reciclable, opinan sin gracia ni fundamento sobre lo divino y lo humano, insultan a diestra y siniestra (sobre todo a siniestra, claro) y con eso quedan contentos dando caña a quienes sencillamente ignoran su mera existencia. Repiten y reiteran de oídas que el camarada Moa nos ha dado un repaso teórico o nos ha destrozado intelectualmente con su mucha sapiencia sin tener pajolera idea de nada sobre lo que tanto parlotean. Pobres. Confunden, como los locos, su calenturienta imaginación con la adusta realidad de la propia cárcel mental en la que se hallan enclaustrados.

Moa no sólo no responde y elude hacer frente a las tergiversaciones, manipulaciones y simplificaciones denunciadas sino que repite y reitera de nuevo «¡sus tesis!» (mitos). Qué horror, qué inmenso horror. No evidentemente las entendidas como conclusiones o «proposiciones que se mantienen con razonamientos» sino aquellas que son simple o banal «opinión de alguien sobre algo». Y copiándonos nuestro proceder con él enumerando nuestras propias conclusiones después de unos centenares de páginas documentadas de crítica y análisis textual de sus escritu-

ras a modo de resumen, nos endilga una docena de las suyas propias que considera sus «hallazgos» más relevantes (sus tan traídas y llevadas «tesis»). Cualquier ocasión es buena para mirarse una vez más el ombligo, para hacer alarde de la más descarada de las autocomplacencias, para aullar en plan Johnny Weissmuller (Tarzán) confiando en que las correspondientes monas Chita de la selva mediática en la que vive se digan embelesadas: «Este es *nuestro* hombre» y acudan presurosas a su vera a ver si les cae algún cacahuete. No nos cabe la menor duda de que es el auténtico rey de todas ellas y de que las tiene la mar de satisfechas.

Si a Moa le gusta repetirse (típica técnica de la propaganda de *agit-prop* comunista o de la nazi de Goebbels que tan bien aprendió en su día) a nosotros nos aburre considerablemente tener que estar siempre volviendo sobre lo mismo pero vista la contumacia demostrada habrá que insistir una vez más sobre el mito de Hendaya. Moa alcanza de nuevo las más altas cotas imaginables de cerrazón mental. Es difícil mostrarse más obtuso y resultar aún más ridículo e impotente. Repite su vieja palinodia como si se tratara de oro fino y trata de desacreditar (?) desde su enciclopédica ignorancia a autores cuya existencia y obra desconocía por completo hasta ahora mismo, como Antonio Marquina o Norman J. W. Goda que han investigado el tema a fondo, y de cuyas obras evidentemente se ha enterado por boca o pluma ajena pues nunca antes las había citado o había siquiera aludido a ellas en cualquiera de sus incontinentes escritos. Ahora ya puede manosearlos a voluntad para lo que le interese.

Moa jamás reconocerá ni su ignorancia ni su desvergüenza, ni hará la menor concesión en favor de «rojos torcidos» (!). Ni falta que hace. Ahora les incorpora a la ronda de descalificaciones sin haber visto sus libros ni por el forro como si fueran compañeros de viaje de toda la vida y los tuviera más que leídos y estudiados. Ahí le tienen a él de «rojo torcido» a «azul descolorido». Tanta reiteración nos lleva al convencimiento de que, efectivamente, lo que este señor tiene, como les ocurre a todos los impostores, es un grave problema de identidad que alcanza siempre a los que no consiguen madurar en tiempo y hora. De nuevo le remitimos al profesor de Princeton (otra universidad de provincias) Kwame A. Appiah. A ver si leyéndolo se alivia un poco, se pone en sazón, y se cae del guindo, que ya es mayorcito.

Moa no lee lo que debiera como resulta más que evidente constatar cuando se le lee a él. No tiene tiempo para ello pues se lo absorbe todo sus batallitas mediáticas y su entrega total al periodismo amarillo. No para de escribir en esa dirección por lo que su ciencia infusa le debe de descender directamente desde el Altísimo. Sólo le interesa de los autores serios manipularlos para tratar así de desprestigiarlos (?) lo que evidentemente jamás conseguirá en los medios intelectuales y culturales verdaderamente influyentes. Echar carnaza a las fieras siempre excita al respetable. Se inventa falsos comentarios de amigos inexistentes para dar a entender que él, que no ha pisado un archivo extranjero sobre el asunto en discusión en su ya no corta vida, y no tiene más información que la derivada de los topicazos franquistas, sabe más que nadie. Milagroso. Se sirve de silogismos tan falaces como éste mismo que recreo para ustedes: Dado que España *no* entró en la guerra *eso* quiere decir que Franco, que era dueño de ella, luchó como un jabato para impedirla, o Franco se llevó por delante [por detrás queremos decir, en las retaguardias] cerca de 150.000 «rojos», *pero* como si hubieran ganado *esos* hijos de Stalin se habrían llevado muchos más por delante..., Franco [en lugar de un abyecto matarife como está incontestablemente probado], habría sido [hipótesis indemostrable] nuestro gran salvador de un holocausto español de buenas gentes a manos de feroces y sanguinarios izquierdistas. Así pues Franco fue en realidad el bienhallado benefactor de los españoles todos, lo que obviamente es el razonamiento propio de un débil mental. Esta es su «metodología»; no va nunca más allá, no porque no quiera sino porque no puede.

Como los autores a los que denigra sí que citan sus fuentes ya puede él hacerlo también. Si bien *a posteriori* claro, y tratar de dar la apariencia de que sabe lo que no sabe. Pobre. Él, faltaría más, estaba al tanto de la obra de estos autores (que no ha leído ni leerá pues no le interesa nada que pueda cuestionar los tópicos por cuya cerrada defensa le pagan tan generosamente), así que no van a venirle con «cuentos» los críticos «marxistoides». Él desde su mesa camilla tiene su «lógica» irrebatible. Su audacia resulta más que temeraria y es la propia del mayor de los ignorantes; no por lo que ignoran, sino porque se niegan a desasnarse.

Qué soberbia infinita, que reciamente hispánico en su cómico *sostenella i no enmendalla* convertido en su más que evidente y firme divisa

nos despliega míster Moa. Todos los investigadores que no aceptan sus ridículos tópicos y se los desmontan con documentos en la mano serían «tuñonianos», «marxistoides», «lissenkos»... ¿Como Marquina o Goda que tienen de tales lo que nosotros de Archipámpano de las Indias océanas y mediterráneas? Qué «argumentario» (?) más banal, más pedestre, más bufo. Qué falsario más incontinente. Qué mentiroso más compulsivo. Qué manipulador más descarado. Que propagandista más tosco. Qué tipo humano más lamentable. ¿Qué nos pasamos? No, es el simple y puro *quod erat demonstrandum*. Le está empezando a pasar lo que a uno de sus patrocinadores más aviesos, el señor de la COPE... Si la cara es el espejo del alma y a partir de los cincuenta cada uno es responsable de su cara..., deduzcan ustedes mismos ahora que ya va para sesentón.

Hemos de confesar aquí que fuimos un estudiante lo suficientemente aplicado como para hacer caso de los sabios consejos de nuestros maestros y acudir siempre a las fuentes primarias antes de tener cualquier pretensión de emitir juicios mínimamente fundamentados sobre un autor y sus atribuidos pensamientos. Nuestra posición previa sobre Moa bien podía haber sido hija del prejuicio. El «éxito» comercial que parecía acompañarle no era demostrativo de excelencia alguna. Pero ya se sabe que en este país uno de los deportes más practicados es el de descabalgar del pedestal a cualquiera que ose ocupar alguno.

¿Y si la obra de Moa tuviera algún interés? Pero no. La atenta lectura de sus mitos nos sustrajo de inmediato del habitual DEFCON 5 (tiempo de paz) para situarnos no ya en el 4 (el habitual a lo largo de la Guerra Fría), o en el 3 (nivel de alerta de las Fuerzas Armadas con autorización para combates aéreos o marítimos), sino en el 2 (sólo activado cuando la crisis de Cuba), es decir, el previo al temible nivel 1 (jamás activado) que supondría el desencadenamiento de una guerra termonuclear. Afortunadamente, siendo el asunto grave, no era cosa de llegar tan lejos.

A partir de entonces el obligado y penoso trato con su literatura no ha hecho sino provocar la caída en picado de su hipotética estima profesional (y moral, no digamos) hasta descender a niveles abismales que sólo creíamos capaces de alcanzar a titanes tipo Ricardo de la Cierva, el «Gran Maestro» de todos ellos, o supernovas mediáticas como Federico

Jiménez Losantos, probablemente una de las personalidades públicas más despreciables del ruedo ibérico, como él mismo se encarga de demostrarnos todos los días cada vez que empuña la daga bien impregnada de curare, que él toma por grácil pluma, o el micrófono con que aporrea las meninges de su audiencia bajo infatuadas pretensiones de libertad e independencia confundiendo el culo con las témporas. Qué tipo, y «la Espe» tratando de tramitarle el indulto (moral) ante el rey a semejante individuo. Contrátelo, mujer, que la Monarquía parlamentaria no puede impedir que personas como usted se sirvan de su cargo para interferir todo lo que puedan la libertad de prensa y la independencia de los profesionales que no se ponen al servicio de sus intereses de partido. Ya ha conseguido apartar al «rojeras» de Gallardón de su camino. ¡Cuídese señor Rajoy de los Idus de marzo! ¿A quién no sería capaz de indultar, humillar o liquidar, esta gran dama liberal si alcanzara un día la Jefatura del Gobierno? El Cielo, es decir, el pueblo soberano no lo consienta.

Tras haber dedicado cierto tiempo al «fenómeno Moa» y a la tropa que le acompaña, hemos «descubierto» que no se trata sólo de Moa y su extraña familia, de un simple brote maligno, de una mutación cuantitativamente irrelevante, de una leve urticaria. No. Lo que hoy pasa por ser apenas un brote intrascendente puede mutar en cualquier momento y convertirse en una verdadera pandemia política de efectos siempre imprevisibles. Los tontos y los indecentes se reproducen como conejos demostrando una vez más la evidencia de que el sentido común siendo teóricamente el más abundante resulta paradójicamente el más escaso. Además, nunca está garantizado el triunfo del bien, o de la verdad, o de la justicia, o de la decencia, o de la honestidad sobre el mal, la mentira, la arbitrariedad más ominosa, la indecencia o las corruptelas más vergonzantes. Conviene por tanto aprender a vivir con semejante destino.

En otro de sus triviales «capítulos» arremete contra dos historiadores de acreditado prestigio, como Enrique Moradiellos y Ángel Viñas, que disponen de una obra de investigación sobre sus espaldas más que reconocida, pero lo hace sin entrar en materia, como siempre, sin el menor argumento de peso o consideración de interés. ¿Qué va a decir, qué va a cuestionar? De hecho, no dice absolutamente nada sobre ellos. El primero, aunque indirectamente, ha contestado a sus lugares comunes

sobre la intervención extranjera, sus mitos o sus tonterías sobre Negrín con investigaciones sólidas, solventes y reconocidas. El segundo mantiene inatacables sus investigaciones referidas al Oro de Moscú o nos ofrece estudios rigurosos que tornan ridículas las simplificaciones antisoviéticas de Moa que, sin embargo, Viñas, contrariamente a él, es capaz de revisar y situar un peldaño más arriba. Moa sencillamente no puede responderles historiográficamente o aclarar lo que anuncia que va a aclararnos... No está capacitado para polemizar con ellos. No tiene base, ni documentación para tal. Un caso más de su ya patética impotencia intelectual. Como podrán imaginar, y comprobar si quieren, no dice absolutamente nada que pueda cuestionarles mínimamente a ambos en dicho capítulo en el que se enrolla y se va por los cerros de Úbeda demostrando patéticamente, en su obsesión por descalificarles, la diferencia insalvable que hay entre la solidez de ellos y su propia e insoportable levedad. Háganos caso: psicoanalícese.

Todo lo cual no impide que alguno de sus patrocinadores más romos sufran tal tipo de alucinaciones que consideran que Moa es «el hombre que ha revolucionado la historiografía moderna sobre la República y la Guerra Civil al punto de que no resulta exagerado hablar de un antes y un después de la aparición de las primeras obras de Moa sobre la especialidad». Sí, sí; relean por favor. Por lo que se ve al docto Payne le ha salido otro loro. «Y es que Moa –prosigue tan singular comentarista en su delirio– ha sometido al peso inflexible de los hechos, destrozándola, la historia progresista. El fanatismo sectario de los Moradiellos, Sánchez *[sic]* Juliá, Preston, Viñas, etc., queda nítidamente al desnudo enfrentado con la dura e inflexible prueba de la realidad... y es que la inspiración y el control de Tuñón de Lara no fue más que pura actuación estalinista que marcó férreamente las directrices a seguir por la dictadura del pensamiento». Como seguimos viendo, en este caso a De la Cierva, le ha salido otro caballero sin sentido del ridículo. Frente a los criticados autores progresistas: «La fuerza de Moa radica evidentemente en la exposición objetiva de los hechos, abundando su investigación en fuentes de todo tipo, no unidireccionales y tendenciosas». ¿Y quién es él se preguntarán ustedes? ¿De qué preclara pluma han surgido tan atinados comentarios? ¿Del mismísimo George Steiner acaso?

No. Estos enjundiosos y esclarecedores párrafos se deben a una de las plumas más brillantes de *Razón Española* (pobre razón y pobre maltratada España), la de Ángel Maestro, siempre atento y sensible a cualquier novedad editorial sobre la historia y la política contemporánea española. Se corresponden a la reseña del mentado último libelo de Moa, quien: «Sistemáticamente deshace –sin pasión alguna, sino con su frialdad y objetividad característica– los errores de Viñas, y también los de Reig al socorrerle argumentalmente; o el sectarismo de Juliá; o la reconocida ignorancia manipuladora de Preston».

Diremos de paso que Viñas no necesita para nada de nuestro socorro y que Maestro (¿el Steiner español?) está pidiendo a gritos ayuda psicológica intensiva para superar su ensoñación franquista y obsesiva pasión de «caza rojos». Se ha quedado atascado el pobre en 1936 o 1939. Es evidente que Moa (y algún otro como este destacado «reseñista») necesita un buen tratamiento de choque, pues es más que probable que no le baste con las instructivas lecturas del doctor Castilla del Pino o del profesor Appiah para descubrirse a sí mismo.

CAPÍTULO X

EL FIERO TEUTÓN Y EL GALLEGO SABIO

El combate contra los mitógrafos como Moa, el aventajado discípulo, y antes contra De la Cierva, el «Gran Maestro», no concluye jamás. Ricardo de la Cierva, siempre ha creído hacer historia «definitiva», «total» o «esencial» en cada uno de sus abundosos libelos; siempre ha tratado de reforzar los mitos fundamentales de la dictadura en vez de depurarlos como le corresponde a un historiador digno de tal nombre. El alimentado a raíz de la reunión de Hendaya entre Hitler y Franco es probablemente el más resistente de todos a desaparecer «definitivamente» habiendo tenido que ir callando sucesivamente sobre los demás. Sobre él, como siempre, creyó poner en su día el «punto final» anunciando tan desmesurada pretensión con su proverbial petulancia, ahora trasladada al discípulo. Decíamos que su análisis se basaba según él «exclusivamente en pruebas irrefutables» que él, naturalmente, utilizaba *pro domo sua*. Sus seguidores como Moa no hacen sino abundar sobre lo mismo sin el menor nuevo apoyo documental novedoso que les permitiera cuando menos matizar, cuestionar o revisar algo de lo ya razonable e historiográficamente establecido.

Moa, por más que pretenda negar ser quien es y decir lo mismo que otros ya han dicho antes que él, sigue por la misma senda, particularmente en su libro dedicado a Franco, libro que es probablemente el más banal de los publicados en los últimos treinta años sobre el gran caudillo y donde se esfuerza lo indecible por seguir alimentando semejante mito. El aún más incontinente (falso) publicista César Vidal no renuncia tampoco a darnos «lecciones de historia» española desvelándonos las mentiras que encierra ésta o explicándonos, cual avezado experto, las operaciones militares de la Guerra Civil, lo que sinceramente resulta de lo más gracioso. Moa dedica ahora al asunto tres capítulos que reproducen los tres

artículos que nos dedicó en su momento, pues, como «Reig da la vara con el tema», él se ve en el patriótico trance de tener que tratarlo «con alguna amplitud». A estas alturas no hay nadie, salvo sus devotos creyentes, que verdaderamente se crea que es capaz de tratar nada con amplitud, salvo su indiscutible arte para transtextualizar páginas y páginas –como hizo con los mitos de la Guerra Civil o ahora con los años de hojalata– para engordar cada uno de sus inconmensurables ladrillos.

En la famosa entrevista entre Hitler y Franco celebrada en Hendaya el 23 de octubre de 1940 se habría producido una resistencia firme, titánica, heroica, por parte del gran caudillo Franco a entrar en la Segunda Guerra Mundial de la mano del Eje frente a la feroz insistencia (?) del Führer. ¿Por poder contar con nuestro desequilibrante apoyo militar que habría acelerado, al parecer, el completo dominio de Europa? Franco habría sido un dialéctico tan hábil que hasta un dolor de muelas (o sacarle tres o cuatro) habría sido, en el decir de Hitler, preferible a volver a toparse con él..., y es que a los españoles nos daba igual que se nos echara encima tan fiero teutón disponiendo de un gallego tan sabio para pararle los pies. El gallego sabio (bastante antes de que el de Hortaleza alcanzara el mando de la selección española de fútbol) libró a España de nuevos horrores y miserias y de otros cuantos centenares de miles de muertos más que, inevitablemente, habrían caído defendiendo el honor de la cruz gamada y de la santa cruz contra el diabólico comunismo soviético o las decadentes democracias occidentales. Este alucinante planteamiento (ahora ya expresado en otro tono) ha sido declarado artículo de fe o dogma por la Santa Madre Iglesia política franquista, así que todo aquel que ose cuestionarlo (diga lo que diga, y por muy fundamentado que esté) es de inmediato arrojado a las tinieblas exteriores.

Semejante dogma de fe político constituye la pretendidamente «incuestionable» aportación de Franco, «el gran patriota», a la paz: actuar «objetivamente» a favor de los intereses de las potencias democráticas eludiendo astutamente su intervención pidiendo «el oro y el moro» a sabiendas de que no se lo iban a conceder, y ahorrar de este modo numerosas vidas españolas como está claro que fue siempre su principal preocupación a lo largo de su dilatada trayectoria militar y política... («¡Que le peguen cuatro tiros!» ordenaba por una falta de disciplina como mejor

prueba de su sensibilidad por la vida humana). A Franco jamás le importaron lo más mínimo las vidas ajenas, incluida la de su primo y compañero de juegos infantiles De la Puente Baamonde (la hache intervocálica se la puso él) al que permitió que fusilaran por haberse mantenido fiel a sus juramentos a la bandera. Por eso tiene el gran salvador la medalla de oro de la Cruz Roja. Para la prensa española de la época (*Ya,* Madrid, 23 de octubre de 1940), aquél día, «en la estación de Hendaya, se consiguió evitar que las poderosas divisiones del III Reich traspasasen la frontera con Francia e invadieran nuestra Patria» (típica e irrefutable «prueba documental» del tipo de las que suele servirse Moa para engordar sus libelos con fuentes primarias contrastadas, variadas e inapelables).

Este planteamiento no es ya que sea un puro mito sino que es el más reacio a desaparecer del imaginario de los vencedores, de sus partidarios ideológicos e incluso de mucha gente de buena fe, pues sobre él volcó todo su entusiasmo propagandístico la dictadura franquista hasta el punto de que llegaron a asumirlo plenamente muchos españoles no precisamente dispuestos a reconocer mérito alguno al gran caudillo. Y en él insiste Moa con renovado entusiasmo a estas alturas del curso. Es tan falso que resulta insultante y ofensivo para cualquier persona que, al margen de ideologías y posicionamientos políticos apriorísticos, busque honradamente la verdad. Es, sencillamente, un mero problema de ignorancia ya que desde el punto de vista historiográfico semejante mitificación es absolutamente insostenible. La contradice abiertamente una bibliografía tan amplia como bien documentada que han ido construyendo autores como Carlos Collado Seidel, Norman J. W. Goda, Antonio Marquina, Víctor Morales Lezcano, Xavier Moreno Juliá, Paul Preston, Manuel Ros Agudo, Denis Smyth, Javier Tusell, etc. Todos ellos triviales académicos capaces de mentir y tergiversar la realidad sin el menor recato ni vergüenza, según Moa, que ha revisado toda la Historia de España y ha comprobado que está concienzudamente falseada.

Los testimonios de los protagonistas de entonces son sin duda fuente imprescindible de la historia pero hay que tratarlos con una gran prevención por razones evidentes. De los que allí estuvieron presentes, Ramón Serrano Súñer, recién nombrado ministro de Asuntos Exteriores de Franco, siempre ha escrito con ánimo exculpatorio, pues es éste un

asunto no ya grave sino ciertamente gravísimo. Si Aznar reacciona como reacciona ante su decisión de apoyar a Bush en la invasión de Iraq para liberar al mundo del gran Satán Sadam Hussein, ¿qué no habrían de hacer Serrano Súñer o Franco por haber apoyado al gran emperador de todos los satanes Adolf Hitler? Es evidente que dejar a muchos republicanos españoles abandonados a su suerte en los campos de exterminio de Hitler y tratar de meter a una España empobrecida en un nuevo conflicto lanzando al matadero aún a más españoles no constituye precisamente un honorable timbre de gloria. Téngase en cuenta además que Serrano Súñer se llevó importante documentación del Ministerio de Asuntos Exteriores del que fue titular en aquellos momentos decisivos cuando fue cesado. ¿Por qué lo hizo si era una blanca paloma no intervencionista? No obstante lo cual no ha podido impedir las «reconstrucciones historiográficas» hechas por los verdaderos profesionales del asunto sobre la base de la documentación archivística extranjera que, para su desgracia, él no pudo borrar de la historia. Por otro lado, el relato de Luis Álvarez Estrada, barón de las Torres, es tomado por los franquistas como artículo de fe dado que fue el intérprete oficial por parte española aunque no tiene su relato más pretensión que presentarnos a un Franco heroico, astuto, resistiendo firmemente («tesis oficial») la decidida voluntad de Hitler, que presumió de ser el dueño de Europa y de disponer del contundente argumento de tener más de doscientas divisiones a sus órdenes.

La realidad de los hechos documentables pone de manifiesto que es Franco quien toma la iniciativa de la entrevista, no Hitler. ¿Por qué y para qué si era un pacifista declarado? ¿Para oponerse a lo que no le han pedido o para involucrarse de hoz y coz en la guerra? En junio de 1940 Franco escribe a Hitler una carta adulándole y ofreciéndose para rendirle los servicios que le parecieran más valiosos, carta que nunca reproducen estos historietógrafos y que el jefe de su Estado Mayor, general Juan Vigón, le lleva personalmente a un exultante Führer que acaba de entrar en París y espera la inminente capitulación francesa. ¿Por qué lo hace? ¿Quién le obliga? Ni el ministro de Asuntos Exteriores alemán, Joachim von Ribbentrop, ni el mismo Hitler se entusiasmaron con la idea de que Franco entrara en la contienda. El Führer acepta la ocupa-

ción española de Tánger y las intenciones en principio de hacer lo mismo con Gibraltar *pero* bajo su control naturalmente y es obvio que no está dispuesto a comprometer los intereses franceses en Marruecos.

Pero Franco no se da por vencido... ¿ante las presiones o de las negativas recibidas? y vuelve a la carga movilizando a su ministro de Asuntos Exteriores que da instrucciones a los embajadores en Roma y Berlín para que transmitan al Duce y al Führer su predisposición a intervenir en la contienda. ¿De qué se está resistiendo el Gran Patriota? Sus aspiraciones respecto a Marruecos, el Oranesado, el Sahara y Guinea no son, como siempre sostuvo su propaganda retrospectivamente, una maquiavélica o hábil exigencia de máximos a la petición previa de Hitler para contar con la participación española, sino la ensoñación de un dictador de poca monta con delirios de grandeza que pensaba poder obtener por la gracia y generosidad del dueño de Europa pues, Franco, por entonces, tenía el absoluto convencimiento de que la guerra la iba a ganar el Eje, y él se apuntaba entusiasmado al bando de las potencias fascistas cuya ayuda había sido decisiva para su victoria en la Guerra Civil. Había pues que darse prisa, dada la guerra relámpago desplegada por Hitler, para llegar a tiempo del suculento reparto final. «Por el Imperio hacia Dios». Había que subirse al carro para participar en el gran desfile final con la corona de laurel sobre su preclara testuz. En otras épocas posteriores y contextos ciertamente diferentes ha tenido imitadores relevantes que soñaban con salir en la foto triunfal.

Con vistas a ganarse los favores de dichas potencias no cesó de darles facilidades como permitir que los submarinos y aviones italianos y alemanes repostaran o fueran reparados en territorio español. El almirante Canaris, jefe del departamento militar del espionaje alemán (la *Abwehr*) ya había estado en España a finales de junio y había manifestado a sus autoridades que Hitler no estaba interesado en la intervención española en la guerra. Información que naturalmente omiten los Moas de turno. Por otra parte, ante el requerimiento de Hitler, el embajador alemán ante Franco, Eberhard von Stohrer, había informado en agosto a su ministro de Asuntos Exteriores sobre las ventajas e inconvenientes de la participación española, y sus conclusiones fueron abiertamente negativas ante semejante eventualidad. ¿A qué se seguía resis-

tiendo, pues, tan insigne caudillo? A primeros de septiembre el embajador alemán le imponía a Franco en el palacio de El Pardo la Gran Cruz de Oro de la Orden del Mérito del Águila, aprovechando la ocasión para agradecerle a Franco su oferta de sumarse a los planes que el Führer estaba diseñando para el futuro del mundo. Por consiguiente, Hitler le agradece a Franco su disposición a contribuir al establecimiento del *Nuevo Orden* europeo bajo su indiscutible mando, pero no se resiste absolutamente a nada.

El hecho a nuestro juicio verdaderamente relevante y en el que no se insiste lo suficiente pues la *historietografía* neofranquista naturalmente lo oculta por sistema es que es Franco quien solicita reunirse con Hitler en Hendaya para tratar precisamente de convencerle de los beneficios que reportaría al III Reich una intervención española. La realidad es que el gran caudillo Franco tenía poco que ofrecerle al Führer dada la desastrosa situación económica y militar en que había quedado España tras la Guerra Civil. Así que el que esperaba «sacar tajada» de ese encuentro era fundamentalmente Franco, no Hitler. Ramón Serrano Súñer, cuñado de Franco y flamante nuevo ministro de Asuntos Exteriores viaja a Berlín con la intención evidente de adherirse al Eje que finalmente firmaron el 27 de septiembre Alemania, Italia y Japón. Se entrevista con Hitler el 17 y éste le intimidó y toreó a voluntad en dicha entrevista en contradicción con las versiones pro-franquistas. Insistió Serrano con Ribbentrop quien defendió los intereses alemanes sin hacerle la menor concesión hasta el punto de humillarle diciéndole que la ocupación de Gibraltar correría enteramente a cargo de los alemanes en contra de las pretensiones de Franco. El 27 de septiembre se despide Serrano de Hitler llevándose de Alemania el más rotundo de los fracasos. La decepción, pues, fue inmensa. Tanto para Serrano como para el propio Franco, decididos beligerantes, la entrevista con Hitler en Hendaya era fundamental para tratar de arrancarle alguna concesión lo que dadas las circunstancias y la firme convicción de Hitler sobre la irrelevancia de la ayuda española se presentaba como un objetivo de muy difícil por no decir imposible alcance.

Tan convencido estaba Franco (el gallego sabio) de la victoria alemana que trataba con manifiesta displicencia a los embajadores de las

potencias aliadas, como el embajador británico Samuel Hoare, al que instaba a poner fin a la guerra ya que la tenía perdida, llegando a ofrecerse entre Londres y Berlín como mediador para concluirla. El clarividente y astuto caudillo, habilísimo para las pequeñeces, no veía más allá de sus narices en los asuntos verdaderamente trascendentales para su amada patria. Se permitía incluso mostrarse arrogante con el mismísimo embajador norteamericano Alexander W. Weddell rechazando la ayuda que le ofrecía a cambio de su neutralidad, luego es evidente que si la rechazaba no contemplaba mantenerse neutral sino que pujaba desesperadamente por la beligerancia.

El embajador de la dictadura salazarista portuguesa, Teotonio Pereira, consideraba que Franco era el más decidido belicista de su entorno político y militar. Pero será precisamente el desarrollo de los acontecimientos los que le harán a Franco percibir que la victoria del Eje no era una simple cuestión de días pues, el Reino Unido, resistía heroicamente pese a los feroces bombardeos de la *Luftwaffe* (Arma Aérea) alemana sobre su territorio y esa resistencia enturbiaba la consecución de sus ambiciones imperiales.

Franco, en contra de la desmesurada mitología franquista, que llegó incluso a alimentar la idea de un voluntario retraso para poner nervioso a Hitler..., entró en la estación de Hendaya apenas con ocho minutos de diferencia sobre el horario previsto y las imágenes de la época muestran sin equívocos (a pesar de que fueron manipuladas) un Franco absolutamente tenso pero servilmente sonriente y estirándose todo lo que podía frente a un Hitler siempre seguro de sí mismo. Eran poco más de las 15:30 h., el día era espléndido y el ambiente el propio entre amigos y aliados; no entre beligerantes y neutrales. La reunión, con diversas interrupciones, se prolongó hasta la medianoche. Hay que empezar por decir que, «curiosamente», las transcripciones literales de dicho encuentro han desaparecido... No existen documentos oficiales de la misma o simplemente se esfumaron de los archivos. ¿Por qué si no reflejarían sino el ferviente patriotismo de Franco resistiéndose cual jabato a la firme presión del Führer? Así que hay que reconstruir lo que allí pasó sobre la base de los testimonios de lo testigos ya mencionados y de lo que contaron los allí presentes a terceros y los historiadores profesionales han analizado

con escrupuloso rigor sobre la base de la documentación de archivos extranjeros que los Cierva, Moa y compañía jamás han pisado ni pisarán.

Pero a pesar de todos los esfuerzos franquistas y neofranquistas por enturbiar los hechos lo que no han podido impedir es el acceso de los investigadores a los archivos extranjeros. Esos no los podía expurgar Serrano Súñer. Disponemos de suficiente información contrastada como para poder hacernos una idea bastante precisa de lo que ocurrió en el tren de Hitler donde se celebró la reunión. Empezó éste con una larga exposición sobre el desarrollo de la guerra y poniendo sobre el tapete las tres cuestiones claves del encuentro: Canarias, Gibraltar y Marruecos. Los alemanes (Hitler) deseaban una plataforma en las Islas Canarias pensando en su enloquecido salto hacia Norteamérica y en el control de Gibraltar como llave del Mediterráneo. Respecto a Marruecos no estaban dispuestos a ceder en ningún caso por las consecuencias negativas que habría producido tanto en la Francia colaboracionista de Pétain como en la resistente de De Gaulle. Ni siquiera veladas promesas, para salir del paso, pues recelaban los alemanes de la locuacidad latina y de que los franceses acabaran por enterarse más pronto o más tarde de cualquier tipo de acuerdo aunque sólo fuera verbal y se indispusieran con ellos.

A continuación Franco se extendió en una prolija intervención sobre la que hay que decir que, o bien no se había preparado convenientemente dicho encuentro o bien ignoraba el carácter y personalidad de Hitler del que se supone que debiera haber estado suficientemente informado por el mismo Serrano y sus asesores sobre la mejor manera de tratar de convencerlo, o bien se equivocó por completo de táctica pues resultó aburrido, reiterativo, prolijo y se extendió en demasía provocando reiterados bostezos cuando no contenida irritación en el alemán que hubo de asistir estupefacto a las lecciones estratégicas que Franco trataba de endilgarle al entonces dueño de Europa, a pesar de que el «generalísimo» había sacado de quicio a sus aliados y asesores militares propios y ajenos (españoles, alemanes e italianos) durante la Guerra Civil con sus planteamientos militares decimonónicos propios de la guerra colonial que practicó en Marruecos, pero completamente ignorante de las nuevas tácticas y estrategias de la guerra moderna que practicaba el propio Estado Mayor alemán.

Durante más de tres horas ambas delegaciones estuvieron reiterando sus conocidas posiciones ya fijadas con anterioridad a la reunión de Hendaya. Ribbentrop, el ministro de Asuntos Exteriores de Hitler, puso sobre la mesa el famoso protocolo que fijaba el momento de la intervención española en la guerra a simple requerimiento alemán. Ellos tocarían la corneta y Franco y compañía se pondrían en posición de saluda cuando correspondiera. Templaron gaitas como pudieron nuestros grandes patriotas para no irritar a los alemanes y ante el agotamiento general se propuso un descanso que aprovecharon ambos ministros para hablar y tratar de limar posiciones pues éstas estaban muy encontradas y habían producido una cuasi incontenible irritación en ambas partes. Franco consideró la reunión concluida y pensando que era el momento de despedirse lanzó un disparatado ofrecimiento a Hitler poniéndose incondicionalmente a su lado llegado el caso y sin exigencia alguna por su parte... Palabras que afortunadamente no le fueron traducidas a Hitler por distracción o falta de percepción del intérprete alemán y que naturalmente no figuran en las hagiografías franquistas al uso pues suponen en sí mismas la mejor negativa de la «titánica resistencia» que Franco y su cuñado allí habrían ofrecido al caudillo alemán: darlo todo a cambio de nada.

Hitler les invitó a cenar y la reunión se prolongó a continuación hasta la medianoche por lo que la delegación española no llegó al palacio de Ayete en San Sebastián hasta cerca de las dos de la madrugada. Nada más llegar se pusieron a trabajar Franco y Serrano Súñer a toda velocidad en una nueva redacción del protocolo en las que el director general de Prensa, Enrique Giménez-Arnau, ejerció de amanuense. Según sus notas España se adhería al Pacto Tripartito, pero se mantenía en secreto dicha adhesión hasta que se considerara oportuno hacerla pública dilatando la entrada en guerra de España a cuando las condiciones internas así lo permitieran. Los alemanes estaban muy irritados y el embajador español en Berlín, Eugenio Espinosa de los Monteros, sacó literalmente de la cama a Serrano aún de madrugada para que entregaran el protocolo cuanto antes. En consecuencia, Franco y Serrano se resignaron finalmente y no se opusieron a semejante *diktat*. El juego del ratón y el gato había concluido. Franco, el gallego sabio, se había mostrado como un mal negociante que simplemente pujó más de la cuenta y Hitler,

el fiero teutón, soslayó el asunto para más adelante. Rápidamente cambiaría «el escenario» hacia el Este y el globo de las pretensiones imperiales de Franco se fue deshinchando paulatinamente.

Según las fuentes alemanas, la reunión fue muy favorable para sus intereses y consideraron a España como una nueva conquista. ¿Por qué si Franco no habría cedido? Semejante satisfacción alemana era perfectamente lógica habida cuenta de las condiciones caudinas que fijaba el famoso protocolo secreto. Naturalmente la prensa española decía lo que le dictaban por teléfono o simplemente le mandaban por escrito. Estas deben de ser, como decimos, las irrefutables «fuentes documentales» que ayer manejaban los De la Cierva y hoy dicen manejar los Moas.

La realidad es que España, según la terminante conclusión de los historiadores que han investigado de verdad sobre el asunto, quedaba formalmente comprometida a entrar en guerra al lado del Eje cuando los alemanes lo decidieran por su cuenta y riesgo. ¿Acaso no habría de hacer exactamente lo mismo –carta blanca– el gran caudillo con los norteamericanos tras la firma de los pactos de 1953, que naturalmente quedaron secretos ante la opinión pública? ¿Cómo iba a hacerlos públicos el gran patriota si en ellos quedaba explícita la absoluta enajenación de la soberanía nacional a una potencia extranjera por muy amiga que fuera? Los norteamericanos, al igual que entonces los nazis, intervendrían cuando a ellos les pareciera conveniente, y a Franco, si era buen chico, tendrían la deferencia de comunicarle *su* decisión para que pareciera que la tomaban «conjuntamente».

Hitler acabó desentendiéndose del asunto rápidamente acuciado por otros problemas más perentorios. Pura y simplemente Franco, como los malos jugadores de envite, se pasó en su apuesta para entrar en la guerra, pero no por astucia sino por simple ignorancia del juego. Quiso entrar en la guerra con el firme apoyo alemán, que no es lo mismo que, según sus propagandistas, esforzarse por no hacerlo pensando patrióticamente en los gravosos resultados que podría propiciar un compromiso bélico en un país sacudido por las terribles consecuencias de la Guerra Civil. Franco fue torpe y no supo negociar (afortunadamente cabe decir). Y su comportamiento no fue ni el de un patriota, tratando de evitar nuevas muertes españolas, ni el de un

hábil diplomático o genial estadista, sino el de un tratante de segunda categoría.

El caudillo Franco, el César superlativo, cegado por sus incontenibles sueños imperiales (léase *Raza*), se imaginó en el desfile triunfal del *Nuevo Orden* fascista europeo. Y en lógica consecuencia ambicionó un buen trozo de la tarta a la hora del reparto. Su aportación a esa hipotética victoria hubiera sido ciertamente irrelevante dada la situación del país tras la Guerra Civil así que Hitler no le prestó especial atención nunca y menos habría de prestársela en Hendaya ya que previamente a esa reunión *ya* se habían puesto de acuerdo él y Mussolini en lo fundamental decidiendo la no intervención de Franco y, decididamente, Hitler se olvidó de él cuando el desarrollo de los acontecimientos le empezaron a ser manifiestamente adversos y derivó su atención hacia otros frentes más importantes para él, como el ruso (operación Barbarroja).

En ningún momento Hitler contempló la posibilidad de cuestionar los intereses franceses e italianos en el Mediterráneo y en el norte de África para satisfacer al dictador español su renovada voluntad de Imperio y, sin embargo, Franco, atacado de la ansiedad propia del oportunista, firmó el famoso protocolo secreto comprometiéndose a entrar en la guerra «de inmediato». No sólo Franco no vio desde el principio que Hitler tenía la guerra perdida, como aún dice alguno de estos irrelevantes «revisionistas» neofranquistas que nos azotan como Pío Moa, sino que estuvo convencido de que era Inglaterra quien la tenía definitivamente perdida y por ello presionó a su embajada en Madrid para que cesara en su absurda resistencia. Aún trató de subirse de nuevo al carro de la victoria alemana en 1942 cuando el incontenible Afrika Korps del general Rommel acorralaba a los británicos en el norte de África expulsándolos hacia Egipto. Pero el signo de la Segunda Guerra Mundial ya empezaba a tener otro sentido y con él se desvanecieron los sueños imperiales de Franco que no ha pasado precisamente a la historia a pesar de los esfuerzos de sus propagandistas con el sobrenombre de «El caudillo de la Paz». Como Moa no pasará a ella como «irrefutable historiador» sino, a pie de página, como «irrefrenable manipulador».

Hendaya no es un mito, es un *bluff* historiográficamente insostenible, como historiadores profesionales serios, españoles y extranjeros

como Donald Detwiler, Charles B. Burdick, Ángel Viñas, Mathias Ruiz Holst o Klaus-Jörg Ruhl han ido poniendo de manifiesto desde hace muchos años, o los arriba citados (Collado Seidel, Goda, Marquina, Morales Lezcano, Moreno Juliá, Preston, Ros Agudo, Smyth o Tusell) que, como tantos otros, han ido igualmente roturando el camino y ampliando nuestros conocimientos sobre tan mitificado encuentro. Por eso los Cierva de antes y los Moa de ahora arremeten contra ellos adjudicándoles a todos una supuesta ideología que viciaría *ab initio* cualquier cosa que pudieran decir cuestionando su mitografía. Todos ellos han trabajado con fuentes primarias en archivos nacionales y extranjeros, en universidades e institutos de Altos Estudios y en bibliotecas especializadas, y nunca han dejado de mostrarnos, de primera mano, en sus sucesivas investigaciones toda una serie de matices y perspectivas que han ido enriqueciendo nuestro juicio sobre el mito de Hendaya. Todo este conjunto de aportaciones, que aquí tratamos de sintetizar, siempre vedadas a cualquier mitógrafo, son ignoradas o displicentemente despachadas como «marxistoides» *[sic]* por todo ese amplio elenco de falsarios citados y toda su abundante tropa. Pretender descalificar a los investigadores profesionales con semejantes bobadas sin poder ofrecer nuevos datos y nuevos argumentos como consecuencia de nuevos estudios e investigaciones es propio de propagandistas y manipuladores profesionales, no de historiadores serios. Éstos, no les dan la réplica a ellos descalificándolos por su particular ideología o posicionamientos ideológicos; simplemente les ignoran por banales y falsarios.

Y bien, ¿cómo concluye Moa sus tres brillantes capítulos dedicados a esta mitificada cuestión por los franquistas, los neofranquistas y sus obtusos mitógrafos? Pues reconociéndole a Franco…

> una habilidad sobresaliente, que nuestros *lisenkos [sic],* los Ángel Viñas, Moradiellos, Reig y demás no consiguen apreciar, obsesionados en demostrar la ineptitud y simpleza de quien, insistamos, venció a todos sus enemigos, una y otra vez, a lo largo de cuarenta años. ¿Será excesiva la sospecha de que la simpleza, inducida por prejuicios y fobias, se encuentra más bien en tales analistas?

Si esto son comentarios, codas o conclusiones propias de un historiador profesional riguroso y no es pura y sencillamente escupir al cielo, que venga Dios y lo vea.

Así que este «historiador y periodista» tan prestigioso (?), que ha revolucionado la historiografía española contemporánea, que ha hecho reinterpretaciones valiosísimas que resulta imposible eludir, nos ha aclarado «definitivamente» el supuesto enigma (?) Franco-Hitler. ¿Acaso era un enigma? En absoluto. ¿Acaso hemos aprendido algo nuevo sobre este asunto gracias a este sabio y profundo *historietógrafo*? En absoluto. ¿Acaso Moa, limpio de prejuicios y de fobias y tras larguísimos años de investigación y estudio por toda clase de archivos y bibliotecas de España y del extranjero... ha ofrecido una nueva masa documental de cuyo análisis pudieran desprenderse unas conclusiones que pusieran patas arriba la labor de todos los historiadores citados? En absoluto. Tales historiadores se los han pateado todos a lo largo de los últimos cincuenta años y acuden prestos cada vez que se abren a la investigación nuevos documentos antes clasificados o nuevos archivos para estudiarlos a fondo. ¿Acaso hace tal cosa Moa alguna vez? En absoluto.

Ya lo hemos dicho: érase una vez que se era la más negra oscuridad y de pronto surgió él (Payne *dixit*) y lo revolucionó todo, iluminándonos un poco más cada día que pasa a todos los rojos torcidos, tuertos, estrábicos o manifiestamente ciegos, perpetuamente sumidos en el negro pozo de nuestra ignorancia. Tales «lissenkos» tienen además la singular osadía de cuestionar la cegadora Luz de La Verdad que se desprende de tan esclarecidas mentes (focos de transparente luz) franquistas, neofranquistas o simplemente propagandistas, como la que proyectan sin descanso los grandes maestros como Ricardo de la Cierva, o los dilectos discípulos como Pío Moa, o los intelectuales totales tipo César Vidal, decididamente obsesionados por entrar todos ellos en el *Guinness World Records* de las mejores naderías, trivialidades, banalidades, copias y refritos *historietográficos* en letra impresa que jamás mente humana haya podido concebir. Señor, Señor.

CAPÍTULO XI

LOS AÑOS DE HOJALATA

Ahora Moa, antes de que hayamos podido recuperar el resuello de tanta fatiga, ataca de nuevo con sus *Años de hierro. España en la posguerra, 1939-1945* (2007), que contados por él se convierten en otra trivialidad más absolutamente innecesaria. Su «análisis histórico» se reduce a un encadenamiento de simples reportajes periodísticos, de comentarios varios extraídos de terceros, de las consabidas banalidades de las que no se apea, de los previsibles tópicos enlazados en una cinta sin fin, y cuyo resultado se muestra tan alejado de cualquier atisbo de «método histórico» como próximo a la crónica negra del periodismo amarillo que tan competentemente ejerce.

Siempre el mismo y reiterativo «rollo» repetido sin medida ni descanso. Siempre la misma falta absoluta de rigor académico y ausencia de técnicas historiográficas mínimas hasta el punto de citar a autores relevantes a través de terceros. Siempre el mismo espigamiento de citas secundarias cuando no de tercer orden favorables a sus «tesis» (mitos) y olvido y desprecio de todas las primarias y sustanciales que las contradicen. Siempre la misma ocultación y disimulo (simple ignorancia) de las lagunas historiográficas realmente existentes y los problemas de verdadero interés que habría que acometer historiográficamente para abundar apenas en las más triviales. Siempre la misma ridícula petulancia y manifiesta falsedad para descalificar como «panfletarios» o «energúmenos» a los auténticos profesionales de una disciplina a la que tanto apela y de la que él se muestra tan manifiestamente incapaz de acceder. Siempre tan desmesurado, tan inútil, tan torpe, tan ofensivo con los que no comulgan con sus ruedas de molino mostrando así su manifiesta incapacidad en entablar un debate científico mínimamente solvente. Su contumacia y capacidad manipuladora empieza a ser digna de juzgado

de guardia historiográfico. Añadimos lo de «historiográfico» pues si no se nos hace la víctima y se pone a gimotear por las esquinas diciendo que queremos procesarle y encarcelarle por las continuas tonterías que dice o escribe sin recato ni medida. Más blá-blá-blá-blá con las consabidas pretensiones «científicas».

Por lo que nos muestra este «historiador y periodista» vemos que lo de aquella España de la primera posguerra, salvando las inevitables distancias propias de la época, era pura jauja. Una especie de *El Dorado*. No es ignorancia, no, lo de este caballero, que también, es puro y simple cinismo. Tal cúmulo de insensateces no merecería ya la menor atención pero, por el respeto debido a los lectores inquisitivos y no esclavos de ciertos prejuicios, le dedicaremos –ya puestos– un mínimo comentario para que simplemente les sirva de contraste otra opinión distinta a las de Moa, si es que se han acercado a cualquiera de sus «tesis» (mitos), y puedan así formarse la suya propia con mejor criterio.

Lo primero que hay que decir de la última publicación con la que Moa arremete ahora es que se trata de un nuevo «camuflaje», de un nuevo «engaño» al ponerle el título que le pone tan en contradicción con su contenido. *Años de hojalata* hubiese sido, como hemos dicho, el título más adecuado a *sus «*tesis» (mitos). Decimos «camuflaje» y «engaño» por lo siguiente.

En 1961 un gran estudioso de la Guerra Civil española, Burnett Bolloten, publicó un libro *(The Grand Camouflage)* en el que abordaba las tensiones y enfrentamiento internos entre las distintas fuerzas políticas que componían el Frente Popular. El libro tuvo ciertas dificultades en ser editado pues aunque concluido en 1952 fue rechazado por numerosas editoriales norteamericanas incluidas muchas universitarias. El título de «gran camuflaje» podía inducir a error. ¿Cuál era *ese* gran camuflaje? ¿La supuesta revolución que tenía lugar en zona republicana y se trataba de ocultar? ¿La anarquista y poumista? ¿Acaso la contrarrevolución comunista, socialista y republicana (gubernamental) que la reprimió? El libro de Bolloten –atención a la fecha– echaba por tierra las «tesis» franquistas de que se habían sublevado en julio de 1936 para abortar la conspiración que estaban preparando comunistas, anarquistas y socialistas para implantar nada menos que una dictadura soviética… *¡Ma che bella combinazione!*

¡Libertarios ayudando a sus «grandes amigos» socialistas y comunistas (como lo han sido siempre a lo largo de la historia) a implantar *su* propia dictadura! ¿Cuál? ¿La de Prieto y Besteiro, o la de Largo, Negrín o «Pasionaria»? Verdaderamente genial. Bolloten echaba ya entonces por tierra la justificación fundamental del «Alzamiento Nacional» sobre la base de una conspiración previa comunista, socialista o marxista, «tesis» que aún tratan de mantener viva semejantes propagandistas. Tesis de nuevo incontestablemente demolida por Herbert R. Southworth en 1963, 1986 y 2000, así como por un sinnúmero de estudios españoles y extranjeros sobre el período. Pero Moa no se entera. No le interesa.

El entonces Director del Instituto de Estudios Políticos, el inefable Manuel Fraga Iribarne, ante la absoluta ausencia de libros sólidos que defendieran la ortodoxia historiográfica del «Régimen del 18 de Julio» al que servía con tanto entusiasmo, encontró en el libro de Bolloten un punto de apoyo con dignidad intelectual para llevar el agua al molino anticomunista de la propaganda de la dictadura por lo que decidió que fuera inmediatamente dado a conocer al público español. El hiperactivo Fraga no paraba de hacer currículo y acaparar méritos que pronto le reconocería el señor del Pardo otorgándole la tonsura ministerial de Información (Propaganda) y Turismo (1962-1969). Entonces aún no se había topado con el talento natural para esas lides de Ricardo de la Cierva al que habría de elevar rápidamente a los altares para tan importantes responsabilidades políticas (propagandísticas) dada la avalancha historiográfica de los Brenan, Thomas, Southworth, Tuñón de Lara, Jackson, etc., que había que detener a cualquier precio.

Naturalmente semejante literatura científica estaba prohibida en España pero era una verdadera bomba de relojería intelectual que se infiltraba en el país por todas partes y erosionaba implacablemente los pilares ideológicos del franquismo que los Fraga Iribarne, Robles Piquer y De la Cierva y Hoces trataban de apuntalar por todos los medios. En tres meses estuvo preparada la traducción *(El gran engaño)*, traducción aún más equívoca cuando no completamente falseada, que editó en Barcelona el falangista Luis de Caralt con una introducción del mismo Fraga para ahorrarles a los lectores apresurados una visión crítica del texto y diciéndoles, naturalmente, lo que en modo alguno Bolloten de-

cía. Es decir, el título no se correspondía con el contenido. Ése era el verdadero gran engaño. Como Moa.

La primera manipulación iba pues inserta en la misma portada: traducir *camouflage* por «engaño». Como el ministro se encargaba de dejar bien a las claras «el gran engaño» no era otro que el de la falsa moderación de los comunistas españoles engañando a sus propios correligionarios y a todo el conjunto de sus compatriotas. La República, el Gobierno republicano no era ya un verdadero Frente Popular sino una tapadera falsamente liberal y democrática que escondía el verdadero control de los comunistas que actuaban al dictado de Stalin por más que éste declarara su apoyo al régimen republicano burgués. [¿Se da cuenta, curioso lector, de la «originalidad» de las «investigaciones» del señor Moa?] El único que no se dejó engañar fue el listo de Franco y por *eso* se sublevó (?) para impedir la dictadura comunista y salvar la civilización cristiana occidental.

Bolloten protestó inútilmente por las manipulaciones y amputaciones de una traducción tan precipitada e interesada, pero no pudo impedir la publicación y tergiversación propagandista de su libro. Él, sin embargo (aprenda señor Moa), fue periodista primero, recogió ingente documentación siempre, estudió e investigó sin descanso, y después fue historiador. Con el tiempo, y sucesivas ampliaciones (en 1979 salió una nueva edición revisada y ampliada con el título de *The Spanish Revolution*) dicha obra, que siguió creciendo, se fue convirtiendo en un clásico de la bibliografía especializada sobre la Guerra Civil española (como Moa más o menos…). Hoy es una fuente informativa de primera magnitud en la que han bebido todos los investigadores serios de la Guerra Civil española y que los anticomunistas más fervientes utilizan *pro domo sua* para cargarse de datos, argumentos y razones en favor de sus «tesis» (mitos) preconcebidos. Algo que jamás ocurrirá con ninguno de los libros de Moa hasta ahora publicados. Esa es la diferencia sustancial que hay entre quien dice ser «historiador y periodista», y no es ninguna de las dos cosas, y quien, al margen de que se coincida más o menos con sus tesis (éstas sin comillas), ha ejercido con rigor profesional ambos oficios.

Moa, como no lee, incurre en las mismas pifias propagandistas de siempre. Nuestro destacado *historietógrafo* nunca se ha servido ni se ser-

virá de Bolloten o ahora mismo de Rybalkin si quiere hablar con fundamento de la ayuda militar soviética a la República, pues, como decimos, él no necesita de «fuentes» de ningún tipo, de estudiosos de verdad cuyas conclusiones puedan resultar equívocas o contradictorias para sus «tesis» (mitos) que, por su novedad y consistencia, tanto colman el ansia de conocimiento de sus enfervorizados *hooligofans*. El posicionamiento claro y sin equívocos de Bolloten en contra de la amenaza comunista en 1936 y de que sus opositores emprendieran una «cruzada» no casa en modo alguno con las «tesis» (mitos) de Moa y demás tropa. Y la reciente investigación de un especialista ruso como el citado Rybalkin, precisamente sobre Stalin y España, suponemos que no le interesará lo más mínimo (salvo para denigrarlo o descalificarlo o servirse sesgadamente de su información y documentación) habida cuenta de que el prologuista de la edición española, como es funcionario y pagado con fondos públicos..., no puede sino avalar mera propaganda estalinista... (sí, sí, no se asombren ni se rían, es así como «razona» el gran Moa).

Una de las «tesis» (mitos) más manidas, insistentes y recurrentes, que presenta como evidencia incuestionable, no es otra que la voluntad de Stalin de establecer una república popular en España. «Tesis» completamente anacrónica, que no para de repetir, y que desmiente toda la bibliografía solvente sobre Stalin y el período. El informe que reproduce Rybalkin del general Shtern, consejero militar para la ayuda a la República, a Voroshílov, comisario del Pueblo para la Defensa del Estado, y a Stalin, y que muestra la negativa de éste a reforzar la ayuda en aviación que habría sido determinante para la victoria republicana, no hace sino abundar en la más pura lógica. ¿Cómo podía Stalin querer implantar una dictadura española pro-soviética y, al mismo tiempo, negarse a facilitar los medios para conseguirlo?

Moa Rodríguez se apunta, pues, a la falsificación de su título, que, anunciando un texto sobre los *Años de hierro* del franquismo, nos ofrece en realidad una versión edulcorada que, si no hubiera contradicción entre el título y el contenido –como en el libro de Bolloten–, debería de haber titulado como *Años de hojalata*, dado que se ocupa con su habitual capacidad manipuladora de extraer todo el hierro posible de una época muy dura para buen número de españoles, cuyo máximo responsable no

fue otro que el endiosado caudillo al que Moa dice admirar más a medida que lo estudia más..., para hacer así más digerible semejante guiso histórico a su corte de seguidores.

A este paso, como estudia tanto, acabará descubriendo que Franco no fue el criminal de guerra y el sanguinario dictador que tanto muestran los antifranquistas a destiempo…, sino un verdadero santo y acabará pidiendo la púrpura cardenalicia para el general, como hicieron en 1957 personalidades tan esclarecidas como José María de Areilza, ejemplarmente secundado por Rafael Calvo Serer, Fernando María Castiella, Raimundo Fernández Cuesta, José Félix de Lequerica, Alberto Martín Artajo o Juan Antonio Suances. ¿Acaso tras él, si emprendiera tan ejemplar iniciativa, le seguirían personalidades políticas si no de semejante fuste como José María Aznar, Ángel Acebes, Eduardo Zaplana o Vicente Martínez Pujalte, otras del nivel de «historiadores y periodistas» ¿a su nivel? como Luis María Ansón, Pedro J. Ramírez, Federico Jiménez, Ignacio Villa, Alfredo Urdaci, Carlos Dávila, César Vidal o José María Marco?

Areilza tuvo tiempo de inventarse la «derecha civilizada», Calvo Serer (el de «España sin problema») de evolucionar ideológicamente hacia posiciones democráticas, Castiella de recubrirse del aura de la respetabilidad, Fernández Cuesta de batallar *sine die* por la revolución pendiente, Lequerica de ejercer de perro de presa cazando rojos en el país vecino, Martín Artajo de lavar católicamente la cara pro-nazi del régimen a su jefe, y Suanzes de pasar por avezado marino antes o después de resistirse (como Franco y Carrero tan lúcidos como él) al plan de estabilización de los tecnócratas, plan que habría de salvar al país del hambre y la miseria autárquicas a las que les condenó la esclarecida cabeza del caudillo, por su propia voluntad, con su firme «neutralidad» y episódica «no beligerancia». Es decir, con el alineamiento inequívoco con las potencias fascistas, que nos privaron del verdadero *Bienvenido, Míster Marshall* de las potencias democráticas («decadentes regímenes demoliberales» para tan visionaria figura), Franco nos apartó y aisló de Europa, lo que no nos habría ocurrido si nos hubiéramos alineado con ellas. Por ese camino, y no por el que nos impuso el César visionario, España habría salido de la penuria unos cuantos años antes. ¿Se imaginan de lo que serán capaces de hacer todavía los

Aznares, Acebes, Zaplanas, Pujaltes, Ciervas, Ansones, Pedros Jotas, Jiménez, Villas, Urdacis, Dávilas, Vidales, Marcos y demás tropa, si se les dejara de la mano y no dispusiéramos del manto protector de la Constitución?

Esta vez Moa se cura en salud y empieza por declarar de principio que su…

> obra no es de investigación propiamente hablando, sino sobre todo de recomposición y ordenamiento de materiales ya publicados. Este tipo de historia tiene su propia entidad y método, distintos de las monografías, mucho más dependientes de archivos y fuentes primarias.

Acabáramos. Vaya una capacidad eufemística más bufa. Una obra más completamente inútil, pues. Nos va a manipular de nuevo lo ya escrito y reescrito ene veces a su propia conveniencia y a gusto de su expectante público cocinándonos materiales de segunda. Se inventa un nuevo «tipo *[sic]* de historia» sin investigación, ajena a los archivos y fuentes primarias con su peculiar metodología. Caramba. Y se propone hacerlo de la mano de Tucídides, nada menos, y de *La colmena* de Camilo José Cela le viene la inspiración necesaria para anunciarnos a bombo y platillo *su* peculiar «método historiográfico» empleado para la ocasión… ¡el cronológico! ¡Toma ya!

A modo de aperitivo vuelve sobre su gran «tesis» (gigantesca falacia), sí, *esa* que le ha dado tanta fama y reconocimiento internacional, la de que la Guerra Civil comenzó en 1934. Ahora –genio y figura–, dice que se interrumpió pronto y siguió enseguida. No, no es contradictorio. Además, como todo el mundo sabe, los dos bandos enfrentados en 1934 fueron los mismos que lo hicieron en 1936, así que después de la «interrupción» de 1934 se reanudó de nuevo, dos años después, en julio de 1936. Eso sí, con algún que otra nueva reformulación de los bandos en lucha como ocurre siempre en las guerras civiles…, que en un momento dado alguien dice: «¡Alto, quieto parao!» para que cada cual se pueda reposicionar en el bando más de su gusto…, como los militares, juntos en un sólo bando en 1934, pero enfrentados en dos en 1936 sin cuya división no hay posibilidad alguna de guerra civil. ¿No es este hombre de una genialidad analítica verdaderamente asombrosa?

Moa también nos reitera otra de sus grandes novedades: que las derechas hispanas respetaron la legalidad republicana y las izquierdas la destruyeron a conciencia. Lo de siempre, vaya una novedad… También nos aclara que la apelación a la defensa de la democracia de las izquierdas era un engaño pues «se trataba de un agregado de partidos totalitarios o golpistas, bajo la autoridad real de Stalin» (incluidos republicanos, anarquistas y trotskistas como bien sabemos). El estrambote final del aperitivo consiste en afirmar que la izquierda decidió resolver la cuestión religiosa mediante «el exterminio». Carámbanos y recórcholis. Si efectivamente hubo una decisión izquierdista para exterminar a los religiosos y religiosas españoles, ¿por qué la gran matanza de estos que, efectivamente, se produce en el primer semestre de la guerra como está más que estudiado, remite y cesa a medida que se reconstruye la autoridad del Estado en zona republicana? ¿Por qué el jefe de todos ellos, el impío Stalin según nuestro agudo analista, no prosigue con «el exterminio» por él decidido hasta el final de la guerra, como sí hizo el otro «jefe», el genocida Hitler con los judíos mediante su «solución final»? Misterios misteriosos que, de seguro, el genial Moa nos aclarará en su siguiente libelo.

Del final de la Guerra Civil sólo le interesa resaltar la parafernalia hagiográfica dedicada al gran caudillo vencedor que alcanzó niveles verdaderamente grotescos, escogiendo apenas unas cuantas citas laudatorias sobre Franco. Las páginas dedicadas al exilio apenas se refieren al latrocinio sistemático al que se habrían abandonado los personajes republicanos más significativos empezando por Negrín, Prieto y todos los demás que eran unos facinerosos... Ahora, para referirse a la represión, todo su pretendido esfuerzo clarificador en tan sensible cuestión consiste en prescindir ya del general Ramón Salas Larrazábal y abandonarse a la información considerablemente peor del sacerdote Ángel David Martín Rubio reduciéndola sin la menor nueva apoyatura documental a 60.000/70.000 por cada lado (cifras casualmente calcadas de las aportadas por Salas hace treinta años). Las ejecuciones de posguerra las reduce a 25.000 cuando el cómputo total de las mismas alcanzaría las 50.000 sin contar los muertos en las cárceles por hambre y enfermedades. Toda una «puesta al día historiográfica», todo un alarde revisionista, pues, a pesar de ser un tema tan abundantemente estudiado y disponiendo como dis-

pone ya de una más que nutrida bibliografía especializada al respecto. Claro que él la ignora por sistema porque no interesa a *sus* prejuicios («tesis») expuestos tan a la ligera ante sus lectores.

Resulta particularmente gracioso su intento, en contra de «un tópico muy difundido», nos dice, de presentarnos una Iglesia clemente con la represión franquista cuyas loables excepciones, que naturalmente cita como definitivamente probatorias, ya has sido expuestas del derecho y del revés en los estudios serios que sobre el papel de la Iglesia en la Guerra Civil existen, que son muchos, sólidos y bien documentados, probando de manera manifiesta lo contrario desde hace la intemerata. ¡Qué sería de nosotros sin este hábil desfacedor de tópicos! Por lo visto piensa que una golondrina hace verano y que toda excepción prevalece sobre la regla. Debe de ser cosa de su reputado método histórico sesgado y de sus avanzadas técnicas historiográficas a las que no alcanzamos intelectualmente los «gremialistas» y «progres» pagados con fondos públicos.

Ahora, este singular falsario que ha venido diciendo lo que ha venido diciendo en sus anteriores libelos sobre la decidida actitud de Franco por mantenernos al margen de la Segunda Guerra Mundial, que se ha empeñado siempre en demostrar que Hitler quería involucrarnos a cualquier precio, y que era Franco quien se resistía como un jabato a entrar en la guerra para ahorrar vidas españolas, que insulta y menosprecia a los profesionales que sostienen lo contrario, empieza a decir, sin que se note mucho, donde dije digo, digo Diego. Por lo visto ya está empezando a convencerse de que no es posible seguir empecinándose en que fue Hitler quien pujó sin descanso por arrastrar a Franco a la guerra cuando tanto aquel como Mussolini *ya* habían decidido antes de Hendaya (reunión que solicita Franco), mantener al caudillo español fuera de un conflicto en el que estaba tan ansioso de participar para poder sacar así (chupando rueda) su imperial tajada.

Moa llega al punto de insistir frente a autores consagrados, sobre la sólida base de Ricardo de la Cierva (que, como es sabido, es toda una prestigiosa referencia mundial en la materia), en que es Hitler quien pide la entrevista de Hendaya, no Franco, ahora convertida por él en una «coincidencia»… Sí, sí, asómbrense, dice: «Por fin, el 23 de octubre, un día soleado, coincidieron en Hendaya Hitler y Franco». ¡Una

casualidad! vamos, debían de andar los dos jugando al pilla-pilla y, de pronto, ¡zás!, se dieron de bruces en Hendaya el fiero teutón y el gallego sabio. Y respecto al famoso protocolo secreto nos dice que «establecía, al parecer, la beligerancia de España cuando Berlín lo decidiera…» ¡Al parecer!, vamos que no está todavía claro. Abusa de Luis Suárez desconsiderablemente, su fuente más reiterada, y jamás cita a Antonio Marquina directamente, al que sin embargo contradice (?) de continuo... ¡Cosas del «método Moa»!. Ahora parece que al menos ha consultado (?) algún libro fundamental, como los de Goda o Ros (aunque a la vista de lo visto y conocido, como para fiarse) que empezó por descalificar y menospreciar *a priori* pues ignoraba su mera existencia, y así puede ya empezar a reducir algo el alto nivel de tonterías por página a que nos tiene acostumbrados. Igualmente tiene que admitir para su conveniencia que la versión del barón de las Torres es dudosa…, lo que le llevó a poner a parir a Preston por decir tal, y que sin embargo, a la fuerza ahorcan, ha de reconocer ahora que no andaba tan errado el británico. No, si con el tiempo, como siga estudiando tanto, acabará por dejar de insultar a unos y otros.

Las pretensiones de Franco de incorporarse a la guerra no tuvieron nunca la menor posibilidad. Mucho después de la supuesta resistencia a entrar en la guerra mostrada en la manipulada reunión de Hendaya (23 de octubre de 1940), Franco viajó a Italia a entrevistarse con Mussolini en Bordighera (12 de febrero de 1941), reiterando al dictador italiano que, no sólo él quería entrar en la guerra sino que temía hacerlo «demasiado tarde». Más claro, agua. Pero los propagandistas siguen erre que erre y seguirán dando la matraca sin quererse enterar. Esa es la realidad, se ponga Moa como se ponga. Franco no quería perder el tren de las glorias imperiales de la mano de sus amigos Hitler y Mussolini. ¿Acaso quería sacar a España de su secular aislamiento y meterla de ese modo en la Historia? Ah…, los patriotas. Ah… los visionarios. Ah…, los salvadores de la Patria. ¿Acaso, salvando el texto y el contexto, no era la misma noble aspiración que embargó a nuestro otro genial e inefable estadista (el Señor de las Azores) de la mano de sus amigos George y Tony? También ese gran líder llamado Aznar tomó la España aislada y de segundo orden que le legara González y se dispuso a meternos por la vía

rápida en la Historia apoyando la segunda guerra de Iraq de la mano de su amigo George, el presidente norteamericano más nefasto de los últimos tiempos que ha dejado al mundo mucho «más seguro», tal como pretendía con su invasión de Iraq, que cuando lo tomó bajo su esclarecida batuta.

Como de Javier Tusell no puede decir que fuese otro de sus estalinistas o lissenkos preferidos, le concede ser «minucioso en los detalles» (de los que ahora ya puede él servirse) pero «mediocre analista» porque concluye: «España no entró en la Guerra Mundial, pero no fue por falta de ganas de muchos de sus dirigentes, sino porque la realidad se impuso». Y claro, esa realista conclusión no le gusta a nuestro gran analista siempre prolijo en los detalles y contundente en la aportación de fuentes documentales de primer orden. Así que, respecto a esta cuestión, según Moa…

> debemos convenir en que capear la guerra exigió una destreza y un temple no muy comunes, todavía más dignos de aprecio si tenemos en cuenta las incesantes intrigas que simultáneamente corroían su régimen, provocadas por la evolución europea o por otras apetencias. Intrigas que, de un lado, podían precipitar una invasión del país, y de otro abrían entre las *familias* grietas capaces, si se desarrollaban, de paralizar su política externa e interna, e incluso de derruir el sistema.

Como vemos, Moa, sigue siendo un tramposo, un vulgar trilero. Manipula y mezcla cosas distintas con ánimo de seguir engañando a su público. Elude la evidente pretensión de Franco de entrar en guerra, y la mezcla con las intrigas de no pocos de sus otrora aliados internos que, a medida que evolucionaba el conflicto bélico a favor de los aliados y no del Eje, empezaron a considerar con evidente lógica que el general, implicado en la alianza irrestricta con el fascismo europeo, el decidido intervencionista y beligerante Franco, comenzaba a ser un valor político amortizado. Tanto Franco como Serrano Súñer eran decididos intervencionistas. Que Franco, de acuerdo con sus tácticas aprendidas en Marruecos frente a los jefes y líderes tribales, sobornara, dividiera y enfrentara a las distintas «familias» franquistas (que sacrificara la cabeza de su

cuñado y compadre de tan imperiales aventuras) no hace sino mostrar su tosco pragmatismo. Nadie le ha negado nunca astucia ni su fría habilidad para imponerse a sus competidores o neutralizar a sus oponentes o a los que ya no le eran útiles, gracias al azar, a la insidia, a su frío instinto de supervivencia o a la pura y simple violencia institucionalizada que ejecutaba sin que le temblara el pulso («¡que le peguen cuatro tiros!», «garrote y prensa», «¡pobrecito!, a ese le fusilaron los nacionales»).

Por lo visto el pobre Franco, según nuestro preclaro analista, «no disfrutó de un grupo político sólido y resueltamente cooperador, como lo disfrutaron Churchill, Roosevelt, Stalin o el mismo Hitler». Así que su genio político y militar descuella muy por encima del de tales figuras que no tuvieron que enfrentarse a disidencias, conspiraciones o atentados como nos muestra la lúcida prosa de Moa...

> A su alrededor, entre generales, falangistas y monárquicos, no cesaban las conspiraciones y maniobras, sumadas a las de las embajadas inglesa, alemana y useña. Afrontarlas requirió, nuevamente, un sentido excepcional del equilibrio, y él consiguió una y otra vez disolver o superar las crisis vigilando la evolución de las discordias, empleando en caso necesario una represión siempre muy medida, contrabalanceando las tendencias, atrayéndose a muchos de los díscolos y reafirmando su prestigio con frecuentes baños de masas.

Así se escribe la *historietografía*, tratando de convertir a politicuchos maniobreros en geniales estadistas. Todo esto no lo hacía Franco por mantenerse él en el poder, absurda pretensión, sino, patriota él, para impedir la inevitable nueva guerra civil que se habría producido si los derrotados, los descontentos, los decepcionados y los aliados, le hubiesen movido la silla a Franco, como nos dice Moa. Además, todos ellos, frente al patriota Franco que siempre ponía por delante los intereses del pueblo español (¿los valores superiores de la Patria?) serían, naturalmente, unos consumados traidores que se ponían al servicio de potencias extranjeras a diferencia del gran patriota que sólo actuaba a su propio servicio y conveniencia.

En fin. Como Moa sirve a lo que sirve, si bien ya suelta como quien no quiere la cosa, entre líneas, y con la boca muy pequeñita, que sí, que se quería la guerra, pero cortita, o entrando en el último minuto (para

que no se notara mucho, ¿no?), abunda insistentemente en que se hacía para disimular o se presionaba en esa dirección para obtener garantías de independencia para la patria, ya que el gran patriota no estaba dispuesto a convertirla en un satélite de Hitler. Claro, claro. Por eso se firmó el protocolo secreto como se firmó, y años más tarde el gran patriota enajenó de nuevo la soberanía nacional como la enajenó con la firma de los acuerdos hispano-norteamericanos. Tras semejante «tesis» (¿camuflaje o engaño?) ya puede seguir echando tinta como los calamares para demostrarnos la sagacidad política del general Franco, ya que se mantuvo siempre en pie (¿oteando el horizonte?), no perdió jamás el equilibrio o bien las circunstancias ajenas a él mismo no consiguieron llevárselo por delante. El genial estadista se puso siempre al borde del abismo, pero jamás se precipitaba en él, siempre se vio sometido a vaivenes y presiones de todo tipo que no habría buscado al parecer, pero siempre se escabulló de todos ellos con su legendaria sagacidad de reputado equilibrista… Ah, y la represión «siempre muy medida». Poquita cosa.

Como cobra de quien cobra, vende a quien vende, le publicita quien le publicita, rechaza discusiones bizantinas porque lo que de verdad cuenta para él no es *ya* la voluntad inequívoca de que Franco quisiera entrar en la guerra sino que tan magno caudillo «mantuvo al país en paz exterior, y ésa es la historia real» y que hay que admitir que «mantener a España a salvo de la contienda, en tales condiciones, exigió una mezcla extraordinariamente hábil de flexibilidad y firmeza, y muy pocos políticos habrían estado a la altura del reto.» ¿Así se escribe la Historia? No, así se hace la *historietografía*.

¿Acaso Moa nos aporta ahora relevante documentación primaria inédita y contradictoria con los resultados de la historiografía española y extranjera, lo que sería un verdadero bombazo historiográfico? ¡Claro que no! Ya lo hemos dicho. Chupa rueda, pica de aquí y de allá lo que le conviene para confeccionar un producto más vendible y lo envuelve con un poco más de gracia para que no se note que ya está ya más que caducado.

Ah, y culturalmente, ni Siglo de Oro, ni Edad de Plata que valgan…, los «años de hierro» de Franco no lo fueron en este aspecto de plomo (hambre, estraperlo y represión) sino que, en realidad, constituyen un verdadero Renacimiento, una nueva Ilustración, una auténtica revolu-

ción cultural… en la que nadie había reparado o habrían ignorado no se sabe bien quiénes. ¿Nos va a descubrir ahora este sagaz investigador que existieron o siguieron existiendo o surgieron bajo el franquismo, Dámaso Alonso, Vicente Aleixandre, Azorín, Pío Baroja, Camilo José Cela, Gabriel Celaya, Ramón Carande, Manuel Delibes, Luis Díaz del Corral, José Luis López Aranguren, Julián Marías, José Antonio Maravall, Ramón Menéndez Pidal, Jaume Vicens Vives o Xavier Zubiri y tantísimos otros que se podrían citar? Pues sí. Nuestra más sincera enhorabuena por semejante hallazgo a tan preclaro y sagaz «revisionista». Conclusión: «La implicación (?) de que en la democracia la creatividad y la vida cultural han de florecer mucho más que en una dictadura no siempre se cumple». Ahhh…, no habíamos caído en ello a pesar de que la dictadura franquista nos ofrece un inmejorable ejemplo. Por si acaso mejor dejémonos de «implicaciones» tan sesudas.

En cualquier caso el balance real, historiográfico, con que concluye Moa, es el de siempre naturalmente, que Franco venció a la revolución, mantuvo a España fuera de la Guerra Mundial salvaguardando su independencia e integridad y derrotaba otra vez los nuevos intentos de Guerra Civil. Cuando en 1936 el gran caudillo salvador de España se sublevó no había ningún demócrata ni partido político capaz de hacer frente al proceso revolucionario en marcha. En tales circunstancias la democracia, la República, fueron sustituidas por la necesidad elemental de asegurarse la supervivencia del país y su civilización tradicional *[sic]*. ¿Cuál? ¿La que el coronel de Caballería Marcelino Gavilán Almuzara, que se hizo cargo del Gobierno Civil de Burgos el 19 de julio de 1936, venía a salvar interpretando lo mejor del «espíritu africanista» del ejército sublevado sin el cual Franco no se entendía a sí mismo, afirmando que había que «echar al carajo toda esa monserga de Derechos del Hombre, Humanitarismo, Filantropía y demás tópicos masónicos»? ¿Qué civilización tradicional? ¿La cristiano occidental? ¿La católica imperial? ¿La de la Santa Cruzada de Liberación bendecida por los siniestros obispos que alzaban el brazo a la romana?

La «tesis» de siempre reafirmada contumazmente por Moa: Franco libró a España de algo mucho peor [historieta virtual]. A los ojos de la mayoría el franquismo significaba la paz [la de los cementerios], interna

[50.000 ejecutados después de 1939] y externa [porque no quisieron incorporarle al festín sus amigos Hitler y Mussolini], el orden [estado de excepción permanente] y la progresiva mejora económica [veinticinco años hasta que se vuelven a alcanzar el PIB y RN alcanzados en 1936]. ¡Ah, y la represión muy ajustada…!

Así pues de majadería en majadería hasta la victoria final… ¿Años de hierro? Sí, de hierro al rojo vivo sobre las trémulas carnes de media España a costa de la otra media.

CAPÍTULO XII

EL POBRECITO HABLADOR

Hablar por no callar sigue siendo uno de los deportes nacionales que cuenta con mayor número de decididos practicantes. Moa sería olímpico. Tira ahora por elevación contra Paul Preston (uno de nuestros hispanistas contemporaneístas más destacados y de mayor proyección internacional), por haber cometido el nefando pecado de escribir el prólogo de *Anti Moa*, y contra Ángel Viñas (probablemente uno de los historiadores contemporaneístas españoles de la Guerra Civil más indiscutibles) pensando quizá que así conquistaría más fácilmente el inexpugnable fortín que pretende asediar. Pero no es ni siquiera capaz de dar un paso al frente o amagar con alguna escaramuza digna de especial mención. Pura pirotecnia verbal, vacua charlatanería sin el menor interés. Lo que tratan de hacer Moa y adláteres con Preston y Viñas, y con muchos otros cuando se tercia, es como si un batallón de moscas pretendieran matar a una manada de elefantes a base de aguijonazos (?). Es decir, un puro desvarío del entendimiento.

De Preston y de Viñas hemos aprendido (y de tantos otros anteriores y posteriores) bastante más de lo que Moa jamás reconocería. Nos dice poco menos que todos somos tontos pues demostramos no haberle entendido (¡es tan complejo su «pensamiento»!), y que incluso duda de que lo hayamos leído. Quién sino él pone de manifiesto que ni lee ni se entera de nada. Mejor dicho, no quiere enterarse. Damos fe, por si falta hiciera, en lo que a nosotros respecta que sí que debemos de ser tontos, pero precisamente por lo contrario de lo que dice. Por haber perdido nuestro tiempo leyéndolo a diferencia de sus secuaces que alardean de no leer a quien sin embargo descalifican (cosas del pensamiento mágico), así que al menos algo de conocimiento de causa sí que nos corresponde a diferencia de quienes desprecian cuanto ignoran.

Por otra parte, de *Anti Moa. La subversión neofranquista de la historia de España* (2006), para bien y para mal, como de esta apostilla final somos los únicos responsables como ya hemos dicho hasta la reiteración, sin «negros» ni «colaboradores» ocultos en la trastienda, como tantos de sus patrocinadores y adscritos acostumbran (como ese singularismo falsario con nombre de torero y apodo –«Dedos mágicos»– de tahúr del Misisipi), lo que les permite un ritmo publicístico absolutamente imposible para cualquier literatura seria (ficción o no ficción). Deje pues en paz a tan distinguidos colegas y concentre su petardeo contra este replicante puesto que detrás de nuestra firma no se oculta masonería, cofradía, checa, KGB, partido político, ejército de «negros», razón social, grupo de interés o sociedad anónima o de responsabilidad limitada que valga. Nosotros no escribimos al dictado de nada ni de nadie, no tenemos problemas de identidad y estamos muy orgullosos de nuestros apellidos.

Concluye Moa ofreciéndonos una vez más sus deslumbrantes y pretendidas «tesis» (mitos). Como son triviales y meramente repetitivas nos ceñiremos muy brevemente a lo más destacado de todas ellas en la traca final con que remata su petardeo incontenible. Nos propone modestamente el examinando una nueva periodización de la Historia contemporánea de España... por ciclos de 60-70 años. Revolución epistemológica *habemus* verdaderamente digna de ser debatida en algún seminario especializado de historiógrafos. Dos fracasaron... ¿Adivinan? Efectivamente, se trata de las dos repúblicas y el tercero (la actual monarquía) lleva camino de ello... según éste émulo de su maestro porque algunos nos empeñaríamos en «enlazar nuestra democracia actual con lo peor de la anterior república, es decir, con el Frente Popular». No se entera de nada o sencillamente miente. Que demuestre alguna vez algo de lo que dice, que cite nuestros propios textos en los que decimos lo que él dice que decimos. ¿Cómo podría hacerlo si lo que dice no es más que una sarta de infundios? Que cite entrecomillando, citando textualmente como hacemos nosotros con sus recurrentes tonterías. No puede. A la vista de lo visto tras mandarle a confesarse por decir mentiras, que está muy feo, y a pesar de tan «fascinante» heurística, no tenemos más remedio que dejarle para septiembre.

Más «tesis». La restauración monárquica (la de 1876) fue estupenda y sus logros muy positivos. La II República, sin embargo, un fiasco.

Fue un error su proclamación y mucho mejor nos habría ido tal como estábamos, pues nos habríamos ahorrado muchas tragedias. Es decir, que la República (la democracia) es la responsable de la Guerra Civil. Una muestra más de esa historia virtual tan «enjundiosa» que cree profesar así que, en contra de la moda actual, como en el fondo somos unos antiguos que nos gusta lo clásico, ceñirnos a lo ocurrido y no a lo nunca sucedido, le dejamos de nuevo para la siguiente convocatoria puesto que demuestra desconocer toda la creciente conflictividad social y política habida durante la Restauración e incluso competentemente historiada por alguno de sus pretendidos avalistas, como Carlos Seco Serrano, que explicaría precisamente la proclamación de la II República.

Otra de sus deslumbrantes «tesis» es que esa Restauración fracasó por culpa de la izquierda («socialismo, anarquismo y separatismos»), y de algunos intelectuales como Azaña, Ortega y Costa, que no sólo habrían traicionado la libertad sino que además apoyaron los mesianismos... ¡Jo, toma nísperos!, que diría Campmany. O ¡manda güevos!, que diría el Trillo Figueroa. Con tales olvidos, como los de «oligarquía y caciquismo» sobre lo que no dice ni mú, parece que a él sí que le traiciona la memoria (debe de ser consecuencia directa de leer a José María Marco) y como menos la belleza y la inteligencia todo se pega, pues tenemos que suspenderle otra vez al pobre. Ya nos duele, pero *quod natura non dat Salmantica non prestat*, es decir, «de dónde no hay no se puede sacar» (por si no sabe tanto latín como su «Gran Maestro»), ya que él ni siquiera ha ido a Salamanca.

Más «tesis». Ahora ya admite la «legitimidad» de la II República aunque con la boca muy pequeñita, pero su síntesis de la misma es la ya sobradamente conocida. De todas formas no se preocupen en cualquier momento volverá a deslegitimarla. Es lo que tiene escribir al dictado de la cartera. Durante el primer bienio los jacobinos y los revolucionarios «rebasaron» la legalidad. Durante el segundo simplemente la «asaltaron». Las izquierdas y los nacionalistas liquidaron la Constitución mediante un proceso revolucionario. Y las derechas todo lo contrario: firmemente legales y moderadísimas. De nuevo la vieja historia de los malos (las izquierdas estalinistas y los nacionalistas secesionistas) que

todo lo perturbaban, y los buenos (las derechas de orden y los nacionalistas integradores) que todo lo arreglan. Habla Pío Moa:

> Contra toda una infundada corriente historiográfica, la derecha y la Iglesia no respondieron con violencia (salvo la Falange) a las continuas agresiones y desmanes que sufrían, y en octubre de 1934 defendieron la legalidad republicana a pesar de sus defectos. La corriente golpista fue insignificante y sin apenas apoyo, como demostró en 1932 el ridículo golpe de Sanjurjo (un general que había ayudado a traer la república mucho más que la mayoría de los líderes republicanos, también debe recordarse). Pero las demagogias y violencias vividas inclinaron progresivamente a la derecha, que había aceptado la república en principio, a soluciones autoritarias.

Así hace «ciencia histórica» este singular propagandista. Si escribir estas cosas otorga credenciales de «historiador», cualquier día nos animamos y por decir que dos y dos son cuatro nos postulamos para profesor de Matemáticas. La derecha ni era violenta (salvo la Falange dice), ni financiaba la violencia, ni se apartó jamás de la legalidad, y Sanjurjo fue el más republicano de todos los republicanos. Así, las bandas carlistas entrenadas por Varela en los montes navarros, el comando que asesinó al teniente Castillo, los monárquicos de Renovación Española financiando a Falange…, no serían «violentos» ya que sólo pagaban, no ejecutaban.

Ricardo de la Cierva, su «maestro», debe de sentirse particularmente satisfecho de la heurística desplegada por su sucesor... Pues de nuevo lo sentimos pero tenemos que suspenderlo. No vamos a repetir aquí lo dicho en *Anti Moa*. Qué menos que imponerle tres Avemarías y un Padrenuestro, por mentiroso. Y a septiembre de nuevo, claro, por simplista y maniqueo.

La consecuencia que de todo ello se extrae (nueva y novedosa «tesis») es que:

> El alzamiento de julio de 1936 no se hizo contra una democracia ya inexistente, sino contra un proceso revolucionario y los abusos de poder del gobierno, intolerables en cualquier régimen de libertades. Contra las tesis

> lisenkianas *[sic],* no fue la guerra la que destruyó a la democracia [ni la sublevación y la resistencia que se le opuso, claro, apostillamos nosotros], sino que la destrucción de la democracia por las izquierdas y los separatistas causó la Guerra Civil.

Insistimos en el poco sentido que tendría transtextualizarnos de *Anti Moa*. Este caballero aburre hasta a las ovejas. Si no se ha dado por enterado del resultado de treinta años de historiografía, ¿por qué habría de tomarnos ahora a nosotros, antes o después, en consideración? Cero patatero, pues, roscón de Reyes, tarjeta roja directa indiscutible por confundir con premeditación, alevosía y nocturnidad la Historia con la propaganda política, por recitar el catecismo o la Vulgata de siempre pensando que dice cosas novedosas y de mucha «enjundia».

La Guerra Civil española cuyos antecedentes tan brillantemente nos ha expuesto con petulante reiteración:

> Fue una contienda entre revolución y contrarrevolución, no entre demócratas y fascistas o reaccionarios, como grotescamente mantiene la historiografía lisenkiana *[sic]*. De creer a esta, como ya he dicho, la democracia en España habría estado en las buenas manos de Stalin y de sus agentes del PCE, de los marxistas, anarquistas, racistas y compañía.

Simplificación tan burda no la hallará este mentiroso compulsivo en ningún libro de historia de esos autores serios a los que sin embargo denigra llamándoles lissenkianos y atribuyéndoles planteamientos que avergonzarían a cualquier profesional; lo que evidentemente él no es. Es un ejemplo más de la depurada «ciencia histórica» del señor Moa. Fuera de sus burdas «tesis», fuera de su cuadra mediática, no hay salvación, no estamos en el terreno de la Historia sino en el de la dogmática, y quien lo cuestione o simplemente vaya en sus explicaciones un poco más lejos de estos «Principios Fundamentales del Movimiento Nacional» readaptados que nos expone, propios de curso de «Formación del Espíritu Nacional», es expulsado directamente a la hoguera pues queda claro que carece de la menor honradez intelectual. Ante tanta desfachatez, más que avemarías se ha ganado a pulso un sentido «Yo pecador» y

una inevitable invocación final «¡Señor Mío, Jesucristo!» a modo de verdadero acto de contrición que le redima de su malévola reiteración y obtusa contumacia pecadora.

Cuando aborda su «tesis» sobre el franquismo el desbarre neuronal resulta ya espectacular, verdaderamente ofensivo para cualquier inteligencia media que disponga de un mínimo de información contrastada. Más de lo mismo: contraposición de la dictadura franquista con las comunistas (?) como si éstas hicieran buena aquella. Miente de nuevo con singular desvergüenza al atribuir la menor simpatía con aquellos regímenes al conjunto de los antifranquistas o de las izquierdas democráticas españolas. ¿Qué entenderá este ignorante por izquierda? ¿Sólo las comunistas estalinistas en las que él se desenvolvió como pez en el agua? ¿Es decir, lo que él y sólo él fue, excluyendo naturalmente a los que tuvimos el inmenso placer, la evidente prudencia, de no acompañarle entonces ni ahora en sus desvaríos totalitarios? Como él combatía (supuestamente) a una dictadura para implantar otra de signo opuesto piensa que todo opositor o historiador crítico con Franco en realidad pretendía o pretende imponer una de signo comunista o cuando menos evoca nostálgicamente semejantes «democracias populares». Lo dicho: psicoanalícese.

El franquismo no derrotó a la revolución, que ya había fracasado en 1934 precisamente. *Esa* es la realidad que él se empeña obtusamente en ignorar: «la revolución de izquierdas» que él pretende hacer estallar entonces fue contundentemente derrotada en 1934 por la República, si bien no con métodos precisamente propios de un Estado de Derecho entonces «gestionado» por esas derechas tan constitucionales y demócratas que tanto invoca.

El franquismo, pues, no libró a España de revolución ni de guerra alguna. Afortunadamente jugaron a nuestro favor otras circunstancias más determinantes que los delirios de grandeza imperiales de un dictador mediocre y mezquino. Un general africanista en cualquier caso que trasladó a la península los infames métodos terroristas de guerra colonial que aprendiera y practicara con indiferencia o fruición en Marruecos clavando en picas las cabezas de los moros rebeldes, un tratante de ganado de segunda categoría según le calificaron sus propios amigos nazis. El franquismo no sólo no «apaciguó los viejos odios» de nuestro país

sino que contribuyó irresponsablemente a mantenerlos manifiestos o latentes e incluso a acrecentarlos durante demasiado tiempo. Y, finalmente, la democracia actual no le debe absolutamente nada, nada, al general Franco, que murió abominando de ella. ¿Desde cuándo los asesinos del orden constitucional, los más fieros dictadores, serían también los grandes parteros de la democracia? ¿Acaso Lenin o Stalin, que sin duda sacaron a la vieja Rusia de la Edad Media, que la industrializaron a marchas forzadas y la situaron en el siglo XX, si bien sobre montañas de cadáveres, serían también los grandes parteros de la pseudodemocracia autoritaria y corrupta de la Federación Rusa actual? O, mejor aún, ¿no será la Rusia actual el resultado de la tradición autocrática zarista, que también asumieron plenamente los bolcheviques, debidamente maquillada para que Occidente digiera mejor el gas que le suministra? ¿Qué ocurriría si aplicáramos la misma lógica analítica a la democracia actual? ¿Lo bueno y lo malo de ella de dónde procede? Inútil interrogante para el sabio Moa que tiene respuestas simples (y por tanto tontas): lo malo, proviene todo de la República o del Frente Popular, y lo bueno de Franco, naturalmente. Suspenso de nuevo. Sin paliativos. A este paso se va a quedar sin convocatorias, va a tener que resignarse a la formación profesional, o volver a su venerable oficio de bibliotecario de la mano de su amiguete y «colega» Manuel Tardío.

La transición fue cosa de los franquistas arrepentidos y bien reciclados, y la oposición democrática, que «se identificaba con el Frente Popular» *[sic]*, es decir con Stalin según Moa, lo único que hizo fue tratar de obstaculizarla. Semejante aserto, aparte de una mentira mezquina, es escupir directamente sobre la cara de tantos demócratas que durante los interminables años del franquismo jamás perdieron la esperanza ni la dignidad en su lucha porque un día nuestro país recuperara sus libertades democráticas (no las que disfrutaban en la patria del proletariado soviético) y tipos como Moa pudieran publicar sus propias tonterías sin que ninguna policía política les perturbe lo más mínimo por ello. Esta ignominia es merecedora no ya de un par de rosarios completos sino del inevitable desprecio que semejante falsario no deja de atesorar con verdadera avaricia por parte de cualquier ciudadano español, de derechas o de izquierdas, que se sienta simplemente demócrata e hijo de la Ilustra-

ción antes que cualquier otra cosa, y le dé vergüenza ajena observar cómo se falta tan descaradamente a la verdad que tanto invoca este profesional de la calumnia.

Y, finalmente («tesis» «definitivamente» «enjundiosa»), afirmar que «los mayores peligros para la democracia», como el terrorismo, la corrupción, el socavamiento de la independencia judicial y de la propia Constitución, «proceden fundamentalmente de aquellos partidos que se sienten herederos del Frente Popular» que falsifican la historia, atacan a la democracia y tratan de recuperar odios del pasado (como se atrevía a afirmar en su libelo sobre Franco y no deja de reiterar), no es otra cosa, como ya hemos señalado otras veces, que una evidente manifestación paranoide propia de todo «converso», o simplemente síntoma grave de una personalidad neurótica con complejo de persecución, y que proyecta sus graves problemas de identidad sobre terceros o simplemente está dispuesto a decir cualquier majadería con tal de que le paguen bien.

Moa niega con vehemencia que sus «tesis» sean las propias del franquismo, provengan de Arrarás o sean las propias de la extrema derecha... «aunque en algunos puntos coincidan»... [¿En algunos sólo? No, señor mío, en todos los fundamentales]. «Y, no lo olvidemos –nos señala–, el mismo Arrarás desvirtúa los hechos en mucha menor medida [¡toma nísperos!] que nuestros alborotados y a su modo encantadores lisenkos» *[sic]*. Llegado a este punto se habrá dicho más que satisfecho nuestro recién descubierto Lissenko: *Finis coronat opus*.

Pero con todo, la mejor de todas ellas con diferencia, es la que incluye en el inicio de un mal llamado apéndice con el que cierra tan singular libelo: «Quizá ha llegado el momento de decir, lisa y llanamente, que una gran parte de la historiografía [¡ya no es toda!] publicada en los últimos treinta años sobre la Guerra Civil española se basa en una falsificación radical». Ni Galileo, vamos. Leemos en la contraportada: «Con este libro Moa cierra un debate... El libro condensa, con incisividad *[sic]* y gran claridad expositiva, una visión que necesariamente habrá de ser tenida en cuenta, no sólo sobre los años treinta, sino sobre todo el siglo XX español». Toma más nísperos. Con un par.

Como nos atribuye, en la parte que nos toca, ser «encantadores», sólo cabe corresponderle en este terreno con la misma ironía y decirle

cristianamente aquello de: «Vete, hijo mío, y no peques más». Le comprendemos además muy mucho en su porfía pecadora estando hechos de su misma pasta humana: «El espíritu está pronto pero la carne es débil». Pero en lo que aquí nos ocupa sentimos tener que repetirnos: «Borre y siéntese». No nos extraña nada que renunciara a ser un hombre de estudio y se pasara a la «lucha armada» (terrorismo) para hacer carrera, como su admirado Franco, al que ante la tesitura de seguir la vocación de las Armas o de las Letras (no siendo Cervantes precisamente) no le quedó otra alternativa, dada la gracia de su prosa y el encanto de su prosodia, que optar por la de las Armas con todas las consecuencias. ¿Y él? Al menos el general superlativo, tras sus escarceos de juventud en *Diario de una bandera* y los de madurez en su insigne *Raza* nos privó de sus memorias y de la fatua pretensión de contarnos nuestra propia historia bajo formato de libro con alguna irrelevante excepción. Gracias, general. Eso sí, también escribía articuletes bajo el pseudónimo de Jakin Boor arremetiendo contra masones, comunistas y demás ralea que le publicaban en *Arriba*. A ver. ¡Igual que nuestro Moa que se infla a hacer lo mismo en *Libertad Digital*! Jo, Pío, ten piedad.

Polemizar con el señor Moa ha perdido todo atisbo de gracia si es que un día la tuvo. Interés intelectual el más mínimo. La previsible polémica estaba políticamente viciada *ab initio*. Al igual que los debates políticos para que sean fructíferos deben concitar el concurso de representantes destacados de los principales partidos que se disputan el espacio electoral y la posibilidad real de gobernar, que tengan algo que ofrecer (nuevo o distinto) y que sepan transmitirlo con claridad, a los debates historiográficos les ocurre lo mismo. Sólo que no se trata de un debate historiográfico. Moa está *en* la política, no *en* la historiografía. En la politiquilla queremos decir, en la más pura y banal *historietografía*. Un campeón que diría Javier Arenas.

Para que un debate historiográfico suscite a su vez un mínimo interés tiene que reunir a figuras representativas prestigiosas, con experiencia y una obra propia ampliamente reconocida en su ámbito profesional, y no a meros libelistas y propagandistas a sueldo del mejor postor enteramente dedicados a sus batallas mediáticas. Y, por supuesto, o *conditio sine qua non*, ambas deben librarse con un exquisito respeto mutuo, ra-

zón por la cual la gente educada y cortés elude a los broncos y zafios que sólo buscan hacer ruido para que así se fijen en ellos apelando siempre a las tripas del respetable y nunca a su inteligencia. Por eso ningún profesional acude a debatir con él. Con el señor Moa no se puede debatir porque ya se encarga él de hacerlo imposible *a priori*. Son hechos probados. Como le ocurrió con Enrique Moradiellos respecto a la intervención extranjera en la Guerra Civil, o como cuando Francisco Espinosa, aparte de una reflexión general sobre el fenómeno revisionista, le replicó a propósito de los comentarios que sobre el tema de las matanzas de Badajoz le había dedicado. ¿La respuesta? Comentarios despreciativos y fútiles intentos de descalificarles a ambos en su periodiquito virtual o en su *blog* personal (hoy el más tonto se hace un reloj de madera) sobre la base de adscribirles a supuestas adscripciones ideológicas o servirse de métodos historiográficos espurios. Frente al inolvidable, C*omunistas, judíos* y *demás ralea* del franquismo puro y duro, él podría acuñar algo más *light* en concordancia con los nuevos tiempos «liberales» de estos desatados publicistas; algo así como *Progres, lissenkos* y *demás corifeos*. No da más de sí la criatura.

CAPÍTULO XIII

AMARILLO
EL SUBMARINO ES...

«Amarillo es..., amarillo es», decía la pedestre versión española del famoso *Yellow submarine* de los Beatles. Pues sí, en el fondo, si bien se mira, más amarillo que azul nos ha resultado nuestro bravo periodista *(soi dissant)* aspirante a historiador. En su original y primigenia faceta... (tirar de bomba y de pistola), era ciertamente contundente. Haciendo abstracción de este primer desvarío de juventud que tan baratito le ha salido (ventajas del Estado democrático frente al de su admirado Franco que lo habría ejecutado sin pestañear en consejo de guerra sumarísimo y sin la menor garantía de defensa), hay que considerar que en su segunda etapa de oscuro bibliotecario, nos resultaba completamente indiferente. Y en su tercera como periodista nos ha salido de lo más falsamente elocuente. Es decir, más amarillo que un plátano de Canarias en sazón. ¿Y cómo sería posible un tránsito fructífero de tal condición a la de historiador? Lo que no puede ser, no puede ser, y además es imposible. Ni rojo (ex) ni azul (post) ni verde (en construcción), ni nada de nada. Amarillo como el membrillo. Aunque la mona se vista de seda mona se queda.

Hoy en día los medios de comunicación no es que sean el cuarto poder, es que se han convertido en el poder por antonomasia hasta el punto de que aquello de lo que no se habla, no se publica, no se publicita, sencillamente no existe. Pío Moa es un pretendido periodista que ha descubierto un filón poniéndose a ofrecerles a las derechas conservadoras españolas las antiguas versiones franquistas debidamente remasterizadas. Es decir, debidamente adaptadas a los nuevos tiempos. Les quita la caspa más grandilocuente de la vieja retórica franquista, que apesta, las airea a base de mucho bombo, ataca a los historiadores profesionales para llamar la atención, lo que siempre le dará un plus de nadar a con-

tracorriente, los calumnia e insulta afirmando enfrentarse contra el *establishment*, lo que siempre da un aura de mártir muy útil… ¡y a cobrar!

Plenamente conscientes del poder de los media no sólo se han montado su propio «periódico» *(Libertad Digital)* desde donde los Jiménez, Villa, Vidal, Marco o Moa pueden desbarrar sin el menor autocontrol, sino también su propio chiringuito televisivo *(Libertad Digital TV)*, desde donde ponen carita de sesudos académicos y nos lanzan a los cuatro vientos verdaderos debates-basura.

Si para muestra del absoluto anacronismo en el que se han instalado estos *historietógrafos* basta un botón, véase en *Libertad Digital TV* el programa «Debates en Libertad» correspondiente al 21 de junio de 2007 dedicado a la controvertida cuestión de la «Memoria histórica». El «debate» (?) –la unanimidad fue absoluta– «moderado» por un tal Javier Somalo, quien ciertamente estuvo a la altura de lo que se esperaba de él (la del betún), resultó verdaderamente antológico y absolutamente idóneo para exhibirlo en cualquier escuela propagandística actual (FAES, COPE, o quizá en algún seminario especializado del San Pablo-CEU, donde Moa parece tener tantos amigos) como ejemplo de lo que, dados los tiempos que corren (inevitablemente democráticos), cabe hacer desde una perspectiva políticamente correcta. Por las mismas razones, habría de exhibirse en todos los colegios e Institutos de Enseñanza Secundaria de España en las clases de *Educación para la ciudadanía* como mejor ejemplo para nuestros jóvenes de cómo se manipula, se tergiversa y se hace fácil demagogia con el pasado desde el presente. Nuestros jóvenes también aprenderían de paso una evidencia: cómo el comerciante sin escrúpulos les puede vender siempre la más perniciosa de las «drogas» (no nos atreveríamos a decir que «duras», letales o definitivas, pero sí de alto riesgo neuronal) publicitando sus benéficos efectos hasta el hastío y perfumándola hasta la asfixia para ver si cuela.

Las «estrellas» dedicadas a ofrecernos un poco de luz en semejante programa-debate-basura no fueron otras que las constituidas por la ya famosa nueva «banda de los cuatro»: Ricardo de la Cierva, Pío Moa, César Vidal y Ángel David Martín Rubio. La banda originaria se entregó en cuerpo y alma a reivindicar la memoria del líder comunista chino Mao Zedong por medio del terrorismo de Estado de la mano de su viu-

da. El nuevo cuarteto (¿será De la Cierva el viudo sentimental del general?) se dedica, con Moa Rodríguez al frente terrorismo subcultural mediante, a lavar la imagen de tan bragado soldado frente al conjunto de la historiografía que dista de ser complaciente con su histórica figura. La imagen que proyectan de la controvertida cuestión de la Memoria histórica resultó inenarrable. Se escuchó a lo largo de la hora y veintiséis minutos que duró el programa algo parecido a lo que hubiera supuesto ver defender en un debate académico de físicos, astrónomos y geógrafos que la tierra, sin la menor sombra de duda, es plana o está hecha a imagen y semejanza del tabernáculo de Moisés. ¿Cuestión de opinión, no? Eso sí, defienden las ideas más peregrinas con tal grado de convicción que ya más que unos pobres farsantes empiezan a parecernos unos deslumbrantes comediantes.

El mediático Vidal tiene el cuajo de publicar a la altura de 2008 un infame nuevo libelo, esta vez en formato de cómic anunciado falazmente como «una rigurosa investigación periodística» ya que para destruir a Rodríguez Zapatero todo vale. En él se arranca en su primera página, a pesar de la sentencia firme del 11-M y de todos los estudios serios publicados al respecto, con una entrevista ficticia en 2004 entre unos emisarios del PSOE y Julen Madariaga, uno de los fundadores de ETA. Se le ofrecen para un acuerdo pero Madariaga les da como segura la victoria del PP. «Suponga que sucede algo y las próximas elecciones las gana el PSOE». A lo que responde: «Eso cambiaría las cosas». ¿Cabe mayor infamia? ¿Esa es «la libertad de expresión» de que se sirve semejante gentuza? ¿Acaso el juego político y la labor de oposición irrenunciables en un Estado democrático, contemplan la práctica sistemática de las más viles calumnias con tal de destruir al adversario y reconquistar el poder al precio que sea, presentando al presidente del Gobierno de un Estado democrático como máximo urdidor del criminal atentado de Atocha? ¿Es *eso* lo propio de un Estado de Derecho? ¿Acaso el fiscal general del Estado no puede hallar el más mínimo indicio de delito en tan infames prácticas? ¿Tienen más derecho a ser protegidas *esas* prácticas liberticidas que el honor del presidente del Gobierno de España? ¿Es *esa* la Educación para la ciudadanía que impondrían estos tipos? ¿Es *eso* lo que entiende por *animus iocandi* este singular sinvergüenza? Algo huele a podrido en Dinamarca…

Por nuestras particulares circunstancias históricas: salir de una férrea dictadura, resultado a su vez de una guerra civil traumática, durante la transición política a la democracia se produjo un extraño maridaje entre políticos y periodistas. Todos juntos y en unión por aquel entonces (o casi todos) estuvieron dispuestos a construir una democracia en la que se pudiera competir libremente por el poder y estuviera garantizada la libertad de información y de opinión. Pero el resultado después de treinta años de democracia es que, lejos de haberse profesionalizado los unos y los otros ocupando las parcelas específicas que les corresponden, siguen andando muchos de ellos revueltos y obsesionados o fascinados con el poder. Poder del que disfrutan ya en importante grado, y juegan a aprendices de brujo ante la estupefacción y el hastío de los profesionales independientes y los atónitos espectadores y ciudadanos con un mínimo espíritu cívico. Unos, obsesionados por servirse de los medios de comunicación en su propio beneficio político se abandonan a las malas influencias. Los otros, entregados a «tumbar» gobiernos contrarios a sus intereses o a promoverlos para una mejor defensa de su bolsillo no se paran en barras y están dispuestos para ello a vender a su propia madre (véase el ejemplar caso del «sindicato del crimen» y Luis María Ansón). Por otra parte, a diferencia del mejor periodismo anglosajón, en España aún sigue habiendo una gran confusión entre «información» y «opinión», entre instruir y educar, entre adoctrinar y enseñar a pensar.

El periodista trivial vive dedicado a influir en el político para presumir de su poder y obtener información que después manipula a voluntad e interés, y el político trivial hace lo propio con el periodista para que le mantenga permanentemente en el escaparate pues fuera de él no hay vida que merezca la pena ser vivida. Muchos periodistas poco o nada rigurosos que han olvidado en que consiste su oficio y van «crecidos», afirman siempre defender con pasión la sagrada libertad de expresión (que al parecer incluye la de difamación y tergiversación) para poder defenderse de la firme crítica que merecen por su absoluta falta de deontología profesional.

Ha ido surgiendo así un «periodismo amarillo» que no busca informar con transparencia y rigor al conjunto de la sociedad sobre la base de fuentes suficientemente seguras y contrastadas, sino que apenas sir-

ve a los intereses empresariales y a los grupos mediáticos que lo amparan, que lo publicitan y que tan generosamente pagan, precisamente para eso. ¿Qué cabe esperar de estos periodistas que han dejado de serlo cuando pretenden no ya «jugar a» historiadores, actuando como políticos, sino que encima aspiran a un público reconocimiento intelectual por ello sin el menor aval que los legitime como tales?

Se ha llegado así a una situación perversa en la que se crean falsas noticias, o noticias sin el menor interés se presentan como absolutamente relevantes y trascendentales. Se hace noticia y escándalo de lo que interesa por trivial y vulgar que sea y se oculta o disimula lo que no se ajusta a dicho canon. Antes se hacía en nombre de la sagrada causa de la Patria y hoy dice hacerse al servicio del no menos sagrado (sigue siendo más o menos lo mismo) «interés público»; es decir, suyo, de su bolsillo al igual que antes la Patria era naturalmente la suya, y sólo suya. Solamente interesa lo que se vende, y se justifica sobre la base de que hay una demanda en realidad inexistente, que se genera falsamente, precisamente para vender lo que interesa vender. Este «periodismo amarillo» hace pasar la simple opinión sin fundamento como depurada información debidamente contrastada. Ya no se describe ni analiza nada en profundidad: todo es pura valoración sin fundamento empírico y, en vez de rigor académico, ética periodística y deontología profesional estricta, se nos abruma con auténticos «montajes» mediáticos que no contienen más verdad que la de su simple apariencia pues la mayor parte de las veces son meros globos hinchados dentro de los cuales no hay nada más que aire. Se inventan a diario *una* realidad que únicamente sirve a sus intereses.

Y aquí es donde entra cual elefante en cacharrería «el periodista amarillo» por excelencia del que el señor Moa es uno de sus reyes indiscutibles. Como bien señala un grupo de profesores especializados que coordinados por Félix Ortega han investigado y estudiado ese tipo de periodismo, del que está ausente la información como descripción y explicación de los acontecimientos:

> Una parte de la profesión periodística parece estar empecinada en «reconstruir» nuestro pasado (que se liga casi siempre a conflictos presentes y

no descuida el deseo de prejuzgar el futuro), jugando al juego de historiadores, pero sin emplear ninguno de sus recursos metodológicos, ya que las herramientas de que se sirven son las de un periodismo confundido con el activismo militante en alguna bandería.

De tal manera esto es así que se ignoran las fuentes y métodos inherentes a la historiografía y se sustituyen por «relatos convincentes» al gusto del consumidor de tal manera que este tipo de «historia» se sitúa en un nivel ajeno a la Historia misma: «construir relatos basados en convicciones, que se ofrecen como si se tratase de productos homologables a los de los historiadores».

Luis García Tojar, es el autor de un interesante capítulo de dicho estudio donde califica a ese «revisionismo histórico» que encabeza Moa de «subgénero literario». Ya habíamos entregado nuestro *Anti Moa* a la imprenta cuando tuvimos noticia de este estudio y, en él, se refiere en concreto al más famoso de los libros de Moa, empezando por decir que:

> Un somero análisis del contenido de estos *Mitos* para el gran público nos descubre un relato novelado donde no faltan conspiraciones, organizaciones semisecretas destinadas a evitar que la verdad salga a la luz y una curia de historiadores empeñados en engañar a todos todo el tiempo. Según una concepción profesional del periodismo –por la que aquí abogamos–, éste no es una historia, una política o una física nuclear *para tontos*: el relato divulgativo, accesible al lector no especializado en la materia, no está reñido con la precisión en el tratamiento informativo, ni muchísimo menos con el respeto a la verdad.

Nos tememos que a Moa le ha salido un nuevo «marxistoide» pues como se refiere a su *opus mágnum* como simple contenedora de «abundantes inexactitudes y llanas mentiras», no puede merecer otro calificativo. Y más afirmando que «si hay un asunto en el que la historiografía de la España contemporánea, a partir de la transición, es especialmente fuerte (al contrario de lo que piensa Stanley Payne), ése es, y por razones obvias, la Guerra Civil».

Por consiguiente, los especialistas en ciencias de la comunicación confirman plenamente nuestro diagnóstico de *Anti Moa*: los pretendi-

dos «revisionistas» no revisan nada; reproducen, como los neofranquistas que son, el añejo discurso franquista formalmente adaptado (lenguaje políticamente correcto y abandono de la vieja retórica de la dictadura) a los nuevos tiempos del crepúsculo de las ideologías y el fin de la historia. Pues va a ser que no. Los verdaderos revisionistas no son otros que los historiadores profesionales.

García Tojar incide en tres cuestiones importantes: que «Pío Moa se limita a repetir la tradición profranquista»; que lo verdaderamente interesante de Moa es «analizar *cómo* se equivoca»; y que su exclusiva atención a las personalidades que protagonizaron los grandes acontecimientos (que Moa cree historiar) produce un discurso psicológico, trivial, «maniqueo que busca clavar la responsabilidad sobre lo bueno y lo malo en las espaldas de individuos concretos». Los de izquierdas, claro.

> Sustituir hechos por opiniones, más o menos manipuladas, es una práctica habitual de historiadores y periodistas que prefieren impactar a explicar, influir a comprender, según una estrategia que busca producir polémica (del griego *polemos*, guerra) en lugar de conocimiento. Estos «logógrafos», imbuidos de la posesión de la verdad suprema, no tienen problema para imponer su ideología por encima de las evidencias más palmarias simplificando el discurso hasta lo más pueril que imaginarse pueda.

No estamos muy de acuerdo con el neologismo de «logógrafo» de apariencia académica (salvo descarnada ironía). Es evidente que se quiere decir lo mismo que nosotros, aunque más finamente, pero el castellano es un idioma poderoso de sobrados recursos lingüísticos: «escribientes», «escribidores», «plumíferos» «opinadores», «parlanchines» o «verborreicos» son expresiones que entiende todo el mundo y definen bastante bien la práctica habitual de estos manipuladores profesionales metidos en camisa de once varas. En cualquier caso *logos* en griego, de donde derivan los conceptos que construimos con tal vocablo, quiere decir algo muy serio: discurso, argumentación, razonamiento e incluso pensamiento, inteligencia, ciencia, estudio sistemático, que ordena y hace inteligible el conocimiento. Y estos periodistas amarillos lo que hacen es ignorarlo, manipularlo, confundirlo, oscurecerlo, tergiversarlo.

Como muy bien concluye el mismo García Tojar compartiendo nuestras propias conclusiones:

> Moa tiene todo el derecho del mundo a escribir para públicos ultraderechistas. Puede creer que la verdadera España está en peligro y defenderla con sus escritos. La explotación literaria del posfranquismo no es nueva y muchos autores han hecho de ella negocio durante décadas, aunque pocos con pretensión de enmendar la plana a los especialistas en historia. Moa la tiene, según dice, y por ello no puede desacreditar la historia legítima con paranoicas acusaciones de conspiración y sustituirla por un *imaginario* que impide la comprensión racional del pasado, siendo perfectamente inútil para la construcción de una identidad nacional española que se pretenda democrática, justa y razonable (o sea: más o menos basada en el pasado compartido). Los jóvenes a quienes Moa dedica sus *Mitos* pueden tener la ideología que libremente decidan, pero no tienen derecho a la ignorancia.

No encontrará el señor Moa, ni sus patrocinadores y adscritos, ni todo el conjunto de sus más fervientes admiradores que tan ingenuamente lo toman por historiador, a nadie entre los auténticos historiadores y los más diversos especialistas en ciencias sociales que profesionalmente se topen más o menos tangencialmente con su «obra», conclusiones muy diferentes tras estudiarle a las que García Tojar por su cuenta y nosotros por la nuestra hemos llegado. Esa es la cruda realidad que comprendemos perfectamente que se le indigeste al señor Moa yendo como va tan sobrado de *ego*. Al fin y al cabo sin un mínimo de autoestima no se puede andar por ahí encajando críticas tan demoledoras o ignorancias tan hirientes como las que a él le toca encajar. Pero eso es lo que hay. «No la hagas y no la temas» nos alerta la sabiduría popular. En el pecado lleva la penitencia.

Desgraciadamente el «amarillismo» periodístico e histórico no es sólo una «peculiar» actividad de unos cuantos francotiradores subculturales que tratan de hacer bajas al «enemigo» a cualquier precio amparándose en la oscuridad de la noche, pues carecen de medios con los que hacerles frente cara a cara. El francotirador o el guerrillero tienen al menos la grandeza de enfrentarse a un ejército invasor que trata de aherro-

jar a su patria y su nobleza de espíritu le impulsa a poner en riesgo evidente su propia vida y enfrentarse a ese declarado enemigo por cualquier medio a su alcance. No es ciertamente el caso de estos periodistas corrompidos incapaces de hacer honor a su noble oficio, o el de los *historietógrafos* aludidos que no dudan en escribir al dictado de espurios intereses comerciales. Vendida su primogenitura por un plato de lentejas ya no les queda sino la permanente huída hacia delante.

Para poder revestirse del aura de la honorabilidad que la sociedad otorga a la ciencia, la educación y la cultura, necesitan imperiosamente apoyarse en el libro, instrumento cultural por antonomasia. Ya analizamos suficientemente en *Anti Moa* la importante cobertura mediática de que se sirven estos individuos para publicitar sus productos, pero nada dijimos de las editoriales que les apoyan y dan a la luz sus continuas inanidades. Ahora, curiosamente, se han reunido algunas de ellas, para salir en defensa de Pío Moa, que sigue lloriqueando por ahí a propósito de la constante persecución política de que seria objeto.

La circunstancia de que un grupo de ciudadanos le haya puesto una demanda judicial (véase anexo I) a nuestro amarillo autor, parece haber sido causa suficiente no sólo para que otros ciudadanos, que confunden la libertad de expresión con la de deyección (escúchese al oráculo de la COPE), salgan en su defensa e inviten a suscribir un manifiesto de apoyo (véase anexo II), sino a que sus amigos editores traten de arroparle para poder seguir haciendo negocios juntos.

Efectivamente, según su aparato propagandístico mediático repite por activa y por pasiva, la izquierda quiere callar a Pío Moa «como sea» *[sic]*, y le ha denunciado a la policía (?). Ese «como sea» (lo de la «policía» debe de ser cosa del subconsciente que juega esas malas pasadas) se correspondería con los métodos revolucionarios, contrarrevolucionarios o simplemente terroristas que el hoy «perseguido» Moa usara antaño, es decir, bajo la dictadura de su admirado tirano el general Franco. Servirse para la defensa del propio honor de los medios legales que un Estado de Derecho (como el que venturosamente hoy ampara a todos los ciudadanos españoles) jurídicamente establece, no creemos que permita licencias metafóricas del estilo de ese «como sea»…, «a cualquier precio»…, «caiga quién caiga»…, y similares bravuconadas.

Es el caso que las editoriales Áltera, Libros Libres y Encuentro, que le han editado algunas de sus publicaciones, organizaron en su defensa un acto en la Asociación de la Prensa de Madrid (3 de diciembre de 2007) para respaldar *[sic]* al historiador *[sic]* Pío Moa. Se comunicó tan importante acto cívico a toda clase de diarios, radios, televisiones, columnistas, tertulianos… (¿e historiadores acreditados?). No claro, ya decimos que estamos hablando de política y no de historia. Lamentablemente, la conciencia ciudadana debe de andar algo embotada y apenas nadie acudió. ¡Ay, si se hubiera empezado a cursar desde la misma muerte del inefable *Educación para la ciudadanía*, otro gallo nos cantaría! Allí habrían acudido en tropel buen número de ejemplares ciudadanos debidamente educados en valores cívicos a defender al pobre y tan injustamente perseguido Moa. Incluso las editoriales La Esfera de los Libros y Planeta, que le han editado a Moa, no enviaron representante alguno a tan significado acto cultural. Sin duda, María del Carmen Iglesias, que preside el primer grupo editorial, y José Manuel Lara, que hace lo propio con el segundo, saben perfectamente donde hay que estar y donde no, y como seres inteligentes que son no confunden la velocidad con el tocino, al menos mientras les rinda beneficios.

Por Áltera acudió, Javier Ruiz Portella, un tipo de extrema derecha procesado y condenado en firme, como ya hemos dicho, y que debe de ser de los que piensan que tal hecho es todo un honor compartirlo también con otro procesado, condenado en firme y penado como Moa. Lo dicho, Dios los cría y ellos se juntan. Por Libros Libres, se personó Álex Rosal, miembro de *Regnum Christi*, rama laica de los Legionarios de Cristo y editor de significación política igualmente acreditada, y por Encuentro, José Miguel Oriol, un editor de solera tan «liberal» que es capaz de editar a Dios y al Diablo indistintamente… ¡Claro que no! Todos invocaron naturalmente la libertad de expresión y de investigación… Faltaría más. Curioso, no conocemos a nadie en su sano juicio que no las invoque y las reivindique siempre con pasión. Que se haga un uso decente y legítimo de las mismas ya es arena de otro costal.

Moa, de nuevo en su papel de pobre perseguido, explicó que los ataques del *establishment* progresista se han plasmado en dos fases. Una, cuando aparecieron sus deslumbrantes obras sobre la II República en las

que habría demostrado los planes del PSOE y del resto de la izquierda para hundir a la República aun al precio de una guerra civil. Dos, la segunda fase habría que datarla tras la aparición de su última obra (en el momento de escribir estas líneas), *Años de hierro*, en que abordaría la represión (?) del franquismo. En vez de discutirle, la izquierda y los nacionalistas lo que quieren es callarle. Triple mentira.

Una, no es la aparición de su libro sino sus declaraciones con motivo de la presentación del mismo (véase anexo I) lo que ha provocado la querella que le han interpuesto. En ella queda manifiestamente claro el derecho que le reconocen los querellantes a Moa de decir y publicar sus pretendidas «tesis». Lo que pasa que el señor Moa confunde su libertad de expresión con tener patente de corso. Se cree con derecho absoluto no ya a decir tonterías sin cuento sino cualquier barbaridad que le pasa por el magín sin calibrar el alcance de las mismas en relación con el honor y los derechos del resto de la ciudadanía. Semejante incontinencia verbal ha generado lo que, finalmente, ha generado: una querella por parte de quienes se han sentido vejados por sus declaraciones. Pero no tema, no estamos en Stalingrado ni en Francolandia sino en un Estado de Derecho y de seguro que se le hará justicia. Segunda mentira, no aborda en absoluto la represión del franquismo como objeto de estudio específico o análisis historiográfico sobre la base de investigaciones o estudios sistemáticos como puede ver cualquiera que quiera perder su tiempo comprobándolo. Y tercera, no sabemos que izquierda ni que nacionalistas quieren callarle, pero la historiografía profesional lo ha callado (metafóricamente hablando) desde antes de que se pusiera él mismo a hablar y a escribir banalidades pues, como es obvio, y ya ha quedado reiteradamente dicho, no se calla ni debajo del agua.

Dice que la denuncia la han presentado varios militantes de IU. Estos «rogelios»… (ignoramos si es así), pero puestos a discutirle a este sagaz analista político empezaríamos por poner en cuestión que IU sea «una coalición de extrema izquierda» (eso lo era él) como él dice o que le «estén haciendo el trabajo sucio al Gobierno socialista». Claro que estamos dispuestos a callarnos en este punto, pues nunca hemos sido expertos en «trabajos sucios», –como él, al parecer, si lo fue–, ni somos militantes del PSOE, del PCE o de IU. Recuerda que numerosos universi-

tarios han pedido su censura empezando por Javier Tusell, «un hombre supuestamente de derechas». ¿Qué querrá decir, que la defensa de la libertad de expresión es cosa sólo de las derechas incurriendo así en abierta contradicción con lo propio y exclusivo de la izquierda: clamar siempre por la imposición de la censura sobre almas cándidas y preclaras mentes como las suyas?

La situación ahora sería peor *[sic]* –nos dice tan preciso *historietógrafo*–, que durante el franquismo, pues en los años sesenta y setenta él y sus compañeros podían leer a Tuñón de Lara, a Marx o a Engels… (¿ya no podrían acaso?). La Ley de Memoria Histórica trataría de borrar el franquismo. Muy cierto, y a Dios gracias, pero del espacio público y con los inevitables condicionamientos de orden patrimonial, artístico y otros que se impongan, pero de la Historia no lo borra ni un ejército de titanes de su calibre. Dicha ley también trataría de deslegitimar la reforma democrática y la Monarquía... Lo dicho: así se escribe la *historietografía*… ¡Cómo Ricardo de la Cierva, diciendo que dicen los documentos lo que no dicen! Pero, ¿se la han leído?

Sentimos tener que repetirnos tanto… ¿Se puede mentir más en menos tiempo? ¿Cuándo y dónde pidió Javier Tusell que se le censurase a él? Aporte pruebas documentales irrefutables o cállese. Es ignominioso que le cite así que, ya fallecido, no puede defenderse. Díganos el listado completo de *esos* universitarios que claman porque se le censure y reproduzca sus declaraciones textuales o documentos completos donde expondrían semejante exigencia. Aporte pruebas documentales irrefutables o cállese. A Marx y a Engels no creemos que los haya leído o entendido al menos, pero desde luego a Tuñón de Lara, no. Y final, tampoco creemos que se haya leído el texto completo de la Ley de Memoria histórica habida cuenta de lo que dice, así que cállese. Pero, no es esa la cuestión. Ya lo hemos dicho muchas veces y lo reiteramos ahora: este caballero o es un completo ignorante, o miente con un descaro inaudito, o es un cínico de campeonato, o es un actor de la talla de Mr. Bean. Eso es todo.

CAPÍTULO XIV

¿VOLVER A LA CARGA?

Recapitulemos. Cada vez que algún amigo, colega o corresponsal, nos anunciaba una nueva andanada de nuestro hombre a propósito de su bien merecido y ganado a pulso *Anti Moa*, y cometíamos un tanto a desgana la humana debilidad de perder nuestro tiempo leyéndolas, aparte de alucinarnos, no podíamos dejar de preguntarnos si podía tener algún sentido volver a la carga con este incombustible publicista y la corte de enfervorizados *hooligofans* que le secunda. A la vista de su pretendida réplica hemos acabado por salir de dudas y hemos llegado a una transparente conclusión: cada vez se parece más a su «Gran Maestro», el de: «¡Que error, qué inmenso error!». O al patrocinador de éste, aquél de: «¡La calle es mía!» o «¡Estos son mis prisioneros!». O al de ayer: «¡A mí que me dejen en paz!» o al de ahora mismo (14 de enero de 2008), el decididamente cínico que tiene el inmenso cuajo de decir que: «Un gobernante que ha engañado *[sic]* conscientemente a los ciudadanos en algo tan importante como negociar políticamente con los terroristas, queda inhabilitado para seguir gobernando». Dados sus grandes maestros y excelsos patrocinadores, así como su ya legendaria enjundia *historietográfica*, ante cada uno de sus nuevos libelos no cabe sino exclamar: ¡Socorro!

Por la boca mueren todos los peces. ¿O éste se aleja ya «definitivamente» cual aventajado discípulo de las cotas alcanzadas por sus antecesores y patrocinadores y puja ya solito por alcanzar las del inefable Mr. Bean? La línea de sucesión ideológica y política, por mucho que lo niegue Moa, pues le conviene por mor de sus ínfulas de profesional riguroso, se mantiene inconmovible gracias a alguna que otra inyección de sangre fresca de vez en cuando (o quizá no tan fresca). No querrán llamarlo ahora franquismo, ni neofranquismo, ni movimiento *neocon* ni

nada parecido, pero el contenido del discurso y la finalidad política perseguidos siguen siendo los mismos de antaño y, ¡desde luego!, nada tienen que ver con el pretendido «reformismo liberal» que dicen propugnar ahora desde la madrileña calle de Génova la «extrema-dura» que la ha ocupado. Y en nombre del liberalismo para mayor burla. Malos tiempos para la lírica.

¿Qué podemos concluir de todo esto? Dolientemente dolido por el inesperado *Anti Moa* nuestro incontinente publicista, a diferencia de los mucho más listos De la Cierva, Jiménez Losantos, Anson, Pedro J. Ramírez, Urdaci, Dávila, Marco, Vidal, Ussía o San Sebastián, que saben callar cuando corresponde, aunque les llegue la onda y por la parte que les toca, el pobrecito hablador inició a finales de octubre de 2006 a modo de réplica (?) una larga y tediosa serie de artículos lanzados a la rosa de los vientos mediáticos desde su corralito virtual de *Libertad Digital*. Vio en seguida que el asunto le daba para escribir unos días y que, como de costumbre, después podría sacarse unos euritos agrupando bajo formato de libro todo ese conjunto de mera opiniología trivial arremetiendo de paso contra una serie de historiadores de renombre (Beevor, Preston, Viñas, Juliá) y críticos que, obviamente, le quedan demasiado grandes o le ha escocido tanto su ninguneo que ha sido incapaz de reprimirse. Además echar carnaza a sus *hooligofans* (no crean a estas alturas del curso que este neologismo de nuestra invención, aunque no lo hayamos registrado, es una redundancia..., prescindan de la hache y de repeticiones inútiles) le resulta vital para poder vender su basura habitual. Amarillismo puro y duro. Es decir, mera politiquería. Desde su púlpito digital contamina a diario el medio cultural ambiente y después se lanza de nuevo al campo de batalla para tratar de contrarrestar los daños colaterales producidos en su manifiesto *superego* cuando la ocasión le es propicia, como le ha ocurrido con nuestro *Anti Moa*, a base de lanzar una tontería tras otra. Así puede anunciarles a sus seguidores más aguerridos de vez en cuando que él de nuevo presenta viril combate a esa «historia progresista» tan obcecada que tanto yerra y que le persigue sin pausa ni respiro.

¿Merecía la pena volver a la carga sobre este incombustible polemista? Pues no. Definitivamente, no, desde el punto de vista historiográfi-

co. Desde la perspectiva de la cultura política, si nos atenemos a los medidores habituales de que se sirven los politólogos y los sociólogos, hay que decir que nunca conviene bajar la guardia ni dejarles el terreno completamente expedito a todos aquellos que tienen perfectamente claro que, llegado el caso, hay que dejarse de pamplinas y echarse mano a la cartuchera. ¿Puede la cultura política dejarse arrebatar tan importante terreno impunemente, y más ahora que este pobrecito hablador aún amplía más la diana hacia donde pretende dirigir sus inocuos dardos? Pues creemos que tampoco, pero es que en cierto modo nos sentimos responsables de ciertos daños colaterales no previstos pues, quizá, si no hubiéramos siquiera mencionado a algunos autores agradeciéndoles sus aportaciones historiográficas no habría arremetido nuestro hombre contra ellos también con tanta vehemencia. Tampoco es que necesite la menor excusa para hacerlo. Todo tiene un límite. Y además nos ha hecho pasar unos días muy entretenidos. El *Quosque tandem…* del 2003, fue hijo del relajo mental propio del estío, y ahora, a modo de cierre de ciclo, este *Revisionismo y política* de 2008 ha cumplido la misma función entre cavas y turrones invernales. En medio siempre quedará lo fundamental: *Anti Moa o la subversión neofranquista de la Historia de España*, que tanto monta, monta tanto, Isabel como Fernando. ¿No quería que se le hiciera caso? Pues ya está servido.

Una cosa es que la democracia sea tolerante con los disidentes, con quienes desprecian el sistema y otra muy distinta que se muestre débil y flaquee ante sus más ardorosos enemigos. ETA o el GRAPO por ejemplo. Pues con la propaganda política y la *historietografía*, pasa algo muy parecido. Hasta cierto límite de trivialidad se puede ignorar por sistema a semejantes escribidores, pero cuando invaden ya el espacio público tan groseramente y muestran su nefasta influencia en las nuevas generaciones a las que significativamente se trata de hurtar desde ciertos sectores una educación para la ciudadanía o una legítima reivindicación de la memoria histórica, el asunto empieza a resultar culturalmente dañino para la salud democrática y cultural del país.

La clásica tríada metodológica de tesis, antítesis y síntesis (que él debe de conocer a fondo) es práctica muy saludable en esos extraños lugares parlamentarios y académicos en donde tanto se debate con abso-

luta libertad de lo divino y lo humano. Razón por la cual suele aplicarse en las confrontaciones dialécticas ciertas reglas imprescindibles para evitar las discusiones interminables consistentes en no ir mucho más allá de la réplica y la contrarréplica.

I prou (suficiente, como decimos en «provincias») o ¡basta ya! Si le suena mejor, pues si no, no se acabaría nunca y es de mala educación aburrir al personal. A tan prudente metodología nos hemos ajustado, y por eso le hemos contestado si bien advirtiéndole que en nuestro envío de ahora va incluido el finiquito. La ventaja de ganar una plaza docente por oposición (a diferencia suya) es no tener que depender de las veleidades de la oferta y la demanda (el mercado) para sobrevivir dignamente y asegurarse la llamada libertad de cátedra (expresión) sin tener que venderse, salvo el que así lo quiera, por un plato de lentejas o al mejor postor sin importarle lo más mínimo sus credenciales. Los intereses particulares o empresariales o políticos a los que sirve son por lo visto muy respetables. Los públicos propios del servicio al Estado y al conjunto de la sociedad, no. La propia dignidad y autoestima estarán siempre mucho más ricas, incluso sin chorizo aunque sea ibérico, si el sueldo público no da para más, antes que ponerse a hacer la calle por libre.

No obstante, qué inmerecido honor le hacemos a este «pobrecito hablador» asociándole a él y a su periódico virtual a los del insigne crítico Mariano José de Larra y su histórico periódico, ese sí que real, que él mismo creó. Hay que ver lo que va de aquel siglo XIX, en el que batallaban algunos escritores de talento por la causa de la verdad y de la justicia en una España atrasada e ignorante, a estos inicios del siglo XXI en que siendo ya un país desarrollado y alfabetizado está sin embargo plagado de tan falsos liberales como de incontinentes y ridículos voceros de la nada encantados además de haberse conocido. Todos ellos, en plena coherencia con sus firmes principios «liberales» y «democráticos», se encuentran entregados a la devota exaltación de uno de los más grandes liberticidas y criminales de nuestro siglo XX, el general Franco (dice Moa que cada vez lo admira más; eso es tener sentido de la Historia…, con mayúsculas), así como de alguno de sus más fervientes seguidores, como el llamado Señor de las Azores que la ha escrito con letras de oro.

¿Se imaginan a los liberales y demócratas de izquierdas o de derechas portugueses, franceses, alemanes, italianos, rusos, chinos o camboyanos tratando por todos los medios de lavarle la cara a Salazar, Pétain, Hitler, Mussolini, Lenin, Stalin, Mao o Pol Pot? Nosotros no podemos, pero Mr. Bean es capaz de eso y de mucho más.

Quizá el ex presidente del Gobierno y gran patrocinador de Moa, José María Aznar, más que por sus merecidos apodos consiga al fin pasar a la Historia por sus sesudas y sentenciosas frases: «Ni en desiertos remotos, ni en montañas lejanas» o «¡A mí que me dejen en paz!» [muchos lo están deseando, señor Aznar, enfervorizadamente, créanos, como al señor Moa, en cuanto ustedes les dejen en paz a todos los demás que no son de su cuerda política o moral]. O aquella otra de: «Nadie tiene que decirme lo que puedo hacer o no hacer» con una botella de buen ribera («Pesquera») en la mano. Le comprendemos, somos humanos. O ya, en el colmo de la indignidad (aquí sin ribera, ni rioja, ni priorato que sirvan de disculpa), acusar a Rodríguez Zapatero en la campaña de las elecciones del 27-M (2007) de haber «conseguido que media España no acepte a la otra media. Y eso que nos condujo a lo peor de nuestra historia hace setenta años es el esquema político que se quiere repetir ahora». O sea el abuelo de ZP algo haría y provocó la guerra por defender la Constitución republicana en vez de someterse a los sublevados, y ZP gobernando de acuerdo con su programa democráticamente votado y democráticamente aprobado en sede parlamentaria, sería otro irresponsable empecinado con su política (en vez de aceptar la de la oposición) en abrir de nuevo la senda de la guerra civil. Es que los rojos: abuelos, padres e hijos no tienen remedio. ¿Esa es la lectura que cabe hacer, no?

¿Quién pretende o quién pone verdadero empeño en abrir semejantes simas? Aznar hacía una evidente alusión a la Guerra Civil aunque un tanto cínicamente lo negara, y por escrito. Arrinconar y marginar a sus adversarios, polarizar el país (inicio de cualquier confrontación) fue justamente lo que a juicio de muchos, no precisamente trastornados mentales, él se empeñó obtusamente en hacer en su segunda legislatura (2000-2004), circunstancia que alimentó la crispación y la radicalización, y le llevó finalmente a la pérdida de las elecciones. Y en ello porfía. Desde entonces no hace otra cosa que seguir ladrando su rencor por

las esquinas. Podría irse tranquilamente a llorar de nuevo a aquellas plazas dedicadas a su añorado Caudillo (cuando pasaban ante su dolor a llamarse de la Constitución como escribía en *La Nueva Rioja*) y al que el señor Moa admira tanto. Cada vez más. Estamos sin duda ante un patrocinador y un patrocinado de primerísimo nivel... ciertamente tan «ejemplares» como «deslumbrantes».

Moa no para de repetir lo mismo por activa y por pasiva hasta el aburrimiento total de quien comete el error (qué inmenso error) de leerle. Tal es la «metodología» que caracteriza a Moa y compañía, en plan tambores de Calanda, tratando de entontecer al personal a base de repetirles siempre lo mismo una y otra vez hasta la victoria final... Él mismo así lo reconoce pues se trata, a falta de mejores argumentos, de agotar y embotar la mente del que leyere. Nuestros lectores son mucho más listos y no hay que estar dándoles la matraca hasta la extenuación: comprenden a la primera, les hemos regalado ahora una segunda réplica (se la merecen, qué narices), y les aseguramos, ya en serio, que no habrá una tercera. Palabrita del Niño Jesús. No insistan. «Un poquito de por favor...»

Gran verdad que no hay mayor desprecio que no hacer aprecio, pero Moa es la cabeza visible de ese mal llamado revisionismo histórico y pedía a gritos que nos fijáramos un poco en él. Ahora insiste, lo que nos desvela una singular tendencia masoquista que a nosotros nos llama la atención poderosamente aunque no nos extrañe demasiado habida cuenta de que hay gente dispuesta a pagar porque la inflijan sufrimiento, pero a los cínicos poco les importa eso dado que, como están inmoralmente acorazados, todo les resbala menos el dinero que cobran por sus ejemplares servicios. Puesto que tan singular publicista vende bien sin necesidad de sanción académica o crítica alguna hay que inferir que, logrado el éxito comercial, ha engordado suficientemente su cuenta bancaria pero no su *superego* insaciable. Sigue esperando ansioso el reconocimiento de aquellos a los que sistemáticamente denigra en sus libelos lo que da fe de su evidente obsolescencia mental. Su vacua publicística imposibilita de modo absoluto el reconocimiento intelectual o académico que tanto reclama por parte de nadie con un mínimo de criterio al margen de los posicionamientos ideológicos de todos y cada uno de nosotros.

No podría obtener Moa de los historiadores profesionales, por hartos de vino que en un momento dado pudieran estar (habiéndose dejado llevar de los sabios consejos del «Bodeguero de Honor» de Castilla-León) o debidamente sometidos al potro de la tortura de tener que leerle, nada parecido al menor asentimiento o acuerdo básico con sus eutrapélicos planteamientos pretendidamente historiográficos que repite y reitera hasta la grosería intelectual. Ningún colega caería en semejante despropósito salvo quizás algún flojo de espíritu que, o bien se vende baratito, o bien no encuentra otra forma de llamar la atención. O sencillamente está ya gaga para nuestra desgracia o se le queda corta la pensión de jubilado y necesita sacar dineretes de donde sea pues siempre puede surgirle al más pintado cualquier desgracia (algún familiar accidentado, enfermo, dipsómano, ludópata o drogodependiente) diciéndole al franquismo sociológico, económicamente más desahogado que el irredento rojerío, lo que aquel gusta de oír, y por lo que está dispuesto a pagar con gusto.

Si no vendieran un duro estos propagandistas de la nada, o simplemente les garantizaran mayores ganancias de las que obtienen por decir justamente lo contrario de lo que dicen, se pasarían con armas y bagajes a defender lo que ahora tan vehementemente atacan. Lo malo es que en ese hipotético caso no encontrarían tanto bolsillo dispuesto a forrarse las paredes con naderías, manipulaciones, tergiversaciones, mentiras y simples calumnias por muy de orden inverso que fueran. Y, en lógica consecuencia, su caché nunca podría ser el mismo. Siempre habrá diferencias entre el pensamiento crítico y el puramente gregario.

No deja de clamar Moa reconocimiento y atención a su singular publicística en la infatuada pretensión de merecerla. Y así un día y otro día con semejante señuelo acapara los estantes de las librerías y se autopromociona por toda clase de medios controlados por sus patrocinadores y directos beneficiarios ideológicos y políticos de su incontinente producción. Es más de lo que el más sufrido de los espíritus podía soportar. Ni el mismísimo santo Job sería capaz de seguir aguantando estoicamente durante mucho más tiempo tan irrefrenable petardeo. ¡Ay Señor, Señor, qué admirable placidez interior la del sordo, mudo y ciego! Pero, qué aburrido, ¿no? ¡Y qué templanza!

Quiere respuestas... ¿Más? Clama por que se critiquen con fundamento sus planteamientos... ¿Quién establece el fundamento de la crítica de que es objeto? ¿Él? Llora desconsolado por el «ninguneo» a que le someten los especialistas... ¿Por qué será? Resulta doloroso constatar tanto sufrimiento y permanecer insensibles sin hacer nada por al menos tratar de paliarlo. No nos parecía cristiano ni caritativo, y al fin y al cabo uno nunca puede hurtarse del todo a la educación recibida como para mostrarnos insensibles ante tanto dolor. Si ya resultaba cruel verle desgañitarse sin recibir la menor atención el pobre, ya empezaba a resultar cómica su insistencia. Suplicaba apenas un poco de interés..., pues bien, ya se lo concedimos y con bastante generosidad según opinión de más de un lector tras tragarse el grueso volumen mencionado que le hemos dedicado. ¿Qué más quiere ahora este contumaz replicante? ¿Más azotes? ¿Qué nos rindamos sin condiciones? Ante la fuerza de las armas, vale Perales, pero con la voz y la palabra lo lleva claro. Después de quinientas páginas de crítica exhaustiva y sistemática, de análisis textual y contextual, ¿todo lo que se le ocurre decir para salvar la cara, aparte de que se pierde entre los meandros de nuestra prosa (¡oh, reputado periodista; ah, inimitable escritor!), es tildarnos de «progres», de «estalinistas», de «lisenkos» *[sic]* o de antifranquistas a destiempo a sus replicantes? Vaya nivelazo intelectual. Se habrá quedado calvo.

Le hemos regalado generosamente un tiempo a todas luces excesivo para responderle tal como exigía doliente y para lo cual no hemos podido atender convenientemente, como habría sido nuestro deseo, otras responsabilidades no tan divertidas pero intelectualmente mucho más interesantes. El resultado de semejante ejercicio de masoquismo puro y duro nunca quiso ser tan extenso como finalmente resultó en su origen (ya se sabe, «qué poco tiempo has tenido que te ha salido tan largo», dice una de las reglas de oro del oficio de escritor). Con algo menos de premura por quitarnos de encima el calvario de cumplir con nuestro compromiso editorial, en tiempo y hora debidos, habríamos sometido el libro a una drástica poda. Confiamos en acertar ahora con este breve ensayo final (de bolsillo) al menos en la brevedad. Desde luego va que chuta.

No nos extraña nada que nuestro patriótico esfuerzo le haya parecido «barroco» a nuestro pobrecito hablador. Y éste aún más. Menos la

inteligencia y la belleza todo se pega en esta vida. Será que al tener que leerle se nos ha contagiado su estilo pero *eso*, afortunadamente, tiene fácil cura en nuestro caso: abandonar lecturas irrelevantes y volver a las importantes. A nosotros él nos parece un tostonazo, la quintaesencia de la simplicidad mental más tosca, de la retórica más huera, de la palabrería más pedestre, de la manipulación más obvia, de la petulancia más insoportable, de la inanidad más absoluta, de la opinología más bufa (¡toma estilo «barroco»!), pero no nos hemos ganado el derecho a quejarnos pues nadie nos había dado vela en semejante entierro. Así que a lo hecho, pecho y, además, sobre gustos no hay nada escrito.

Nos acompaña siempre el ferviente deseo de no aburrir más de lo inevitable al lector como es la obligada cortesía de cualquier escritor. Y «eso» esperamos conseguirlo de nuevo. Muchos lectores nos han dicho, generosos, que *Anti Moa* a pesar de su volumen se lee de corrido. Su lectura parece haber provocado más de una sonrisa y alguna que otra carcajada. Bien. Si, además, ha suscitado en el lector ganas de profundizar un poco más en alguno de los controvertidos temas que en un libro de tales características apenas podíamos apuntar, nos damos por más que satisfechos. Eso sería lo verdaderamente deseable. La denuncia de lo obvio, tampoco es mérito especialmente destacable, aunque ahora insistamos con este *Revisionismo y política* en la misma dirección. Si acaso lo sería ponerse aún más en el punto de mira de toda esta cohorte de insultadores profesionales como De la Cierva o Jiménez Losantos, verdaderos números uno donde los haya. Aunque Jiménez, más que un «talibán de sacristía», como se refirió a él el periodista Luis del Olmo, se nos muestra ya como un verdadero descerebrado sin la menor gracia, aparte de paradigma supremo de la indigencia moral más asombrosa. Ha traspasado ya todos los límites imaginables de la indecencia más grosera. Ahora, dice Moa, que es a ellos a quienes se les insulta cuando apenas se les replica en un grado notablemente inferior al que verdaderamente merecen, como la lectura atenta de nuestra réplica creemos que muestra de nuevo convincentemente. Pero no podemos permitirnos otra vez el lujo de volver a ser exhaustivos pues lo breve, si claro, dos veces bueno...

Los más listos de «la tropa» que acompaña a Moa, le jalean o le publicitan a él, pero callan como muertos ignorando a sus críticos. Su si-

lencio, aún doliente, no obedece a otra razón que la de evitar por todos los medios posibles hacerles publicidad a sus detractores no fueran a perder alguno de su devotos lectores por el camino y así hacer mermar su cuenta de resultados, que es lo único que les importa.

Cabe suponer que nuestro pobrecito hablador (Mr. Bean) no se esperó entonces semejante respuesta. Es evidente que no se ha quedado completamente colmado con ella y en un imprudente ejercicio de masoquismo puro y duro parece pedir otra ración aún más generosa. (No sea glotón, hombre, y conténtese ahora con este postre bajo en calorías). Ya puede sentarse a descansar esperando, que «el que espera, desespera»: no vamos a servirle otra ración completa para avivar de nuevo la insólita capacidad insultadora tanto de él mismo como la de su bien pertrechada cohorte de *hooligofans* iletrados, puesto que reconocen con suprema estolidez no tomarse la molestia de leer nada salvo las naderías del *blog* de su héroe. Eso sí, insultar insultan con odio incontenible.

Los tontos por definición no necesitan conocer previamente aquello no ya que critican sino sobre lo que pontifican. Documentarse adecuadamente para poder decir algo más que tonterías o dejar de servirse de tópicos y clichés, exige cierto esfuerzo mental que a ellos les está vedado. Por eso hablan siempre «a tontas y a locas», lo que quería evitar a cualquier precio Jacinto Benavente una vez requerido por unas chicas del Frente de Juventudes de Falange para que les diera una improvisada conferencia. Estos chicos y chicas de ahora o venerables seguidores de Moa no pierden el tiempo leyendo. Para qué. Un consejo. Frecuenten algo más que los peores lugares de Internet por variar ¿Qué tal una buena biblioteca y leerse algo más que las contraportadas de sus propios *bluffs* mediáticos?

También nos produce cierto asombro, si bien colateralmente, Pedro Carlos González Cuevas, cuya obra historiográfica a diferencia de la de Moa nos merece respeto, porque aprendemos de ella, a diferencia de lo que nos ocurre con la del Pobrecito Hablador de la que nos resulta imposible extraer el más mínimo beneficio por trivial, banal, tediosa y reiterativa. No obstante, quisiéramos recomendarle que lea con algo más de atención y así no diría que determinado autor o autores se habrían abandonado a un «delirio jacobino». (Este Moa es letal, contagia su es-

tilo.) De otro modo, en su certero ejercicio crítico a Moa, no equivocaría el tiro como lo hace sacando los pies del tiesto. Podría haberse ajustado al patrón utilizado en su demoledora –y a nuestro juicio justa– crítica al libro inútil de Federico Quevedo sobre Adolfo Suárez.

Pretender haber descubierto ¡con Moa! un «pathos antiliberal» en según quién le sitúa en ese terreno a su mismo nivel y demostraría, en este caso, su escasa capacidad de hermeneuta que, por otra parte, tiene tan bien acreditada en sus valiosos estudios sobre las derechas españolas. Por eso en el trazo psicológico-ideológico debería ser más exigente para no patinar como un aprendiz. Nunca hay que sacar frases de su contexto (como hace Moa) para hacerles decir a sus contradictores (como hace Moa), lo contrario de lo que dicen. O sugerir o insinuar manifiestas pero inexistentes falsedades (como hace Moa) para dar así la apariencia de ser muy objetivo (como hace Moa) aún a costa de inducir al lector por un camino equivocado. En nuestro caso, si hubiera leído *Anti Moa* de la cruz a la fecha, no le fallaría la puntería como le falla para tomarnos por lo que no hemos sido nunca, adjudicándonos patologías antiliberales (?), y aún menos estar dispuestos a serlo aún circunstancialmente con él porque haya tenido un mal día. Pero no insista, no haga como Moa y se contagie de su lamentable estilo, que luego pasa lo que pasa.

La reacción de Moa, como no podía ser de otra manera, no ha sido previsiblemente encerrarse a estudiar en serio y a trabajar duro para ponerse al día como el historiador serio que pretende ser (es un decir), y poder así componer algo mínimamente digno. No es el caso y el resultado ha sido el previsible: otro libelo más, no ya contra nosotros, que es lo de menos y nos importa una higa si así se lo ha pedido el cuerpo, sino contra todos los autores en cuyas obras nosotros hemos fundamentado la nuestra (para lo que necesitaría varias vidas) y aunque lo intentara no podría hacerlo salvo que renunciara a ser el gran falsario que ha demostrado ser. Eso requiere un tiempo del que él no está dispuesto a servirse pues no le renta. En el tiempo que un profesional riguroso escribe un libro solvente él compone media docena.

Lo único divertido de este trivial publicista consiste siempre en esperar su correspondiente nuevo libelo cuyos títulos jamás reflejan sus

contenidos salvo *sensu contrario*, pero son muy ingeniosos. Estábamos pensando algunos posibles que ahorrarían prácticamente el texto pues hablarían por sí mismos: *Solo frente al mundo. Memorias dolientes de un incontenido e incomprendido publicista* (demasiado *light*), *La contrarrevolución permanente. Marxistoides, estalinistas, lissenkos y demás ralea* (mucho mejor), o *Mi pócima mágica científica. Contra la patente banalidad de intelectualillos, profesorcillos y academicuchos «progres» pagados con fondos públicos* (definitivamente definitivo o enjundiosamente enjundioso), cuando, finalmente, nos sorprendió... con la solemnidad del simple, con, *La quiebra de la historia «progresista». En qué y por qué yerran Beevor, Preston, Juliá, Viñas, Reig...* Obviamente se trata de una mera traslación retórica de nuestra última sugerencia. ¡Nos lee el pensamiento!

El desprecio de Moa a todo el conjunto de profesionales a los que trata de descalificar ideológicamente resulta penoso. Lo de «lisenkos» *[sic]* de este pobrecito hablador es una nueva aportación «epistemológica» de trascendencia científica aún difícil de calibrar que pone de manifiesto su inmensa ignorancia, su propia incapacidad para demostrar nada historiográficamente. Lo intenta con la evidente intención de tratar de politizar un debate para el que le falta inteligencia y pura y simple información: el señor Moa no sabe; no está al día, como es obligado para cualquier especialista con pretensiones polémicas que trate de ir un poco más allá de la esgrima dialéctica de la politiquería de todos los días que le da de comer (suponemos que ya en restaurantes de tres estrellas Michelín) a base de referirse al presidente del Gobierno como «Zapo» o como «el iluminado de la Moncloa» y otras lindezas similares a las recibidas por Azaña o Negrín en su día de autores y medios de parecida catadura moral (perfectamente intercambiables con los de hoy: Véase Federico Jiménez) y que tanto ayudan a estos profesionales de la basura a vender sus libelos a la masa amorfa que no quiere más que sangre aunque lo que le echen sea simple mierda. Como el perfecto demagogo que es se regodea apelando a las tripas de sus secuaces pues, evidentemente, es más fácil llegar a ellas que tratar de alcanzar su limitada inteligencia. Resultado: alfalfa para todos.

Una respuesta acorde con el oficio que cree practicar le habría exigido un esfuerzo, una capacidad, y un tiempo que no tiene. Su respues-

ta responde a la lógica del personaje: primero ridículas perdigonadas en su periodiquito *Libertad Digital* en las que se limita como siempre a aporrear compulsivamente el teclado de su ordenador a diario sobre la base de denuncias ideológicas, insultos y calumnias personales o descalificaciones a propósito de supuestos planteamientos metodológicos que estarían ya obsoletos, lo que obligaría a desechar *a priori* los argumentos y datos contrastados de sus descarados contradictores. Jamás carga de la prueba alguna. Y cuando ya ha acumulado suficiente hojarasca, la junta, la pega, añade alguna nueva ocurrencia, y se la hace imprimir en formato de libro anunciándolo como una nueva y relevante aportación historiográfica o sesudo ensayo de análisis político. No podía esperarse otra cosa de este individuo que es considerablemente peor persona de lo que podíamos imaginar. Es evidente que de donde no hay no se puede sacar. No sabe por dónde meter mano y saca siempre lo peor de sí mismo. Es decir, su pretendida «metodología» (?) sigue respondiendo exactamente a la misma manipuladora voluntad que siempre alimentó a su maestro Ricardo de la Cierva para con sus críticos: la mentira, la manipulación y el insulto. El discípulo es mucho más zafio y grosero de lo que cabía esperar en estos tiempos felizmente democráticos.

Cuando se le traza a Moa una inequívoca línea roja que le dice hasta aquí hemos llegado, y se le da la respuesta mínima que merece, pierde verdaderamente el norte. Ahora reniega de sus maestros (Arrarás, De la Cierva y otros) y alude a otros pretendidos «sabios» de los que tanto dice haber aprendido y tanto le patrocinan. Dice que insultamos al señor De la Cierva, que no ha hecho otra cosa en su vida que insultar groseramente no ya a sus críticos (como Southworth) sino a quienes ni siquiera se tomaban la molestia de polemizar con él (como Tuñón de Lara, hombre digno y respetable que jamás le replicó, al igual que Southworth), sirviéndose de una demagogia tan tosca como ridícula. Su discípulo Moa (aunque le niegue ahora como maestro) hace exactamente lo mismo con Paul Preston, Santos Juliá o Ángel Viñas, en perfecta coherencia con el «Gran Maestro» que sabiamente ignoraba los textos, datos y argumentos de sus críticos para no dar pistas sobre sus trapacerías y quedar al descubierto. Pero no cejaba de insultarles y calumniarles cada lunes y cada martes. Moa menosprecia también a todos

los historiadores menos a sus patrocinadores y adscritos, y los insulta y calumnia igualmente cada vez que abre la boca, pues nadie le hace ni maldito el caso, con las excepciones debidamente señaladas por razones estrictamente extrahistoriográficas. Los demás, al parecer, no dispondrían ni del derecho de réplica. No se le dan bien las sutilezas, ironías o el simple distanciamiento crítico debidamente fundamentado, pues con empuñar la brocha gorda con la que emborrona tanto papel prensado sobre la base de una dialéctica obtusa y monocorde capaz de darle vueltas a la noria hasta el aburrimiento, ya tiene bastante. Piensa, en su desvarío, que no cesa de emitir la esencia más depurada de una ciencia histórica excelsa que él cree, pobre, practicar.

Moa siembra vientos y cuando le pilla algún chaparrón ya se pone a llorar como una Magdalena por las esquinas diciendo que le niegan el paraguas o el chubasquero, que se le insulta y persigue con criminal saña sin más fin que ahogarle al pobre. (Pero si sólo ha sido un poco de sirimiri, hombre). Pero jamás cita entrecomillando los tales insultos y las pruebas palpables de tan cruel e injusta persecución, trocea los textos y los selecciona a voluntad no fuera a ser que si los reprodujera completos provocara una hilaridad aún mayor del que leyere. Siempre hurta al lector las fuentes de donde se supone que debería tomar sus referencias (como son inexistentes o franquistas, qué otro recurso le queda sino ignorarlas). El resto lo transtextualiza a su capricho sobre la base de los mismos profesionales a los que pone como hoja de perejil, y claro no va encima a publicitar sus obras. Sus torticeros propósitos, sus mentiras y manipulaciones, quedan siempre al descubierto ante el que sabe de verdad y constata que, en realidad, siempre pugna por hacer decir a los demás lo que nunca dicen.

Sin duda le hemos dado excesiva cuerda, pues no cesa de cascar y cascar y retoma de nuevo el runruneo y petardeo nuestro incontinente parlanchín. Nuestro pecado no ha sido otro que mostrar lo que esconden estos sujetos debajo de la gabardina. Es decir, nada, o es tan trivial que no se percibe ni con lentes de aumento, por lo que no sería necesario ni siquiera alertar a la policía anticorrupción de menores.

Que quede claro. Nosotros no estamos naturalmente en posesión de La Verdad (?), ni pretendemos convencer a nadie de nada, pues, aparte

de poco crédulos, sería además incoherente, vana tarea, y no tenemos vocación ni de apóstoles, ni de simples curas de a pie, ni menos aún de revolucionarios o contrarrevolucionarios visionarios. No somos justicieros de fachas del ayer ni de rojeras del hoy o viceversa. Somos sencillamente ciudadanos libres que no estamos dispuestos a callar ante el insulto y la mentira, y contestamos a semejantes individuos en los términos de los que ellos mismos se han hecho sobradamente acreedores. Eso es lo que hay. No hay más. Que cada uno saque sus propias conclusiones y siga los sabios consejos de la mejor publicidad: «Busque, compare y, si encuentra algo mejor, cómprelo».

EPÍLOGO DEFINITIVO

Qué decir para concluir «definitivamente» que no hayamos dicho ya hasta la extenuación propia y la saciedad ajena abusando desconsideradamente de la paciencia del que leyere. Nada. Se nos agotan las palabras, nos faltan los adjetivos para poner fin a estas páginas y calificar adecuadamente a sus directos destinatarios pues no queremos recurrir al toque de degüello con el trasunto de Mr. Bean, a pesar de que para muchos no deja de hacer méritos a diario para merecerlo (metafóricamente hablando). Si nosotros, a diferencia de él, a pesar de nuestro declarado antifranquismo, ni siquiera habríamos aceptado la ejecución de Franco, cómo habríamos de aceptar la de un simple y trivial admirador suyo a estas alturas. Su obtusa reiteración produce el efecto no deseado de aumentar nuestra contenida irritación y no queremos acabar ladrando como su amigo Jiménez u otros *hooligofans* periodísticos de parecido pelaje no vayan a confundirnos. Nosotros nos limitamos a no dar la callada por respuesta y a no poner la otra mejilla cuando se abofetea y se desprecia la honorabilidad de nuestros mejores maestros, compañeros y colegas y el noble oficio al que sirven con ejemplar dedicación (aunque alguno de ellos, como González Cuevas, se confunda) sin hipócritas concesiones al lenguaje políticamente correcto que su destinatario sencillamente ignora. En esta vida cada cual recoge lo que siembra. Antes los de la Cierva; hoy los Moas, Marcos o Vidales. Y a quién Dios se la dé, San Pedro se la bendiga.

Definitivamente Moa, sus patrocinadores y sus adscritos, no digamos sus *hooligofans*, no merecen nuestra atención por modesta que sea. No tiene el menor sentido replicarles una y otra vez. Sería como echar margaritas a los cerdos o tratar de matar moscas a cañonazos, si se nos disculpa este exceso metafórico. Nos ha costado algo llegar a tan evidente con-

clusión (aunque permítasenos decir que la presumíamos de antemano), pero al fin hemos llegado a ella por nuestra cuenta y riesgo, tal como nos aconsejaban muchos colegas y amigos más sabios que nosotros cuando decidimos a título personal que no podíamos seguir aceptando impasibles la apabullante ofensiva mediática desplegada contra nuestra propia historia, contra el buen nombre de un oficio y la propia dignidad de sus propios cultivadores. Ahora lo hemos hecho de nuevo (y no nos duelen prendas) ante su airado y vergonzante nuevo libelo destinado a satisfacer sus exclusivos «demonios familiares». Hemos tratado de evitar que alguno de nuestros lectores algo despistado pudiera pensar que dábamos la callada por respuesta y que semejante silencio pudiera ser interpretado como una forma más o menos velada de aquiescencia. No obstante no habrá más, pues previsiblemente el pobrecito hablador no callará nunca.

Con *Anti Moa. La subversión neofranquista de la Historia de España* (2006), y ahora con *Revisionismo y política. Pío Moa revisitado* (2008), creemos que estamos más que cumplidos con nuestro modesto combate en pos de una *Educación para la ciudadanía* tan deseable como incomprendida o sencillamente calumniada por todos aquellos que siempre preferirán tener a su disposición a una masa adocenada que a un conjunto de ciudadanos críticos. Lo mismo decimos de la tan denostada llamada Ley de Memoria Histórica a la que le atribuyen gentes desinformadas o excesivamente medrosas o con ocultas intenciones cosas que en modo alguno cabe deducir de su propio texto, y mucho menos del ánimo del legislador o de los ciudadanos demócratas de este país que no quieren escarbar en el pasado ni reabrir heridas sino algo tan simple, tan sencillo, tan elemental, tan irrenunciable, como cumplir con la justicia debida que no podemos estar siempre relegando a las calendas griegas. Esperamos con ello contribuir aunque sea mínimamente al deseado reforzamiento de nuestra cultura política democrática. Ya hemos dado más que suficiente satisfacción a todo aquel que se haya sentido intelectualmente agredido por Moa y seguidores. Proseguir por ese camino, aparte de una lamentable pérdida de tiempo, sería una forma como otra cualquiera de prostitución literaria a la que nosotros al menos no estamos dispuestos a servir.

En fin, una vez dada una réplica justa *(ius suum quique tribuere)* a semejante falsario y todo lo que le rodea, también nos retiramos nosotros

de nuevo a nuestros ocios y negocios bastante más estimulantes que seguirle el juego a este polemista de perra chica y demás tropa. La demagogia, la manipulación y el insulto diario a tantas personas respetables se la dejamos a su entera disposición a este pollo a partir de ahora mismo y a sus admirados seguidores en sus *blogs* personales y articulitos digitales de todos los días donde dicen que somos los demás los que nos excedemos en nuestra labor crítica. Moa, en verdad, nos molesta y nos distrae con el eco de sus «sesudas» publicaciones de pretendida investigación histórica que lanza al mercado de vez en cuando. No estamos ciegos ni sordos, ni mucho menos mudos. Cuando el montón de basura es ya notable y le atufa la habitación, la recoge y para ventilar un poco el cuarto –qué remedio–, nos la lanza por la ventana al grito de «¡agua (libelo) va!». Qué cara más dura. ¿Qué culpa tenemos los tranquilos viandantes de su falta de diligencia recicladora? De eso come, pues que no se prive y siga engordando hasta la mismísima morbidez.

Ahora, gracias a Libertad Digital TV, dispone toda esta tropa de un nuevo instrumento de *agit prop* que añadir a su holding mediático desde donde poder difundir su burda propaganda con programas estelares, como el antes aludido de *Debates en Libertad* conducido por un tal Javier Somalo (más bien, Requetemalo) quien, como hemos dicho, brilla radiante a la «altura» de sus entrevistados situados más o menos al nivel de las Fosas Marianas. No recordamos haber visto jamás un «moderador» (allí no había nada que moderar pues iban todos a piñón fijo) tan poco profesional, tan cómplice, tan sectario. Superó ampliamente la capacidad manipuladora de los Carlos Dávila o Alfredo Urdaci de los buenos tiempos en que mandaba el amiguete del rancho Crawford. Somalo no paraba de acosar a sus invitados haciéndoles preguntas retóricas que ya llevaban implícita la respuesta que se esperaba de tan preclaros pensadores no precisamente invitados por casualidad a tan prestigioso foro. El «debate» estuvo dedicado no ya a la cuestión de la «Memoria histórica» sino a su sistemática manipulación de lo que la misma pretende, es y significa, y sería merecedor de un detallado desguace en seminarios especializados o cursos de doctorado dedicados a la propaganda política. ¡Desde luego no a la Historia o a la memoria colectiva!

El tal Somalo pudo contar para tan brillante encuentro como hemos dicho con una auténtica cuadriga de lujo digna del mejor circo romano. Nada menos que «el Gran Titán o Gran Maestro» de todos ellos, «el Pobrecito Hablador» y dilecto discípulo, alias *The Mr. Bean of Spanish Tales*, «Dedos Mágicos», alias *The Cheeky Devil of Worldwide Tales*, y un cuarto mosquetero que acaba de sumarse a la feria (pero sin la menor aspiración de poder emular a un hipotético D'Artagnan). Más bien se trataría de un nuevo Aramis, pues uncido a la ola revisionista del momento iba debidamente revestido de sacerdote ya que al parecer se le han caído los arreos azules del uniforme de Falange. Pero, moderno él, conserva la vestimenta negra con alzacuellos para mejor impresionar y adoctrinar al personal, por lo que bien podría pasar a la historia de semejante banda de los cuatro como «el Neocruzado Mágico de Occidente» con permiso de ese gran periodista que es Pedro José. Atentos (Miguel Ángel Aguilar).

Naturalmente del amplio listado de profesionales que llevan años publicando estudios serios sobre la Memoria Histórica y podrían hacer sensatas aportaciones a tal debate, nada de nada. Primero, porque no interesan a los Somalos, Requetemalos y a sus jefes debates serios, científicos, académicos y, por tanto, civilizados. Y segundo, porque los verdaderos profesionales del asunto están acostumbrados a debatir con sus iguales y, con esta banda de los cuatro correrían el evidente riesgo de que les cegara la prístina Luz de La Verdad que irradian siempre semejantes estrellas y les dejaran completamente ciegos. Humanos al fin, prefieren lógicamente no correr riesgos de baja laboral por lo que dudamos que caigan en la tentación de interrumpir sus investigaciones y estudios para asistir a ese tipo de saraos que nada positivo puede aportarles salvo una considerable hinchazón de las meninges. Así que a los que nos les guste el circo y tengan verdadero interés en la Historia contemporánea de España no tienen más que acudir a las librerías especializadas, asesorarse adecuadamente, leer periódicos y revistas de calidad, escuchar cadenas de radio serias o canales de televisión verdaderamente independientes, que rechacen por cuestión de principio la demagogia facilona y se animen a convocar tertulias con especialistas acreditados y no con amateurs, propagandistas e *historietógrafos* de poca monta.

No hay nada más empírico que meter los propios dedos en las llagas ajenas: «No merece la pena», nos advertían. «Es ponerse a su nivel», nos alertaban. Hombres sabios. «No se polemiza con panfletarios», sentenció Antonio Elorza en un elocuente artículo premonitorio al que hicimos referencia en *Anti Moa* y que lo resume todo. Tenían razón. Toda la razón, por lo que a nosotros respecta, pero había un público numeroso aguardando expectante algún tipo de respuesta a toda esta subversión neofranquista de la Historia contemporánea de España como hemos tenido ocasión de demostrar, y nos pareció que merecían nuestra atención. No vamos a pedir perdón por ello y menos íbamos a dar la sensación de preferir callar ante el nuevo libelo de Moa. Desde luego no acabaríamos nunca. Ya hemos dicho que si no callamos con Franco, ni nos hizo callar Ricardo de la Cierva, menos iban a silenciarnos ahora, ya talludos, estos renovados propagandistas de la nada. Que conste en acta, pues, para que no se malinterprete a partir de ahora nuestro más decidido silencio diga lo que diga, incluida la posibilidad de que aluda a nuestra santa madre. Ya está contestado.

Ese público que se sentía desatendido, si no tan mayoritario como los secuaces de Moa y demás tropa, es tan digno como cualquier otro de recibir algún tipo de satisfacción. No toda persona con curiosidad intelectual puede leerse una docena de buenos libros referidos a un campo concreto de la Historia como el correspondiente a la II República, la Guerra Civil y el franquismo para hacerse una adecuada composición de lugar de tan conflictivo período de nuestra historia. A ellos fundamentalmente dedicamos *Anti Moa*, y también a todos aquellos que se inician en el estudio riguroso de nuestros antecedentes históricos con ilusión y verdadera vocación acudiendo a obras serias de autores serios, y no a los libelos propios de los libelistas, aunque a veces algún ingenuo o bienintencionado buscador de «contrastes» incurra en semejante error. («¡Qué horror, qué inmenso horror!»). Naturalmente que siempre habrá Ciervas, Moas y Vidales, pero afortunadamente también historiadores rigurosos como Malefakis, Preston o Viñas. En cualquier caso, ya será a las nuevas generaciones de historiadores a quienes les corresponderá aplicar a los falsarios correspondientes el tratamiento terapéutico que corresponda.

Es fundamental acudir a la literatura solvente para poder entender no pocos de nuestros actuales consecuentes. También dedicamos *Anti Moa* al inolvidable Manolo Tuñón de Lara, un «viejo maestro» de los que ya van quedando menos, que sabía escuchar y respetar siempre a su interlocutor y supo conjugar como nadie competencia profesional, independencia de criterio y compromiso social. Tampoco trataba de convencer a nadie de nada y sabía discutir con reconocimiento y respeto a su interlocutor, y por eso se hacia respetar y querer a diferencia de los insultadores profesionales que no le llegaban ni a las suelas de sus zapatos. Le calumniaban con odio y envidia incontenibles los predecesores de toda esta jarca neofranquista y ahora incluso algún memo de aquellos, de ilustrísimo apellido, porfía por semejante ciénaga. Es ahí donde ellos se sienten como pez en el agua.

Jamás llegamos a comprender el porqué de tanta bajeza. ¿Es así como trataban de cerrar las heridas de la Guerra Civil, superar el franquismo y consolidar la democracia de todos toda esta patulea de cantamañanas que en el mundo son, han sido y serán? Pero él se hacia el sordo..., (desde luego era duro de oído, lo que formaba parte indisociable de su encanto personal). Los hijos espirituales de aquellos jabalíes también le insultan ahora después de muerto (?) como mejor muestra de su impotencia mental. No dudan en aludir desdeñosamente a los padres y maestros de sus contradictores en su ejemplar lucha sin cuartel contra los que quieren considerar como sus más feroces enemigos. Manuel Tuñón de Lara nos habría regañado probablemente por *Anti Moa* o por reincidir ahora con este *Revisionismo y política* pero, queremos creer, que no nos repudiaría por ello. No por sabio, sino por bueno. Para nosotros siempre será un honor ser calificados de «tuñonianos» o «hijos de Tuñón». Gracias, aunque a nosotros nos basta y sobra con ser hijos de quienes somos.

Ya lo dijimos en *Anti Moa* y lo reiteramos ahora: sintonizamos en emisoras diferentes; nunca podrán los profesionales y los propagandistas establecer el menor contacto ni en la primera, ni en la segunda, ni en la tercera fase. Como mejor prueba de ello puede verse, a modo de ejemplo, el *dossier* «Manipulaciones de la Historia» en el que colaboraron un grupo de «profesorcillos e historiadores marxistoides de poca monta», que diría Moa (Julio Aróstegui, Enrique Moradiellos, David Ruiz, Án-

gel Viñas, Gabriel Cardona, Ricardo Miralles, Francisco Espinosa, Javier García Fernández y nosotros mismos), ante la solicitud de la revista *TEMAS para el debate* (febrero 2006), en el que se abordaban algunas de las cuestiones más polémicas que aún pretenden mantener vivas los mal llamados revisionistas que lidera Moa.

La razón de nuestro futuro silencio es de otro orden. No es en absoluto ideológica o política como trata por todos los medios de dar a entender Moa para justificarse. Creemos que ahora, ya «moralmente» armados y «cívicamente» cumplidos, sí está más que justificado. No hay argumentos posibles ni razones suficientes para convencer a los tontos de solemnidad de que nos dejen en paz cuando se nos interponen en medio de la calle y se empeñan en vendernos sus estampitas supuestamente premiadas salvo que se sea tan tonto como ellos mismos. O unos malvados. O Mr. Bean.

Hemos leído a Moa, y le hemos contestado en los términos exclusivos de los que él mismo se ha hecho sobrado acreedor. Se lo ha ganado a pulso. *Un point. C'est tout*. Cuando no obstante insisten (los tontos de solemnidad), no queda más vía que apartarles sin violencia, con tacto, de nuestro camino, y decirles con corrección: «No. Gracias», y ya está. Pero como es propio de los tontos insistir es previsible que sigan dando la tabarra, que sigan aturdiéndonos los oídos, que nos presionen lo indecible para que les hagamos un poco de caso, nos hagan saltar y entremos de nuevo al trapo para poder así seguir dando pasto a sus seguidores. Tal es la estrategia de la crispación. No hay problema con nuestro declarado propósito de silencio; otros quizás hablarán por nosotros. O no. No tendrá la menor importancia. Más pronto o más tarde vendrán nuevos estudiosos o damnificados culturales o morales, que ya con más bríos y talentos, despiezarán aún más la hojarasca impresa de este caballero desde todas las ricas y variadas perspectivas que ofrecen las ciencias sociales si les parece oportuno o necesario hacerlo. O se hará un absoluto silencio en torno suyo tan relajante, tan evocador, tan placentero como el que en su día nos produjo escuchar ene veces los sonidos del silencio de Paul Simon y Art Garfunkel en la película *El graduado* de Mike Nichols.

Los pobres de espíritu no entienden jamás. Entonces sólo cabe acelerar el paso y alejarnos lo más rápidamente posible del territorio que

frecuentan. Al fin y al cabo ancho es el mundo. Con un poco de inteligencia y buena voluntad podemos evitarlos y seguir paseando tranquilamente que hay sitio para todos, si bien habrá que hacerlo lo más alejados de ellos que sea posible, pues lo contaminan todo. El hedor es bastante más intenso de lo imaginado y no podemos evitar que nos llegue cada vez que destapan la charca donde empapan la brocha gorda con que emborronan tanto papel amarillo o simplemente abren la boca para gritar e insultar, mintiendo y tergiversando por sistema, haciendo gala de la grave halitosis (terminal) que padecen.

Y punto final. ¿Es necesario aclarar al amable lector que nos haya seguido hasta aquí que no hemos recibido ni una sola –repetimos: ni una sola– reconversión o admonición por haber tratado a Pío Moa de *historietógrafo* y de referirnos a sus escritos como simple *historietografía*? Nadie, absolutamente nadie del mundo académico o profesional, es decir, proveniente de departamentos universitarios de Historia Contemporánea, de institutos de alta investigación, de asociaciones profesionales de Historia, de especialistas cualificados o hispanistas destacados, etc., ¡no digamos de la Real Academia de la Historia o de la de Ciencias Morales y Políticas! se ha tomado la molestia de contradecirnos o reconvenirnos. A título individual, tampoco. No, no, hay uno; nos olvidábamos de un lector de Barcelona, abogado para más señas, que nos indicaba que habíamos sido excesivamente «duro» con el señor Moa y otros periodistas a los que también nos referíamos y que a su juicio no venía a cuento (?) aludir a ellos como lo hacíamos. Le contestamos con la misma amabilidad y educación con las que él se dirigió a nosotros.

Ningún abogado, además, podría rechazar el legítimo derecho de defensa que asiste a todo agredido. Le preguntamos lógicamente si leía a Moa y a sus patrocinadores y adscritos o escuchaba a sus *hooligofans* mediáticos, y si lo que ellos hacían a diario en sus periódicos virtuales, artículos propagandísticos, libelos y *blogs*, era a su juicio más *light* que nuestra contenida respuesta (fácil ejercicio de comparatismo científico), y que si los Moa y adscritos se manifestaran en la expresión de sus opiniones con la misma educación, respeto y ausencia de dogmatismo con la que él lo hacía con nosotros, jamás nos habríamos tomado siquiera el penoso trabajo de contestar a Moa. ¿Queda algo más claro ahora el

porqué de *Anti Moa* o todavía no? ¿Se entenderá ahora de verdad la razón de este «definitivo» *Revisionismo y política*?

Una última y «definitiva» apostilla. Hemos recibido multitud de correos electrónicos y cartas de apoyo. Aquí hemos ofrecido apenas una pequeña muestra de todo ello apoyando sin equívocos e incluso con entusiasmo nuestra posición ante el «fenómeno Moa» aunque no todo el mundo lo entienda. *Anti Moa* (desde su primera edición) debiera haberse titulado, *La subversión neofranquista de la Historia de España*, y haber puesto en todo caso de subtítulo *Pío Moa y demás tropa* apenas como coletilla explicativa complementaria. Pero el orden de los factores no altera el producto. Y, el «anti», era obviamente un guiño intelectual Marx-Engels mediante, que naturalmente no captaron los *hooligofans* analfabetos de su principal destinatario.

¿Quiere el señor Moa que publiquemos «toda» la tal documentación al completo que no hemos parado de recibir desde la aparición de *Anti Moa* como «prueba irrefutable *pro domo mea*»? ¿Quiere que se la remitamos para su gozo –masoquista– particular? Suponemos que como es tan dado a «rellenar» sus fatigosos libelos con supuesta «documentación científica», probatoria, incontrovertible, definitiva, en defensa de sus peregrinas «tesis» (mitos) no le parecería mal que nosotros hiciéramos algo parecido. Sin embargo, hemos considerado superfluo hacerlo pues convertiría este libro en un verdadero «ladrillo». Con una pequeña antología basta y sobra. Nosotros tenemos otra idea muy distinta de lo que constituye la documentación probatoria sobre la que debe sostenerse todo estudio digno de tal nombre. Además, estamos absolutamente convencidos de que si Moa abriera en su *blog* un banderín de enganche *Pro Moa* o *Anti Reig* nos ganaría más que probablemente por goleada. No es necesario acudir a ninguna prueba del algodón confirmatoria para poder presuponer tal con razonables dosis de convicción heurística. Además, ninguna otra derrota podría parecernos más digna y lógica que esa, caso de producirse, pues una cosa es comprar libros y otra muy distinta leer los que se compran y enterarse de lo que dicen como resulta más que evidente. Nos consolaríamos en cualquier caso con los versos de Agustín García Calvo: «Enorgullécete de tu fracaso / que sugiere lo limpio de tu empresa / luz que alum-

bra en la noche / más espesa hace la sombra / y más durable acaso». Y es que en determinadas ocasiones y circunstancias cuánto más grato es encontrarse en minoría o con las minorías. Ni mil millones de moscas nos inducirían a cambiar nuestros hábitos alimentarios.

Sarcasmos aparte, no sabemos si los tontos están en mayoría o en minoría. Suponemos que según circunstancias y perspectivas. Casi todo es relativo y hay muchos tipos de inteligencia y no todos servimos para lo mismo. Algunos no es que no mintamos por angélicos, es que si tan sólo lo intentáramos a pesar de la edad seríamos de inmediato descubiertos pues enrojeceríamos como tomates desde el primer intento. No deja por ello de admirarnos la facilidad, recurrencia y persistencia con que lo hacen tantos sin que se les coloree mínimamente la faz o se les mueva un músculo de su impresionante jeta. Cuestión de costumbre –suponemos–, de firme entrenamiento, de ejercitarse sin mesura ni descanso, de verdadera profesionalidad. De irrefrenable vocación. *Chapeau!* a todos ellos.

A pesar de la extensión de la educación a todo el conjunto de la sociedad española desde la recuperación de las libertades y la consolidación democrática, la cultura, aquí, en España, y en cualquier otro país por muy desarrollado que esté dada la infinitud de sus fronteras tiende a la especialización y, en consecuencia, a partir de determinados niveles es lógicamente cuestión de minorías, de elites destacadas, de expertos cualificados. Hay otra cosa llamada «subcultura de masas», que la propia denominación explica suficientemente y que es la que pretende hacer del señor Moa un «historiador» solvente convirtiéndolo en realidad en el verdadero rey de los bobos..., y no ese supuesto «iluminado de la Moncloa» al que le adjudican él y sus secuaces semejante título.

Con Azaña hicieron lo mismo sus predecesores propagandísticos y, llegado el caso (José María Aznar), procedieron a sacarle del infierno masónico donde le tenían recluido para tratar de llevárselo en exclusiva a su pretendido edén centrista. Se les vio el plumero en seguida. En cuanto tuvo el PP mayoría absoluta y ya no tuvo necesidad de ponerse la piel de cordero centrista, volvieron por sus fueros y, de la mano de Moa y otros, le devolvieron a su pretendida condición «jacobina». Ahora se habrá hecho millonario (si vende lo que dice vender) a costa de demonizar a Azaña o a Negrín y santificar o exculpar al gran caudi-

llo (¡qué original!). Así que no se queje, ni llore tanto, ni nos venga con más cuentos..., que nos sabemos ya todos *sus* cuentos..., que diría *Felipe* (versión Moa).

Bien, llegados a este punto «definitivo» hemos de felicitar muy sinceramente a Luis Pío Moa Rodríguez (al menos en una cuestión incontrovertible), ya que su «obra» supone una contribución impagable a la salud pública al hacernos a los españoles el inmenso favor de hacer saltar por lo aires un «paradigma» francamente inquietante..., pero no el de lo que él llama «la historia progresista» (?), ni por supuesto el de una pretendida «historia carca, fachosa, reaccionaria o neofranquista» (?). Moa, mejor que nadie de sus compañeros de viaje, patrocinadores, adscritos o secuaces, demuestra, e-jem-pli-fi-ca, la quiebra ab-so-lu-ta de la pura y simple *his-to-rie-to-gra-fía* sin adjetivos ni mayores aditamentos. ¿O habrá que empezar a considerar la posibilidad de una nueva disciplina académica –*¿Opinología trivial?*– a la altura de las especialidades nigrománticas cursadas por su colega César Vidal, el nuevo Leonardo da Vinci del tercer milenio?

No parece necesario. Como de la «Ufología (objetos voladores no identificados) histórica» ya se ocupa tan brillantemente el mentado ufólogo o reputado «Dedos Mágicos» (Javier Marías, *dixit*), quizá sería cosa de pensar para Moa, una vez jubilado don Ricardo y dados sus manifiestos talentos, en que le sucediera con todos los honores en la cátedra de *Historietografía española (ad cursum honorem)* para la que ya le propusimos con sincero entusiasmo en su momento (y si se tercia al ufólogo la de *Historietografía universal*) ¿Se la dieron a don Ricardo? Si así fue, desde aquí nos permitimos proponer a quien corresponda a Moa Rodríguez para sucederle en tan merecido sitial (a ver si así se satisface un poco su desmesurada egolatría, se libera de una vez de sus neuras, deja de dar la vara y se calma un poco) y si no que le doten en el San Pablo-Ceu, donde parece que tanto le admiran, la partida presupuestaria correspondiente ya que tiene sobradamente acreditada su competencia, según la mayor parte de su claustro en su propio decir. Proponemos más: que la cátedra reciba el justo nombre de «Ricardo de la Cierva-Rowan Atkinson». Es de ley. Y al otro genio, que no desmerecería a su lado (vaya equipazo), que le den la «Saturnino Calleja-Get Smart Súper

Agente 86». ¿Qué mejor homenaje que los más brillantes de los discípulos hicieran así honor a los más brillantes de los Grandes Maestros de nuestra *historietografía* en su *vis* más desternillantemente cómica?

Pero a la Historia, así con mayúsculas y sin adjetivos, que la dejen en paz «definitivamente». No les necesita absolutamente para nada. Créannos. Ni al «Gran Maestro» y desconsolado viudo del general superlativo, ni al trasunto de Mr. Bean que le ha tomado el testigo, ni al mozo de cuadra del rancho Crawford que confundió el cielo con el infierno, ni al experto nigromante «Dedos Mágicos», ni al desvergonzado insultador de los obispos carcundas, ni a su palanganero mayor que vendió su primogenitura por un plato de lentejas, ni al rijoso maestro de periodistas de nuevo uncido al singular Pedrojosé del amarillo *Mundo* mundial, ni al señorial señorito del señorío hispano, ni a la gran dama blanca de la selva mediática, ni al pobrecito don Ceceoo de la tele más lacaya hasta ahora conocida, ni al gran entrevistador de Moa Carlitos *Clown*, ni a todo el resto de la innumerable tropa de ejemplares coristas que han abjurado de su juramento hipocrático (de periodistas y escritores como Dios manda) y que, al fin y al cabo por un mísero plato de *botifarra amb mongetes* (que diríamos aquí «en provincias»), han renunciado a su muy digna primogenitura (honorabilidad). Creen emitir todos ellos, tan encantados de haberse conocido, los más deliciosos gorgoritos «periodísticos», «políticos» e incluso «históricos» llegado el caso, pero no hacen otra cosa que desafinar y contaminar el medio ambiente cada vez que enseñan los dientes o desenvainan el sable con el que ensucian y destruyen tanto papel (¡pobre Amazonia!) con pretensiones didácticas.

Aun dirigiéndonos a todos los correspondientes y equivalentes del mundo mundial, que son legión, y particularmente a los de nuestra querida España/Espadaña, lanzamos nuestro desesperado ruego directamente al señor Moa, que tan dignamente los representa:

> «¡¿Por qué no te callas?!»

Es decir, o queremos decir en realidad con majestuosas maneras, para que nos entienda mejor el propio interesado o no nos malinterpreten los lectores apresurados tachándonos de prepotentes o maleducados, como

haría (quizá en otra ocasión) y siempre debiera hacer, todo un rey (el español del año), olvidándose también de ese tuteo borbónico tan *demodé*:

> Dilectos periodistas y escritores de afamada pluma y más que demostrado saber historiográfico, político y lo que sea menester [el que no sea cofrade que no tome vela], ¿por qué no mantienen vds., en estado letárgico una buena temporada sus sagaces y elocuentes lenguas a fin de que no se nos calienten las meninges más de la cuenta –que después pasa lo que pasa– a todos los demás mortales, e impedir así que no se nos dispare la tensión arterial más allá de lo sanitariamente tolerable? Al fin y al cabo, como dijo uno de mis antecesores en el cargo, «todos somos hijos del mismo sol y tributarios del mismo arroyo».

No caerá esa breva, vive Dios. Y ya que invocamos su santo nombre: ¿sería posible, Dios de los ejércitos (civiles), alcanzar tanta dicha en este mundo? Señor, ten piedad... Cristo, ten piedad... ¡Señor, ten piedad!

ANEXOS

Anexo I. Denuncia colectiva interpuesta por un grupo de ciudadanos contra Pío Moa por iniciativa de Hugo Martínez Abarca el 26 de noviembre de 2007.

HECHOS DENUNCIADOS

Primero. El denunciado, en su calidad de escritor, acaba de publicar un libro titulado *Los años de hierro*, a cuenta del periodo de la Historia de España coincidente con el final de la Guerra Civil y comienzo de la Segunda Guerra Mundial (1939) y el final de ésta (1945). Es conocido por sus libros varios y artículos de opinión en prensa escrita y digital en los que, en contra de la opinión mayoritaria de historiadores, avalada por el propio Parlamento Europeo, justifica y legitima el golpe de Estado cometido contra el Gobierno legítimo y democrático elegido por los españoles y españolas en el año 1936, y que sumió a España en tres años de Guerra Civil y, aún peor, en una legislación de excepción en la que sin ninguna garantía jurídica se condenó y represalió, pagando decenas de miles de personas con su vida, la mera defensa de la legalidad democrática salida de las elecciones de febrero de 1936.

Segundo. Pero no es el contenido de sus libros ni la valoración de la ideología del Sr. Moa lo que aquí se denuncia: existe una libertad de expresión, información y prensa, avalada por nuestra Constitución, y que nuestro Tribunal Constitucional ha ido, con el tiempo, configurando en sus límites. Lo que se trae a denuncia son las opiniones vertidas por el Sr. Moa a cuenta de la presentación del libro *Los años de hierro*, en respuestas a los periodistas.

Tercero. Se acompaña al presente escrito de denuncia artículo escrito por el periodista Juanma Romero, para el diario *Público*, de fecha 29 de octubre de 2007, señalándose los archivos del citado periódico a los efectos probatorios oportunos. Del resumen de las manifestaciones del Sr. Moa recogidas, y por su trascendencia penal, señalamos:

1.º La equiparación expresa que el denunciado hace sobre los defensores de la Ley de la Memoria Histórica con los criminales, los de las checas: **Al señalar que los que defienden la Ley de la Memoria Histórica «se identifican con los criminales, los de las checas», está formulando acusaciones injuriosas** no sólo contra los ciudadanos y ciudadanas que somos partidarios de la Ley, lo que ya de por sí legitima a los presentes para la interposición de denuncia, sino a **la propia persecución de oficio, al estar injuriando gravemente a los diputados y diputadas de las Cortes Generales que han defendido y votado a favor de la Ley**.

2.º De igual o mayor alcance tienen las valoraciones efectuadas con manifiesto desprecio a la verdad sobre algunas medidas represoras tomadas inmediatamente acabada la guerra: el carácter estalinista de «las trece rosas» justifica su fusilamiento, la no inocencia (pero no se dice de qué era culpable) de Lluís Companys justifica su fusilamiento para concluir: «**El régimen [de Franco] no quería aniquilar al enemigo rojo, no, sólo hizo algo: lo escarmentó**».
A los hechos que se denuncian corresponde la siguiente

VALORACIÓN PENAL DE LOS HECHOS

Primera. Dispone nuestro vigente Código Penal, en su artículo 496, párrafo 1º :

«El que injuriare gravemente a las Cortes Generales o a una Asamblea Legislativa de Comunidad Autónoma, hallándose en sesión, o a alguna de sus Comisiones en los actos públicos en que las representen, será castigado con la pena de multa de doce a dieciocho meses» .

Pues bien, en este caso, a diferencia de las injurias a particular no reforzado por su condición de autoridad o funcionario equiparado, el tipo específico tiene carácter de delito público, en cuánto la propia Sección en la que está enmarcado recoge los delitos contra las Instituciones del Estado.

Está claro, más todavía por el momento en que el denunciado equipara a los defensores de la Ley de la Memoria Histórica con criminales, de reciente aprobación parlamentaria de la Ley, que existe un claro «animus injuriandi», o ánimo de injuriar, perseguido contra todos sus defensores en general, pero en particular contra los partidos políticos y también contra los parlamentarios de los mismos que defienden y votan la Ley en las diferentes Comisiones del Congreso y en el Pleno.

El delito tipificado en el artículo 496 antes descrito se estaría cometiendo igualmente, de forma extensiva, contra el Parlamento Europeo, en la medida en que el mismo, tras votación de sus miembros en Pleno, formuló **declaración institucional el 4 de julio de 2006 por la que se condenaba el golpe de Estado contra el Gobierno de la República, la represión posterior, y se conminaba al Estado español a la exhumación de fosas, recuperación de desaparecidos, y reparaciones económicas y morales** entre otras, declaración que de por sí constituye el germen de la Ley aprobada en España.

Segunda. Señala el artículo 510, párrafo 2.º de nuestro Código Penal:

«510.2. Serán castigados con la misma pena (del párrafo anterior, prisión de uno a tres años y multa de seis a doce meses) los que, con conocimiento de su falsedad, o temerario desprecio hacia la verdad, difundiesen informaciones injuriosas sobre grupos o asociaciones en relación a su ideología, religión o creencias, la pertenencia de sus miembros a una etnia o raza, su origen nacional, su sexo, orientación sexual, enfermedad o minusvalía.»

Cuando el denunciado, a preguntas del periodista señala «Franco no aniquiló a los rojos, los escarmentó», está dando una cruel e intencionadamente injuriosa versión de lo que se le preguntaba, relacionado con las víctimas de la represión franquista, al equiparar la muerte violenta de personas, las torturas o la privación de libertad con un mero escarmiento.

Evidentemente, bajo el término «rojos», se incluyen todos aquellos que defendieron la legalidad republicana, incluyendo los partidos políticos que la representaban, y que tienen su personalidad jurídica plena y en vigor. Se incluyen también las asociaciones de presos y represaliados.

Por lo tanto, lejos de ser una injuria inespecífica, la afirmación del denunciado entendemos cumple el tipo del art. 510.2 del Código Penal, en tanto que injuria por razón de su ideología, como mínimo con temerario desprecio a la verdad, a los partidos nacionalistas y no nacionalistas que defendieron la legalidad vigente emanada de las urnas en 1936, como injuria a las asociaciones de presos y represaliados, y de sus familiares.

Entendemos, igualmente, que la inmensa pluralidad de injuriados bajo el paraguas verbal de «rojos», hace que, de forma autónoma, estemos hablando de un delito perseguible de oficio.

Entendemos que la interpretación dada hasta el momento por nuestra jurisprudencia de la defensa de los derechos reconocidos por los artículos 14 y siguientes, y 55 y siguientes de la Constitución es compatible con la persecución de las extralimitaciones de tales derechos efectuadas ante un supuesto amparo de la libertad de expresión que, en el caso del denunciado, sobrepasa los límites de su propio derecho, invadiendo el derecho al honor y a la integridad moral de cientos de miles de personas:

Lo expuesto hasta el momento, se denuncia en calidad de delitos públicos, perseguibles de oficio, y sin perjuicio de las querellas que por injurias, a título particular, pudiesen interponer particulares, partidos políticos o asociaciones, y sin perjuicio de las acciones que, en vía civil, pudiesen interponerse por los familiares o herederos de fallecidos en defensa de los derechos de los mismos.

Por los hechos descritos, y con la valoración penal que se detalla, entendemos corresponde la interposición al denunciado de las siguientes sanciones :

1.º Condena a la pena de dieciocho meses de multa como autor de un delito de injurias graves a las Cortes Generales y al Parlamento Europeo.

2.º Condena a la pena de dos años de prisión y multa de doce meses como autor de un delito de injurias del 510.2 del Código Penal cometido contra los partidos que, actualmente legalizados, sean sucesores de

aquellos que defendieron la legalidad republicana, así como contra las asociaciones de presos, víctimas y represaliados del franquismo.

Lo que firmamos en Madrid a 26 de noviembre de 2007.

Anexo II. Manifiesto a favor de Pío Moa publicado el 4 de diciembre de 2007 contra «la nueva Inquisición que pretenden implantar estos chequistas de nuevo cuño» que habrían emprendido «una campaña de censura y encarcelamiento promovida por IU, militantes del PSOE y anarquistas».

Expresamos nuestro apoyo más decidido al historiador Pío Moa, víctima de una campaña política y mediática incompatible con los usos democráticos.

Reivindicamos el derecho de todos a expresarse libremente, en los cauces señalados por la ley, y subrayamos que esa libertad es vital para la investigación histórica.

Reprobamos públicamente a los militantes de Izquierda Unida que han denunciado en sede judicial a Pío Moa; esas personas, buscando fines políticos, han atentado contra un derecho esencial de nuestro sistema de convivencia.

Reprobamos públicamente a Izquierda Unida y a los partidos que la componen, porque su cobertura política a la campaña anti Moa es digna de los peores usos totalitarios.

Pedimos a los poderes públicos que actúen de oficio contra los denunciantes y contra los promotores de la campaña anti Moa, porque su iniciativa supone una amenaza expresa contra la libertad de expresión de un ciudadano español.

Propugnamos la necesidad de que el estudio de la Historia, como cualquier otro campo del conocimiento, quede liberado de presiones espurias y de amenazas liberticidas.

Solicitamos a los ciudadanos españoles que se manifiesten en favor de Pío Moa, suscribiendo este texto o cualesquiera otras iniciativas en defensa del historiador.

BIBLIOGRAFÍA

ALTHUSSER, L., *La revolución teórica de Marx,* México, Siglo XXI, 1968.

ÁLVAREZ DE ESTRADA, L. (Barón de las Torres), «Franco y Hitler en Hendaya», *Razón Española*, 90, Madrid (julio-agosto 1998), pp. 56-61.

ÁLVAREZ JUNCO, J., Entrevista en *elplural.com,* 29 de noviembre de 2006.

APPIAH, Kwame A., *La ética de la identidad,* Buenos Aires, Katz Editores, 2007.

ARÓSTEGUI, J., *Por qué el 18 de julio... Y después,* Barcelona, Flor del Viento, 2006.

—, «Manipulaciones de la Historia reciente: El caso español», *TEMAS para el debate* 147, Madrid (febrero 2007), pp. 19-22.

AZAÑA, M., «Hacia una República mejor». Discurso en el Coliseo Pardiñas de Madrid el 11 de febrero de 1934, en *Obras Comple*tas (4 vol.). Compilación, disposición de los textos, prefacio general, prólogos y bibliografía por Juan Marichal, *II. Una política. En el poder y en la oposición,* México, Oasis, 1966, p. 918.

AZNAR, J. M., «Vientos que destruyen», *La Nueva Rioja,* Logroño, 9 de mayo de 1979.

—, *España: La segunda transición,* Madrid, Espasa Calpe, 1994.

BOBBIO, N., *Teoría general de la política,* edición de Michelangelo Bovero, Madrid, Trotta, 2003.

BOLLOTEN, B., *The Grand Camouflage*, Londres, Hollis & Carter, 1961.

—, *El gran engaño*, Barcelona, Luis de Caralt, 1961.

—, *La Guerra Civil española: Revolución y contrarrevolución*, prólogos de Stanley G. Payne y H. R. Trevor-Roper, Madrid, Alianza, 1989.

BRENAN, G., *El laberinto español. Antecedentes sociales y políticos de la Guerra Civil,* París, Ruedo Ibérico, 1962.

BURDICK, Ch. B., *Germany's Military Strategy and Spain in World War II,* Syracuse, Syracuse University Press, 1968.

CARDONA, G., *Historia militar de una guerra civil. Estrategia y tácticas de la guerra de España,* Barcelona, Flor del Viento, 2006.

—,«Franco retrasó su propia victoria», *TEMAS para el debate* 147, Madrid (febrero 2007), pp. 40-43.

CASTILLA DEL PINO, C., *Naturaleza del saber,* Madrid, Taurus, 1970.

—, *La culpa,* Madrid, Alianza, 1973.

—, *Teoría de la alucinación. Una investigación de teoría psico(pato)lógica,* Madrid, Alianza, 1984.

CELA, C. J., *Oficio de tinieblas 5,* Barcelona, Noguer, 1973.

CERCAS, J., *Revisar la revisión, El País,* 31 de mayo de 2007, p. 15.

CIERVA, R. de la, *Hendaya. Punto final,* Barcelona, Planeta, 1981.

COLLADO SEIDEL, C., «¿De Hendaya a San Francisco? Londres y Washington contra Franco y la Falange (1942-1945)», *Historia Moderna y Contemporánea* 7, Madrid, UNED, 1994, pp. 51-84.

—, *España, refugio nazi*, Madrid, Temas de Hoy, 2005.

DETWILER, D., *Hitler, Franco und Gibraltar. Die Frage des spanischen Eintritts in den Zweiten Weltkrieg,* Wiesbaden, Franz Steiner, 1962.

ESCRIVÁ DE BALAGUER, J. M., *Camino,* Madrid, Rialp, 2004.

ESPINOSA, F., *El fenómeno revisionista o los fantasmas de la derecha española. (Sobre la matanza de Badajoz y la lucha en torno a la interpretación del pasado),* Badajoz, Del Oeste Ediciones, 2005.

—, «Sobre la represión en Extremadura y Andalucía: Entre la historia y la propaganda» *TEMAS para el debate* 147, Madrid (febrero 2007), pp. 47-49.

—, *La primavera del Frente Popular. Los campesinos de Badajoz y el origen de la guerra civil (marzo-julio de 1936)*, prólogo de Antonio-Miguel Bernal, Barcelona, Crítica, 2007.

FROMM, E., *¿Tener o ser?,* Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1980.

FLAUBERT, G., *Madame Bovary,* París, Flammarion, 1984.

GARCÍA CALVO, A., *Sermón del ser y no ser,* Madrid, Visor, 1973.

GARCÍA FERNÁNDEZ, J., «El mito del Ejército salvador de España», *TEMAS para el debate* 147, Madrid (febrero 2007), pp. 50-53.

GARCÍA TOJAR, L., «El "desolvido" de España: Sobre algunos problemas en la frontera entre Historia y periodismo», en Félix Ortega (coord.), *Periodismo sin información,* Madrid, Tecnos, 2006, pp. 97-134.

GIMÉNEZ-ARNAU Y GRAN, E., «La entrevista de Hendaya», *Razón Española* 88, Madrid (marzo-abril 1998), pp. 133-142.

GODA, Norman J. W., *Y mañana… el mundo. Hitler, África noroccidental y el camino hacia América,* Madrid, Alianza, 2002.

GONZÁLEZ CUEVAS, P. C., «Imperativo de selección. Réplica a Pío Moa», *El Catoblepas* 63 (mayo 2007), p. 11.

HUGO, V., *Nuestra Señora de París*. Introducción, traducción y notas de Alberto Borrego Salcedo, Madrid, Gredos, 2006.

IRIBARREN, J. M., *Con el general Mola: escenas y aspectos inéditos de la guerra*, Zaragoza, Heraldo de Aragón, 1938.

JACKSON, G., *La república española y la guerra civil, 1931-1939*, México, Americana, 1967.

KAFKA, F., *Carta al padre*, Madrid, Akal, 1985.

LAÍN ENTRALGO, P., *Descargo de conciencia (1930-1960)*, Barcelona, Barral, 1976.

MAINER, J. C., «Para un mapa de lecturas de la Guerra Civil (1960-2000)», en Santos Juliá (dir.), *Memoria de la Guerra y del franquismo*, Madrid, Taurus, 2006, pp. 135-161.

MAESTRO, Á., reseña al libro de Pío Moa, *La quiebra de la historia progresista*, Editorial Encuentro, Madrid, 2007, *Razón Española* 144, Madrid (julio-agosto 2007), pp. 127-128.

MALEFAKIS, E., «Reflexiones sobre la República. Los orígenes de la Guerra Civil y la memoria Histórica», en *La Guerra Civil española*, Madrid, Taurus, 2006, pp. 645-678.

MARÍAS, J., «Vida y muerte literaria», *El País Semanal* 1.520, 13 de noviembre de 2005, p. 166.

MARQUINA, A., *España en la política de seguridad occidental*, Madrid, Ejército, 1986.

MIRALLES, R., *Juan Negrín. La República en guerra*, prólogo de Paul Preston, Madrid, Temas de Hoy, 2003.

—, «"¡Resistir es vencer!": ¿Fue Negrín un instrumento de los comunistas?», *TEMAS para el debate* 147, Madrid (febrero 2007), pp. 44-46.

MOA, P., *Franco. Un balance histórico*, Barcelona, Planeta, 2005.

—, *1936: El asalto final a la República*, coordinación general de Javier Ruiz Portella, Barcelona, Áltera, 2005.

—, *La quiebra de la historia «progresista». En qué y por qué yerran Beevor, Preston, Juliá, Viñas, Reig…*, Madrid, Encuentro, 2007.

—, *Años de hierro. España en la posguerra, 1939-1945*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2007.

MORADIELLOS, E., *El reñidero de Europa. Las dimensiones internacionales de la guerra civil española,* Barcelona, Península, 2001.
—, *1936. Los mitos de la Guerra Civil,* Barcelona, Península, 2004.
—, *Don Juan Negrín,* Barcelona, Península, 2006.
—, «Revisión histórica crítica y revisionismo político presentista: El caso español», *TEMAS para el debate* 147, Madrid (febrero 2007), pp. 23-28.
MORALES LEZCANO, V., *Historia de la no-beligerancia española durante la Segunda Guerra Mundial (VI-1940, X-1943),* Las Palmas, Mancomunidad de Cabildos, 1980.
MORENO JULIÁ, X., *Hitler y Franco. Diplomacia en tiempos de guerra (1936-1945),* Barcelona, Planeta, 2007.
ORTEGA, F. (coord.), *Periodismo sin información,* Madrid, Tecnos, 2006.
PALMERO, F. (entrevistador), «José Miguel y Manuel Oriol. Diálogo sobre las inquietudes del hombre», *Leer* 182, Madrid (mayo 2007), pp. 40-42.
PAYNE, S. G., «Mitos y tópicos de la Guerra Civil», *Revista de libros* 79-80, Madrid (julio-agosto 2003), pp. 3-5.
PÉREZ LEDESMA, M., «La Guerra Civil y la historiografía: No fue posible el acuerdo», en Santos Juliá (dir.), *Memoria de la Guerra y del franquismo,* Madrid, Taurus, 2006, pp. 101-133.
PRESTON, P., *Franco, Caudillo de España,* Barcelona, Grijalbo, 2002.
—, *Idealistas bajo las balas. Corresponsales extranjeros en la guerra de España,* Barcelona, Debate, 2007.
QUEVEDO, F., *Pasión por la libertad. El pensamiento político de Adolfo Suárez,* prólogo de Adolfo Suárez Illana, Áltera, Madrid, 2007.
REIG TAPIA, A., «Ideología e Historia. *Quousque tandem*, Pío Moa?, *SISTEMA* 177, Madrid (noviembre 2003), pp. 103-119.
—, *Franco. El César superlativo,* Madrid, Tecnos, 2005.
—, *La Cruzada de 1936. Mito y memoria,* Alianza, Madrid, 2006.
—, «Reescribir la Historia», *El País*, 26 de julio de 2006.
—, *Anti Moa,* prólogo de Paul Preston, Barcelona, Ediciones B, 2006.
—, *Anti Moa. La subversión neofranquista de la Historia de España,* prólogo de Paul Preston, Barcelona, Ediciones B, ²2006.
—, «El mito de Hendaya», *TEMAS para el debate* 147, Madrid (febrero 2007), pp. 37-39.
RIDRUEJO, D., *Casi unas memorias. Con fuego y con raíces*. Edición al cuidado de César Armando Gómez. Prólogo de Salvador de Madariaga, Barcelona, Planeta, 1976.

ROS AGUDO, M., *La guerra secreta de Franco (1939-1945)*, prólogo de Ángel Viñas, Barcelona, Crítica, 2002.

ROSSI-LANDI, F., *Ideología*, Barcelona, Labor, 1980.

RUHL, K.-J., *Franco, Falange y Tercer Reich. España durante la Segunda Guerra Mundial*, Madrid, Akal, 1986.

RUIZ HOLST, M., *Neutralität oder kriegsbeteiligung? Die deutsch-spanischen Verhandlungen in Jahre 1940*, Centaurus, Pfaffenweiler, 1986.

RYBALKIN, Y., *Stalin y España. La ayuda militar soviética a la República*, prólogo de Ángel Viñas, Madrid, Marcial Pons, 2007.

SALAS LARRAZÁBAL, R., *Pérdidas de la guerra*, Barcelona, Planeta, 1977.

—, *Los datos exactos de la guerra civil*, Madrid, Rioduero, 1980.

SERRANO SÚÑER, R., *Entre Hendaya y Gibraltar: (noticia y reflexión frente a una leyenda, sobre nuestra política en dos guerras)*, Madrid, Ediciones y Publicaciones Españolas, 1947.

—, *Entre el silencio y la propaganda, la Historia como fue*, Barcelona, Planeta, 1977.

SMYTH, D., *Diplomacy and strategy of survival: British policy and Franco's Spain 1940-41*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986.

—, «Franco and the Allies in the Second World War», en Balfour Sebastian y Paul Preston (comps.), *Spain and the Great Powers in the Twentieth Century*, Londres, Routledge, 1999, pp. 185-210.

SOUTHWORTH, H. R., *El mito de la cruzada de Franco. Crítica bibliográfica*, París, Ruedo Ibérico, 1963.

—, *El mito de la cruzada de Franco*, Barcelona, Plaza & Janés, 1986.

—, *El lavado de cerebro de Francisco Franco. Conspiración y guerra civil*, prólogo de Paul Preston, Barcelona, Crítica, 2000.

STEINER, G., *La barbarie de la ignorancia*, George Steiner en diálogo con Antoine Spire, Madrid, Taller de Mario Muchnik, 2000.

THOMAS, H., *La Guerra Civil española*, París, Ruedo Ibérico, 1962.

TUÑÓN DE LARA, M., *La España del siglo XX, 1914-1939*, París, Librería Española, 1966.

TUSELL, J., *Franco, España y la II Guerra Mundial. Entre el Eje y la neutralidad*, Madrid, Temas de Hoy, 1995.

—, «La dictadura franquista», *Historia de España* vol. 19, John Lynch (dir.), Madrid, El País, 2007.

VARGAS LLOSA, M., «La civilización del espectáculo», *El País*, 3 de junio de 2007, pp. 15-16.

VIDAL, C., *Mentiras de la historia… de uso común,* Madrid, La Esfera de los Libros, 2006.

—, *La guerra que ganó Franco. Historia militar de la guerra civil española,* Barcelona, Planeta, 2006.

—, *La Ezpaña de ZP, Ilustraciones de Franfer* Barcelona, Grup Editorial 62. Comic Books, 2008.

VIDAL-NAQUET, P., *Los asesinos de la memoria,* Madrid, Siglo XXI, 1994.

VIÑAS, Á., *El oro español en la guerra civil,* Madrid, Instituto de Estudios Fiscales, Ministerio de Hacienda, 1976.

—, *El oro de Moscú. Alfa y omega de un mito franquista,* Barcelona, Grijalbo, 1979.

—, *Guerra, dinero, dictadura. Ayuda fascista y autarquía en la España de Franco*, Barcelona, Crítica, 1984.

—, *Franco, Hitler y el estallido de la Guerra Civil. Antecedentes y consecuencias*, Madrid, Alianza, 2001.

—, *La soledad de la República. El abandono de las democracias y el viraje hacia la Unión Soviética,* Barcelona, Crítica, 2006.

—, *El escudo de la República. El oro de España, la apuesta soviética y los hechos de mayo,* Barcelona, Crítica, 2007.

—, «Técnicas de fraude en el caso de Paracuellos» *TEMAS para el debate* 147, Madrid (febrero 2007), pp. 34-36.

EL AUTOR

Alberto Reig Tapia, es catedrático de Ciencia Política de la Universidad Rovira i Virgili de Tarragona, doctor en Ciencias Políticas, licendiado en Sociología y Ciencias de la Información por la Universidad Complutense de Madrid y doctor en Estudios Hispánicos por la Universidad de Pau (Francia). Fue investigador histórico del Programa dirigido por Ricardo Blasco, *Memoria de España: Medio siglo de crisis, 1896-1936* (serie de 18 episodios documentales emitidos por la Primera Cadena de TVE en 1983) y asesor-redactor de *España en guerra, 1936-1939*, dirigido por Pascual Cervera (serie de 30 capítulos documentales igualmente emitidos por la Primera Cadena de TVE en 1987). Ha sido Visiting Researcher en la Universidad de Harvard donde también impartió clases de Cultura y Civilización hispánicas. Autor de *Ideología e Historia. Sobre la represión franquista y la Guerra Civil*. Prólogo de Manuel Tuñón de Lara (Madrid, Akal, 1984), *Violencia y terror. Estudios sobre la Guerra Civil española* (Madrid, Akal, 1990), *Franco caudillo. Mito y realidad* (Madrid, 1995), *Memoria de la Guerra Civil. Los mitos de la tribu* (Madrid, 2000), *Franco. El César superlativo* (Madrid, 2005), *La Cruzada de 1936. Mito y memoria* (Madrid, 2006). Su última obra publicada es *Anti Moa. La subversión neofranquista de la Historia de España*. Prólogo de Paul Preston (Barcelona, 2006).

ÍNDICE DE NOMBRES

Acebes, Ángel 165, 210, 211
Achurra Egurola, Julián *(Pototo)* 144
Aguilar, Miguel Ángel 268
Aguilar, Paloma 177
Aguirre, Esperanza 27
Aguirre Lete, José Luis *(Insuntza)* 144
Alcalá Zamora, Niceto 57
Alcaraz, José 165
Alfonso XIII 57
Aleixandre, Vicente 218
Alonso, Dámaso 151, 152
Alonso Baquer, Miguel 151, 152
Alted, Alicia 177
Áltera Ediciones 14, 244
Althusser, Louis 144, 145
Álvarez Estrada, Luis (barón de las Torres) 192
Álvarez, Melquíades 57
Álvarez Junco, José 175-177
Allen, Woody 51, 53
Andrés-Gallego, José 152
Anson, Luis María 113, 116, 210, 238, 250
Appiah, Kwame A. 151, 181, 186
Areilza, José María 210
Arenas, Javier 231
Arguiñano, Karlos 151
Aróstegui, Julio 37, 49, 64, 155, 175, 270
Arzalluz, Xavier 167
Arrarás, Joaquín 27, 62, 99, 176, 179, 230, 261
Arriba 113, 231
Ateneo de Madrid 60, 62
Atkinson, Rowan 14, 47, 275
Aubert, Paul 177
Avilés, Juan 177
Azaña, Manuel 13, 39, 48, 54, 57, 90, 98, 105, 178, 225, 260, 274
Aznar, José María 33, 76, 90, 98, 105, 167, 179, 192, 210, 211, 214, 253, 274
Aznar, Manuel 99, 177
Azúa, Félix de 7, 15

Bardem, Juan Antonio 133
Barreiro, Belén 97
Baroja, Pío 218
Beevor, Antony 17, 37, 250, 260
Benavente, Jacinto 258
Bennassar, Bartolomé 177
Bertrand de Muñoz, Maryse 177
Besteiro, Julián 207
Blair, Anthony 214
Blanco, Miguel Ángel 76
Blanco Chivite, Manuel 71

Blázquez, Ricardo 143
Bobbio, Norberto 168
Bolloten, Burnett 206-209
Bonet, Juan Manuel 177
Borau, José Luis 39
Borbón y Battenberg, Juan de 57
Brenan, Gerald 141, 207
Brezhnev, Leonid 131
Bueno, Gustavo 64
Bullón de Mendoza, Alfonso 151, 152, 178, 179
Burdick, Charles B. 200
Burns, Tom 151, 153
Bush, George W. 97, 192

Cabanellas, Miguel 52
Calvo Sotelo, José 178
Calvo Sotelo, Leopoldo 76
Calleja, Saturnino 275
Campmany, Jaime 61, 113, 225
Cañizares, Antonio 163
Caralt, Luis de 207
Calvo Serer, Rafael 210
Canet, Francisco 134
Carande, Ramón 218
Cardona, Gabriel 37, 64, 156, 177, 271
Carod Rovira, Josep Lluís 167
Carr, Raymond 79, 177
Carrero Blanco, Luis 154, 210
Casanova, Julián 73
Castiella, Fernando María 210
Castilla del Pino, Carlos 156, 157, 186
Castillo, José 226
CEDA (Confederación Española de Derechas Autónomas) 169
Cela, Camilo José 9, 211, 218
Celaya, Gabriel 218
CENAI (Comisión de Evaluación Nacional de la Actividad Investigadora) 126
Cercas, Javier 34
Cernuda, Luis 96
Cervantes, Miguel de 231
CEU (Centro de Estudios Universitarios) 152, 153, 177, 236, 275
Cierva, Ricardo de la 25, 27, 51, 61, 79, 91, 99, 100, 113, 126, 147, 151, 152, 156, 161, 163, 165, 169, 171, 177, 179, 183, 185, 189, 196, 198, 200, 201, 207, 211, 213, 226, 236, 237, 246, 250, 257, 261, 265, 269, 275
CIS (Centro de Investigaciones Sociológicas) 95
Collado Seidel, Carlos 191, 200, 286
Comín Colomer, Eduardo 99, 179
Conde de Romanones (Álvaro de Figueroa y Torres) 27
Conesa, Roberto 154
Cordón, Antonio 83
Costa, Joaquín 225
Cuenca Toribio, José Manuel 151, 152, 178
Chaplin, Charles 43
Churchill, Winston 216

Dávila, Carlos, 156, 210, 211, 250, 267
De Gaulle, Charles 196
De Juana Chaos, Iñaki 144
Detwiler, Donald 200
Di Febo, Giuliana 177
Díaz del Corral, Luis 218
D'Ors, Eugeni 16

El Alcázar 113
El Catoblepas 59, 63, 118, 145
El Mundo 37, 93
El País 21, 73, 105, 108-115
Elorza, Antonio 175, 177, 269
elplural.com 20, 75, 91
Encuentro Ediciones 123, 151, 244
Engels, Friedrich 246, 273
EOP (Escuela Oficial de Publicidad) 123
Eróstegui Videguren, José Luis 144
Eslava Galán, Juan 82
Espinosa, Francisco 35, 38, 54, 232, 271
Espinosa de los Monteros, Eugenio 197
ETA (Euskadi ta Askatasuna: El País Vasco y su libertad) 27, 76, 113, 165, 167, 251

Facerías, Josep Lluis 52
FAES (Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales) 93, 236
Fernández Bermejo, Mariano 164
Fernández Cuesta, Raimundo 210
Ferrer, Federico 134
Flaubert, Gustave 172
Foreign Office (Ministerio de Asuntos Exteriores británico) 152
Forges (Antonio Fraguas de Pablo) 179
Fosse, Bob 43
Fraga Iribarne, Manuel 134, 207
Franco, Ricardo 39
Fraser, Ronald 177
Freud, Sigmund 161
Fromm, Erich 69
Fusi, Juan Pablo 177

García, Luis 53-58
García Berlanga, Luis 133
García Calvo, Agustín 273
García de Cortázar, Fernando 116, 177
García Fernández, Javier 271
García Márquez, Gabriel 97, 143
García Moreno, Luis 151, 153
García Oliver, Juan 83
García Tojar, Luis 240-242
Garfunkel, Arthur (Art) 271
Gavilán Almuzara, Marcelino 218
Gaztelu Ochandorena, José Miguel 144
Gil Robles, José María 106, 169
Giménez-Arnau, Enrique 197
Girón de Velasco, José Antonio 113
Goda, Norman J. W. 181, 183, 191, 200, 214
Goebbels, Joseph 124, 162, 180, 181
Goicoechea, José María 89
González, Felipe 76, 90, 116, 214
González Cuevas, Pedro Carlos 38, 39, 146, 258, 265
González Pacheco, Juan Antonio *(Billy el Niño)* 143
Gracián, Baltasar 7, 9, 15
Granja, José Luis de la 177
Granma 113
GRAPO (Grupos de Resistencia Antifascista Primero de Octubre) 71, 72, 76, 93, 149, 168, 251

Hernández, Fernando 53
Hobbes, Thomas, 116
Hugo, Victor 28, 93

Iglesia, Álvaro de la 24
Iglesias, María del Carmen 116,163, 244
Iglesias, María Antonia 82

Jackson, Gabriel 79, 128, 141, 177, 207
Jiménez Losantos, Federico 52, 61, 71, 76, 89, 91, 98, 184, 250, 257
Juliá, Santos 54, 64, 141, 175, 177, 185, 186, 191, 200, 250, 260, 261

Kafka, Franz 135

La Esfera de los Libros 244,
La Nueva Rioja 254
Lafuente, Isaías 76
Lago Peñas, Ignacio 97
Laín Entralgo, Pedro 12
Landero, Luis 39
Lara, José Manuel 244
Largo Caballero, Francisco 101, 207
Larra, Mariano José de 14, 252
Le Figaro 113
Le Monde 113
Lenin, (Vladímir Ilitch Ulianov) 52, 163, 229, 253
Lequerica, José Félix de 210
Libertad Digital 22, 115, 118, 125, 141, 231, 236, 250, 261, 267
Libros Libres 244
Lincoln, Abraham 171
Lindo, Elvira 65
Linz, Juan José 99
Lissenko, Troffin Dimítrevich, 162-168
López Aranguren, José Luis 218
Luca de Tena, Ignacio 113

Madariaga, Julen 237
Madariaga, Salvador de 99
Maestro, Ángel 186
Mainer, José-Carlos 36, 177
Malefakis, Edgard 38, 64, 177, 178, 269
Mao Zedong 91
Maragall, Pasqual 167
Maravall, José Antonio 218
Marco, José María 37, 61, 91, 98, 172, 210, 225, 236, 250, 265
Marías, Javier 275
Marías, Julián 218
Marichal, Juan 128
Marqueríe, Alfredo 133
Marquina, Antonio 39, 181, 183, 191, 200, 214
Martín Aceña, Pablo 177
Martín Artajo, Alberto 210
Martín Pallín, José Antonio 95
Martín Patino, Basilio 39
Martín Rubio, Ángel David 151, 153, 156, 178, 212, 236
Martínez Abarca, Hugo 279
Martínez Bande, José Manuel 151, 152
Martínez Pujalte, Vicente 165, 210, 211
Martínez Ruiz, José *(Azorín)* 55,218
Maura, Miguel 57
Mendel, Gregor 162
Menéndez Pidal, Ramón 218
Milošević , Slobodan 108
Millán Astray, José 52
Millás, Juan José 129, 152
Mir, Conxa 177
Miralles, Ricardo 54, 127, 177, 271,
Mola, Emilio 52

Molinero, Carme 177
Montero Gibert, José Ramón 97
Montesquieu, barón de 95
Moradiellos, Enrique 35, 38, 54, 59, 63-65, 98, 127, 146, 177, 184, 185, 200, 232
Morales Lezcano, Víctor 191, 200
Moreno Guerrero, Carlos 145
Moreno Juliá, Xavier 191
Mussolini, Benito 199, 213, 214, 219, 253

Negrín, Juan 38, 111, 127, 128, 185, 207, 212, 260, 274
Nichols, Mike 271

Olmo, Luis del 257
Ollendorff, H.G. 21, 56
ONU (Organización de Naciones Unidas) 107, 137
OPINA (Instituto de Estudios de Opinión Pública y de Marketing) 95
Orella, José Luis 151, 153
Oriol, Antonio María de 132,143
Oriol, José Miguel 143, 244
Oriol, Manuel 143
Ortega, Félix 239
Ortega Lara, José Antonio 144
Ortega y Gasset, José 16
Palacios, Jesús 133
Palomino, Ángel 61
Parga, Carmen 83
Pascal, Blaise 9, 15
Pavese, Cesare 121
Payne, Stanley G. 18, 36, 38, 99, 116, 125, 145, 151, 152, 163, 177, 178, 185, 201, 240
PCE 58, 227, 245
Pereira, Teotonio 195
Pérez de Guzmán, Fernán 76
Pérez Ledesma, Manuel 35, 36, 177
Pétain, Philippe 196, 253
Pinochet, Augusto 108
Pizarro, Luis 53
Pol Pot 253
Pradera, Javier 122
Pravda (La Verdad) 113
Prieto, Indalecio 207, 212
Primo de Rivera, Miguel 178
Público 280
Pueblo 113
Puente Baamonde, Ricardo de la 191
Pujol, Jordi 167

Queipo de Llano, Gonzalo 15, 52
Quevedo, Federico 259
Quevedo, Francisco de 93
Quiles Ruiz, Juan 58-63

Raimon (Ramón Pelegero Sanchís) 155
Rajoy, Mariano 27, 122, 184
Ramírez Pedro J. 210, 250
Ranzato, Gabriele 177
Ridruejo, Dionisio 12, 122
Rivas Cherif, Cipriano de 98
Robles Piquer, Carlos 207
Rodríguez Pardo, José Manuel 64, 145
Rodríguez Zapatero, José Luis 74, 76, 92, 122, 141, 165, 237, 253
Romero, Milagrosa 152
Rommel, Edwin 199
Roosevelt, Franklin D. 216
Ros Agudo, Manuel 191, 200, 214
Rosado, Sirio 134

Rosal, Alex 244
Rossi-Landi, Ferruccio 168
Ruhl, Klaus-Jörg 200
Ruiz, David 270
Ruiz Holst, Mathias 200
Ruiz Portella, Javier 14, 15
Rybalkin, Yuri 209

Sabaté, Francesc *(Quico)* 52
Salas Larrazábal, Jesús 151, 152, 178
Salas Larrazábal, Ramón 107, 136, 212
Salazar, Oliveira 253
Sánchez Dragó, Fernando 82
Sánchez Martínez, Antonio 64, 145
Sanjurjo, José 226
San Sebastián, Isabel 250
Santamaría, Julián, 97
Saura, Carlos 39
Savater, Fernando 15, 16
Seco Serrano, Carlos 79, 99, 116, 151, 152, 225
Semprún, Jorge 177
Seoane, María Cruz 177
Serrano Súñer, Ramón 107, 136, 191-197, 215
Shtern, Grigori 209
Simon, Paul 271
Smyth, Denis 191, 200
Somalo, Javier 236, 267, 268
Southworth, Herbert R. 128, 207, 261
Steiner, George 185, 186
Stradley, Rob 152
Suánzes, Juan Antonio 210
Suárez, Adolfo 259
Suárez, Luis 214

Tagüeña, Manuel 83
Tamames, Ramón 122
Tardío, Manuel 151, 153, 229
Tejero, Fernando 115
TEMAS para el debate 20, 98, 100, 271
The New York Times 113
The Times 114
Thomas, Hugo 141, 207
Thomàs, Joan Maria 13
Tiempo 20, 89
Trillo Figueroa, Federico 225
Trotski (Lev Davidovich Bronstein) 52
Tuñón de Lara, Manuel 82, 128, 141, 147, 161, 185, 207, 246, 261, 270, 291
Tusell, Javier 59, 64, 79, 141, 191, 200, 215, 246
Twain, Mark 58

Ucelay da Cal, Enric 177
Ugarte Villar, Xavier 144
UNINCI (Unión Industrial Cinematográfica) 133
Urdaci, Alfredo 210, 211, 250, 267

Varela, Enrique 226
Vargas Llosa, Mario 39, 40, 97
Velarde, Juan 177
Vicens Vives, Jaume 218
Vigón, Juan 192
Villa, Ignacio 148, 210
Villa Isorna, Pedro 146
Villaescusa, Emilio 132
Vinyes, Ricard 177
Viñas, Ángel 37, 98, 100, 126, 175, 177, 184, 200, 223, 261
Vizcaíno Casas, Fernando 39, 60

Voltaire, François Marie Arouet 35, 85
Von Ribbentrop, Joachim 192, 194, 197
Von Stohrer, Eberhard 193
Voroshílov, Climent 209

Weddell, Alexander 195
Weissmuller, Johnny 181

Ya 113, 191

Zaplana, Eduardo 124, 153, 165, 210, 211
Zubiri, Xavier 218

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN 9

I. El falso revisionismo 29

II. Los internautas de Mister Bean 45

III. Antológica *anti Moa* 67

IV. Preguntas y respuestas 87

V. Reescribir la Historia 103

VI. Una cuestión personal 119

VII. La respuesta «científica» de Moa 139

VIII. Moa-Lissenko, vidas ejemplares 159

IX. La insoportable levedad de Moa 173

X. El fiero teutón y el gallego sabio 187

XI. Los años de hojalata 203

XII. El pobrecito hablador 221

XIII. Amarillo el submarino es… 233

XIV. ¿Volver a la carga? 247

EPÍLOGO DEFINITIVO 265

ANEXOS 279

I. Denuncia contra Pío Moa 279
II. Manifiesto a favor de Pío Moa 283
Bibliografía 285
El autor 291
Índice de nombres 293

Desde finales de los años noventa, a partir del primer gobierno de Aznar pero sobre todo a raíz de la conquista de la mayoría absoluta del Partido Popular en el 2000, asistimos a un decidido intento propagandístico que trata de rescribir la Historia de España. Al frente de esta ofensiva se ha situado el publicista Pío Moa, quien porfía inútilmente por enmendarles la plana a los historiadores profesionales que, por el conjunto de sus obras, han desmontado uno a uno todos los mitos construidos por la propaganda franquista y que simplemente le ignoran dada la irrelevancia de sus pretendidas «tesis». Sin embargo, éstas han alcanzado un cierto predicamiento gracias al decidido apoyo recibido por figuras situadas al margen de la Historia, desde conocidos propagandistas franquistas como Federico Jiménez Losantos o interesados patrocinadores como José María Aznar. El sector más reaccionario del Partido Popular, siempre reacio a la condena del franquismo, viene apoyando a este singular publicista, y a otros parecidos, desde ciertos medios afines como *ABC*, *La Razón*, *El Mundo*, *Libertad Digital*, la COPE, etcétera. La presente obra denuncia contundentemente las pretensiones historiográficas de este libelista a destajo, cuya fútil demagogia al servicio de la derecha española más ultramontana queda claramente al descubierto en este nuevo y «definitivo» ensayo.

ISBN 978-84-96797-10-9
9 788496 797109

FOCA